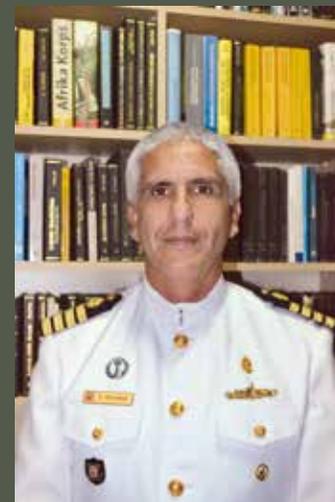
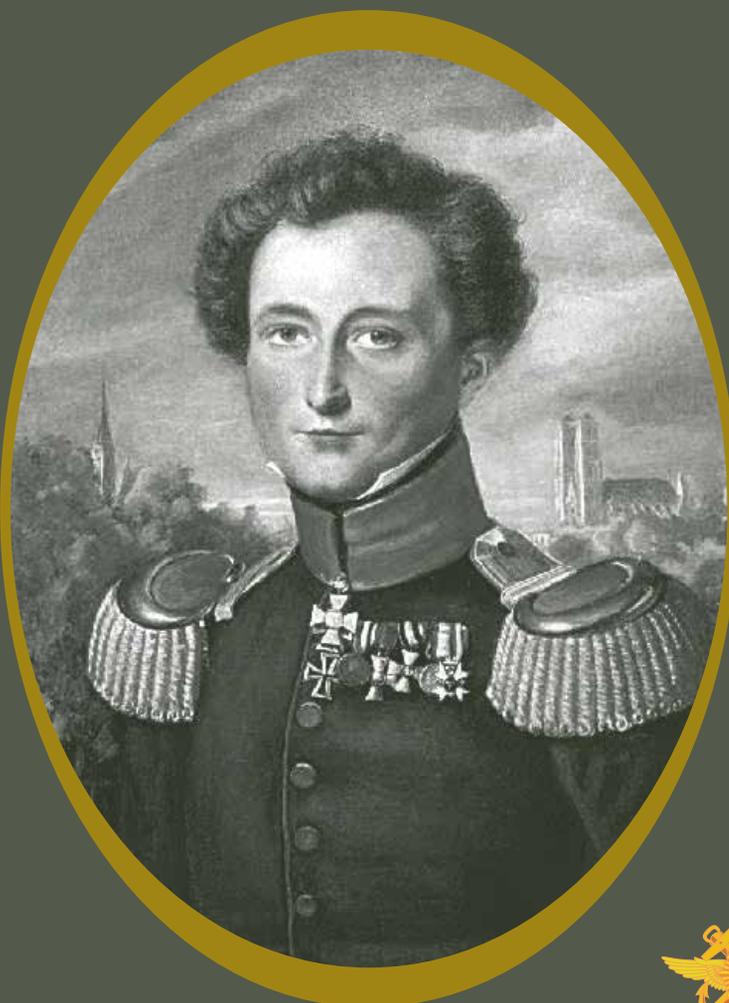


Yuri Tolmos Mantilla

CLAUSEWITZ

Concepto, historia y realidad



YURI TOLMOS MANTILLA
(Lima 1967)

Capitán de navío. Bachiller en Ciencias Marítimo Navales por la Escuela Naval del Perú, recibió su despacho de alférez de fragata el 1 de enero de 1990. Se calificó en Armas de Superficie y en Guerra de Superficie, habiendo culminado los cursos Básico de Estado Mayor y de Guerra Naval en la Escuela Superior de Guerra Naval; y el de Comando y Estado Mayor en la Escuela de Guerra Naval del Brasil.

Diplomado en Seguridad, Defensa y Desarrollo Nacional por la Universidad Enrique Guzmán y Valle; y en Relaciones Internacionales por la Pontificia Universidad Católica. Tiene una maestría en Política Marítima, otorgada por la Escuela Superior de Guerra Naval.

Ha servido en las siguientes unidades de superficie: fragatas *Villavisencio* y *Carvajal*, corbetas *Sánchez Carrión* y *Herrera*. Fue segundo comandante de esta última nave y también de la fragata *Aguirre*. Actualmente es comandante de la fragata *Montero*.

Ha publicado, con el contralmirante Carlos de Izcue Arnillas y el capitán de navío Andrés Arriarán Schäffer, los libros *Apuntes de Estrategia Operacional* (2009) y *Apuntes de Estrategia Naval* (2012).



**Escuela Conjunta de
las Fuerzas Armadas**



CLAUSEWITZ
Concepto, historia y realidad

CLAUSEWITZ

Concepto, historia y realidad

Yuri Tolmos Mantilla



**Escuela Conjunta de
las Fuerzas Armadas**

Clausewitz: concepto, historia y realidad

Ministerio de Defensa - Escuela Conjunta de las Fuerzas Armadas
Dirección : Avenida Escuela Militar s/n, Bajada de Agua Dulce, Chorrillos - Lima.

1ra. Edición, Diciembre 2014 Marina de Guerra del Perú – Escuela Superior de Guerra Naval
2da. Edición, Octubre 2015

Clausewitz, oleo de Karl Wilhelm Wach, pintado hacia 1830.

ISBN: 978 - 612 - 47072 - 0 - 9
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2015 - 14471

Impreso en los talleres gráficos:
PRINLEY S.R.L.
Dirección : Av. Militar N° 2473 - Lince
Teléfono : 467-4033

Octubre 2015
Tiraje: 1000 Ejemplares.

Todos los Derechos Reservados
Se prohíbe la reproducción total y/o parcial de este libro por cualquier medio, sin la debida autorización por escrito del autor bajo la sanciones establecidas por la Ley.

*A la memoria de mi compañero y amigo, el teniente primero
Sergio Gonzáles Quevedo, caído en el cumplimiento del deber
(Garcilaso de la Vega, Ucayali, 27 de julio de 1993).*

Índice

Presentación	9
Prólogo	11
Introducción	17
Agradecimientos	21
Algunas precisiones conceptuales	23
I. Entender a Clausewitz	27
1. ¿Por qué leer a Clausewitz?.....	29
2. El contexto histórico de Clausewitz.....	32
3. ¿Qué buscaba Clausewitz?	41
4. La importancia de la teoría	46
5. Etapas en el desarrollo de <i>De la Guerra</i>	49
II. El Método	57
6. El método de Clausewitz	59
7. Ruptura en la evolución del pensamiento de Clausewitz.....	72
8. La importancia de la política	76
9. La naturaleza de la guerra	80
10. ¿Por qué se malinterpretó a Clausewitz?	83
III. Análisis de <i>De la Guerra</i>	93
11. Análisis de la naturaleza de la guerra (capítulos 1 y 2 del libro I y el libro VIII).....	95
12. Análisis de la teoría de la teoría (libro II).....	106
13. Análisis de la pareja conceptual moral- físico (capítulos 3 al 8 del libro I y el libro III).....	111

14. Análisis de la pareja conceptual medio-fin (libros IV y V)	121
15. Análisis de la pareja conceptual defensa-ataque (libros VI y VII)	129
IV. Principales conceptos	143
16. La guerra	145
17. El genio militar	158
18. Táctica y estrategia	170
19. El punto culminante	180
20. La economía de fuerzas	185
21. Concentración y dispersión	188
22. El centro de gravedad	193
23. La niebla de la guerra	197
24. La fricción	204
25. La probabilidad en la acción	210
Epílogo	215
Bibliografía	220

Presentación

La guerra es una forma violenta de relación social que ha estado presente en la historia de la humanidad desde sus momentos más tempranos, incluso antes de la aparición de las organizaciones estatales más elementales. Su estudio fue emprendido por diversos autores a lo largo del tiempo, desde Sun Tzu y Tucídides hasta los teóricos contemporáneos, produciendo una literatura abundante y, muchas veces, contradictoria.

Pero el proceso de transformación del arte militar, desatado por la Revolución Francesa y llevado a su máxima expresión por Napoleón Bonaparte, despertó una oleada de estudios entre los cuales el más notable fue el del general prusiano Carl von Clausewitz publicado, en forma póstuma, por su viuda bajo el título de *De la guerra*.

Aquella obra, compleja e inacabada, fue el punto de partida para el estudio de la guerra en su forma más amplia. Obviamente, son abundantes los trabajos que han buscado interpretar lo que Clausewitz dijo en *De la guerra*, algunos con más éxito que otros. Pero comprendiendo la importancia de dicho libro, la Escuela Conjunta de las Fuerzas Armadas ha considerado conveniente editar *Clausewitz: concepto, historia y realidad*, del capitán de navío Yuri Tolmos Mantilla.

Esta obra se suma a la del contralmirante Aníbal Cueva López, *Sendero Luminoso en el VRAEM: ¿Antigua Organización Terrorista o Nuevo Cartel del Narcotráfico?* publicada este mismo año.

Con estos dos títulos, a los que se suma la revista *Pensamiento Conjunto*, nuestra escuela hace un aporte significativo al conocimiento y a la divulgación de temas vinculados al complejo fenómeno sociopolítico de la guerra y a la situación particular de nuestra lucha interna contra el terrorismo.

El autor del libro que ahora presentamos es un destacado investigador de asuntos militares, y en este trabajo desarrolla un riguroso análisis de la obra más

influyente en el estudio de la guerra. Capítulo por capítulo, y tema por tema, el capitán de navío Tolmos va construyendo una perspectiva novedosa de *De la guerra*, proponiendo innovadoras conclusiones.

Pese a que reconocidos autores, como el historiador británico John Keegan, cuestionan algunos de los fundamentos centrales de Clausewitz, la teoría que este último desarrollara continúa siendo un referente para las ciencias militares y, no cabe duda, que para entender la naturaleza de la guerra en toda su complejidad sigue siendo indispensable recurrir a *De la guerra*.

Estamos seguros que *Clausewitz: concepto, historia y realidad* será una fuente constante de consulta tanto para la comunidad académica de la Escuela Conjunta –formada por los oficiales participantes de nuestros diferentes programas, docentes e investigadores–, así como para aquellos otros interesados en los temas de Estado, Seguridad y Defensa Nacional.

Difundir el esfuerzo de miembros de las Fuerzas Armadas mediante la publicación de sus trabajos académicos, es consecuente con una de las estrategias más importantes que la Escuela Conjunta ha definido en su proceso de afianzamiento como centro de estudios superiores destinado a capacitar a oficiales de Marina, Ejército y Fuerza Aérea en materias y disciplinas que tienen incidencia directa o están relacionadas con el accionar conjunto y que promueven una visión conjunta en nuestras Fuerzas Armadas.

Felicitemos al capitán de navío Tolmos por su importante contribución académica, la misma que, de manera acertada, fórmula conceptos que facilitan la comprensión del profundo significado filosófico de *De la guerra*, agradeciéndole el habernos confiado su obra, la misma que con mucha satisfacción y expectativa presentamos a nuestros lectores.

Chorrillos, 7 octubre 2015

Capitán de Navío
Juan Carlos Llosa Pazos
Director de la Escuela Conjunta
de las Fuerzas Armadas

Prólogo

Hace una década, cuando un colega historiador escribió el prólogo a la que había sido mi tesis doctoral, señaló que siempre resultaba difícil un texto de ese tipo, pues se hace luego que el libro ha quedado en su versión final, se le coloca al principio y usualmente nadie lo lee. Suscribo sus palabras, aunque confieso que, en compensación, me produce una grata satisfacción escribir estas líneas para el libro de uno de mis antiguos alumnos, el capitán de navío Yuri Tolmos Mantilla, *Clausewitz: concepto, historia y realidad*, que con notable acierto edita la Escuela Conjunta de las Fuerzas Armadas.

En el 2011, cuando tuve a Tolmos como alumno en el Curso de Alto Mando, en la Escuela Superior de Guerra Naval, no solo destacó como un proactivo miembro de la clase, sino que su trabajo de investigación, sobre los planteamientos que sobre la defensa hace Clausewitz en el libro VI de *De la Guerra*, me causó muy buena impresión. Desconocía entonces su intención de escribir este texto, pero hoy, luego de leerlo con detenimiento, no puedo menos que ratificar el buen juicio que entonces me formé de su interés por los temas estratégicos y de su capacidad intelectual.

Durante casi un cuarto de siglo he venido dictando diversas asignaturas en la Escuela Superior de Guerra Naval, en el ámbito de la política, la guerra y la estrategia. En ese lapso he procurado insistir en el estudio de diversos pensadores militares y en la necesidad de contar con una robusta escuela de pensamiento estratégico, que tome como base las ideas de esos pensadores, las contraste con nuestra larga y densa experiencia militar –prehispánica, colonial y republicana– de modo de definir la forma peruana de hacer la guerra y, en base a ello, revise, debata o proponga nuevos planteamientos doctrinarios.

La guerra es un tema sumamente complejo, que implica el uso de la fuerza por parte de los estados u organizaciones políticas reconocidas por la comunidad

internacional para resolver un conflicto, imponiendo la voluntad de una parte sobre otra. La mejor forma de acercarnos a la comprensión de su naturaleza es estudiando determinados casos históricos, a la luz de la ciencia política, las relaciones internacionales y los factores propiamente militares, como la doctrina, los cambios tecnológicos y la logística.

Comprendida la naturaleza de la guerra, cuando un estado opta por ella para hacer prevalecer sus intereses vitales, debe definir el objeto u objetivo político de la misma, a la luz de numerosas variables, entre las cuales el poder militar propio y contrario son factores sustanciales. Para lograr dicho objeto, la dirección política de la guerra deberá concebir una estrategia, implicando el poder militar, la política exterior, la inteligencia y cuantos instrumentos sean necesarios para imponer su voluntad sobre la parte contraria.

El poder militar, a su vez, deberá replicar ese proceso, definiendo el o los objetivos que permitan contribuir al logro del objeto de la guerra, y concebir la estrategia militar correspondiente. Esto implicará uno o más esfuerzos militares sustantivos, que se materializarán en operaciones y teatros de operaciones, cada uno con su propio objetivo contribuyente al logro del objetivo militar. Para alcanzarlo, se concebirá la estrategia operacional respectiva y se conducirán las operaciones correspondientes, permitiendo llegar al enfrentamiento con las fuerzas contrarias en las mejores condiciones de poder relativo.

Como puede verse, la estrategia es la quintaesencia de la profesión militar, y aun cuando el término es hoy aplicado a muchas otras actividades, es conveniente retomar la idea primigenia que le dio origen, aquella con la que el *Diccionario de Lengua Española* de la Real Academia la define en su primera acepción: "arte de dirigir las operaciones militares".

Obviamente, quienes profesan la carrera de las armas también deben aplicar la segunda acepción del término; vale decir, "arte, traza para dirigir un asunto". Sin embargo, hay que tener presente que esta acepción no es privativa de la profesión militar, como sí lo es la primera. En consecuencia, la materia que le compete estudiar en profundidad al profesional militar es la referida a la guerra, lo que obviamente no implica dejar de lado el "arte, traza para dirigir un asunto", tales como el desarrollo y la gestión institucional.

Como todo en la vida es cuestión de balance, este compromiso entre ambos conceptos de estrategia también debe ser balanceado adecuadamente. Sin embargo, esto no siempre ha sido así, y hubo épocas, en ocasiones prolongadas, en que los temas de gestión se impusieron sobre los temas que constituyen la esencia misma de la profesión de las armas: la guerra.

El curso y el resultado de cada guerra son determinados por la interacción de una gran cantidad de factores que no pueden ser identificados, definidos o cuantificados con precisión, tales como la moral nacional, el resultado de una

batalla específica, el ingreso de nuevos contendientes, o la conducta de los líderes políticos y militares. Más que ninguna otra actividad humana, la guerra está dominada por la incertidumbre, la fricción y el azar.

Es por ello que el estudio de la estrategia es fundamental para quienes tienen la responsabilidad de dirigir la guerra, tanto en el plano político como en el militar. El alineamiento de ambos esfuerzos es esencial, y esto demanda entender la compleja relación entre la política y el empleo de la fuerza, tema al que Clausewitz dedica una parte sustantiva de su obra, y que Tolmos ha enfatizado adecuadamente en este libro.

Pero, como ambos señalan, la estrategia no es una fórmula, sino un conjunto de principios orientadores que deben permitir tomar las decisiones más adecuadas, a la luz de la experiencia profesional, del adecuado conocimiento de la situación y de la creatividad.

La clave en toda concepción estratégica es la imaginación, pero no una imaginación cualquiera, sino una que haya sido cultivada sobre la base de experiencias propias y ajenas de modo de tener un mayor número de opciones para emplear los medios disponibles.

Esto llevó a numerosos líderes militares a recurrir a la historia. Uno de ellos, quizá el más brillante de todos los tiempos, Napoleón Bonaparte, no solo leyó *La Guerra de las Galias* de Julio César, sino que anotó con profusión esa obra, extrayendo de ella algunas lecciones para sus campañas. Era consciente de la importancia de tener un profundo conocimiento de la historia militar propia y ajena; y esto fue precisamente lo que hicieron aquellos a quienes conocemos como pensadores estratégicos. Tal fue el caso de Tsu Sun, al analizar su campaña como general del naciente estado Wu en sus luchas contra Ch'u y Yüeh; de Carl von Clausewitz y Antoine-Henri Jomini, al hacer lo propio desde distintas perspectivas de las campañas napoleónicas y de Federico el Grande; de Sir Julian Corbett, en igual caso respecto a las campañas navales británicas, esencialmente del siglo XVII; y de Alfred T. Mahan, al estudiar la Segunda Guerra Púnica y las campañas navales británicas del XVII y XVIII. Lo mismo puede decirse de Basil Liddell-Hart, Herbert Richmond, Raoul Castex, André Beaufre y otros pensadores estratégicos.

Todos ellos tienen algunos aspectos en común, el primero y más obvio es que cada uno construyó un aparato teórico para analizar la guerra sobre la base de experiencias históricas. Otro, menos obvio, es que empezaron a estudiar estos temas en una edad relativamente temprana, y pudieron dedicarse largos años a analizar las experiencias militares pasadas y sacar conclusiones de ellas, revisándolas, contrastándolas y reformulándolas cuando era necesario hacerlo. También resulta claro que los aparatos teóricos que crearon tomaron en cuenta los intereses o, al menos, el entorno de su respectivo país; y que no todos ellos

fueron necesariamente brillantes en la aplicación práctica de sus propias teorías, e incluso hubo el que jamás vistió uniforme.

En tal sentido, podríamos concluir que el desarrollo del pensamiento estratégico no requiere indispensablemente su ejercicio por parte de quienes lo producen. Naturalmente, hubo y hay líderes militares que son brillantes estrategas, pero ello no significa que teoricen sobre sus propias acciones en el campo de batalla. El mejor ejemplo de un líder de ese tipo fue el propio Napoleón Bonaparte, quien pese a ser un ávido lector de historia militar, no produjo ninguna obra sobre estrategia militar.

Son escasos los trabajos originales sobre teoría de la guerra que han tomado como base las experiencias nacionales, siendo quizá los más notables, desde mi punto de vista, los apuntes que sobre política y estrategia hizo el general Carlos Dellepiane en su *Historia Militar del Perú* (1931); y el poco difundido trabajo del entonces teniente primero Fernando Romero Pintado, *Las fuerzas de la marina en el nor-orienté y la guerra fluvial* (1933).

No obstante, en tiempos recientes han aparecido algunas publicaciones que hacen prever que el pensamiento estratégico va cobrando nuevo impulso, y al menos en dos de ellos ha estado involucrado el autor del libro que prologamos. Me refiero a *Apuntes de Estrategia Operacional* (2009) y a *Apuntes de Estrategia Naval* (2012), obras en las que comparte autoría con el contralmirante Carlos de Izcue Arnillas y el capitán de navío Andrés Arriarán Schäffer.

El tema que aborda Tolmos en este libro es incitador, a la vez que complejo, pues ambos calificativos son adecuados cuando tratamos sobre Clausewitz y su obra. Con acierto, plantea primero las razones por las cuales debemos leer al general prusiano, explicando luego el contexto histórico que le tocó vivir y en el cual desarrolló su trabajo. Insiste, una y otra vez, en que a pesar que Clausewitz no llegó a contar con una versión final, las partes que revisó explican la esencia de su pensamiento; vale decir, una aproximación filosófica al fenómeno de la guerra.

La preponderancia de la política sobre lo militar no resultó del todo grato a sus colegas prusianos, que prefirieron al prolífico Antoine-Henri Jomini, que planteaba lo inverso una vez iniciada la guerra. Pese a ello, y como suele suceder con el buen vino, el tiempo fue decantando la valía del aporte de Clausewitz, identificándolo como uno de los pensadores más profundos sobre el fenómeno de la guerra y sobre la gran estrategia, mientras que Jomini se fue asentando como un pensador más centrado en algunos aspectos del campo operacional.

El que Tolmos publique este trabajo constituye un nuevo y significativo aporte a la construcción de una escuela de pensamiento estratégico peruano, tarea que debe seguir alimentándose con nuevas contribuciones de oficiales y académicos.

También merece ser destacado que este libro sea publicado por la Escuela Conjunta de las Fuerzas Armadas, pues ello constituye una clara muestra de una

de las principales funciones de un centro académico de ese tipo: promover y difundir la investigación sobre temas profesionales. Y que tema más profesional para esta escuela que la guerra.

Es por todo ello que felicito tanto al autor como a la Escuela Conjunta, por poner a disposición de los lectores un trabajo que facilitará la comprensión de quien fuera uno de los pensadores militares más notables en la historia.

Capitán de fragata (r)
Jorge Ortiz Sotelo (Ph.D.)

Introducción

Los antecedentes de este libro se remontan al año 1998, cuando en un primer intento por estudiar y comprender a Clausewitz sólo pude obtener, sin saberlo en aquel entonces, un ejemplar fragmentado de *De la Guerra*, que al terminar de leerlo me dejó más dudas que las que pude absolver. Después de algunas averiguaciones, me di con la sorpresa que las diversas versiones que se habían publicado en español no eran sólo incompletas, sino que, en su gran mayoría, habían sido traducidas del alemán al inglés, y luego del inglés al español, con lo cual mucho de lo expresado por Clausewitz se había tergiversado.

Pero, ¿hasta qué punto se pudo haber alterado el pensamiento de Clausewitz de una traducción a otra? Resulta que el obtener una versión confiable de *De la Guerra* no sólo era difícil para los lectores en español, sino que también lo era para los de habla inglesa y hasta para los propios alemanes. Al respecto, las dos versiones más importantes que existían en inglés eran la traducción del coronel J. J. Graham, publicada en Londres en 1874, y la del profesor O. J. Matthijs Joles, publicada en Nueva York en 1943. Ambas ediciones, bastante imprecisas por cierto, se habían basado en versiones alemanas que contenían modificaciones importantes en relación con la primera edición, aparecida en 1832. Ya con estos inconvenientes, una edición mutilada de la traducción de Graham fue publicada en 1968 por Peguin Books, con una confusa introducción del profesor Anatole Rapoport, y que, de acuerdo a lo declarado por el editor, sólo contenía aquellas partes de *De la Guerra* que estaban directamente relacionadas con los acontecimientos contemporáneos. Esto trajo como consecuencia que se produjeran graves omisiones que contribuyeron a distorsionar aún más el pensamiento de Clausewitz.

No fue hasta el año 1976 que se pudo tener una versión confiable, en inglés, de *De la Guerra*, cuando la Universidad de Princeton publicó la traducción hecha por Michael Howard y Peter Paret, titulada *On War*, con excelentes ensayos

introdutorios de estos autores y de Bernard Brodie. Esta tiene el mérito de ser la primera edición en inglés basada en la edición alemana de 1832.

Después de tener claro estos antecedentes de la obra, y ante la dificultad que tuve para obtener una edición completa y confiable, además de otros compromisos profesionales, mis deseos por profundizar en el pensamiento de Clausewitz quedaron pendientes.

El año 2005, cuando me encontraba siguiendo el Curso de Estado Mayor para Oficiales Superiores en la Escuela de Guerra Naval del Brasil, dentro del selecto grupo de instructores había uno que destacaba, debido principalmente a su carisma y a la forma tan peculiar de analizar y enseñar la estrategia. Me refiero al vicealmirante Armando Amorim Ferreira Vidigal, lamentablemente fallecido el 14 de diciembre de 2009, quién a través del curso de estrategia nos mostró cómo interpretar y comprender a autores como el capitán británico Basil Henry Liddell Hart, el general francés André Beaufre y, sobre todo, al destacado filósofo, sociólogo y periodista francés Raymond Aron.

Fue precisamente la lectura del excelente libro de Raymond Aron, *Pensar la Guerra, Clausewitz* (en sus dos tomos: la era europea y la era planetaria, el único gran estudio de conjunto de Clausewitz en francés y una de las obras más importantes sobre su pensamiento en cualquier lengua), la que hizo renacer mi interés por este tema.

A partir de ello, y ya con un ejemplar completo de *De la Guerra*, en español y en portugués, empecé a profundizar mis conocimientos sobre su autor. El orden que me propuse fue el siguiente: primero, investigar cuál fue el entorno que rodeó e influyó a Clausewitz en su forma de pensar; segundo, aclarar la forma como estaba escrita *De la Guerra* y en qué periodo se escribió cada parte; tercero, entender su sistema conceptual.

En dicha búsqueda comprendí que Clausewitz fue producto de su época, el siglo de las Luces (siglo XVIII) y del romanticismo alemán, la importancia de la influencia de Scharnhorst y del grupo de reformadores del ejército prusiano, y sobre todo, el apoyo emocional de su esposa Marie, factores que fueron decisivos en el desarrollo de su pensamiento.

Encontré que, a pesar de su amplitud, enfoque sistémico y estilo preciso, *De la Guerra* no es una obra acabada y, por lo tanto, está imperfectamente organizada en conjunto, a menudo es repetitiva y laberíntica, pero que al mismo tiempo, no posee un lenguaje oscuro y difícil de entender, si es que se toma conocimiento de la forma como fue escrita, y qué era lo que buscaba Clausewitz en su revisión final.

Lo primero que debemos conocer es que la obra está organizada en libros, y estos en capítulos, sistema que no era inusual en la época en que fue escrita pero que hoy puede llevar a confusión.

Verifiqué que la comprensión de su sistema conceptual toma una importancia fundamental para poder situar los análisis parciales en el conjunto, tomando como referencia el capítulo 1 del libro I, al cual considera Clausewitz, en las notas de advertencia que nos dejó, como la síntesis de su pensamiento. Si no se tiene en consideración esto, como ha ocurrido con muchos críticos que no llegaron a entender su sistema conceptual, se corre el riesgo, al interpretar citas de *De la Guerra* separadas del contexto, de darles un sentido exactamente opuesto al que les daba el propio Clausewitz.

Al leer *De la Guerra* encontraremos que el carácter científico de la obra reside en el intento de indagar en la esencia de los fenómenos de la guerra y de poner de manifiesto los vínculos entre estos fenómenos y la naturaleza de sus partes integrantes. Si bien la revisión que Clausewitz pensaba efectuar nunca fue completada, los seis primeros libros son considerados por él, como el fruto de años de reflexión sobre la guerra, en los cuales un lector que estudie sobre la misma sabrá valorar.

De la Guerra, a pesar de su falta de uniformidad, tiene la virtud de ofrecer una teoría esencialmente coherente del conflicto, reflejo del poder creador del método y las ideas de Clausewitz. Y es que el esfuerzo científico por elaborar los conceptos principales de esta actividad, o sea para pensar clara y distintamente sobre ella, y el perfeccionamiento del juicio y la actuación individual, era lo que constituía la función pedagógica de la teoría para Clausewitz, y no la elaboración de reglas para ser aprendidas de memoria.

Con estos aspectos en mente, consideré conveniente titular a este libro *Clausewitz: concepto, historia y realidad*, buscando resaltar la metodología que aplicó en la elaboración de su sistema conceptual: primero, el estudio analítico del objeto en su organización natural, el cual lo conducía a un conocimiento elaborado, es decir, a establecer sus conceptos; segundo, el estudio histórico del fenómeno que le permitía reconocer los extremos; y tercero, aplicar la experiencia o realidad para contrastarla con el concepto y el análisis histórico, creando así una verdadera familiaridad con el objeto estudiado.

Asimismo, y con la finalidad que el lector pueda mantener el orden adecuado para la comprensión del tema, he dividido el libro en cuatro partes: a) entender a Clausewitz; b) el método; c) análisis de *De la Guerra*; y d) principales conceptos.

La primera parte busca entender a Clausewitz estudiando el contexto histórico en que vivió y la forma en que éste influyó en la formación de su pensamiento; analizando lo que buscaba con su obra y lo que para él representaba la elaboración de una teoría. Para ello revisaré las diversas etapas en las que se escribió *De la Guerra*, y la forma como debe leerse para tener una mejor comprensión del conjunto.

La segunda parte comprende cuatro aspectos. El primero está referido al detalle del método empleado; en el segundo se resalta el momento en que

reconoce que la política también hace la guerra y que generó la revisión completa de la obra; el tercero se enfoca en la importancia de reconocer la naturaleza de la guerra que se va a emprender; y el cuarto en los motivos por los cuales fue malinterpretado y las consecuencias que esto trajo.

La tercera parte contiene el análisis de la obra de acuerdo a lo siguiente: la naturaleza de la guerra (capítulos 1 y 2 del libro I y el libro VIII); la teoría de la teoría (libro II); pareja conceptual moral-físico (capítulos 3 al 8 del libro I y el libro III); pareja conceptual medio-fin (libros IV y V); pareja conceptual defensa-ataque (libros VI y VII). Cada capítulo contiene un análisis de las parejas conceptuales, así como de cada uno de los capítulos de *De La Guerra*, lo que no pretende ser una guía, sino una ayuda para mejorar la comprensión a los que por primera vez se interesan por Clausewitz, pudiendo servir como medio de consulta rápida para los más familiarizados con su obra.

La cuarta parte expone los principales conceptos analizados por Clausewitz y comentados por otros autores, buscando la mejor comprensión de cada uno de ellos, toda vez que pueden ser estudiados independientemente, pero con la precaución de tener siempre en consideración su relación con el conjunto.

Normalmente, los autores que citan a Clausewitz detallan sus referencias con el número de página de la versión de *De la Guerra* que están utilizando, sin mencionar el número del libro ni del capítulo al que corresponden, lo cual dificulta la ubicación de dicha cita en otra versión. Con la finalidad de evitar ese inconveniente, he considerado citar de la siguiente manera. Primero, el libro al que corresponde en número romano; segundo, el capítulo en número arábigo; tercero, la página correspondiente a la edición de 1999, de Michael Howard y Peter Paret, publicada por el Ministerio de Defensa de España. Así, la referencia (I, 1, 195) corresponde al libro I, capítulo 1, página 195.

Finalmente, espero que la lectura de este libro alcance el propósito de servir para una mejor comprensión del pensamiento y de la obra de Clausewitz, y contribuya a la ampliación de los conocimientos de quienes, de una u otra forma, se interesan por la estrategia.

Capitán de navío
Yuri Tolmos Mantilla

Agradecimientos

Es siempre difícil agradecer a todas las personas que han contribuido con la elaboración de un libro, pues suele ocurrir que al final nos olvidamos de alguien. No obstante, aun con este riesgo, quisiera mencionar algunos nombres.

El presente libro tiene como precedente las largas conversaciones que sostuviera con el contralmirante (r) Carlos De Izcue Arnillas, con quién empezamos una aventura intelectual que nos llevó a producir dos textos que sirvieran de guía para quienes se inician en el estudio de la estrategia, y de consulta para quienes tuvieran conocimientos más avanzados. Uniendo esfuerzos, y con invaluable aporte de mi compañero de colegio y de promoción en la Escuela Naval, capitán de navío Andrés Arriarán Schäffer, pudimos culminar *Apuntes de Estrategia Operacional* (2009) y *Apuntes de Estrategia Naval* (2012).

Pero una cosa es escribir un libro y otra es publicarlo. Esto último solo fue posible gracias al empeño y dedicación del contralmirante (r) Santiago Llop Meseguer, quien como encargado de la Oficina de Desarrollo Bibliográfico de la Marina, inicialmente, y después como director de la Escuela Superior de Guerra Naval, impulsó decididamente dichas publicaciones. Pero fue más allá de eso, y me alentó a sacar una primera edición del presente libro, que apareció bajo el sello de la Escuela Superior de Guerra Naval en el 2014. Por todo ello deseo expresarle mi más sincero agradecimiento.

También quisiera agradecer a dos personas que contribuyeron en dicha edición: el general de brigada (r) Augusto Álvarez Torres, con certeras sugerencias y un valioso prólogo; y Leonardo Yupanqui Abanto, con recomendaciones para mejorar el diseño y la diagramación de dicho libro.

Esta segunda edición ha contado con el invaluable aporte del doctor y capitán de fragata (r) Jorge Ortiz Sotelo, que le ha dedicado varios meses a repasar cada detalle del libro, sus excelentes aportes e intercambio de ideas se han traducido

en numerosas contribuciones a lo largo de las páginas del trabajo definitivo. A él mi reconocimiento y aprecio, de alumno a maestro.

Finalmente, quisiera dar las gracias al capitán de navío Juan Carlos Llosa Pazos, director de la Escuela Conjunta de las Fuerzas Armadas, quien me brindó la oportunidad para que la presente edición logre concretarse, permitiéndome contribuir al conocimiento de la principal obra de este gran pensador que fue el general prusiano Carl von Clausewitz.

Pero al margen de los agradecimientos formales, cálidos y sinceros como son, no puedo dejar de mencionar a mi familia, pues su aliento y comprensión me han permitido sustraerles tiempo para poder investigar y escribir. Mi querida esposa Sara, y nuestros adorados hijos Lorenzo, Carolina, Andrea, Fabiana y Catalina.

El Autor

Algunas precisiones conceptuales

A lo largo de este libro se hace referencia a algunos conceptos que ya se definieron en un trabajo anterior (De Izcue, Arriarán y Tolmos 2012), pero para facilitar su lectura haremos una breve reseña de los mismos, incluyendo algunas anotaciones aclaratorias. Los cuadros 1 y 2 contribuirán a su comprensión.

Maniobra estratégica operacional

Es el empleo de fuerzas en el área de responsabilidad del comandante operacional, tanto con una estratagema, apuntado en jugar con la voluntad del adversario, como con acciones para obtener el objetivo. Ello se concreta a través del desplazamiento de una organización operacional en combinación con los fuegos, y mediante una adecuada combinación de esfuerzos operacionales, con la finalidad de obtener una situación favorable y multiplicar los rendimientos en relación con el enemigo que permitan el cumplimiento de los objetivos operacionales.

El comandante operacional es el encargado, de acuerdo a su experiencia y formación profesional, de concebir y diseñar la maniobra estratégica operacional, es decir, el despliegue inicial de las fuerzas para el enfrentamiento de acuerdo a un plan (Pertusio 2009: 21).

La maniobra estratégica operacional tiene como partes componentes a los objetivos estratégicos operacionales, los esfuerzos estratégicos operacionales, los objetivos operativos, las operaciones, los objetivos tácticos y las acciones tácticas.

Objetivos estratégicos operacionales

Los objetivos estratégicos operacionales (principales o secundarios) constituyen la tarea de la misión del comandante operacional, y son expresados como resultado por lograr en su área de responsabilidad.

Es a partir de estos objetivos que los comandos operacionales determinarán los diversos esfuerzos estratégicos, principales o secundarios, así como la dimensión y organización de fuerzas, que cada uno de ellos debe llevar a cabo para la obtención de dichos objetivos.

Esfuerzos estratégicos operacionales

Los esfuerzos estratégicos operacionales (principales o secundarios) son las grandes partes que componen la maniobra estratégica operacional, abarcando la combinación de una serie de operaciones, conjuntas o específicas, en procura del logro de un objetivo estratégico operacional principal o secundario. A los comandantes operacionales les serán asignados fuerzas y medios de acuerdo con los objetivos que cada uno tenga que cumplir.

Objetivos operativos

Los objetivos operativos son aquellos que se determinan de los diversos objetivos estratégicos operacionales. Son objetivos tácticos de mayor envergadura. Es a partir de ellos que se diseñan las diversas operaciones que conforman los esfuerzos estratégicos operacionales.

Operaciones

Son acciones militares mediante el empleo de parte de las fuerzas y medios asignados que tienen por finalidad el cumplimiento de objetivos operativos, los que en su conjunto satisfacen el objetivo operacional. Cada operación se descompone, a su vez, en acciones tácticas destinadas al cumplimiento de objetivos tácticos.

Objetivos tácticos

Los objetivos tácticos son aquellos que se determinan de los diversos objetivos operativos. Son objetivos cuyos efectos deseados corresponden al éxito de la ejecución de las diversas acciones tácticas.

Acciones tácticas

Es la acción que llevará a cabo una unidad, grupo o elemento de tarea, empleando su doctrina específica para la obtención de un objetivo táctico (Pertusio 2005: 37-38).

Cuadro 1

ESTRATEGIA OPERACIONAL							
Concepción y orden secuencial de la asignación de Objetivos en la Maniobra Estratégica Operacional							
Objetivos Estratégicos Operacionales	Esfuerzos Estratégicos Operacionales	Objetivos Operativos	Operaciones	Objetivos Tácticos	Acciones Tácticas		
Secundario: paralizar comercio con países limítrofes (tarea secundaria N° 1 de la misión)	Secundario	Conquistar nudo ferroviario y vial	Terrestre	Ocupación ciudad "E"	Penetración en territorio enemigo a través de zona "B"		
		Apoyo a la ocupación territorio enemigo	Aérea	Neutralización de la guarnición militar Destrucción de las instalaciones militares próximas a la ciudad "E" Defensa aérea	Incursión de comandos Bombardeo Vigilancia		
(FINALIDAD DE LA GUERRA) Objetivo estratégico militar: crear al enemigo una situación desventajosa (propósito de la misión)	Principal	Establecimiento cabeza de playa	Naval	Limpieza de obstáculos Destrucción de puntos fuertes Destrucción de instalaciones de comunicación Ocupación franja de costa Destrucción C3 y sistema logístico	Incursión de comandos anfibios Fuego naval de apoyo Incursión de comandos anfibios Asalto anfibio Asalto helitransportado		
		Consolidar y profundizar ocupación de territorio enemigo	Terrestre	Conquista y control de aeropuertos Ocupación puentes y cruce carreteras Penetración interior del territorio enemigo	Asalto aerotransportado Asalto helitransportado Desembarco buque costa		
		Apoyar operaciones anfibias y terrestres	Aérea	Destrucción puntos fuertes Apoyo cercano Defensa aérea	Bombardeo Bombardeo Vigilancia e interceptación		
		Destrucción fuerzas navales en la mar	Naval	Destrucción fuerzas navales enemigas Idem	Cobertura Patrullaje submarino		
		Destrucción unidades en puerto y facilidades logísticas	Aérea	Destrucción unidades navales en puerto Destrucción de depósitos de combustible Destrucción de arsenales navales	Bombardeo Bombardeo Bombardeo		

Fuente: Pertusio 2005:33.

Cuadro 2

Concepción y orden secuencial de la asignación de objetivos de la maniobra estratégica operacional

Concepción

Para concebir la maniobra estratégica operacional, el comandante operacional deberá deducir su misión del objetivo estratégico militar en base a las tareas asignadas en los objetivos estratégicos operacionales principales y secundarios. De los datos del cuadro, la misión del comandante operacional es la siguiente: "Ocupar la región industrial y yacimientos petrolíferos de la provincia Alfa, al sur del río Delta, paralizar el comercio en los países limítrofes y destruir la fuerza naval enemiga, con la finalidad de crear al enemigo una situación desventajosa a la iniciación de las negociaciones para el cese de las hostilidades".

Orden secuencial

1. Al recibir de la estrategia militar (Ministro de Defensa y su órgano asesor, el Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas), el propósito (objetivo estratégico militar) y las tareas (objetivo estratégico operacional), define, dentro de la ejecución de la maniobra estratégica operacional, los diversos esfuerzos estratégicos operacionales principales o secundarios que deben realizarse, y determina las fuerzas y medios a ser destinados a cada uno de ellos.
2. Determina los diversos objetivos operativos a alcanzar dentro de cada uno de los esfuerzos estratégicos operacionales principales o secundarios y diseña las respectivas operaciones.
3. Define los objetivos tácticos a alcanzar, dentro de cada una de las operaciones, y determina las acciones tácticas correspondientes para el logro de los mismos.

PRIMERA PARTE

***Entender a
Clausewitz***

¿Por qué leer a Clausewitz?

La guerra es una ciencia cubierta de tinieblas en cuya oscuridad no se avanza con paso seguro; su fundamento son la rutina y los prejuicios, secuela natural de la ignorancia. Todas las ciencias tienen principios y reglas; la guerra no los tiene, y tampoco nos lo proporcionan los grandes capitanes que han escrito sobre ella; hay que ser avezado, y es imposible formarse un juicio a partir de historiadores que sólo hablan de la guerra tal cual se las pinta su propia imaginación.

Mauricio de Sajonia, *Mes Rêveries*, 1757 (Aron 1988: 1).

Clausewitz no publicó nada en vida, salvo un artículo contra Heinrich von Bülow, unas cartas sobre la derrota prusiana de 1806 y un comentario de la campaña de 1813 hasta el armisticio, tres trabajos prácticamente anónimos. Asimismo, su obra maestra, *De la Guerra*, quedó inconclusa y nunca quiso publicarla en vida. Entonces, ¿por qué leerlo? (Aron 1988: 9).

Existen muchos autores que han escrito sobre la forma de pensar de las diversas generaciones acerca del fenómeno de la guerra, pero son pocos los que nos han enseñado a pensar sobre ella. Es difícil encontrar a quienes hayan sido capaces de percibir más allá de los fenómenos efímeros de su época y considerar la guerra no como un simple oficio, sino como una importante actividad sociopolítica, diferente a todas las demás debido al empleo recíproco de la violencia para alcanzar los objetivos políticos.

Clausewitz lo hizo, y cualquier persona que se tome el trabajo de recopilar textos sobre teoría militar, comparables a las numerosas antologías sobre el

pensamiento social, político o económico, comprobará que es difícil encontrar algo como *De la Guerra*.

Si bien muchos de los temas que se encuentran desarrollados en ese libro tratan sobre detalles tácticos y logísticos que se tornaron obsoletas pocas décadas después de la muerte de Clausewitz, en 1831, el libro en su conjunto, de acuerdo al reconocido pensador estratégico norteamericano Bernard Brodie, no es solamente el mejor sino el único libro magnífico sobre la guerra.

El fundamento de este reconocimiento, nos dice Brodie, es que (Howard y Paret 1999: 76):

Normalmente se prescinde de los clásicos porque tenemos la tendencia a suponer, en primer lugar, que por muy importantes que hubieran sido en su tiempo, no son particularmente pertinentes para el nuestro. En segundo lugar, porque cualquier sabiduría que contenga importancia para nuestra época, sin duda ha sido asimilada y aprovechada por autores posteriores. De la Guerra no se adapta a ninguno de estos postulados, y sobresale entre los libros viejos que han ofrecido ideas profundas y originales que no han sido adecuadamente asimiladas por la literatura posterior.

Existen al menos dos razones por las cuales *De la Guerra* sigue siendo el estudio más destacado sobre la guerra. La primera es que Clausewitz siempre intentó llegar a los fundamentos de cada tema que analizaba, comenzando por la naturaleza de la propia guerra. La segunda es que es el único que lo consiguió. Allí donde otros autores, que intentaron ser analíticos más que simplemente históricos, pudieron alcanzar logros muy respetables, al compararlos con Clausewitz comprobamos que simplemente no se le acercan (Howard y Paret 1999: 79).

Resaltemos que Clausewitz fue un militar que principalmente escribió para militares; y que consideraba la continuación de la guerra como algo de naturaleza inevitable y sus enseñanzas iban destinadas a generaciones de prusianos que luchaban por su patria. Sin embargo, aunque la época en la que escribió pertenezca a un lejano pasado, su genialidad hace posible que todavía continúe proporcionando tantas ideas relevantes a una generación cuyos problemas no pudo prever de ninguna forma (Howard y Paret 1999: 67). Poco apreciado en vida, aunque admirado por algunos grandes soldados, este oficial erigió una construcción intelectual que sigue en pie al cabo de casi dos siglos.

Una de las principales consideraciones que debemos tener al estudiar a Clausewitz es que medita sobre la compleja naturaleza de la guerra y rechaza, de forma expresa y vehemente, la noción de que la conducción de la guerra pueda guiarse razonablemente por medio de un reducido número de concisos axiomas (principios de la guerra), por lo cual, enfatiza que hay que evitar doctrinas que se atrevan a proporcionar un manual para la acción.

Cree en la teoría, pero solamente en cuanto proviene de un amplio estudio de la historia. La teoría debe existir para separar lo que a primera vista parece unido,

y absorber material y experiencias nuevas sin tener que partir de cero cada vez, siendo una vía para suscitar ideas organizando la experiencia en la mente. Pero lo más importante de todo es que la teoría debe servir al futuro comandante para guiarle en su proceso autodidacta, pero no para acompañarlo durante la batalla. En síntesis, es más una cuestión de entrenar la mente que llenarla de doctrina.

Por eso era importante, para Clausewitz, que la educación de los futuros comandantes fuera en base a la reflexión y el estudio. Debían engrandecer su talento natural para desarrollar la capacidad de adoptar decisiones apropiadas, mejorando sus sensibilidades intelectuales a través de la toma de conciencia de las conexiones entre los hechos alejados entre sí en el tiempo y las circunstancias. En cualquier campo, decía Clausewitz, la teoría es valiosa en la medida en que suscita esta conciencia en una forma especializada y evita que caigamos en la pedantería o el dogma (Howard y Paret 1999: 99-100).

Michael Howard señala que *De la Guerra* rara vez es leído en forma íntegra, y que Clausewitz fue demasiado modesto al describirlo como una masa informe. Asimismo, manifiesta que ninguna síntesis de su obra puede ofrecer un resumen adecuado de su pensamiento, ya que al enfatizarse ciertos aspectos se corre el riesgo de dar una falsa imagen del todo. De igual forma, la imagen que podemos tener de Clausewitz al describirlo como un científico político sofisticado sería tan errónea como catalogarlo de apóstol de la violencia. Por esta razón se debe leer *De la Guerra* totalmente (Leonard 1988: 2-3).

El escritor sobre temas estratégicos alemán más leído, Colmar von der Goltz, en su libro *La Nación en Armas* (1913: 1), señala que:

Un autor militar que, después de Clausewitz, escriba sobre la guerra, corre el riesgo de ser comparado con el poeta que tras Goethe trata de escribir un Fausto o tras Shakespeare, un Hamlet. Todo lo que cabe decir de alguna importancia acerca de la naturaleza de la guerra puede encontrarse estereotipado en las obras dejadas por el más grande de los pensadores militares.

Finalmente, si debemos concluir con una cita que aumente el interés por la lectura de la obra de Clausewitz, consideremos lo dicho por el mariscal Werner von Blomberg, ministro de guerra y jefe de las fuerzas armadas alemanas en 1937, en el prefacio a la décimo quinta edición de *De la Guerra*: "A pesar de todos los cambios en la técnica y organización militar, el libro de Clausewitz, *De la Guerra*, será siempre la base para cualquier avance significativo en el arte de la guerra" (Lanning 1999: 105).

El contexto histórico de Clausewitz

No puede interesarse por el relato de los acontecimientos tal como ocurrieron si no se interesa por los actores, y no puede interesarse en los actores si no se interesa por la finalidad que estos le daban a la existencia. La historia de los acontecimientos no tiene sentido más que para quien no es insensible a la acción de los hombres y al entrevero de sus rivalidades.

Raymond Aron (2004: 163-164).

En su libro *Etapas del Pensamiento Sociológico*, Raymond Aron, en relación a la reconstrucción de la historia, señala que (2002: 739-740):

Se puede admitir sin dificultad que todo relato histórico es una reconstrucción selectiva de lo que aconteció en el pasado. Esta selección es predeterminada, en parte, por la selección efectuada en los documentos. Somos incapaces de reconstruir una gran parte de lo que aconteció en los siglos pasados por la simple razón de que los documentos disponibles no nos permiten conocer todo lo que ocurrió. Con todo, así cuando los documentos sean abundantes, el historiador selecciona con base a valores estéticos, morales o políticos. No intentamos reconstruir todo lo que los hombres vivieron en el pasado, intentamos antes reconstruir, a partir de documentos, su existencia histórica, realizando una selección orientada por los valores vividos por los mismos hombres, objeto de la historia, y por los valores de los historiadores, sujetos de la ciencia histórica.

Al respecto, y con la finalidad de respetar los imperativos del conocimiento histórico, no debemos confundir dos tareas que son absolutamente diferentes. Por una parte, hay que tener en consideración que Clausewitz escribió para quienes

pertenecían a su universo, compartían su experiencia histórica y daban el mismo sentido a las palabras. Por la otra, la interpretación del sentido o los sentidos que su obra y su sistema tienen y adquieren para nosotros, en función de nuestro universo y de nuestras experiencias (Aron 1986: 24).

Carl Philipp Gottlieb von Clausewitz nació el 1 de junio de 1780, en Burg, cerca de Magdeburgo, 70 millas al suroeste de Berlín. Fue el menor de cuatro hijos de una familia burguesa, que repentinamente solicitó su título nobiliario apoyándose en su fuerte tradición familiar (Paret 1992: 201). Su padre, el teniente Friedrich Gabriel von Clausewitz, pertenecía a la clase media y se había retirado del ejército después de participar en la Guerra de los Siete Años (1756-1763), en la cual Federico el Grande tuvo la necesidad de admitir en el cuerpo de oficiales a personas de dicha clase social, cuando históricamente había estado conformado sólo por miembros de la pequeña nobleza y propietarios de tierras (*junkers*). Por lo tanto, a pesar de haber pasado Clausewitz su vida dentro de ese selecto grupo, siempre tuvo, en su temperamento, el sentimiento de no pertenecer a él.

Clausewitz vivió en el periodo comprendido entre las guerras revolucionarias y napoleónicas (1792-1815), habiendo recibido su bautizo de fuego a los trece años cuando el ejército prusiano formaba parte de la Primera Coalición contra los ejércitos de la Primera República Francesa.

Fue a los veinte años de edad, en 1801, que realmente empezó su carrera al ser transferido a la Escuela de Guerra, en Berlín, bajo la dirección del general Gerhard von Scharnhorst.

Fue precisamente Scharnhorst quien se dedicó a buscar las causas por las cuales el ejército francés se mostraba tan exitoso. Se preguntaba cómo era posible que una turba sin adiestramiento, indisciplinada, comandada por oficiales deficientes, sin un sistema de abastecimientos adecuados, pudiera derrotar a los ejércitos profesionales de las naciones europeas. Llegó a la conclusión que el éxito del ejército francés estaba íntimamente ligado a la transformación sufrida por la sociedad que estaba detrás de él, con el surgimiento de la nación francesa. Por lo tanto, era indispensable el estudio del contexto político, social e histórico en el que había aparecido ese nuevo ejército para poder estar en la capacidad de enfrentarlo y vencerlo. Rápidamente Clausewitz se apegó a Scharnhorst y sus ideas, las cuales fueron compartidas por el grupo de reformadores militares que modelarían el futuro ejército prusiano.

Al formarse Clausewitz como el primero de su clase, en 1803, fue designado ayudante del príncipe Augusto. En 1806, cuando Prusia volvió a entrar en guerra con Francia, fue hecho prisionero junto con el Príncipe después de la catastrófica batalla de Auerstadt (14 de octubre de 1806). Ambos permanecieron exiliados en Francia hasta 1808, siendo repatriados después de la paz de Tilsit. Esta humillante experiencia le generó una aversión por todo lo que fuera francés para el resto de su vida.

A su regreso a Prusia se casó con Marie von Brühl, culta joven perteneciente a la nobleza, con quién mantuvo una larga y apasionada correspondencia en la cual fue manifestando muchas de sus ideas. Ella se identificó completamente con su trabajo y, tras quedar viuda, organizó y publicó, entre 1832 y 1837, *Hinterlassene Werke des Generals Carl von Clausewitz über Krieg und Kriegführung*, lo que todavía sigue siendo la edición más completa de su obra.

Junto con Scharnhorts, en el centro del grupo de reformadores militares, entre los que se encontraban Grolman, Boyen y Gneisenau, trabajó en remodelar la estructura militar prusiana. Fue en estas circunstancias que, en 1812, el rey de Prusia estableció una alianza con Francia, que Clausewitz detestó. Esto ocasionó que dejara el ejército prusiano y ofreciera sus servicios al zar Alejandro I, de Rusia, en el momento en que los franceses invadían su imperio.

Fue testigo de excepción de la desastrosa campaña de Napoleón de 1812, en la cual recomendó, en las deliberaciones alrededor del zar Alejandro I, evitar las batallas (Aron 1986: 54). En la primavera de 1813 el rey de Prusia abandonó su alianza con Napoleón y Clausewitz regresó a Berlín para seguir su trabajo con Scharnhorst.

Al inicio de la campaña prusiana de 1813, Clausewitz acompañó al ejército, pero le fue negada la función del comando, debido a que el rey no le había perdonado que se hubiera pasado al ejército ruso. Sirvió primero en el cuartel general de Blücher, participando en la batalla de Lützen (2 de mayo de 1813), donde Scharnhorst recibió una herida de la cual murió semanas más tarde (Aron 1988: 43). Al serle devuelto el privilegio de reincorporarse al ejército como oficial sólo tuvo una participación secundaria en la campaña que concluyó con la derrota de Napoleón en Waterloo, con lo cual sus esperanzas de obtener la gloria en el campo de batalla desaparecieron.

Tras la muerte de Scharnhorts el ala renovadora del ejército prusiano pasó a ser liderada por August von Gneisenau, nombrado comandante en jefe de las fuerzas prusianas del oeste, siendo Clausewitz su jefe de Estado Mayor y su amigo más íntimo. Su cuartel general, en Mainz, adquirió en Berlín una reputación de nacionalista, la cual no era bien vista y considerada peligrosa por la independencia de pensamiento. Estas fueron las razones por las cuales tanto Gneisenau como Clausewitz fueron transferidos a Berlín, donde podrían ser vigilados más cercanamente.

En estas circunstancias, el 9 de mayo de 1818, Clausewitz fue nombrado director de la Escuela de Guerra, pero no tuvo oportunidad de influenciar en el pensamiento del cuerpo de oficiales ya que sus tareas fueron puramente administrativas, permaneciendo durante doce años dedicado a escribir sobre las campañas napoleónicas y a desarrollar los esbozos de *De la Guerra*.

Esos esbozos estaban aún incompletos cuando, el 19 de agosto de 1830, fue designado inspector de artillería en Breslau y, posteriormente, el 6 de marzo de

1831, jefe de Estado Mayor de Gneisenau, el cual ejercía el comando del ejército prusiano, cuando los levantamientos en Francia y Polonia presagiaban la explosión de una nueva guerra.

Cuando pasó ese peligro, uno nuevo amenazaba a Prusia, la epidemia de cólera, y Clausewitz fue designado para organizar un cordón sanitario para contener el avance hacia su patria. El 24 de agosto falleció Gneisenau, víctima de cólera y el 7 de noviembre Clausewitz regresó a Breslau, donde contrajo dicha enfermedad que le produjo la muerte en menos de veinticuatro horas, el 16 de noviembre de 1831, a la edad de 51 años (Aron 1986: 59).

El ámbito geopolítico

En el tiempo que Clausewitz desarrollaba sus conceptos a cerca de la guerra, Napoleón ya había vivido su primer exilio en la isla de Elba, y los triunfadores de las guerras napoleónicas (Austria, Rusia, Prusia y Gran Bretaña) se habían reunido en Viena, en setiembre de 1814, con la finalidad de planear el futuro de la posguerra. El llamado Congreso de Viena continuó en reunión durante la fuga de Napoleón de Elba y su derrota final en Waterloo. En ese momento la necesidad de establecer de un nuevo orden internacional se había tornado más urgente (Pertusio 2010: 11), por lo cual las decisiones geopolíticas que se tomaran sobre los estados alemanes eran de vital importancia.

Y es que después del fracaso de los Habsburgo por alcanzar la hegemonía en Europa Central, en la Guerra de los Treinta Años (1618-1648), Austria desistió de dominar toda Alemania, y ya en 1806 el resquicio de lo que era el Sacro Imperio Romano había sido abolido. Sin embargo, Austria todavía era el estado alemán más poderoso y quería evitar que cualquier otro, específicamente Prusia, asumiese el histórico papel austriaco de liderazgo.

Y a Austria le sobraban motivos para sentirse amenazada. Desde que Federico el Grande tomara Silesia, en 1740, al inicio de la Guerra de Sucesión Austriaca, la pretensión de Austria de liderar los estados alemanes había sido detenida por Prusia. Una diplomacia implacable, dedicación a las artes militares y un alto sentido de la disciplina, movieron a que Prusia, a lo largo de un siglo, pasara de principado de segunda, en la árida planicie del norte de Alemania, a un reino, todavía inferior a las grandes potencias, pero militarmente notable. El extraño formato de sus fronteras se extendía por el norte de Alemania desde el este parcialmente polaco hasta la Renania (que era separada del territorio original de Prusia por el reino de Hanover), dando al Estado prusiano un fuerte sentido de misión nacional.

Las relaciones entre los más importantes estados alemanes (Austria y Prusia), y las de ellos con los demás estados alemanes, eran claves para la estabilidad europea. En realidad, por lo menos desde la Guerra de los Treinta Años, las disposiciones internas de Alemania ofrecían a Europa el mismo dilema: siempre

que débil y dividida, Alemania incitaba a los vecinos, mayormente a Francia, al expansionismo. Al mismo tiempo, la perspectiva de la unidad alemana aterrorizaba a los países vecinos.

El recelo de Armand Jean du Plessis, cardenal-duque de Richelieu (1585-1642), nombrado secretario de Estado francés en 1616 y cuya política exterior fundamental fue contrarrestar el poder de la dinastía austro-hispánica de los Habsburgo, entonces reinante en España y en el Sacro Imperio Romano Germánico, sobre la posibilidad que una Alemania unificada pudiese dominar Europa y someter a Francia, fue visto con anterioridad por un observador inglés que escribió en 1609: "En relación a Alemania, si fuese enteramente subordinada a una monarquía, sería terrible para todo el resto" (Kissinger 1999: 83-84). Históricamente, Alemania ha sido demasiado débil o demasiado fuerte para la paz de Europa.

Por estas razones, los arquitectos del Congreso de Viena concluyeron que para que Europa Central tuviera paz y estabilidad sería necesario deshacer el viejo trabajo de Richelieu de los años 1600. Richelieu había creado una Europa Central débil y fragmentada, dando a Francia la tentación de cruzar sus límites y transformándola en un campo de juego para el ejército francés. En vista de esto, decidieron solidificar, pero no unificar, a la Alemania.

Austria y Prusia eran los principales estados germánicos, seguidos por varios otros de tamaño medio como Baviera, Wuttemberg y Sajonia, los mismos que fueron aumentados y reforzados. Los más de 300 estados que existían antes de Napoleón se vieron consolidados en 30, y unidos en una nueva entidad llamada Confederación Germánica. Proveyendo una defensa común contra la agresión externa, la Confederación Germánica se mostró una ingeniosa creación. Era demasiado fuerte para ser atacada por Francia, pero muy débil y descentralizada para amenazar a sus vecinos. La confederación balanceaba la fuerza militar superior de Prusia y el prestigio y legitimidad superiores de Austria. Su objetivo era evitar la unidad alemana en una base nacional, mantener los tronos de los varios príncipes y monarcas alemanes, y prevenir la agresión francesa (Kissinger 1999: 81-84).

En este contexto, Clausewitz describe a la Europa de sus tiempos haciendo referencia al equilibrio de poder, en el cual los grandes y pequeños intereses de los Estados y pueblos se entrecruzaban de la forma más variable, pero en el que primaba la tendencia hacia el mantenimiento del *statu quo*.

Ese *statu quo* reflejaría un estado de equilibrio que mantendría el orden existente, siempre y cuando la situación original fuese de calma. De producirse situaciones que pudieran afectar su estabilidad podría generarse un cambio, pero que afectaría a unos pocos y nunca a la mayoría de los estados, ya que estos considerarían que el interés colectivo siempre representaría y garantizaría su estabilidad.

Clausewitz afirma que si no hubiera existido el esfuerzo común en pro del mantenimiento del *statu quo*, nunca hubiera sido posible que varios estados civilizados coexistieran pacíficamente a lo largo de un periodo de tiempo. Habrían acabado fusionándose en un único Estado. El hecho que Europa, tal y como la conocía, haya existido durante más de mil años sólo podía explicarse por la acción de estos intereses generales; y si la seguridad colectiva no siempre había sido suficiente para mantener la integridad de cada Estado en particular, esto debía atribuirse a las irregularidades de la vida del sistema como un todo, que en lugar de destruirlo fueron absorbidos por él (*De la Guerra*: VI, 6, 550).

Este era el contexto internacional en los tiempos en que Clausewitz escribía *De la Guerra* con la finalidad de ofrecer las mejores recomendaciones a sus compañeros de armas ante la eventualidad de que Prusia sufriera una nueva agresión externa.

El ámbito intelectual

Clausewitz fue producto de su época, el siglo de las luces (siglo XVIII) y del romanticismo alemán, en el que la razón estaba sustituyendo a la superstición y las costumbres como criterio del juicio humano, y si bien las guerras todavía seguían siendo consideradas como una actividad cruel e incierta, no habían sido ahorrados esfuerzos para aplicar en ella principios científicos.

La situación en Prusia después de la Guerra de los Siete Años (1756-1763) era de una profunda aversión a la guerra, debido a que la destrucción ocurrida dentro de su territorio fue grande, y tanto el Estado como el pueblo se empobrecieron. Asimismo, al licenciar Federico el Grande al personal de clase media que había formado parte del cuerpo de oficiales durante la misma (entre los que se encontraba el padre de Clausewitz), el pueblo pasó a considerar la probabilidad de algún conflicto como algo exclusivo del rey y que no le era de su competencia.

La Paz Perpetua de Emmanuel Kant, de 1795, y obras de muchos otros escritores de su época, generaron las ideas que planteaban que si el Estado y los negocios estaban en manos de gente racional se podría disfrutar de una paz en forma permanente. Sin embargo, esta opinión no era compartida por los escritores militares de carrera.

Estos se encontraban avocados en desarrollar principios racionales basados en datos cuantificables para poder ser empleados en las operaciones militares, que permitieran eliminar el azar y la incertidumbre. Mediciones topográficas y geográficas, cálculos logísticos, tablas de marcha, relación geométrica entre líneas de abastecimiento y el frente de batalla, o entre los ejércitos y sus bases, permitirían iniciar las operaciones militares con precisión y desarrollar la guerra sin disparar un único tiro, es decir, una guerra de maniobra.

Hay que precisar que en las guerras del siglo XVII y hasta la Guerra de los Siete Años (1756-1763) la característica que presentaban los ejércitos era la de ser organizaciones destinadas a concentrar la mayor cantidad de fuego posible en el campo de batalla a través de la infantería, apoyada cada vez mejor por la artillería. La caballería, aunque importante, era considerada como auxiliar.

La necesidad de concentrar el fuego trajo el empleo de tácticas lineales, es decir, largas filas de soldados disparándose a quemarropa, creaba un espectáculo monstruoso que los comandantes de las costosas fuerzas regulares, trataban de evitar si les era posible.

Asimismo, para poseer la capacidad de fuego adecuada, los ejércitos tenían la necesidad de tener líneas de abastecimientos que restringían su movilidad, ya que a pesar de llevar suficiente cantidad de alimentos para la tropa, forraje para los animales y, de ser necesario, requisar las cosechas locales, el abastecimiento de munición estaba supeditado a un pequeño número de caminos disponibles para el transporte de convoyes. Todas estas limitaciones, propias de la época, hacían que las campañas en el ámbito europeo tuvieran, la mayoría de las veces, una duración de seis meses, de mayo a octubre.

De esta manera, no es de extrañar que los comandantes que tuvieron la responsabilidad de llevar a cabo las operaciones militares, y los teóricos militares de la época, pensaran que la campaña ideal era la de una guerra de maniobras, desarrollada de preferencia en territorio enemigo, para vivir de sus recursos y no agotar los propios. Este era el pensamiento que Clausewitz, a la luz de las conclusiones sacadas de las guerras de la revolución y napoleónicas y, sobre todo, después de la destrucción del ejército prusiano en la batalla de Jena (14 de octubre de 1806), trataba de derrumbar.

Todo esto ocurría en el momento en que los filósofos empezaban a desarrollar la idea de que el hombre no absorbía pasivamente los conocimientos, sino que a través de un proceso de observación los creaba y moldeaba el mundo a través de su propia percepción. Era un ambiente especial, donde se mezclaban el pensamiento de poetas, como Goethe y Schiller, las teorías del arte de Lessing y la de los filósofos, especialmente Kant. Clausewitz no fue ajeno a todo ello. Sin embargo, todo el gusto de Clausewitz por las definiciones, la búsqueda de nociones abstractas, todo lo que el asociaba con la edificación de una ciencia, no supone el conocimiento de la filosofía de Kant en sus caracteres específicos (Aron 1988: 334).

El interés de Clausewitz por la educación tuvo que haberlo puesto en contacto con esas ideas, las mismas que influyeron en su forma de pensar y reflexionar. De todo ello llegó a la conclusión que el educar no consistía en una mera cuestión de compartir conocimientos, sino de utilizarlo para desarrollar la personalidad humana y el juicio, y de ese modo obtener un desempeño perfecto.

En ese sentido, no podían existir leyes científicas en la guerra, porque ella era un conflicto de voluntades y de fuerzas morales. El éxito de un futuro comandante no dependería del conocimiento de reglas o principios, sino de aquel que, aprovechando su genio, las creara. El azar, las incertidumbres y el peligro, que hacían de la guerra tan imprevisible e incontrolable, no deberían ser obstáculos a ser eliminados, sino oportunidades para ser aprovechadas. Si las guerras de maniobra del siglo anterior habían reducido la guerra a algo absurdo para él, Napoleón demostró que la guerra era algo diferente, y Clausewitz se encargó de conceptualizarla.

Pero había algo más importante aún, Clausewitz al igual que Scharnhorst, o tal vez motivado por él, se dio cuenta que el análisis sobre el éxito o fracaso de las operaciones no podría ser realizado exclusivamente en el ámbito militar, y para que las decisiones tuvieran algún valor práctico, tendrían que ser efectuadas en un nivel mucho más profundo, el político.

El ámbito político

La política tenía que cumplir su rol principal, y el planteamiento o el propósito final de cualquier campaña era un problema que debía ser solucionado por ella. Y era precisamente en la transformación política, como lo considero Scharnhorst, que se había sustentado el éxito del ejército francés, que rompió las reglas militares usuales en la guerra al poner de lado todas las restricciones políticas y económicas de la época.

Sus tropas estaban formadas de voluntarios y conscriptos, en cantidades ilimitadas, cuyo servicio era casi gratuito. En campaña, saqueaban para obtener sus alimentos, y si desertaban había muchos para sustituirlos. Mal adiestrados en tácticas lineales, las reemplazaron por una combinación de escaramuzas en las cuales disparaban libremente apoyados por la artillería en proporciones cada vez mayores y, adiestraron a la caballería para efectuar persecuciones implacables. Hay que recordar que en estos enfrentamientos, mientras duraba la batalla, las bajas en uno y otro bando eran más o menos similares, el aprovechamiento de la persecución para capturar cañones y soldados, y para desorganizar al enemigo, era un logro mucho mayor que las bajas en el campo de batalla.

Este ejército era un instrumento que sólo podría ser empleado por un gobierno que estuviese dispuesto a disponer de hombres y recursos sin restricciones y, apoyado por un pueblo que se identificase con sus propósitos, dispuesto al sacrificio exigido. Este fue el instrumento que utilizó Napoleón. Es así que los franceses debieron sus triunfos no a la superioridad como pueblo sino a la superioridad numérica, a un nuevo modo de combatir, al talento de sus generales y, en definitiva, al genio de Napoleón (Aron 1986: 45).

Clausewitz no ha dicho otra cosa en *De la Guerra*. Analizó estos aspectos, y llegó a la conclusión que ésta nueva forma de realizar la guerra difería de las que la habían precedido. Advirtió que esta nueva forma de guerra debería ser el modelo a considerar para la conformación de los nuevos ejércitos, si es que no querían ser destruidos; y si una transformación política era necesaria para participar con éxito en una futura guerra y no tener nuevamente la ingrata experiencia de 1806, era el precio que se debía pagar.

¿Qué buscaba Clausewitz?

Nada es peor que el salto hacia lo desconocido que representa una acción militar aislada de su contexto político, en la esperanza "aventurista" de un milagro no preparado.
General André Beaufre (1970: 106).

Clausewitz se propuso analizar el fenómeno de la guerra y, en cierta forma, como lo hizo Montesquieu en *El Espíritu de las Leyes*, buscó sus rasgos universales a través del análisis de sus diversas variedades históricas (Aron 2009: 34). Estudió los acontecimientos que abarcaron 75 años de historia militar, comenzando con la guerra de sucesión austriaca (1740-1748), que fue la primera de las guerras de Federico el Grande, hasta Waterloo. Para él, la historia reciente era relevante debido a que no solamente era mejor conocida, sino que las condiciones, como el armamento y la organización de los ejércitos, también eran parecidas (Howard y Paret 1999: 104). En este estudio llegó a la conclusión fundamental en el desarrollo de su obra, que si la forma como se desarrollaron las guerras napoleónicas no podían ser comparadas con las guerras del pasado, éstas tampoco podían establecer modelos para el futuro.

Los problemas que estudió no eran nuevos, y Clausewitz tampoco estaba interesado en dar soluciones nuevas para ellos. Lo que pretendía era clarificar fenómenos bien conocidos y presentarlos de tal manera que pudieran enlazarse con la teoría, mientras los propios conceptos de esos fenómenos constituían la estructura teórica general. Por ejemplo, la invención del término "fricción". Todo el mundo sabe que los cambios inesperados en el tiempo, las órdenes mal interpretadas y los accidentes, pueden afectar los acontecimientos. Agrupando todos estos sucesos bajo el concepto de fricción, Clausewitz los transformó de un

significado familiar de casualidad, a unos componentes firmes de una descripción analítica que pretende dar explicación de su contenido.

Clausewitz buscó dos objetivos esenciales: primero, penetrar a través del análisis lógico hasta la misma esencia de la guerra absoluta, es decir la guerra ideal, según el concepto filosófico de la época; y segundo, comprender la guerra en sus múltiples formas, como fenómeno social y político, así como sus aspectos estratégicos, operacionales y tácticos. De esta manera, deseaba identificar los elementos permanentes de la guerra y comprender su funcionamiento (Paret 1992: 210).

Pero, ¿para quién escribía Clausewitz? Expresó su modesta esperanza de que su libro no fuera olvidado después de dos o tres años, y que pudiese ser consultado más de una vez por aquellos interesados en el asunto. Pero su principal preocupación era ayudar a sus compatriotas. Era miembro del cuerpo de oficiales prusianos, leal a la dinastía Hohenzollern y consciente de los problemas que esta enfrentaba para llegar a una solución acorde con las corrientes políticas desencadenadas por la Revolución Francesa. Creía que la amenaza de una agresión francesa había sido contenida por las naciones europeas en 1814 y 1815, pero no eliminada, y si procuró entender la guerra en teoría, era solamente para asegurar que, en el futuro, Prusia y sus aliados fueran capaces de enfrentar más rápida y eficazmente a cualquier enemigo.

Por encima de todo, Clausewitz era un soldado escribiendo para sus colegas de profesión, no un académico dando una conferencia en una facultad de ciencias políticas. Limitó deliberadamente su análisis a lo que fuese de utilidad inmediata a un comandante que estuviese planeando una campaña. Como hombre práctico, desaprobaba el empleo de abstracciones que no estuvieran directamente relacionadas con los hechos de la situación, las proposiciones que no pudiesen ser aclaradas a través de ejemplos y al material que no fuese pertinente al problema que estuviese examinando. Es decir, como pensador, buscaba penetrar en la esencia del asunto que tenía en mente. Estaba siempre preocupado en relacionar la teoría a la acción, e ignoraba deliberadamente todos los aspectos que no fuesen directamente pertinentes a la conducción del tipo de guerra con la cual estaba familiarizado.

Sobre esto señala (*De la Guerra*: II, 2, 261-262):

La conducción de la guerra nada tiene que ver con la producción de cañones y la preparación de la pólvora a partir del carbón, del azufre, del salitre, del cobre y del estaño. Sus cantidades conocidas son las armas que están listas para ser utilizadas y su eficacia. La estrategia utiliza los mapas sin preocuparse con los levantamientos trigonométricos. Ella no procura saber cómo un país debería estar organizado y como un pueblo debería estar adiestrado y gobernado para obtener los mejores resultados militares. Se aceptan estas cosas tal como se presentan en el conjunto de

naciones europeas y se dirige la atención sólo hacia las circunstancias poco comunes que ejercen una influencia marcada sobre la guerra.

De esta manera, Clausewitz sacrificó deliberadamente la universalidad en beneficio del pragmatismo y de la simplicidad. Puede, sin embargo, haber dudas con relación a saber si era consciente de cuánto estaba dejando de lado. Es muy fácil, después de dos guerras mundiales, criticar una teoría de guerra que excluyó todas las consideraciones con relación a la base económica que torna realmente posible el sustento de la guerra, pero para hacer esto no es preciso solamente invocar la sabiduría del conocimiento adquirido a través de los hechos ocurridos. Clausewitz habría que haber tenido una visión muy estrecha de la naturaleza de la guerra para estudiar el periodo napoleónico tan intensamente como lo hizo, sin tener en consideración el papel desempeñado en la estrategia de Napoleón, y tal vez en su caída, por el Sistema Continental (tentativa de Napoleón de utilizar los instrumentos económicos, así como militares, para consolidar y ampliar sus conquistas).

Por eso, la forma como ignora la dimensión marítima de la guerra es impresionante, pero no sorprendente. Los océanos estaban más allá de sus horizontes culturales. Lo más curioso es que un especialista prusiano en cuestiones militares, cuyo país se había transformado en una gran potencia militar, tanto a través de la competencia en la administración económica como en las victorias militares, ignorara una dimensión de las cuestiones militares que estuvo en primer plano en la mente del soldado, político y ciudadano prusiano desde los tiempos de Federico Guillermo I de Prusia (1688-1740).

Tal vez esa visión unilateral refleje las limitaciones de la propia personalidad y de los intereses de Clausewitz. Es más probable que haya sido el impacto de las grandes campañas napoleónicas lo que modeló su carrera y dominó su pensamiento; campañas cuyo desarrollo dramático y cuyos resultados catastróficos dejaron de lado las preocupaciones rutinarias y aburridas del presupuesto y la administración militar, que tanto obsesionaban al antiguo ejército prusiano. Cuando se analiza lo que realmente es importante, se verifica que es la competente conducción de las operaciones, y los hechos ocurridos durante la vida de Clausewitz demostraron esto claramente, y no las cuestiones más profundas relativas al financiamiento, elaboración del presupuesto, adquisiciones y administración militar, a lo que se debe dar atención con máxima urgencia.

La actitud de Clausewitz, al ignorar la dimensión económica de la guerra, por lo menos en parte, era deliberada. Su omisión en relación a la dimensión tecnológica fue inconsciente y más fácilmente comprensible. Como la mayoría de sus contemporáneos inteligentes, percibió muy bien que había nacido en una era revolucionaria, que probablemente iba a transformar, para mejor o peor, toda la estructura política de la sociedad europea. Pero no podía evaluar más que otro que estaba viviendo en la víspera de una transformación tecnológica de

ámbito todavía más amplio. La conducción de la guerra es determinada, encima de todo, por dos factores: la naturaleza de las armas disponibles y la manera de transportarlas.

Lo primero había permanecido estable por cien años, lo segundo, por mil. En los tiempos de Clausewitz, como en los de Julio César, la logística era determinada por la velocidad y la resistencia de los hombres en marcha y de los animales de tracción. Las tácticas eran determinadas, como en la época de Marlborough (1650-1722), por las armas de fuego, cuyo alcance eficaz era de 50 metros y por los cañones con un alcance de 300, y, mientras hubiesen ocurrido avances significativos durante el siglo anterior, avances cuya importancia Clausewitz analiza de manera extremadamente interesante a lo largo de *De la Guerra*, no había motivos para esperar la transformación en el transporte como en el armamento. Esto solo comenzó a producirse en la década siguiente a su muerte, con la evolución de los ferrocarriles y con la introducción de las armas de fuego de retrocarga y tubo rayado.

En consecuencia, Clausewitz buscó emplear la teoría como una herramienta para descubrir lo esencial de cualquier actividad, es decir, los elementos eternos, y distinguirlos de sus características temporales. En su análisis, descubrió que la violencia y el impacto político eran dos de las características permanentes de la guerra. Otras, eran el libre juego de la inteligencia humana, la voluntad y las emociones. Estas eran las fuerzas que dominaban el caos de la guerra y no los dispositivos esquemáticos como la base de operaciones de Bülow o la operación por líneas interiores de Jomini (Howard y Paret 1999: 32-33).

Al escribir *De la Guerra*, Clausewitz consideró estas características permanentes y como influenciaban en la sociedad de los estados de su época, que al poseer ejércitos con armamentos y organizaciones similares, sólo podrían obtener ventajas en la capacidad de los comandantes, la preparación del ejército y la voluntad del pueblo (Aron 2009: 94).

Si la capacidad de los comandantes era tan importante, había que explicar cómo las características emocionales y morales eran manejadas de forma adecuada por éstos, y lo indispensable que resultaba el que poseyeran una gran originalidad, capacidad de mente y temperamento, para lo cual desarrolló el concepto de genio.

Sobre el particular, resaltó el que hasta este genio tenía un límite a la posibilidad de que su brillantez de mando compensara la inferioridad numérica. La superioridad numérica, puntualizó, es de importancia fundamental, pero sólo era válida si se utilizaba la mayor fuerza posible en el lugar y momento elegido. Clausewitz resalta este punto porque para la mayoría de los historiadores militares, hasta finales del siglo XVIII, el tamaño de los ejércitos parecía no tener mayor importancia (Howard y Paret 1999: 109).

Asimismo, es importante al leer a Clausewitz, tomar en consideración que en la coyuntura de Europa a comienzos del siglo XIX Francia era el estado perturbador del sistema, y Prusia no se había elevado todavía al estatus de gran potencia sino sólo por sus gastos militares, fuera de proporción con respecto a sus recursos y superiores a los de las otras potencias. Por eso, en *De la Guerra* tenemos que rescatar las ideas abstractas, rectoras de su sistema, en las que trató de explicar los componentes políticos de la estrategia, el fin, el camino y la voluntad, y evaluarlos a la luz de nuestras propias realidades (Aron 2009: 131-132).

Finalmente, hay que precisar que Clausewitz, en razón de su método, no tiene en cuenta en cada uno de sus análisis todos los elementos de un problema. Enfatiza un elemento, o bien sigue la lógica de un razonamiento que le permite comparar de manera valedera los diferentes aspectos de un problema. Es por ello que hay que tener cuidado de no abordar frases aisladas del contexto (Aron 1986: 19).

La importancia de la teoría

Te regalo mis conocimientos sobre las acciones de los grandes hombres, adquiridos a través de una amplia experiencia de las cosas modernas y una repetida lectura de las antiguas... para que tengas la posibilidad de aprender, en poquísimo tiempo, lo que a mí me ha costado tantos años y tantas dificultades y peligros llegar a conocer.

Nicolás Maquiavelo a Lorenzo de Médicis
(Maquiavelo 2008A: 35-36).

Sobre este tema, Clausewitz señala lo siguiente (*De la Guerra*: II, 2, 258):

La teoría no puede equipar la mente con fórmulas para resolver problemas, tampoco puede señalar la estrecha senda en la cual se supone que se encuentra la única solución... Pero le otorga a la mente una idea acerca de la gran masa de fenómenos y de sus relaciones... El especialista que ha dedicado la mitad de su vida a dominar todos los aspectos de una materia compleja tiene más probabilidades de avanzar que quien trata de dominarla en poco tiempo. La teoría existe para que uno no necesite empezar siempre desde el principio clasificando el material y sumergiéndose con él, sino que lo encontrará al alcance de la mano y bien ordenado. Tiene por fin educar a la mente del futuro Comandante, no para acompañarlo al campo de batalla.

Para precisar la forma como consideraba Clausewitz a la teoría tenemos que remontarnos a la creación de la Escuela de Guerra prusiana, la cual estuvo a cargo del general Gerhard von Scharnhorst. Educador más que profesor dogmático, a través de sus estudios históricos y su experiencia militar, Scharnhorst reconoció la interdependencia entre la guerra y la política, considerando al ejército como un instrumento al servicio de la nación.

Scharnhorst priorizó, en su enseñanza, el carácter único de cada situación militar y recomendó a los alumnos desarrollar sus propias capacidades, en lugar de aplicar dogmas. Como la finalidad de la Escuela era formar la personalidad de los alumnos, los profesores debían limitarse a aconsejarles, sin importarles sus propios pensamientos (Clausewitz 2005: XV-XVI).

Con este precedente, Clausewitz concibe que la mente puede utilizar plenamente sus talentos innatos para comprender lo que es correcto y verdadero, como si se tratase de una sola idea formada por la presión que ejercen conjuntamente, como si fuese una respuesta al desafío inmediato más que un producto del pensamiento. Para él, la finalidad última de la educación no consistía en la transmisión de saberes técnicos, sino en el desarrollo de juicios independientes, lo que se convirtió en uno de los fundamentos más importantes en el trabajo teórico de su obra (Howard y Paret 1999: 30).

La conducción de la guerra no debería tolerar la elaboración de una enseñanza positiva (considerada como una ciencia con axiomas y principios) por tres razones principales: la acción recíproca de las fuerzas, la influencia e indeterminación de las magnitudes morales, y la singularidad y complejidad de cada situación en la cual toma sus decisiones cada actor. Pensaba que era un error creer que la guerra podía ser dominada mediante el cumplimiento de este o aquel conjunto de normas. La variedad y el cambio constante en la guerra jamás podían ser captados completamente por un sistema. Cualquier simplificación dogmática no hacía más que falsear la realidad (Howard y Paret 1999: 27).

La teoría debería quedarse con términos simples y observaciones sencillas sobre la dirección de la guerra, evitando pretensiones espurias y exhibiciones impropias de fórmulas científicas y compendios históricos. Debía atenerse a su objeto y no apartarse nunca de quienes deben dirigir las batallas a la luz de su sabiduría innata (Howard y Paret 1999: 103). La teoría no dictaba reglas al genio, así como el genio no actúa fuera ni por encima de las reglas. La teoría aclara las reglas que el genio aplica espontáneamente (Aron 1988: 268).

Considerando la teoría, de la forma como la comprendía Clausewitz, no existía una teoría de la conducción de la guerra válida en todas las épocas, sino varias teorías, tan diferentes como las prácticas cuyos principios o costumbres ellas elaboran. Cada época habría tenido sus guerras específicas, sometidas a condiciones limitativas; cada época habría tenido, pues, su propia teoría, aunque siempre se haya propendido, tarde o temprano, a elaborarla según principios filosóficos. Advertía sobre la importancia de juzgar los acontecimientos de cada época teniendo en cuenta sus características, ya que no se puede comprender ni juzgar a los jefes militares sino situándolos en su tiempo y teniendo en cuenta los medios de que disponían, las metas que se proponían y los prejuicios o maneras de pensar que limitaban su campo de lo posible (Aron 1986: 301).

Según Bernard Brodie, Clausewitz planteaba que si bien en la teoría de la guerra no había ninguna fórmula lo bastante universal como para merecer el nombre de ley, podría ser útil la aplicación de ciertos principios y reglas, más a la táctica que a la estrategia, siempre y cuando los tengamos en cuenta sólo como apoyo, y no como dogmas a ser aplicados a cada situación (Howard y Paret 1999: 101).

A diferencia de otras actividades humanas, si subsistiera una teoría de la guerra para designar el conjunto de conocimientos que requiere la conducción de la guerra, sería considerada por Clausewitz como el esfuerzo científico por elaborar los conceptos principales de esta actividad, o sea para pensar clara y distintamente sobre ella.

Clausewitz fue teórico de un arte que se cultiva por el estudio y la reflexión, y que no se aprende. Aparece más como un preceptor de jefes militares que como maestro de escuela. Precisamente porque quería abarcar todos los aspectos orgánicamente ligados al objeto guerra, porque combinaba el uso de los conceptos abstractos con el análisis pormenorizado de coyunturas, porque negaba las leyes, pero enumeraba múltiples principios, máximas condicionales o reglas con excepciones, ofrece argumentos para todo el mundo. La crítica encontrará la explicación del triunfo o la derrota en una de estas fórmulas de bronce, origen de su gloria y los malentendidos (Aron 1988A: 7).

Clausewitz puntualizó que no debía producirse conflicto entre el sentido común y la teoría válida, ya que ésta se apoyaba en el sentido común y el genio, o les daba significado. Lo que hace el genio, nos decía, es la mejor regla, y la teoría no puede hacer nada mejor que describir el cómo y el por qué de cada caso. De allí que la teoría y sus doctrinas resultantes quedan subordinadas al talento creativo y a las proposiciones universales de la razón y del sentimiento que expresan. El talento y la práctica nunca pueden ser producto de la teoría (Howard y Paret 1999: 33).

En síntesis, ni aún la teoría más realista podrá coincidir con la realidad. De allí que todos los intentos por establecer reglas preceptivas carecen de sentido en una actividad como el combate, así como la teoría militar nunca podrá ser inmediatamente utilitarista. Toda la teoría puede ofrecer al soldado puntos de referencia y criterios de evaluación en áreas específicas de acción, pero no decirle cómo actuar, sino desarrollar su juicio.

Este perfeccionamiento del juicio y la actuación individual era lo que constituía la función pedagógica de la teoría para Clausewitz, y no la elaboración de reglas para ser aprendidas de memoria (Howard y Paret 1999: 36). Su mayor temor era crear una teoría militar que no tuviese valor en el mundo real de la acción militar, y que, por eso, fuera solamente un ejercicio intelectual estéril (Paret 1992: 866).

Etapas en el desarrollo de De la Guerra

El momento en que la violencia estalla es precedida por un juego de la razón que hizo posible su ocurrencia pero no la generó... lo que es racional es el proceso hacia la guerra y la dirección de ésta. El conflicto es independiente de la razón y pertenece a la esencia del hombre.

Almirante Lorenzo del Peón Álvarez (1987: 76).

Es preciso destacar que cuando en 1832 la viuda de Clausewitz publicó *De la Guerra*, la obra fue recibida con un respeto que se debió más a la reputación de su autor como uno de los integrantes de la gran generación de militares reformadores prusianos, pupilo de Scharnhorst y cercano colaborador de Gneisenau, que a cualquier estudio profundo o extenso de su contenido. De ahí que, veinte años después, cuando los editores decidieron sacar una nueva edición, la primera de 2000 ejemplares aún no se había agotado.¹ Esto debido a que los militares conservadores preferían las enseñanzas que imponían reglas y principios positivos acordes con el dogmatismo jominiano, y cuya influencia impidió que las ideas de Clausewitz fueran conocidas más ampliamente.

Pero el motivo fundamental por el que Clausewitz continuó en el olvido debe ser buscado en el propio texto, lo mismo que en la amplia diversidad de interpretaciones a las que se vio sometido. El mismo advirtió que si no vivía para terminar su tarea, dejaría una masa informe de ideas que llevarían a críticas y malinterpretaciones. Como quiera que Clausewitz falleció antes de modelar la obra de una forma acabada y coherente, ésta se convirtió en una masa, moldeable

¹ Algunos historiadores consideran que esa edición fue de 1500 ejemplares.

de acuerdo con el intérprete, de la que los autores posteriores fueron extrayendo ideas y frases que convenían a las necesidades de sus propias teorías y épocas. Clausewitz, como al final sucedió, tenía menos razones para temer a sus críticos que para fiarse de muchos de sus declarados admiradores.

Por esto, es importante tener una idea clara sobre la forma y las etapas en que *De la Guerra* fue escrita, lo cual permitirá al lector efectuar un mejor análisis y sacar conclusiones más cercanas a las que Clausewitz trató de plasmar en su inconclusa obra (Howard y Paret 1999: 51-52).

Análisis de las notas

Las etapas en el desarrollo de *De la Guerra* son algo que ha levantado mucha polémica entre los estudiosos de esta obra. Sobre el particular, considero conveniente comenzar por los comentarios de Marie von Clausewitz en su prefacio al libro de 1832, señalando que el deseo más ardiente de su esposo había sido completar su obra; sin embargo, no era su intención darla a conocer en vida, prueba de que no era su motivación ningún vano deseo de elogio y reconocimiento.

Según Marie, Clausewitz reanudó su trabajo literario en Coblenza, en 1816, pero no fue hasta 1818, cuando fue nombrado director de la Escuela de Guerra, en Berlín, que dispuso del tiempo suficiente para ampliarlo y enriquecerlo con la interpretación histórica de las guerras más recientes. Trabajó en ello hasta 1830, cuando fue trasladado a Breslau como inspector de artillería, momento en el cual organizó sus papeles, selló y rotuló los legajos por separado, siendo publicados tal y como fueron encontrados luego de su muerte. Marie aclara que su hermano encontró los inicios de la revisión que Clausewitz anuncia en la nota de 1827, los que fueron incluidos en las partes del libro I que les correspondían y en ninguna más.

Al comenzar la lectura de *De la Guerra*, es importante considerar las notas que Clausewitz escribió sobre el estado de avance de su obra y lo que pensaba de ella. Leerlas permite conocer cómo *De la Guerra* tomó forma en su mente y sugiere cómo pudo haberla desarrollado más si hubiera vivido para terminarla. Es así como encontramos una primera nota, en la cual hace alusión a Montesquieu, y un prefacio, los mismos que habrían sido escritos en Coblenza, entre 1816 y 1818, y que corresponderían a una pequeña obra que Clausewitz jamás terminó.

La nota, fechada 10 de julio de 1827, habría sido escrita durante una enfermedad sufrida por Clausewitz ese mismo año, cuando el cual el manuscrito ya incluía los ocho libros de la obra publicada en 1832. En la nota final, escrita presumiblemente en 1830, cuando fue trasladado a Breslau y selló sus papeles, Clausewitz manifiesta estar satisfecho con el capítulo 1 del libro I (Aron 1988: 72-73).

Al respecto, leamos lo que el mismo Clausewitz advierte en las notas que dejó acerca del avance en que se encontraba su obra, y la relación que existe entre ellas.

La primera nota es un comentario sobre la génesis de su primer manuscrito sobre la teoría de la guerra, escrita hacia 1818. En ella consideraba los conceptos desarrollados como un borrador inicial que contenía los elementos principales de la estrategia, que casi había llegado a fusionarla en una única obra, a pesar de no tener aún un orden preestablecido. Manifiesta que tuvo en su forma de redacción la guía del *Espíritu de las Leyes* de Montesquieu, y buscó evitar repetir todo lo que ya era sabido y había sido dicho cientos de veces. Inicialmente, redactó el texto para lectores que estuvieran familiarizados con el tema, pero terminó variándolo para hacer que sus ideas fueran comprendidas por cualquier lector atento. Su deseo era escribir un libro que no se olvidara al cabo de dos o tres años y que pudiera ser retomado más de una vez por aquellos que estuvieran interesados en el tema (Howard y Paret 1999: 167).

El prefacio de Clausewitz correspondería a un manuscrito inédito sobre la teoría de la guerra, escrito entre 1816 y 1818. En él expresa la lógica de su pensamiento, cuando manifiesta que el carácter científico de la obra reside en el intento de indagar en la esencia de los fenómenos de la guerra y poner de manifiesto los vínculos entre estos fenómenos y la naturaleza de sus partes integrantes. Nos aclara que en su desarrollo no se ha exceptuado una conclusión lógica, pero siempre que ésta quedaba demasiado vaga o imprecisa, prefería volver a los fenómenos relevantes de la experiencia (Howard y Paret 1999: 165).

En la nota del 10 de julio de 1827, conocida como la advertencia, Clausewitz expresa que los seis primeros libros necesitan una revisión a fondo, poniendo de manifiesto en ella los dos géneros de guerra, los cuales aclara que son distintos y que detallará sus puntos irreconciliables. Resalta que tener claro que “la guerra no es más que la continuación de las relaciones políticas proseguidas con otros medios”² facilitará sobremanera el estudio y análisis del conjunto. Aclara que aunque la aplicación principal de este punto de vista no se efectuará hasta el libro VIII, debe ser desarrollada ya en el libro I e influirá en la revisión de los seis primeros libros. El libro VII sería el primero en ser revisado con las consideraciones anteriores, para proseguir con el libro VIII, al término del cual le resultaría más fácil aplicar el mismo criterio para los primeros seis. Puntualiza que los seis primeros libros, a pesar de su imperfección actual, son fruto de años de reflexión sobre la guerra y un concienzudo estudio sobre la misma que un lector que busque la verdad y el entendimiento reconocerá (Howard y Paret 1999: 173-174).

La inacabada nota final fue escrita presumiblemente en 1830. En ella Clausewitz manifiesta no estar satisfecho con el manuscrito, el cual, en relación con las operaciones principales, no era sino una colección de materiales de los que podría destilarse una teoría de la guerra. Sin embargo, cree que las principales

2 Esta cita es tomada de la edición de Howard y Paret: 1999, p. 194. Dependiendo del traductor, este concepto puede leerse como la intrusión o la combinación de otros medios.

ideas son correctas en relación con la guerra real, debido a que son el resultado de un estudio de gran alcance, al haberlas cotejado a conciencia con la vida real y constantemente haber tenido presentes las lecciones extraídas de su experiencia y de su relación con soldados eminentes.

En dicha nota, Clausewitz declara su deseo de haber reescrito el libro VI, y consideraba al libro VII como un esbozo y al libro VIII inacabado. Considera, y esto es muy importante, al capítulo 1 del libro I como el único terminado, el mismo que debería indicar la dirección que ha pretendido seguir en todo momento y que debe servir de guía para la comprensión del conjunto de su obra. Termina diciendo que el desarrollo de la teoría estratégica presenta grandes dificultades, ya que se necesitan ideas claras y habilidad para mostrar su interrelación, siendo pocas las personas que han logrado eso. Por tanto, la claridad en estas cuestiones tiene un extraordinario valor práctico (Howard y Paret 1999: 174-175).

Sobre las notas de Clausewitz, es preciso que rescatemos lo siguiente.

En el momento de escribir la advertencia de 1827, Clausewitz tenía varios capítulos preparados del libro VIII, que trata sobre el plan de guerra, pero no los consideraba una versión definitiva porque sólo constituían un trabajo simple y tosco que le permitiría, en el curso del mismo trabajo, reconocer los puntos importantes.

Clausewitz manifiesta el deseo de efectuar una revisión completa de su obra, pues además de estar inconclusa no había seguido el plan de trabajo que se había propuesto: es decir redactar primero el libro VII, luego revisar el libro VIII a la luz de las dos ideas principales indicadas en la advertencia (existen dos géneros de guerra y la guerra se define como la continuación de la política por otros medios) y, por último, revisar el conjunto de los seis primeros libros, introduciendo en ellos el mismo espíritu.

Todo parece indicar que trabajó primero en el libro VIII y no en el VII, simple plan o boceto, el mismo que habría permanecido en el estado en que estaba. Los libros III, IV y V no habrían sido revisados, y ciertos capítulos de los libros I, II y quizá VI fueron revisados o añadidos entre 1827 y 1830. El capítulo 1 del libro I debe considerarse terminado, habiendo sido escrito después del libro VIII y la posible revisión de éste (Aron 1986: 93-95).

Los motivos por los cuales Clausewitz no terminó de revisar *De la Guerra* son inciertos, pero quizá deberíamos resaltar el hecho de que entre 1827 y 1830 dedicó la mayor parte de su tiempo a la redacción de la campaña de 1815 y las campañas italianas de 1796 y 1799, cuyos manuscritos fueron publicados en los volúmenes 4 a 6 y 8 de sus obras completas, los mismos que suman unas 1500 páginas impresas (Howard y Paret 1999: 46).

Etapas de *De la Guerra* y como leerla

Raymond Aron, en su excelente obra *Pensar la Guerra, Clausewitz* (en sus dos tomos: La Era Europea y La Era Planetaria), señala que la fecha exacta en la que se comenzó a escribir *De la Guerra* no despertó tanto interés y polémica, como las fechas en las que se escribieron sus diversas partes, ya que de acuerdo a ellas, y según las hipótesis que se adopten, su evolución, y en definitiva el sentido final del pensamiento de Clausewitz se presenta bajo diferentes perspectivas.

Según Aron, hay tres etapas en la redacción de la obra. La primera corresponde a la redacción del texto en Coblenza, que constaba de capítulos cortos, al estilo de Montesquieu; en la segunda escribe los seis primeros libros, el plan del VII y el esbozo del VIII, entre 1823 y 1826; y la tercera corresponde a la revisión efectuada entre 1828 y 1830 (Aron 1988: 108).

En relación a esta revisión, hay que considerar que Clausewitz la había planteado en la advertencia de 1827, y en ella consideraba evaluar los conceptos planteados a la luz de los dos géneros de guerra y la importancia de la política en el contexto general. Es así como, aparentemente, los dos primeros libros fueron revisados, al menos parcialmente; mientras que el tercero, consagrado a la dialéctica de lo físico y lo moral, parece poco afectado por las dos ideas de la advertencia.³ En cuanto a los libros IV y V, oscilan entre los estudios históricos y las implicaciones del concepto de lucha o guerra. Descriptivos o analíticos, no habrían necesitado revisión. Aparentemente, el libro VI, que trata de las dos formas que reflejan, por así decirlo, las maneras de conducir la guerra (defensa y ataque), tampoco habría necesitado revisión.

Hay que considerar que las ideas de la advertencia afectan directamente las formas de la guerra tanto más cuando en el nivel superior, el de la defensa de un teatro de operaciones, la especie elegida se aproxima al plan de campaña, a su vez solidario al plan de guerra. En otros términos, ésta si era una razón irrecusable para la revisión del libro VI: no se puede hablar de defensa y ataque sin tener en cuenta la alternativa de las finalidades (abatir o no) ni la continuidad de la política en la guerra (Aron 1986: 246-247).

Nunca sabremos si estas etapas y revisión, planteadas por Raymond Aron, son las correctas, ya que no es posible un estudio nuevo y pormenorizado de la obra de Clausewitz al haberse perdido los archivos originales durante la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, Aron llega a sus conclusiones después de hacer un análisis riguroso sobre la obra y los diversos planteamientos que, al respecto, efectuaron los más reconocidos estudiosos de Clausewitz, tales como Hans Delbrück, Karl Linnebach, Wilhelm Schering, Eberhard Kessel y Herbert Rosinski.

3 Según Raymond Aron, el capítulo 2 habría sido revisado cuidadosamente después de 1827 y contiene, en forma dialéctica, una especie de historia de la teoría de la guerra. El capítulo 3 pertenecería a una versión más temprana.

Lo que es más importante es conocer que la obra no fue terminada, que Clausewitz advirtió sobre la incomprensión de la misma sin una revisión posterior que considerara los dos géneros de guerra y dejara en claro que “la guerra no es más que la continuación de la política por otros medios”.

Es preciso resaltar que Clausewitz pensaba dialécticamente, en el sentido que jugaba con parejas de conceptos opuestos o antítesis, por lo cual, *De la Guerra*, tal y como fue publicada, plantea su sistema conceptual en la reunión de tres parejas: moral-físico, medio-fin y defensa-ataque.

Moral-físico trata de la acción guerrera y del enfrentamiento de los hombres a través del tiempo y el espacio; medio-fin versa sobre la estrategia y la táctica, sobre la obtención de los fines a través de la naturaleza de los medios y de la correspondiente subordinación de la guerra a la política; y defensa-ataque aborda el choque de las voluntades de los oponentes, siendo una de estas positiva (el ataque) y la otra negativa (la defensa), queriendo imponer cada uno de ellos su propia ley a través de la violencia (Aron 1986:144-146).

De la Guerra consta de 8 libros, que comprenden los 3 primeros tomos de los 10 que conforman la colección póstuma de las obras completas de Clausewitz, *Hinterlassene Werke des Generals Carl von Clausewitz über Krieg und Kriegführung*, publicadas por su viuda, en Berlín, entre 1832 y 1837 (Aron 1988: 19). Los libros son:

- I. Sobre la Naturaleza de la Guerra, con ocho capítulos.
- II. Sobre la Teoría de la Guerra, con seis capítulos.
- III. Sobre la Estrategia en General, con dieciocho capítulos.
- IV. El Combate, con catorce capítulos.
- V. Las Fuerzas Militares, con dieciocho capítulos.
- VI. La Defensa, con treinta capítulos.
- VII. Apuntes para el libro séptimo: el Ataque, con veintidós capítulos.
- VIII. Planes de Guerra, con nueve capítulos.

Para efecto de análisis consideraremos que los libros se encuentran organizados de la siguiente forma.

El primero define la guerra, su naturaleza y su fin; elabora los principales conceptos del sistema y, con el contraste entre la abstracción de los análisis y la descripción del campo de batalla, acentúa el contraste entre estrategia de salón y estrategia de campo. Al mismo tiempo, la referencia a la política, la negativa a considerar la guerra como una realidad autónoma, fundamenta conceptualmente la diferencia entre la guerra ideal o absoluta y las guerras reales.

El libro II constituye el equivalente de una epistemología (fundamentos) de una teoría de la teoría, enriqueciendo la definición de la guerra misma.

Los libros III al VII son considerados los intermedios. El libro III se organiza alrededor de la pareja conceptual moral-físico o fuerza de la voluntad-fuerza del número.

Los libros IV y V, los más clásicos, tienen por objeto el combate y las fuerzas armadas, y tratan del medio de la estrategia y del medio de la táctica en sus manifestaciones históricas.

Los libros VI y VII, defensa y ataque, respectivamente, son los más originales. Otros escritores no ignoraron esta oposición, pero no reflexionaron sobre la fuerza intrínseca de cada una de ellas a la luz de una serie de parejas conceptuales: conservar-tomar, defensa política-ataque militar, defensa estratégica-ataque táctico, etc.

El libro VIII trata del plan de guerra, o sea de una decisión inseparablemente política y militar, y, por lo tanto, retoma la problemática central del libro I, sacando partido de los estudios militares que contienen los libros intermedios o, al menos, así habría sido si Clausewitz hubiera podido corregirlos tras haber dado forma definitiva a los dos primeros libros.

Por lo tanto, es importante efectuar la lectura de *De la Guerra* siguiendo un orden de acuerdo a las siguientes consideraciones:

Los dos primeros capítulos del libros I y el libro VIII, que en su conjunto se refieren a la naturaleza misma de la guerra, y a las relaciones entre objetivo militar y fin político; los capítulos 3 al 8 del libro I y el libro III, que tienen como tema central la antítesis entre moral y físico; los libros IV y V, que se sitúan en los confines de la estrategia y la táctica, antítesis medio-fin; los libros VI y VII, sobre la defensa y ataque, que se sitúan en esta antítesis; finalmente, el libro II, sobre la teoría de la guerra, se distingue de los otros pues contiene no un fragmento de la teoría sino un esbozo de la teoría de la teoría (Aron 1988: 115-119).

SEGUNDA PARTE

El Método

El método de Clausewitz

Clausewitz escribió para sí mismo, para quienes se tomaran el trabajo de estudiarlo; no sentía ninguna necesidad de tomar precauciones. El autor de De la Guerra se considera un sabio o un filósofo, no siempre distingue entre ciencia y filosofía: interpretarlo es ante todo comprender lo que ha dicho a partir de la sensata hipótesis de que ha dicho lo que quería decir.

Raymond Aron (1986: 18).

¿Cuál es el método de Clausewitz?

Lo primero que tenemos que tener presente para entender el método de Clausewitz, es lo que éste no es. Su método era dialéctico, si consideramos a la dialéctica como el arte de razonar metódicamente. Pero normalmente, en forma equivocada, se relaciona su método dialéctico al estilo aplicado por Friedrich Hegel, el mayor exponente de la filosofía alemana, que tuvo el mérito de recoger nuevamente a la dialéctica empleada por los filósofos griegos como la forma suprema del pensamiento.

Platón fue el primer pensador que la propuso y la empleó. Para él, la dialéctica era el arte del diálogo sistematizado; un método de discusión que tenía la ventaja de ser al mismo tiempo una pedagogía y una doctrina (Guitton 1972: 71-72).

Hegel aplicó el término dialéctica a su sistema filosófico y a su lógica centrada en el devenir, la contradicción y el cambio, a través de la transformación incesante de las cosas y la unidad de los contrarios. Su proceso dialéctico comprende tres momentos (conocidos como triada) que frecuentemente se denominan "tesis,

antítesis y síntesis”, pero que Hegel llama habitualmente “afirmación, negación y negación de la negación”.

La tesis propone. La antítesis niega lo que ha sido propuesto. Pero el momento más original, que exige toda nuestra atención, es la síntesis: la negación de la negación. La síntesis supera la contradicción, al conservar en una esfera más elevada todo lo que se afirmaba en la tesis y se negaba en la antítesis. La síntesis es a la vez una negación total de la tesis y de la antítesis, a las que destruye, y una afirmación profunda de la verdad de ambas. La tesis y la antítesis mueren en la síntesis, pero para renacer más puras y, sobre todo, más unidas (Guitton 1972: 74-75).

Para Mao Tse Tung, la unidad de los contrarios era la ley fundamental del pensamiento, ya que la contradicción existe en todos los procesos de las cosas objetivas y del pensamiento subjetivo, y los recorre desde el comienzo hasta el fin. Esto constituye la universalidad o carácter absoluto de la contradicción: la lucha de los contrarios es ininterrumpida y está presente tanto cuando los contrarios coexisten como cuando se transforman el uno en el otro (Mao 1982: 125).

Sobre la dialéctica resaltemos lo que dice el filósofo francés Jean Guitton (1972: 60-61):

La dialéctica había sido ya atisbada por Platón y por Pascal, y empleada por Kant antes de ser sistematizada por Hegel. Se dice, con verdad, que es un método natural del espíritu humano, sobre todo cuando dialoga y conversa. La característica de este diálogo es la de no admitir jamás un pensamiento sin proponerse el pensamiento contrario, no como una afrenta o un absurdo, sino como una posibilidad muy razonable. Es la dificultad de la conversación: ser contradecido, escuchar, incluso aprobar algo de lo que dice el otro, buscar la verdad contenida en el pensamiento del adversario a fin de fecundar el propio pensamiento y hacerlo superarse a sí mismo... de acuerdo con las hermosas palabras de Lacordaire: 'yo no busco convencer a mi adversario de su error, sino unirle a él en una verdad más elevada'. Esto es a mi juicio la verdadera dialéctica.

Friedrich Engels, en su libro *Anti-Duhring*, haciendo referencia a la dialéctica dice (2012: 64-65):

*La significación de la dialéctica es que las contradicciones son necesariamente inmanentes a todos los conceptos o determinaciones del pensamiento. Cada categoría debe ser determinada, pensada, agotada y negada; las determinaciones opuestas en las cuales se resuelve el concepto deben unirse... el progreso del pensamiento se efectúa, pues, por la revelación y solución de las contradicciones inmanentes a los conceptos... la contradicción consiste en negar una determinación del pensamiento que acaba de ser formulado y afirmado; la solución de esta contradicción es su negación. de esta manera el pensamiento se mueve a través de las negaciones y vuelve, a través de esta doble negación, a la afirmación... al respecto, Hegel en la *Fenomenología del Espíritu* compara la vida a un diálogo; en el curso de los años,*

a medida que se enriquece nuestra experiencia, nuestras ideas sobre los hombres y las cosas cambian y se transforman, como las opiniones de los interlocutores en el curso de un diálogo instructivo fecundo; el espíritu hace experiencias cuyo resultado es siempre diferente de sus hipótesis e instrucciones. Cada verdad determinada es percibida, apropiada, pensada, vivida, después penetrada en su nulidad, abandonada, negada, de cuya negación resulta, no la nada, sino una verdad nueva y superior: son los años de aprendizaje de la conciencia.

Pero, ¿qué significa negar en la dialéctica? No es simplemente decir que no, o decir que una cosa no existe, o destruirla por un medio cualquiera. No sólo se debe negar, sino levantar de nuevo la negación. Para esto, se debe constituir una primera negación de tal manera que la segunda permanezca o sea posible. Por ejemplo: si se muele un grano de cebada o se aplasta un insecto, se lleva a cabo la primera negación, pero se hace imposible una segunda. Ampliemos el ejemplo (Engels 2012: 198):

Tomemos un grano de cebada. Millones de granos semejantes son molidos, cocidos, fermentados y finalmente consumidos en forma de cerveza. Pero si este grano encuentra aquellas condiciones que le son normales, si cae en un terreno favorable, experimenta, por la acción del calor y la humedad, una metamorfosis específica: germina, desaparece como tal, es negado, reemplazado por la planta nacida de él, que es la negación del grano; pero, ¿cuál es el curso normal de la vida de esta planta? ésta crece, florece, es fecundada y produce al fin nuevos granos de cebada, y cuando éstos han madurado, la espiga muere, siendo a su vez negada. Y como resultado de esta negación de la negación, tenemos nuevamente el grano de cebada primordial, pero multiplicado diez, veinte, treinta veces.

El método empleado por Clausewitz, como veremos, definitivamente no era dialéctico al estilo de Hegel. En su sistema no se encuentra la tesis, antítesis y la síntesis. Él empleó parejas conceptuales en su afán por buscar en la esencia de las cosas aquellas propiedades que definían su naturaleza.

El método

Clausewitz, considerado por sus contemporáneos como un oficial académico, al momento de estar desarrollando *De la Guerra* empleó un método dialéctico que consistía en: primero, el estudio analítico del objeto en su organización natural, el cual lo conducía a un conocimiento elaborado, es decir, a establecer sus conceptos; segundo, el estudio histórico del fenómeno, que le permitía captar las antítesis donde se manifestaban con toda claridad, es decir, en los extremos; y tercero, aplicar la experiencia o realidad para contrastarla con el concepto y el análisis histórico, creando así una verdadera familiaridad con el objeto estudiado. Esta forma de convalidar los conceptos, decisiva para la comprensión de la obra en su integridad, parece haber sido elaborada completamente en los últimos años de su vida.

Este método se encuentra presente en el análisis de las parejas conceptuales (medio-fin, moral-físico y defensa-ataque). Sin embargo, en el caso específico de la guerra propiamente dicha, este método lo condujo a discernir la distancia que necesariamente subsiste entre el concepto según su naturaleza (que sólo constituye una representación a la cual Clausewitz denomina abstracta, filosófica, ideal) y la realidad concreta.

De esta forma, llega a reconocer que la guerra se encuentra en el intervalo entre los dos extremos y, a partir de allí, se hace necesario sustentar la irrealidad de la guerra absoluta, que él presentaba, en múltiples partes del texto, como la única acorde con el concepto de guerra.

El problema central de *De la Guerra*, sobre el cual Clausewitz medita al final de su vida (la diversidad de las guerras, el contraste entre la guerra absoluta y la guerra real), es y sigue siendo el de la relación entre las ideas (o los conceptos y las nociones abstractas), por una parte, y la realidad concreta, histórica, por la otra. Esta relación entre conceptos y realidad domina la consideración racional (o teoría-conocimiento puro) y la enseñanza positiva (o doctrina, instrucciones, etc.).

La ambición de Clausewitz, así como la de Montesquieu y la de todos los sociólogos, era volver la historia inteligible y la acción racional (medios adaptados a los fines). Esta inteligibilidad resulta de un vaivén entre abstracción e historia, o concepto y experiencia vivida, típico del método clausewitziano.

Para Clausewitz, el análisis abstracto o conceptual parte de la noción de naturaleza, esencia o caracteres intrínsecos de una cosa (que es propio o característico por sí mismo y no por causas exteriores). Encuentra que su concepto, abstracción o naturaleza de guerra, se opone unas veces a la diversidad histórica y otras define la especificidad de una entidad histórica. De allí las dos relaciones del concepto de guerra con la historia: o bien los tipos históricos, los dos géneros de guerra, o bien la naturaleza de la guerra, la misma a través del tiempo (Aron 1988: 281-282).

Como dijimos, el pensamiento o método clausewitziano es dialéctico, pero no al estilo hegeliano. No tomaba cualquier tesis que por sí sola hiciera surgir su antítesis como por encanto, sino que era una continua interacción entre polos opuestos, cada uno de ellos totalmente comprensible sólo en función del otro. Al respecto, en su reflexión estratégica, Clausewitz empleó la relación entre parejas conceptuales (medio-fin, moral-físico y defensa-ataque), las cuales varían de una a otra.

Así, tenemos que medios y fines se organizan en una jerarquía, de suerte que los fines inferiores o próximos devienen medios de un fin superior. Al término de la serie, el instrumento militar se somete al fin político. Pero las leyes propias del instrumento se imponen a la política a título de obligaciones o límites. Asimismo, los combates suministran el material del edificio estratégico, mientras los planes estratégicos crean las condiciones para las victorias tácticas.

La pareja moral-físico remite respectivamente a los hombres y a las cosas, y pertenece, por lo tanto, a sectores diferentes de la realidad. Pero la fuerza de cada ejército resulta de la unión de estas dos clases de fuerza: por un lado, el número y la potencia de fuego; y por el otro, la confianza de los soldados en sus jefes, el recuerdo de las victorias obtenidas, la experiencia del combate, el genio del jefe. Por heterogéneos que sean estos elementos, determinan juntos la fuerza de una tropa. Asimismo, la fuerza de un Estado no se mide sólo por el número de los hombres de uniforme y la cantidad de recursos movilizados, depende también de la confianza de los ciudadanos en su soberano, de su lealtad al Estado y sus instituciones.

Ataque y defensa se parecen más a términos contradictorios. O bien atacamos o bien nos defendemos; o bien queremos tomar o bien queremos conservar. Intención positiva: cambiar el *statu quo*; intención negativa: mantenerlo. Pero de hecho la ofensiva contiene, en un momento u otro, un elemento defensivo porque finalmente debe detenerse. Asimismo, la defensa contiene un elemento ofensivo, a menos que se negocie la paz una vez rechazada la ofensiva enemiga.

En relación a esta pareja conceptual (defensa-ataque), algunos intérpretes creyeron encontrar una relación entre Clausewitz y Hegel cuando consideran que, procurando seguir su método (tesis, antítesis y síntesis), Clausewitz habría creído encontrar los términos siguientes: tesis, defensiva; antítesis, ofensiva; síntesis, defensiva-ofensiva (Aron 1988: 272-273).

Al respecto, el método de Clausewitz no llega a esta síntesis (defensiva-ofensiva) ya que el bando más fuerte debe a veces lanzarse a una ofensiva ininterrumpida, tan rápida y brutal como le sea posible; mientras que el bando débil queda a veces reducido a la resistencia pura, cercana a la pasividad, con la esperanza de debilitar la voluntad del enemigo o a la espera del imprevisto que invertirá la relación de fuerzas.

En consecuencia, la estrategia defensiva-ofensiva difiere radicalmente de una síntesis en el sentido hegeliano del término: el tercer término no resulta de una negación del segundo, a su vez negación del primero; la conclusión no constituye, en un nivel superior de la jerarquía conceptual o histórica, el punto de partida de una nueva triada (Aron 1986: 333).

Otro ejemplo esclarecedor es cuando analizamos la definición trinitaria de la guerra (definición para todas las guerras reales) y tratamos de relacionarla con la dialéctica hegeliana. Al respecto, en el capítulo 1 del libro I, según Raymond Aron, por primera vez en toda la obra (1988: 276):

...una triada reemplaza a una diada: de la guerra absoluta que conduce lógicamente a los extremos se pasa al juego de la probabilidad y del azar, campo ofrecido a la libre actividad del alma, para llegar al entendimiento político que canaliza las pasiones de los pueblos y somete a su dominio las iniciativas aventureras del jefe militar. El concepto

puro de la guerra excluye, en cuanto tal, todo principio de moderación, no conduce por sí mismo al segundo momento. El análisis conceptual no revela, en el primer momento, la presencia de un segundo que niegue el precedente. La diferencia entre el modelo de lucha entre dos hombres y el de la guerra entre dos Estados es la que introduce múltiples modificaciones y permite concebir el descenso a la observación armada. En cuanto al tercer momento, la supremacía de la política, el segundo lo implica porque la guerra enfrenta Estados y no ejércitos. En principio no hay contradicción entre el segundo momento y el tercero. Uno y otro derivan de la sustitución progresiva de los luchadores del esquema inicial por beligerantes reales: pueblo, ejército, Estado.

En consecuencia, esta extraña trinidad no pertenece a la lógica de pensamiento hegeliano, sino que pertenece a la misma filosofía clausewitziana presente en el resto de *De la Guerra*.

Es así como podemos calificar al método dialéctico de Clausewitz como especial, ya que no responde a la dialéctica de una manera formal o muy estructurada. Desarrolló ideas de una manera que podríamos considerarla como una forma modificada de la tesis y antítesis, permitiéndole analizar las características específicas de un fenómeno concreto con un alto grado de exactitud. Fines y medios, estrategia y táctica, teoría y realidad, intención y ejecución, son algunos de los opuestos que definió y comparó no sólo para lograr un conocimiento más certero de cada integrante del binomio, sino también para identificar los vínculos dinámicos que conectaban todos los elementos de la guerra en un estado permanente de interacción. De esta forma, el mismo Clausewitz, cuando analizaba la defensa y el ataque, nos dice en relación a su método que (*De La Guerra*: VII, 1, 741):

Cuando dos ideas forman una auténtica antítesis lógica y cada una de ellas es complementaria a la otra, cada una está, en lo esencial, implícita en la otra. Aunque las limitaciones de nuestra mente no nos permitan abarcarlas de manera simultánea y descubrir por antítesis la totalidad de la una en la otra, cada una arrojará suficiente luz sobre la otra como para clarificar muchos de sus detalles.

Una de las características más sorprendentes de ésta forma de pensar es que se define cada elemento tan nítidamente como es posible, en tanto que se insiste en la ausencia de límites diferenciados. Guerra y política, inteligencia y valor, por mencionar algunos binomios adicionales, nunca son opuestos del todo; más bien uno desemboca en el otro.

Clausewitz siempre tuvo la necesidad de determinar la esencia de cada fenómeno o su idea reguladora (como la violencia que era la idea esencial del fenómeno guerra), para luego unirla a una visión más amplia del conjunto. Tenía la intuición de que los pequeños detalles contenían la clave de las grandes fuerzas, como el conocimiento de una flor era básico para comprender la naturaleza, o saber por qué y cómo combatir un hombre era esencial para comprender la guerra (Howard y Paret 1999: 37).

El objetivo de Clausewitz era lograr una estructura lógica de la realidad. Creía que esto podía hacerse si la búsqueda de las ideas reguladoras y su elaboración estaban informadas y controladas por el respeto del teórico por la realidad presente y pasada. En consecuencia, su método consistía en un discurso permanente entre la observación, la interpretación histórica y el razonamiento especulativo. Mientras el análisis avanza, intenta tomar en cuenta cada elemento de la guerra en sus dimensiones presente y pasada, adaptándose él mismo a todo, integrando todos y no dando jamás preponderancia a uno con exclusión de los demás (Howard y Paret 1999: 38).

Conceptos clave: guerra absoluta, los dos géneros de guerra y guerra real

Para una mejor comprensión del método expuesto, se analizará su lógica en el desarrollo del capítulo 1 del libro I, para lo cual es indispensable abordar los siguientes conceptos: guerra absoluta, los dos extremos (o los dos géneros de guerra) y guerra real.

Guerra absoluta

Para entender este concepto es preciso decir que Clausewitz era metafísico; es decir, practicaba una rama de la filosofía que se encarga de estudiar la naturaleza, estructura, componentes y principios fundamentales de la realidad que son inaccesibles a la investigación científica. Según Immanuel Kant, una afirmación es metafísica cuando afirma algo sustancial o relevante sobre un asunto que por principio escapa a toda posibilidad de ser experimentado sensiblemente por el ser humano (Howard y Paret 1999: 91).

De ahí que el concepto de guerra absoluta, también denominado definición monista⁴ de la guerra, de acuerdo a Clausewitz es: "La guerra es un acto de fuerza destinado a obligar a nuestro enemigo a hacer nuestra voluntad" (*De la Guerra*: I, 1, 179).

El concepto de guerra absoluta debe ser tomado sólo como una definición inicial en el análisis (una abstracción, una idea), y se refiere a la guerra en sí, aislada de sus orígenes y fines, no a la guerra real, porque lo que Clausewitz quiere precisamente demostrar, es que no se puede ni se debe separar una guerra real de sus orígenes y fines (Aron 1986: 104-105). La guerra absoluta es una abstracción que sirve para unificar todos los fenómenos militares y hacer posible su tratamiento teórico (Howard y Paret 1999: 42).

⁴ Doctrina metafísica que concibe todos los aspectos de la realidad, la materia y el espíritu, lo físico y lo psíquico, como fenómenos o aspectos idénticos en su esencia por ser aspectos de una misma sustancia.

En su planteamiento, este concepto implica la utilización por parte de los beligerantes de todos sus recursos, y la decisión de los Estados enfrentados de ir hasta el límite de sus fuerzas, cada uno de ellos decidido a derribar y a inmovilizar a su adversario. Es por eso que a lo largo de la obra encontramos expresiones como: “las operaciones más contundentes están de acuerdo con la naturaleza de la guerra” o “la guerra siempre exige la completa movilización de los recursos y su explotación más enérgica”, las cuales expresan ideas sobre el concepto de guerra absoluta. Según el historiador alemán Gerhard Ritter, la mayor contribución de Clausewitz habría sido la noción de la guerra absoluta (Aron 2009: 27).

De acuerdo a Bernard Brodie, la guerra en su forma absoluta (o abstracta, ideal, filosófica, perfecta) podría darse en el mundo real sólo si coincidieran determinadas condiciones, la más importante de las cuales es que la guerra fuera un acto totalmente aislado y repentino que no obedeciese a acontecimientos previos en la esfera política. Pero la guerra nunca es un acto aislado (Howard y Paret 1999: 92).

Los dos extremos (los dos géneros de guerra)

Los dos géneros de guerra, considerados en el sistema conceptual de Clausewitz como los extremos, están detallados en la nota del 10 de julio de 1827, en la que Clausewitz señala que la guerra puede ser de dos tipos (o géneros) en cuanto que el objetivo sea “Derrotar al enemigo, dejándolo políticamente aniquilado o militarmente impotente y, así, forzarle a firmar la paz a cualquier precio... O bien solamente ocupar alguno de sus territorios fronterizos con el fin de anexionarlos o utilizarlos para negociar en las conversaciones de paz”.

Clausewitz concibió estos dos géneros de guerra bajo la impresión del contraste entre las guerras del siglo XVIII y las que inauguraron la Revolución. Como trataremos más adelante, Clausewitz contrasta estos dos extremos con el concepto de guerra absoluta y se da cuenta que las guerras no siempre, a lo largo de la historia, han correspondido únicamente con las del primer género y tendido siempre a llegar a los extremos, por lo que concluye que las guerras reales se encuentran en el intervalo de estos dos extremos al ser incluido el factor político.

Es así cómo, en el primer capítulo del libro I, precisa que la guerra del primer género no resulta menos política que la segunda; por lo tanto, todas las guerras pueden ser calificadas como políticas, porque expresan las relaciones entre los Estados de las que surgen, por lo tanto, que las guerras pertenezcan al primer o segundo género, depende del motivo político (Aron 2009: 132-133). De allí que plantea que “la guerra es la continuación de la política por otros medios”, y que en el desarrollo de una guerra, la política deberá definir el objetivo militar del cual derivará la consecuente estrategia (Aron 1988: 100).

Hay que puntualizar que, los dos géneros, tipos o extremos de guerra que Clausewitz distinguió, conceptualmente eran los que se libraban en Europa

y enfrentaban a Estados de la misma naturaleza: medios económicos y fuerzas militares con capacidades y organizaciones similares (Aron 2009: 134).

La definición trinitaria de la guerra

Tras concluir que las guerras reales se encontraban en el intervalo de los dos extremos planteados, Clausewitz nos da la definición de la guerra real, más conocida como la definición trinitaria de la guerra. Ubicada en el párrafo 28 del capítulo 1 del libro I, sintetiza todo el capítulo, y reza de la siguiente manera:

Extraña trinidad compuesta por la violencia original de su elemento, que es necesario considerar como una pulsión natural ciega (el pueblo), por el juego de la probabilidad y el azar, que la transforma en una libre actividad del alma (el jefe militar), y por la naturaleza subordinada de un instrumento político, mediante el cual retorna al puro entendimiento (el jefe de Estado).

De esta forma, la guerra se inserta en el curso de las relaciones interestatales. Los beligerantes conocen, o saben aproximadamente, qué deben temer y esperar uno del otro, y la política genera los motivos del conflicto y los fines perseguidos. La importancia de la definición trinitaria es que Clausewitz la plantea para todos los tipos de guerras reales. Los tres elementos: la violencia original, la libre actividad del alma y el entendimiento político, están presentes en todas las guerras aunque con fuerza variable (Aron 1986: 104-106).

La definición trinitaria de la guerra sustituye a la definición de la guerra absoluta por otra más satisfactoria: toda guerra comporta, en proporciones variables, los tres elementos. Las guerras reales no resultan de una modificación de la guerra absoluta, sino de la fuerza desigual, en cada caso histórico, de cada uno de estos tres elementos (Aron 1988: 245).

En la medida en que la definición absoluta de la guerra (prueba de fuerza y choque de voluntades) es un momento del análisis conceptual que desemboca en la concepción trinitaria, las fórmulas del libro VIII conservan cierta validez: el concepto de guerra absoluta sirve de referencia o fundamento, no nos recuerda lo que debemos temer, sino lo que hay que tener en cuenta. Las guerras se acercan más o menos a la guerra absoluta según la influencia ejercida por el tercer elemento, la política, legisladora suprema, única capaz de moderar la violencia a causa de la magnitud de lo que está en juego.

Después de haber desarrollado los conceptos de guerra absoluta y guerra real, es necesario precisar un término que a veces se confunde con el de guerra absoluta, el de guerra total. La guerra absoluta, que corresponde al concepto de una guerra pura, ideal, no equivale a guerra total, ya que esta designa ciertas guerras reales, que se caracterizan por rasgos tales como la movilización total de los recursos (Aron 1988A: 115).

El capítulo 1 del libro I

Este capítulo predomina sobre el resto del libro por el rigor del análisis y la perfección de la forma. Nos permite imaginar lo que habría sido la obra si el escritor hubiera podido continuar su trabajo unos años más. Testimonia el estadio final de un pensamiento casi en su propia culminación. Afortunadamente, revela además el aparato conceptual íntegro que estructura la teoría.

Esencialmente, el capítulo va de una definición de la guerra en dos términos “la guerra es un acto de fuerza destinado a obligar a nuestro enemigo a hacer nuestra voluntad” (*De la Guerra*: I, 1, 179), a una definición en tres términos: “extraña trinidad compuesta por la violencia original de su elemento, que es necesario considerar como una pulsión natural ciega (el pueblo), por el juego de la probabilidad y el azar, que la transforma en una libre actividad del alma (el jefe militar), y por la naturaleza subordinada de un instrumento político, mediante el cual retorna al puro entendimiento” (*De la Guerra*: I, 1, 196). En cada una de estas etapas del camino que conduce de la definición original a la definición trinitaria, nuevos conceptos clave enriquecen el análisis.

La definición inicial se deduce de una comparación entre la guerra y el duelo, en el sentido de una lucha entre dos. El lector debe imaginarse dos luchadores enfrentados, cada cual tratando de arrojar al otro por tierra e incapacitarlo para no prolongar su resistencia. Esta definición utiliza los tres conceptos mayores, violencia, objetivo y fin. Su razón última es la acción recíproca de las fuerzas y las voluntades enfrentadas, cada cual intentando imponer su ley a la otra.

Estas proposiciones iniciales del análisis no tienen validez definitiva, ya que pertenecen al nivel conceptual de la guerra en sí, aislada de sus orígenes y sus fines, no a la guerra real, pero Clausewitz quiere demostrar precisamente que no se puede ni se debe separar una guerra real de sus orígenes y fines. Los cinco primeros párrafos del capítulo 1 del libro I tratan sobre la guerra según el concepto o la filosofía, es decir, lo que Clausewitz llama guerra absoluta.

Siguiendo con el análisis que nos conduce de la definición absoluta a la trinitaria, Clausewitz empieza con la confrontación del concepto (o la definición absoluta) con la realidad, según el método denominado de modificación, el cual permite concebir el descenso a la observación armada a través de la sustitución progresiva de los luchadores del esquema inicial por beligerantes reales: pueblo, ejército, Estado (Aron 1986: 335).

De esta forma, al sustituir la prueba de fuerza entre dos luchadores por la guerra entre estados, de golpe reintroducimos el espacio, el tiempo y la política. Esta última implicada por la definición inicial del párrafo, “obligar al otro a ejecutar nuestra voluntad”, Clausewitz la había descartado, por método, para analizar la lógica del ascenso a los extremos, resultante de la acción recíproca

de dos voluntades violentas opuestas entre sí; y la retoma en el párrafo 11 del capítulo 1 del libro I.

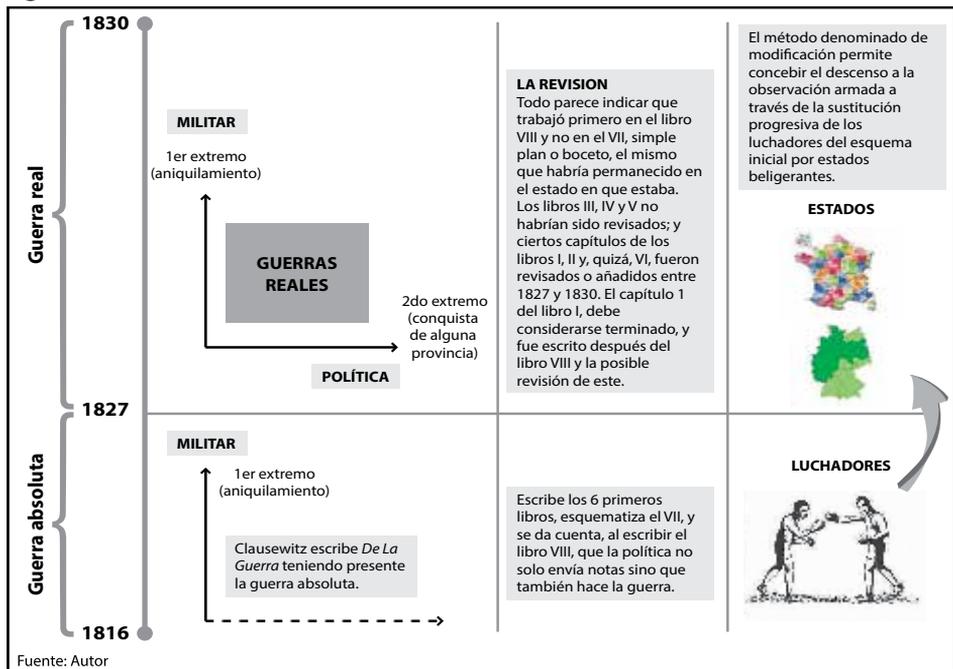
Los luchadores, ahora encarnados en estados, poseen un territorio, recursos, aliados. La guerra se desarrolla a través del espacio, lleva tiempo, no surge como un relámpago, se inserta en el curso de las relaciones interestatales. Victoria o derrota, rara vez presenta un carácter absoluto, definitivo. Los beligerantes se conocen, saben aproximadamente que deben temer o esperar el uno del otro. Hemos vuelto, desde lo absoluto del concepto, a las probabilidades del mundo real y, por ende, estamos obligados a otorgar a la política, a los motivos del conflicto, a los fines perseguidos, su importancia exacta.

La reintroducción de la política vuelve no necesaria sino posible la contrapartida del ascenso a los extremos, es decir: el descenso hasta la observación armada. El ascenso a los extremos se desarrolla en abstracto, el descenso hacia lo real.

El fin político, entonces, se constituye en la consideración suprema en la conducción de la guerra. La guerra se convierte en un instrumento de la política, y como tal, jamás puede ser empleada sino en correspondencia con el fin político.

Este análisis concluye en la definición trinitaria, la cual es muy importante, porque aporta una novedad decisiva: sólo ella vale para las guerras reales y ella

Figura 1



vale para todas la guerras reales. Aléjense más o menos de la concepción de la guerra absoluta, las guerras no son menos guerra desde el momento en que nos remitimos a la definición trinitaria, que sirve de fundamento tanto a la teoría como a la historia (Aron 1988: 82-88).

La guerra, ¿arte o ciencia?

He creído conveniente incluir este tema en esta parte, y no en la destinada a los principales conceptos, debido a que permite ampliar el entendimiento del método desarrollado por Clausewitz.

Su deseo era construir un edificio intelectual, científico de la guerra, a través de la elaboración de conceptos. Sin embargo, se percató que otros autores que querían practicar este método, tales como Bülow, cometían errores al definir sus conceptos en base a características sensibles, como la visión, y no en base a características abstractas que llevaran a una distinción racionalmente satisfactoria.

Por ejemplo, Bülow diferenciaba a la estrategia de la táctica al definir a la primera como "la ciencia de los movimientos bélicos fuera del campo visual del enemigo, y a la segunda en el interior de éste"; es decir, el campo visual (característica sensible) diferenciaba la ciencia de la estrategia de la ciencia de la táctica.

En base a esto, Clausewitz plantea que para comprender la guerra no se puede crear una estructura de ella a través de conceptos arbitrarios, sino que se la debe estudiar para que sea ella misma la que defina su estructura. Para tal fin, era necesario que un observador atento identificara, a través de un análisis histórico, las características intrínsecas de la guerra y determinara donde se producían sus diferencias más notorias, con la finalidad de encontrar sus extremos (Clausewitz definió así sus dos géneros de guerra).

Es de esta manera que empieza a considerar en su sistema conceptual los extremos, las oposiciones perfectas. *De la Guerra* ha considerado en su análisis las oposiciones perfectas de cada clase (moral-físico, medio-fin, defensa-ataque), pero hace la importante aclaración que en el caso concreto de la guerra (de acuerdo a la definición trinitaria) se sitúa frecuentemente en el medio y no en un extremo, sino solamente en la medida en que se le aproxima. Llega a esta conclusión en base al contraste entre el concepto y la realidad (Aron 1986: 76-79).

Esta práctica de distinguir entre el concepto, que capta el caso extremo, y la realidad, que se le aproxima más o menos, lleva a Clausewitz a sustituir su noción de ciencia por la de arte. Al respecto, nos dice que arte es la capacidad de crear, combinar fines y medios, y en consecuencia su objeto es la utilización de los medios disponibles en vista de un fin propuesto. En tal sentido, Clausewitz considera que la teoría de la guerra será la teoría de un arte a través de conceptos, pero hace la

importante aclaración que ni el talento ni la práctica pueden ser producto de la teoría (Howard y Paret 1999: 36).

La razón por la cual Clausewitz cambia también su noción de ciencia por arte, es que para él la guerra es, por una parte, el conjunto de elementos concretos que diferencian el combate real de los combates simulados o imaginados: incertidumbre de los informes, fuerzas morales, fricción de la máquina militar y, por ende, de la máquina humana. Por otra parte, es la acción recíproca de las voluntades enfrentadas, la acción de una voluntad no sobre una materia muerta sino sobre otra voluntad que reacciona de manera a menudo imprevisible (Aron 1986: 270).

Asimismo, Clausewitz señala que el arte de la guerra nos interpela en estos términos: la meta más grande que te creas capaz de alcanzar, elígela; la ruta más corta que te creas capaz de seguir, síguela. De semejante imperativo surgen dos ideas: se debe decidir en función de la confianza que el jefe militar tiene en sí mismo; y siempre que no se pierda la razón, ninguna audacia es excesiva. Pues la audacia, la elección de una meta decisiva, deriva del espíritu mismo de la guerra (Aron 1988: 260-261).

El recurso que hace Clausewitz al empleo de la pareja medio-fin tomado de la noción de arte, le permite un delineamiento más racional de su teoría. De las definiciones que da sobre estrategia y táctica en base a medios y fines, podemos comprobar la aplicación del método de los extremos o las oposiciones perfectas, dejando de lado el empleo de criterios sensibles, como lo practicaba Bülow (el alcance visual), para aplicar criterios conceptuales. Por ejemplo, si consideramos que el envío de una patrulla depende de la táctica y el plan de guerra depende de la estrategia; en uno de los casos, los que sirven de medio son los hombres; en el otro, las victorias, la destrucción de las fuerzas enemigas o la ocupación de su territorio (Aron 1988: 61).

Al final del análisis que hace Clausewitz sobre si la dirección de la guerra es un arte o una ciencia, concluye que, aunque es más lo primero que lo segundo, en realidad no es ninguna. La guerra es un choque de intereses y lo compara con el comercio, el cual califica como el conflicto de intereses y actividades humanas. La guerra no es un ejercicio de voluntad dirigido hacia una materia inanimada (lo cual es presumiblemente su definición de arte), sino que más bien es una voluntad dirigida hacia un objeto animado que reacciona (Howard y Paret 1999: 101).

Ruptura en la evolución del pensamiento de Clausewitz

Ningún sistema estratégico puede tornarse autosuficiente; si eso fuera intentado, si hubiera divorcio del contexto político, el estrategia se transforma en una amenaza para el Estado.

Hans Delbrück (Paret 2001A: 465).

Clausewitz comprendió mejor que nadie la escalada de la violencia y, a medida que fue avanzando en edad, estuvo cada vez más convencido que la guerra no acostumbra a desarrollarse según su concepto puro. Pero, ¿cuándo se dio cuenta? y, ¿qué cambios realizó en *De la Guerra*? (Aron 2013: 798).

En el capítulo 1 del libro I, subordina los dos géneros de guerra a la guerra real, y expresa con toda claridad el carácter abstracto e irreal de la guerra conforme a su concepto puro. Sin embargo, estas consideraciones no figuran en ninguno de los libros no revisados, III a V, y ni siquiera de forma tan clara en el libro VIII.

Por asombrosa que pueda parecer esta afirmación, Clausewitz probablemente no echó los cimientos de su estructura conceptual, o sea la irrealidad de la guerra absoluta (concepto puro de la guerra), sino en los últimos años de su vida, entre 1827 y 1830. Percibió la posibilidad de un movimiento contrario al del ascenso a los extremos (movimiento intrínseco a la guerra en el sentido concreto de prueba de fuerza) de acuerdo a la definición absoluta, y empezó a considerar la guerra ya no como un asunto autónomo, sin restricciones, sino como un fragmento del conjunto político (Aron 1986: 12).

El día que Clausewitz captó plenamente la idea que la guerra es una política que libra batallas en vez de enviar notas, resolvió los dos problemas que le planteaba su experiencia histórica y su inquietud filosófica: como abarcar en el

mismo concepto fenómenos tan diferentes como las guerras de las ciudades antiguas, las de los *condottieri*, las de gabinete, las de la Revolución y el Imperio. Obsesionado desde la juventud por el deseo de llegar a la naturaleza de las cosas (en el sentido de Montesquieu), Clausewitz encuentra la unidad ya no en el desencadenamiento extremo de la violencia, sino en un punto de vista superior: la guerra surge de la política, la política determina su intensidad, le crea el motivo, le traza las grandes líneas, le fija los fines y, al mismo, tiempo los objetivos militares (Aron 1988: 132).

Durante toda su vida Clausewitz había trabajado sus diversos conceptos sobre la guerra de acuerdo a la definición absoluta. La mayor parte de *De la Guerra* se encuentra redactada con esta lógica; los libros III, IV y V, sobre la estrategia, el combate y las fuerzas armadas, no presentan huella de ninguna de las ideas rectoras de la síntesis final (capítulo 1 del libro I), de los dos géneros de guerra, dualidad resultante de la primacía de la política, primacía que de por sí reduce a un juego lógico el ascenso a los extremos. Es por eso, que si no se tiene un conocimiento previo de la forma como está escrita, *De la Guerra* puede llevar a muchas confusiones y malinterpretaciones.

Cuando Clausewitz descubre la imposibilidad misma de la teoría que quería elaborar, no a causa de las magnitudes morales, ni de la fricción, ni de la infinita diversidad de las situaciones; ninguno de estos argumentos impide observar lo que ocurre con mayor frecuencia, ni formular en forma de principios o reglas las prácticas adecuadas para la generalidad de los casos. Lo que cambia todo es que las operaciones militares no contemplan siempre la destrucción de los ejércitos enemigos, no todas las campañas tienden a una decisión, un beligerante no siempre procura abatir al adversario. En síntesis, la tipología de las guerras y las totalidades vuelve ilegítimo todo principio deducido directamente de la finalidad de las batallas, las campañas o las guerras. Trátese de la decisión, la destrucción o el abatimiento, la finalidad que sugieren los conceptos se vuelve condicional (Aron 1988: 269).

La evolución del pensamiento de Clausewitz durante sus últimos años se resumiría en lo siguiente. El contraste entre la manera de hacer la guerra en los siglos XVIII y XIX le llama la atención en el curso de sus estudios históricos. Concibe, pues, primero, la dualidad de las especies (los dos géneros de guerra). Expresa esta dualidad aludiendo a la práctica napoleónica de abatir al enemigo, práctica que consideraba hasta el momento como normal, lógica, necesaria, pues las otras le parecían mucho más corruptas en cuanto eran las responsables de las derrotas sufridas por los aliados contra la Francia revolucionaria e imperial.

Desde luego, él no había ignorado las condiciones políticas de las guerras de gabinete, la indiferencia de los pueblos, como tampoco había ignorado la participación del pueblo entero en el curso del periodo posterior. Lo que falta es incluir en el mismo plan la guerra que tiende a la forma extrema, la aniquilación de

las fuerzas armadas y el abatimiento del Estado enemigo, y la guerra que menos se le parece, la conquista de una provincia fronteriza u observación armada. En su juventud, Clausewitz introdujo en su teoría las fuerzas morales, en la madurez, introdujo las distinciones conceptuales necesarias para comprender que las dos formas extremas de guerra, eran condicionadas o determinadas por las circunstancias o las intenciones políticas.

Para fundamentar la igualdad jerárquica de ambas clases de guerra, debía reconocer la irrealidad de la guerra absoluta, que él presentaba, en múltiples partes del texto, como la única acorde con el concepto de guerra. Es cuando se encuentra redactando el libro VIII que se da cuenta de esta necesidad, y empieza a justificar la lógica de la definición trinitaria sin llegar a formularla. Al respecto, el lenguaje expuesto en el libro VIII se encontraría retrasado en relación al del capítulo 1 del libro I.

En la lógica de este último capítulo, la guerra absoluta responde al concepto, a la naturaleza, a la verdad de la guerra en cuanto tal. En otras palabras, a la guerra aislada de sus orígenes y su fin; aislada, por lo tanto, de la política en cuánto condición o finalidad. En este sentido, conserva, aún en el capítulo 1, cierta primacía el carácter de noción fundamental, de necesidad que se deduce abstractamente de la acción recíproca de las voluntades enfrentadas, concretamente de las pasiones desencadenadas. En el libro VIII describe la guerra como operaciones que van desde la observación armada hasta la lucha total, sin llegar a precisarlas en un mismo concepto; sin embargo, en el capítulo 1 del libro I, la definición trinitaria, válida para todas las guerras reales, señala la ruptura definitiva con la idea antigua de que sólo las guerras de abatimiento se atienen al concepto, mientras que las guerras imperfectas, cercanas al juego, no se descubren sino en la historia. En efecto, la definición absoluta de la guerra, con la cual se inicia el análisis del capítulo 1 del libro I, es la única que se desprende del concepto puro del duelo o del choque de voluntades hostiles o violentas. La definición trinitaria implica la sustitución de los duelistas por beligerantes reales, o sea la realidad histórica.

No hay guerra absoluta en la realidad, sólo la hay en el mundo del concepto, del ideal. Por otra parte, las guerras que se aproximan a la guerra absoluta no son perfectas por oposición a las imperfectas, contaminadas por la política. Esta oposición entre las guerras íntegramente guerras y las afectadas por la política, todavía latente en el libro VIII, es rechazada explícitamente en los capítulos 1 y 2 del libro I. Las guerras que se aproximan a la perfección no son más ni menos políticas que las otras. La política misma determina su carácter absoluto. En otros términos, la guerra perfecta, que en el libro VIII sirve de concepto fundamental, deviene en el capítulo 1 del libro I en la simple lógica de una guerra separada de sus causas e intenciones. En el libro VIII, la irrealidad de la guerra absoluta se desprende de la distancia inevitable entre el concepto y el fenómeno. En el libro I se desprende también de una definición parcial de la guerra.

La importancia de la política

La violencia no ha dejado de reclamar su parte en ninguna sociedad, en ninguna época. En tal sentido, la política ha sido siempre el mal menor, y continuará siéndolo mientras los hombres sean lo que son.

Raymond Aron (2011: 200).

Habría que precisar que Clausewitz nunca desconoció los lazos entre la política y la guerra, entre los intereses de los estados y la forma en que cada uno conducía las operaciones, entre el carácter de los pueblos y su forma de lucha. En sus notas de juventud citó elogiosamente a Nicolás Maquiavelo, y ridiculizó a quienes lo acusaron de cínico, resaltando que los estadistas que lo condenaban de palabra seguían sus lecciones en los hechos (Aron 1988: 78):

No hay lectura más necesaria que Maquiavelo; los que afectan repugnancia ante sus principios no son más que petimetres con ínfulas de humanistas... Algunas páginas de este escritor han envejecido, otras son de una verdad eterna. Federico II escribió su Anti-Maquiavelo, pero siguió siendo discípulo de Maquiavelo; si fingió condenarlo fue para atenerse con más comodidad a sus enseñanzas, y Voltaire ha dicho con toda justicia que le escupió encima para que otros le tuvieran asco.

Pero si Clausewitz no era ajeno a todo esto, ¿qué es lo que le faltaba para relacionar la guerra con la política en su sistema conceptual? La distinción que hace entre los dos géneros de guerra, antes de precisar que “la guerra no es más que la continuación de la política del Estado por otros medios”, es fundamental en su sistema, ya que le faltaba lo esencial: elaborar el concepto o, si se prefiere explicitar el sentido y las consecuencias de los lazos entre la política y la guerra.

Pero este paso decisivo lo dio tardíamente (1827-1830) y percibió que todo lo que había pensado y escrito en más de veinte años exigía una revisión.

Como hemos señalado reiteradas veces, Clausewitz nunca término esa revisión, sin embargo, en el capítulo 1 del libro I expresó claramente que la guerra entre pueblos civilizados surge de una situación política y es provocada por un motivo político. El fin político constituye, pues, la consideración suprema en la conducción de la guerra. Sería diferente si la guerra, una vez iniciada, no obedeciera más que sus propias leyes, independientemente de la política que la ha provocado, comparable a una explosión, determinada únicamente por los preparativos anteriores al estallido. Esta concepción tradicional, señala, es radicalmente falsa, aunque haya sido corrientemente admitida hasta el presente. Enfatiza que la guerra real no es comparable al desencadenamiento total y ciego de la violencia, sino que se desarrolla bastante despacio para permanecer sometida a la voluntad de una inteligencia que la conduce (Aron 1988: 87).

En vista que en la guerra, la apelación a la violencia, no es más que un medio al servicio de la política, la regulación mediante la violencia de un conflicto de intereses, los esfuerzos, los sacrificios, serán normalmente proporcionales a la finalidad o a la apuesta. Asimismo, de los tres elementos que se mezclan en toda guerra real (pasiones populares, libre actividad del alma e inteligencia del Estado) el último es el que debe conservar la autoridad suprema, canalizar las pasiones y controlar la audacia necesaria del jefe militar (Aron 2009: 91).

Esta inteligencia, entendimiento, es decir la política, tiene como primer deber conocer lo real, comprenderlo, y calcular los medios con relación al objetivo y la finalidad (Aron 2009: 60). Debe quedar claro para el político que la noción de política como legisladora no implica más que la idea, a menudo expresada en otros términos, que el instrumento debe someterse a las intenciones de quien lo utiliza. Este no puede exigir al instrumento más de lo que da ni emplearlo sin tener en cuenta su naturaleza propia (Aron 1988: 235).

El decisor político debe ser consciente que la intención política es el fin, mientras que la guerra es el medio y jamás puede ser pensado sin el fin (Aron 1988: 7). En consecuencia, el general tiene derecho a exigir que las directrices de la política sean consecuentes con los medios con los que cuenta (Howard y Paret 1999: 93).

Al respecto, Bernard Brodie, analizando a Clausewitz, puntualiza que la guerra es un instrumento de la política, y es inadmisibles la creencia común de que la guerra suspenda las relaciones políticas entre los contendientes y las sustituya por unas condiciones totalmente diferentes, regidas no por el derecho, sino por sus propias leyes. La guerra puede tener su propia gramática, pero no su propia lógica, ya que la lógica viene determinada por el objetivo político, y el acto de guerra simplemente sustituye al normal intercambio de notas diplomáticas. De no ser

así, la guerra sería algo inútil y carente de sentido. La razón por la cual la guerra no avanza hacia lo absoluto es que no puede seguir sus propias leyes, sino que debe ser tratada como una parte de un todo, que recibe el nombre de política (Howard y Paret 1999:155).

Para enfatizar la importancia de la política, Clausewitz emplea la expresión “inteligencia del Estado personificado” para refutar una noción estrecha de la política, que la reduciría a subterfugios o a la prudencia de la diplomacia de gabinete. La política, para él, equivaldría a lo que actualmente denominamos interés nacional, y nos advierte sobre el craso error de tomar una decisión estatal sin tomarlos en consideración (Aron 1988A: 171-172).

Teniendo presente que el decisor político debe evaluar correctamente la naturaleza de la guerra a enfrentar, tiene que considerar que existen factores políticos objetivos y subjetivos. Los factores objetivos consisten en las características específicas y puntos fuertes del Estado en cuestión, así como en las características generales de la época (políticas, económicas, tecnológicas, intelectuales y sociales). Los factores subjetivos consisten en el libre albedrío del liderazgo que, si bien debería ajustarse a las realidades objetivas, a menudo no lo hace así (Howard y Paret 1999: 44).

La guerra no es un fenómeno independiente, en consecuencia, las líneas principales de todo plan estratégico son, en gran parte, de naturaleza política, y su carácter político se refuerza aún más si el plan se aplica a la totalidad de la campaña y a todo el Estado. De acuerdo con este punto de vista, no es posible una evaluación puramente militar de un gran asunto estratégico, ni tampoco un esquema estrictamente militar para resolverlo. Así pensaba Clausewitz cuando el 22 de diciembre de 1827 respondió la consulta de un amigo sobre este tema (Howard y Paret 1999: 29).

Clausewitz expresa claramente que es en el seno de la política donde se desarrolla el germen de la guerra. Los intereses militares de un Estado, a pesar de ser primordiales desde distintos puntos de vista, siguen siendo parciales. El jefe de Estado es quien está en condiciones de encarar el conjunto de la coyuntura, la pluralidad de los intereses para deducir de ello el interés último, en función del cual tomará la decisión (Aron 2009: 27-28).

Asimismo, al ser la guerra una eventualidad que los responsables no pueden ignorar, la política de Estado, en tiempo de paz, tiene como deber preservar las condiciones para una guerra victoriosa. En otros términos, mantener el ejército y la voluntad, o el espíritu de defensa de la población y del ejército (Aron 2009: 140).

Este punto es importante, porque la guerra no es siempre consecuencia de una decisión política voluntaria, y si uno tiene que luchar con fuerzas inferiores sería pintoresca una teoría de la guerra que fallase precisamente en el punto en que es más necesaria. Por lo tanto, cuanto más limitada sea la fuerza, más limitadas

deben ser las metas y la duración. Si el aumento del vigor se combina con la limitación sagaz de los objetivos, el resultado es la mezcla de golpes brillantes y retiradas sabias (Howard y Paret 1999: 121).

Según Brodie, es importante considerar que en una guerra la tensión entre el propósito político y el objetivo militar es mínima, ya que cuanto más poderosos y estimulantes sean los motivos que llevan a la guerra, tanto más se aproximará la guerra a su concepción abstracta, y los objetivos militares y el objetivo político de la guerra coincidirán con mayor exactitud, haciendo que el conflicto parezca más militar y menos político. Por otro lado, cuando los motivos son menos intensos, como en la guerra limitada, el objetivo político será cada vez más incompatible con el objetivo de la guerra ideal, y el carácter del conflicto se percibirá como más político (Howard y Paret 1999: 93-94).

La naturaleza de la guerra

Toda guerra es en realidad un enfrentamiento armado de dos voluntades, que apuntan hacia objetivos de signo contrario. Si una de las partes ha sido colocada en tal posición de desventaja que si continúa el enfrentamiento su situación empeora inevitablemente, se dice que su posicionamiento estratégico corresponde a una situación de derrota. Cuanto más tiempo dure el enfrentamiento armado se acentuará el desbalance en la correlación militar de fuerzas en su contra, así como se alejará cada vez más la posibilidad de conseguir los objetivos por los cuales decidieron participar en la guerra.
(Tapia 1997: 152).

Después de dar la definición trinitaria de la guerra (que comprende a todas las guerras reales), Clausewitz tenía claro que el factor político era de una importancia crucial al momento de evaluar y determinar no sólo los intereses en juego, sino también el esfuerzo que debería emplearse para obtenerlos. De este análisis, y en relación al probable esfuerzo de respuesta que podría esperarse de parte del enemigo, debería obtenerse una aproximación de las características de la guerra que se tendría que afrontar.

Al respecto, da la siguiente recomendación: “El más grandioso acto de juicio que el hombre de Estado y el mando militar deben hacer es el de situar correctamente la guerra que emprenden... y no tomarla por algo que no es, o convertirla en algo que no puede ser... esta es la más amplia de todas las cuestiones estratégicas” (*De la Guerra*: I, 1).

Pero comprende que este análisis no es fácil, ya que la guerra es un camaleón, en los dos sentidos del término, la guerra es otra de coyuntura en coyuntura, y compleja en cada coyuntura. Por eso, la primera tarea del estadista debe ser determinar la naturaleza propia de una guerra en particular, la que le incumbe comprender o conducir (Aron 1988: 140).

Clausewitz razona al respecto no de acuerdo a leyes lógicas relacionadas con las matemáticas y que resultan de la determinación de frecuencias, sino a las leyes de la probabilidad, opuestas a éstas, las mismas que permiten, de acuerdo a la capacidad del espíritu que las evalúe, captar el carácter de la guerra, la intención del enemigo, así como los medios que posee y movilizará. De allí que el paso inicial, que lo preside todo, sea la apreciación de la naturaleza de la guerra tal como la vuelve probable la coyuntura (Aron 1986: 273).

Entonces, la variación de la intensidad de la guerra obedece a la fuerza de los motivos y a la magnitud de las apuestas; la gradación de la paz resultaría de una especie de contradicción: entre la intensidad de la hostilidad entre los estados y la no expresión de esta hostilidad en violencia abierta (Aron 2009: 141).

Sobre el particular Bernard Brodie nos dice que nadie empieza una guerra sin tener antes claro lo qué desea lograr con ella y cómo la pretende conducir. Analizando a Clausewitz, advierte que no hay que descartar que las guerras puedan ser sin restricciones, ya que a la inercia natural, a toda fricción entre sus partes, a la incoherencia y timidez del hombre, debemos considerar que la guerra y sus formas son el resultado de ideas, emociones y situaciones dominantes en cada momento.

La guerra exige la facultad de utilizar nuestro juicio para identificar los elementos más importantes y decisivos entre una enorme variedad de hechos y situaciones. Para saber cuántos de nuestros recursos debemos movilizar para la guerra, debemos examinar primero tanto nuestro objetivo político como el del enemigo, calibrar la fuerza y situación del Estado al que nos enfrentamos, valorar el carácter y la capacidad de su gobierno y de su pueblo, y hacer lo mismo con respecto a los nuestros. Por último, debemos evaluar las simpatías políticas de otros estados y el efecto que la guerra puede tener sobre ellos. Esto exige la intuición de un genio. (Howard y Paret 1999: 150-152)

Este genio (o sentido común), al que alude Brodie, se practica menos en el cálculo de lo que no se presta al cálculo, que en el discernimiento de lo esencial. El juicio sobre la naturaleza de la guerra no se asemeja a una conclusión deducida de las premisas, sino a una apreciación, por parte del hombre experimentado, de circunstancias que no tienen un equivalente exacto en el pasado, pero no obstante se parecen lo bastante a algo conocido como para permitir la previsión de lo que hay que temer o esperar (Aron 1988: 226).

Es esencial comprender que Clausewitz entiende por genio no sólo la originalidad y la creatividad elevadas a sus más altas cotas, sino también las dotes

de la mente y el temperamento en general. El genio fue su dispositivo analítico predilecto para conceptuar las diversas capacidades y sentimientos que afectan el comportamiento del más ordinario y del más excepcional de los hombres (Howard y Paret 1999: 33).

Este genio tendrá la responsabilidad de mover los hilos del Estado y determinar, de la manera más certera posible, la naturaleza de guerra a enfrentar, dimensionar los costos de los medios y establecer claramente los objetivos a alcanzar y, sobre todo, si el sacrificio al cual va a exponer a su Estado es razonable con la paz venidera. Esta responsabilidad le compete totalmente a la política. Al respecto, habría que considerar lo que dice el capitán de corbeta de la Armada Española Mateo Mille y García de los Reyes, en su extraordinario libro *Historia Naval de la Gran Guerra 1914-1918* (2010: 315):

Es un error muy generalizado cambiar a los líderes cuando comienzan a ir mal las cosas de la guerra. Y, sin embargo, las guerras no las pierden los generales ni los almirantes. Son los gobiernos los que son culpables de las derrotas o deben atribuirse las victorias... Por ello, son éstos los que deben ser considerados como los autores del triunfo o del desastre.

¿Por qué se malinterpretó a Clausewitz?

Con el libro VIII volvemos al terreno del oro puro... Los libros precedentes también han reflejado la grandeza de su mente y nos han llevado lejos en nuestra comprensión tanto de la naturaleza de la guerra como de lo que a este respecto distingue a Clausewitz de otros autores, pero son sobre todo los libros I y VIII los que le otorgan ese lugar único que continua ocupando y que explica porque reclama hoy nuestra atención.

Bernard Brodie (Howard y Paret 1999: 149).

Referirnos con certeza sobre cuáles fueron las causas que motivaron que Clausewitz fuera malinterpretado, es aventurarse a descifrar los pensamientos y reales circunstancias que llevaron a políticos, estrategas y, principalmente, militares a decidir el empleo, de manera poco feliz, de conceptos mal entendidos, los mismos que aplicados en doctrinas llevaron, principalmente, a las grandes matanzas en los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial.

Herbert Rosinski nos puede dar una primera aproximación sobre cuales podrían haber sido las causas de estas malas interpretaciones: *“De la guerra es el examen más profundo, extenso y sistemático sobre la guerra que ha aparecido hasta el día de hoy ... Sin embargo, el hecho que destaque sobre el resto de la literatura militar y naval, entrando en terrenos a los que ningún otro pensador militar se ha acercado nunca, ha sido la causa de que sea mal interpretado”.* (Howard y Paret 1999: 71)

Y es que si leemos *De la Guerra* cuidadosamente, llegamos a conclusiones contrarias a las que se infirieron: rechazo de todo dogmatismo, dependencia de

la estrategia en relación con el instrumento, luego en relación con el estado de los armamentos, las condiciones de movimiento y aprovisionamiento, dependencia del plan de guerra y, en consecuencia, de la combinación de las batallas con respecto a las circunstancias político-sociales y las intenciones del Estado, adaptación del plan de campaña al tipo de guerra, inclusión en nuestras consideraciones de la fricción, el azar y, ante todo, el enemigo con quien nos enfrentamos (Aron 1988A: 5).

Entonces, quien comprende el sistema conceptual de Clausewitz y lee *De la Guerra* íntegramente, llegará a determinar que su autor no ha predicado la audacia en busca de la victoria por aniquilación, ni la prudencia con el fin de reducir las guerras a una observación armada; sino que ha predicado a la vez la audacia y la prudencia, la primacía de la destrucción de los ejércitos del enemigo entre los objetivos militares, pero principalmente la subordinación de la conducción de las operaciones militares a la política (Aron 1988: 5).

Clausewitz empieza a resaltar la importancia de la política en el libro VIII, y la detalla con toda claridad en el capítulo 1 del libro I, y a partir de ese momento debemos considerar que su conceptualización no varía: conducción de las operaciones y estrategia deben ser instrumento de la conducción de la política de la guerra. Si los militares no comprendieron esta enseñanza fue porque no quisieron comprenderla. Bastó que el libro fuera leído por civiles, tales como Hans Delbrück o Lenin (e incluso Marx y Engels), para que la verdad fuera restablecida (Aron 1988A: 218).

Si hemos de resaltar otras causas que contribuyeron con las dificultades de interpretación de *De la Guerra*, podemos agruparlas en: la conexión, indispensable y dificultosa, entre el aspecto analítico y lo que debería ser el aspecto sintético o las implicaciones prácticas. Cada análisis se relaciona con una parte de la conducción de la guerra, con una noción aislada, a veces con la guerra según el concepto (de guerra absoluta) y a veces con una guerra real (definición trinitaria). De ello resultan, aparentemente, contradicciones que Clausewitz quizá no hubiera eliminado aún si hubiera revisado la obra entera a la luz de su testamento intelectual, el capítulo 1 del libro I (Aron 1988A: 227-228).

¿Y por qué quizá no las hubiera eliminado? El mismo Clausewitz, en la primera nota, dice (Howard y Paret 1999: 167):

...mi naturaleza, que siempre me lleva a ampliar y a sistematizar, al final de cuentas prevalece. Cuanto más escribo y entrego mi espíritu al análisis, más retorno a un enfoque sistémico y, así, fue añadiéndose un capítulo tras otro. Al final, intenté revisar todo de nuevo, reforzar las vinculaciones causales de los primeros ensayos y tal vez, de esta forma, reunir diversos análisis para llegar a una única conclusión y presentar un conjunto razonable.

Pero Clausewitz nunca lo llegó a hacer.

Es por eso que, al darle al factor político la importancia requerida sólo al final de su vida, resaltan en el resto de la obra de Clausewitz otros elementos tales como la violencia intrínseca de la guerra y la omnipresencia del azar, junto con los requisitos en cuanto a cualidades morales que ambos plantean (Howard y Paret 1999: 53).

Consciente de estos cambios en su pensamiento, Clausewitz nos advierte que debemos considerar el capítulo 1 del libro I, y comprender la obra en su conjunto a la luz de la importancia de la política. Clausewitz procuraba introducir en el libro entero la idea matriz de que la acción militar sigue siendo, en cuanto tal, política. A partir del momento en que las operaciones militares pierden autonomía, en que la política no se contenta con fijar los fines a alcanzar por la guerra sino que también determina los fines a alcanzar en la guerra, todos los análisis estrictamente militares cobran un carácter condicional (Aron 1988: 209).

Se esfuerza en aclarar que no es la concepción inicial de la guerra absoluta lo que permite subsumir en un solo concepto la diversidad histórica de las guerras, sino la naturaleza intrínsecamente política de la acción bélica, ya que la guerra es guerra porque los Estados actúan políticamente por la violencia, sean cuales fueren las modalidades de esta última (Aron 1988: 105).

Sin embargo, los textos sobre los cuales se fundamenta la prioridad de la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo, que tratan de la decisión en el terreno militar, del abatimiento del Estado enemigo, son innumerables en *De la Guerra*, y todos derivan de las definiciones analíticas de la guerra en cuanto tal (absoluta), de la unicidad del medio (la violencia) y del pequeño número de circunstancias a tomar en cuenta. Los textos que subrayan la legislación superior de la política, que no ponen coto a su intervención en la conducción de las operaciones, que expresan la única y genuina definición de las guerras reales, o sea la definición trinitaria, son escasos, están concentrados en los libros I y VIII, los mismos que fueron omitidos, por ejemplo, en la primera edición de la traducción francesa de *De la Guerra*, a fines del siglo XIX (Aron 1988: 272).

Si continuamos analizando las causas que trajeron confusión, encontramos que Clausewitz no concebía la teoría a la manera de otros pensadores militares contemporáneos como Jomini. Él quería pensar la guerra, no enseñar recetas para la victoria (Aron 2009: 149).

Por las razones expuestas, quien indaga las responsabilidades históricas que podrían atribuirse a Clausewitz en el curso de las operaciones de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), enfrenta una doble interrogante: ¿qué influencia ejerció en el pensamiento militar francés?, y ¿qué influencia ejerció en los alemanes? Digamos, en términos simbólicos, en Foch por una parte, en el conde Schlieffen por la otra (Aron 1988A: 18).

En Francia

El comandante Lucian Cardot, inspirado por las lecturas de von der Goltz, habría sido el primero en dar conferencias sobre Clausewitz en la Escuela de Guerra, en 1885. Una amplia revisión de *De la Guerra* fue publicada en *La Nouvelle Revue* por el comentarista militar más importante de Francia, el capitán Georges Gilbert, un oficial de artillería que se distinguió en el primer curso de la Escuela de Guerra (1885-1887), pero lamentablemente, pese a ser brillante desde el punto de vista político-estratégico, resultó una grosera apología de la ofensiva a cualquier precio, de la batalla decisiva y del centro de gravedad. En 1886-1887 apareció una segunda traducción de *De la Guerra* (la primera fue la del comandante belga Jean Neuens, en 1849-1852), realizada por el teniente coronel de Vatry. El futuro mariscal Foch había ingresado a la Escuela de Guerra en 1885, el mismo año en que Cardot presentó por primera vez las ideas clausewitzianas a los futuros jefes del ejército francés. Es así que entre 1885 y 1900 Clausewitz influyó en la formación de una generación entera de oficiales franceses, los mismos que modelarían el pensamiento militar al final del siglo, redactarían los planes del Estado Mayor francés y conducirían los ejércitos en 1914.

Los lectores franceses de Clausewitz de fines del siglo XIX, por no tener en cuenta, quizá por desconocer, su sistema conceptual, utilizaron la enseñanza del general prusiano a los efectos de su propio objetivo (la reconstitución de una doctrina táctica), sin preocuparse demasiado del contexto histórico o intelectual en el que *De la Guerra* había sido elaborado. Extrajeron de ese trabajo estratégico los elementos válidos o utilizables en la táctica. Nada caracteriza mejor el estilo de interpretación que la decisión tomada por el teniente coronel de Vatry, de traducir en principio los libros III al VII, dejando de lado los libros I, II y VIII, por considerarlos más filosóficos que propiamente estratégicos. Esta omisión fue un error grave, ya que dichos libros, como hemos destacado, son indispensables para la comprensión de los demás. El entendimiento de la subordinación del instrumento militar a la intención política impide, con toda evidencia, eliminar los dos primeros libros, que definen a la vez la guerra y la estrategia, al mismo tiempo que las relaciones entre ambas y la política (Aron 2009: 148-149).

Esto trajo como consecuencia que los intérpretes militares franceses, desde Georges Gilbert hasta el mariscal Ferdinand Foch, nunca entendieran el conjunto de su pensamiento, el rechazo de una doctrina en el sentido de Jomini, la diversidad de situaciones y de medios apropiados a las situaciones, la distancia entre los conceptos y la realidad. Leyeron e interpretaron a Clausewitz a la luz del libro *La Nación en Armas*, de Colmar von der Goltz, y extrajeron de él una estrategia de la ofensiva a ultranza, tanto táctica como estratégica, doctrina que utilizaba fragmentos extraídos de *De la Guerra*, pero que llevaba a una simplificación caricaturesca de las fórmulas del pensador prusiano.

Ejemplo de lo anterior es el libro *Principios de la Guerra*, del mariscal Foch, publicado en 1903, el mismo que reproducía sus conferencias de 1900 y dejaba en claro hasta que punto los oficiales de la época fueron incapaces de comprender el pensamiento global de Clausewitz y terminaron por caricaturizarlo cuando creían captar su esencia. En su trabajo, Foch plantea la permanencia, el carácter inamovible de las verdades fundamentales, de los principios rectores, pese a los cambios históricos. Para él, la conducción de la guerra permanece sometida a las mismas leyes del pasado y, aunque las formas evolucionan, los principios rectores subsisten (Aron 1988A: 19).

Obsesionado por la teoría de las masas, Foch subestimó la importancia del armamento y los factores materiales, sin tomar en consideración, que en su época, al contrario de la de Clausewitz, estos ya habían adquirido una potencia enorme por haber recibido los aportes de la Segunda Revolución Industrial. Foch conocía los aportes pero los interpretó erróneamente, ya que creyó que la potencia del armamento favorecía la ofensiva, sin entender que era totalmente lo contrario. De este razonamiento resultó la ofensiva a ultranza, nada más alejado de lo que Clausewitz trató de transmitir (Clausewitz 2005: XXIV).

En Alemania

En 1867, un sumario de la literatura militar en Europa hizo el comentario reprobador que Clausewitz era muy conocido pero poco leído. *De la Guerra* podría haber sido una curiosidad olvidada, si Helmuth von Moltke, el viejo, jefe del Alto Estado Mayor prusiano entre 1857 y 1888, artífice de la modernización del ejército prusiano, arquitecto de los triunfos militares de Prusia sobre Austria (1866) y Francia (1870-1871) y, juntamente con Bismarck, creador del imperio alemán en 1871, no hubiese revelado después de su triunfo que, fuera de la biblia y Homero, Clausewitz era el autor cuya obra más lo había influenciado (Keegan 1995: 40-41). De esta forma, con la aprobación de Moltke, Clausewitz se tornó instantáneamente en un autor de moda.

Pero, ¿cuánto había de cierto en esto? Moltke había sido alumno de la Escuela de Guerra en el tiempo de Clausewitz, pero no tuvo ningún contacto con él y existen pocos indicios en sus diarios y cartas que demuestren que haya estudiado profundamente su obra. La imagen que sobre Clausewitz fue transmitida al ejército alemán y al mundo, en la última mitad del siglo XIX, fue a través de Moltke, casi totalmente cuanto fue la imagen de Karl Marx transmitida al pueblo ruso a través de Lenin. No era una imagen imprecisa, pero era destorcida y bastante incompleta.

A pesar de esto, si en 1870-1871 Bismarck, gracias a las victorias militares de Moltke, había alcanzado los fines políticos que se había fijado mediante una guerra local en relación con el conjunto del sistema de estados, en 1914 la guerra

se generalizó, y el Reich, de victoria en victoria, se precipitó a la catástrofe final. ¿Qué había pasado?, ¿quién era el culpable? (Aron 1988A: 26).

Un primer hecho destaca que el viejo Moltke, después de la guerra con Francia, de 1870 a 1871, convencido de que una futura guerra se libraría en dos frentes, ya no contemplaba la victoria relámpago ni la victoria total. En mayo de 1890, al hacer sus últimas declaraciones públicas, advirtió al Reichstag sus dudas sobre la posibilidad de aplastar totalmente a uno de los bandos si las grandes potencias europeas, con sus reservas humanas y armamento, se lanzaban a la lucha, y advertía sobre la posibilidad de que estos conflictos se transformaran en una guerra de muchos años, con las consecuencias que esto implicaba (Paret 1992: 326). De acuerdo a esto, el viejo Moltke no concebía que después de 1871 se pudiera alcanzar un triunfo por *knock-out* simultáneo a Francia y Rusia (Aron 1988A: 32).

A pesar de esto, los dirigentes del segundo Reich no hicieron prevalecer, ni antes ni durante las hostilidades (1914-1918), el principio de subordinación de los jefes militares al poder del Estado, en el sentido en que lo entendía Clausewitz, quien consideraba absurda la idea de preparar un plan de guerra en función de consideraciones estrictamente militares. Al respecto, el plan Schlieffen fue conocido por los cancilleres pero jamás fue discutido en común por las diferentes autoridades, civiles y militares.⁵ Las autoridades políticas alemanes no midieron las consecuencias del plan adoptado, que implicaba la violación de la neutralidad belga y volvía casi segura la intervención inmediata de Gran Bretaña, como sucedió en realidad.

Más allá de discutir si el plan Schlieffen tuvo oportunidades de éxito o no, lo importante es resaltar que en Alemania los errores políticos llevaron a una guerra cuya naturaleza no se previno, que la llevó a una guerra en dos frentes, y propició una catástrofe de carácter moral y económico para el pueblo alemán.

De lo expuesto, sobre cómo se interpretó a Clausewitz tanto en Francia como en Alemania, habría que decir que en Francia, en primer lugar, después de 1918, figuraba en el banquillo de los acusados, mientras que en Alemania desempeñaba, más bien, el papel de fiscal. Fiscal en el proceso centrado sobre las relaciones entre la política y la estrategia, entre el poder del Estado y el Estado Mayor General (Aron 1988A: 25).

Y es que quizás Jomini, quien consideraba la guerra en términos de heroísmo personal, y siempre controlada por la maestría del comandante en jefe, tuvo más influencia en Francia y Alemania que el propio Clausewitz. Los jefes de Estado Mayor habían encontrado en las teorías de Jomini exactamente lo que buscaban:

5 Si bien se le conoce como plan, en realidad fue un detallado memorándum que el conde Alfred von Schlieffen dejó a su sucesor como jefe del Estado Mayor alemán, en 1905. Consideraba que, al tener que sostener una guerra simultánea contra Francia y Rusia, debía obtener una victoria rápida contra Francia, mientras mantenía una guerra defensiva en el este contra Rusia. Luego de ello, movilizar la mayor parte de sus fuerzas del este al oeste y batir a los rusos.

Buenos argumentos contra la subordinación estricta a la autoridad política... Los gobiernos deberían elegir a los comandantes militares más idóneos y darles la libertad necesaria para conducir la guerra de acuerdo a unos principios científicos. Los gobiernos no deberían descuidar a sus fuerzas armadas, pero tampoco intervendrían en cuestiones que sólo estaban al alcance de oficiales profesionales y especialmente preparados. La profesión militar se aferró a esa lección, se la enseñó a las tropas, invocando que nunca más volverían a estar amenazadas por interferencias políticas, y tampoco sintieron la necesidad de explotar las dificultades que impondría esa fórmula tan simplista. Estas dificultades constituyeron el tema central de De la Guerra, pero los soldados de aquella época interpretaron a Clausewitz de una manera que no había diferencia con la fórmula propuesta por Jomini (Paret 1992: 172).

Por lo anterior, ¿es consecuente atribuirle a Clausewitz la responsabilidad de las sangrientas batallas de la Primera Guerra Mundial (1914-1918)?, como afirma Basil Henry Liddell Hart. Sin embargo, habría que puntualizar que si *De la Guerra* sugiere ideas peligrosas, la responsabilidad parcial de Clausewitz no convierte en inocentes a los lectores por su malinterpretación y sus decisiones (Aron 2009: 153-154).

Si hemos de encontrar una posible respuesta a las enormes pérdidas de vidas humanas en las catastróficas batallas de la Primera Guerra Mundial, debemos decir que si en 1914 la desmesura del conflicto no se explica por lo que estaba en juego, queda otra explicación también clausewitziana. A veces las pasiones populares se desbocan y la inteligencia política sólo atina a encauzarlas penosamente. En la Europa burguesa y presuntamente pacificada, preocupada por su bienestar, el entusiasmo patriótico exaltó a los pueblos y los arrojó a las fronteras y a la muerte en un impulso unánime, menoscabado por las crueldades absurdas de la guerra de posición y de material (Aron 1988A: 35).

Sin embargo, a pesar de estas consideraciones, la imagen final que pintó Liddell Hart de las enseñanzas de Clausewitz fue deforme, incorrecta e injusta. Y ya que este capitán británico fue, probablemente, el autor militar más leído de su época en el mundo angloparlante, esta imagen fue generalmente aceptada como cierta durante la Segunda Guerra Mundial (Howard y Paret 1999: 64).

Sobre sus apreciaciones, Raymond Aron (1988A: 2-3) señala:

Liddell Hart me parece el más inteligente, el más típico de los anticlausewitzianos de lengua inglesa; demasiado inteligente para no sospechar que Clausewitz mismo valía más que sus discípulos; demasiado británico para consagrar meses a desenredar la madeja de las verdades lógicas y las proposiciones históricas, de la teoría y la doctrina. De la obra de Clausewitz retuvo sólo dos aportes: la importancia de las fuerzas morales y la supremacía de la política; condena el resto, la prescripción implícita de lucha a muerte, el rechazo de la maniobra, la búsqueda del choque brutal de ejércitos masivos. Atribuye las locuras sangrientas de la Primera Guerra, al menos en parte, a la fascinación ejercida por algunos temas de De la Guerra.

Al respecto, todos los que oponen las dos escuelas supuestamente extremas, la de Sun Tzu, escuela de la estratagema, la artimaña, la acción indirecta, a la de Clausewitz, la cual pregonara el choque brutal, la oposición de fuerzas y el ataque directo, reducen la enseñanza implícita de *De la Guerra* a una versión simplificada y caricaturesca (Aron 1988A: 86).

Durante un siglo, Clausewitz fue leído, tal como temía, por quienes buscaban recetas, fórmulas prefabricadas, y no por hombres que aprendieran a pensar la guerra por su intermedio. Si hoy se lo comprende, es porque el doctrinario pertenece al pasado y, en lo esencial, sólo el teórico de 1827-1830 nos interesa todavía (Aron 1988: 272).

Julian S. Corbett

Hemos visto porque Clausewitz fue incomprendido, por eso ahora rescataré a un autor que no sólo planteó una teoría naval, en su excelente libro *Algunos Principios de Estrategia Marítima* (1911), sino que del análisis inicial que efectúa se puede establecer la clara comprensión del método y conceptos que Clausewitz había planteado a la luz del capítulo 1 del libro I, y de la importancia de la política en la conducción de la guerra.

Me refiero a Sir Julian Stafford Corbett, doctor en leyes de primera clase en Cambridge (Till 1988: 55) y miembro fundador de la Navy Records Society, la misma que edita y publica colecciones de documentos de historia naval británica, lo que le permitió tener el debido respaldo historiográfico para sus diversas obras y reflexiones (De Izcue, Arriarán y Tolmos 2012: 73).

Historiador naval de gran reputación, es un teórico a quién ningún estudioso moderno de la guerra marítima puede permitirse ignorar, ya que fue el primer escritor de asuntos navales en buscar integrar la teoría de la guerra de Clausewitz al estudio de la guerra en el mar. Su libro *Algunos Principios de Estrategia Marítima*, por tratarse de una contribución de peso a la discusión de la guerra, es hoy una obra clásica de los estudios estratégicos que todo aquel responsable del ámbito de la defensa debería leer (Proença 1999: 106-108).

Corbett comienza su obra refiriéndose al estudio teórico de la guerra. Al respecto, nos plantea que a simple vista nada puede parecer menos práctico que abordar el estudio de la guerra con una teoría, ya que parece que existe algo antagónico entre el hábito mental que busca una guía teórica y aquello que lleva a una conducción afortunada de la guerra. La conducción de la guerra requiere de personalidad, de carácter, de sentido común, de decisión rápida acerca de factores complejos y siempre cambiantes; y esos mismos factores son tan diversos, tan intangibles y tan dependientes de condiciones inestables, tanto morales como físicas, que parece imposible someterla a algo que se asemeje a un verdadero análisis científico (Corbett 1936: 11).

Entonces, ¿en qué medida podrá contribuir una teoría? El que los factores sean infinitamente variables y difíciles de determinar, realza la necesidad de alcanzar puntos de apoyo tan firmemente establecidos como sea posible. Mientras menos complicado sea el problema a resolver, más decididos debemos mostrarnos en encontrar puntos de partida desde los cuáles podamos trazar una dirección, manteniéndonos siempre atentos para evitar las circunstancias accidentales que nos asedian y estando siempre prevenidos contra sus influencias perturbadoras. Esto es precisamente lo que puede hacer el estudio teórico de la guerra: puede por lo menos determinar lo normal (Corbett 1936: 16).

Después de hacer esta precisión, Corbett nos advierte que la falta de confianza en la teoría, realmente, se genera de un error de concepto acerca de qué es lo que esta teoría pretende realizar. Resalta el que la teoría no pretende dar la facultad de conducción en el campo de batalla; sólo trata de aumentar el poder efectivo de esa conducción. Apreciación muy similar a la establecida por Clausewitz cuando señala que: “debería educar la mente del hombre destinado a conducir en la guerra, o más bien, guiarlo hacia la autoeducación; pero no debería acompañarlo en el campo de batalla” (Corbett 1936: 12).

La teoría, para Corbett, es una cuestión de educación y de reflexión; un proceso mediante el cual coordinamos nuestras ideas, definimos el significado de las palabras que usamos, apreciamos la diferencia entre factores esenciales y no esenciales, y fijamos y exponemos los datos fundamentales sobre los que todos están de acuerdo (Corbett 1936: 14).

Corbett termina su exposición dando un ejemplo práctico, en el cual la teoría estratégica se aclara de inmediato (1936: 17):

El campo de la navegación y las partes de la ciencia marinera que pertenecen a ella, se ocupan de fenómenos tan variados y poco dignos de confianza como los de la conducción de la guerra; juntos forman un arte que depende, tanto como el arte del general, del criterio de los individuos. La ley de las tormentas y mareas, de los vientos y corrientes y toda la meteorología, están sujetos a infinitas e incalculables variaciones, y sin embargo, ¿quién negará que mediante el estudio teórico de tales factores, el arte del marino ha ganado en coherencia y valor? Este estudio por sí solo no formará un marino o un navegante, pero sin él, ningún marino o navegante puede hoy pretender tal nombre. Por que las tormentas no se comporten siempre de la misma manera, porque las corrientes sean irregulares, ¿negará el más práctico de los marinos que el estudio de las condiciones normales le es inútil para sus decisiones prácticas?

Si se encara el estudio teórico de la estrategia de esta manera, es decir, si se lo considera no como un sustituto del criterio y la experiencia, sino como un medio de fertilizar a ambos, no podrá perjudicar a nadie.

Si leemos con atención a Corbett, nos daremos cuenta que comienza su análisis diciendo lo importante de tener una teoría de la guerra, en el sentido que

Clausewitz la conceptuaba, antes de ir a la búsqueda de conclusiones prácticas.

Ya en 1911, antes del inicio de la Primera Guerra Mundial, Corbett puntualizaba que la teoría predominante sobre la guerra era que ésta era “la continuación de la política por otros medios”. Como a simple vista esta frase no dice mucho sin una explicación razonable, partió diciendo que lo primero que había que tener en cuenta en caso de un conflicto era el establecer cuál sería su motivo, su objetivo político. Y lo más importante, qué valor le daría el enemigo a los intereses en juego (Corbett 1936: 25). En consecuencia, dependiendo de cuál sea el objetivo político de la guerra y el grado de importancia que el asunto en cuestión tenga para nosotros y para nuestros enemigos, dependerá la naturaleza de la guerra que emprenderemos (Corbett 1936: 34).

Para darle fundamento a este planteamiento, cita a Clausewitz (1936: 35):

La más grande y más crítica de las decisiones sobre la que tendrán que aplicar su criterio el Estadista y el General, es la de determinar la naturaleza de la guerra, para estar seguros de no confundirla, ni tratar de hacer de ella algo que nunca podrá ser por sus condiciones intrínsecas. Esta es la primera y más trascendental de las cuestiones estratégicas.

Corbett no sólo resalta la importancia de la política en la conducción de la guerra, sino que concluye diciendo que (1936: 35):

La mayor utilidad de la teoría de la guerra de Clausewitz es que proporciona una guía clara con la que podemos determinar la naturaleza de la guerra en la que estamos por participar, y asegurarnos de no aplicar a una guerra de cierta naturaleza un determinado desarrollo operacional, sólo por el hecho de que obtuvieron éxito en una guerra de otra naturaleza... Esta concepción, es el primer rayo de luz que nos guía hacia una verdadera teoría de la guerra y por tanto, nos permite clasificar las guerras y distinguir las unas de otras.

TERCERA PARTE

***Análisis de
De la Guerra***

Análisis de la naturaleza de la guerra (capítulos 1 y 2 del libro I y el libro VIII)

La intención de quien hace la guerra por elección o por ambición, es conquistar y mantener lo conquistado, y proceder de modo tal que, con ella, enriquezca y no empobrezca al país y a su patria. Entonces, al conquistar y mantener, es necesario pensar en no derrochar, y aún en hacer todo con utilidad para el erario público... Por eso las guerras tienen que ser cortas y fuertes... Tito Livio demuestra que en la guerra son necesarias tres cosas: muchos y buenos soldados, capitanes prudentes y buena suerte.
Nicolás Maquiavelo (2008: 229-240).

Capítulo 1 del libro I

Al analizar este capítulo hay que tener presente, en primer lugar, que es el único que Clausewitz considera terminado, es la síntesis de su pensamiento y respecto al cual hay que leer la obra en su conjunto; en segundo lugar, hay que entender que Clausewitz, para comprender la guerra inicialmente la plantea en su forma abstracta o ideal, la cual define como “un acto de fuerza destinado a obligar a nuestro enemigo a hacer nuestra voluntad”, y que viene a ser el concepto puro de la guerra y cuya esencia es la lucha. Al final del capítulo llega a la definición trinitaria, concepto que comprende a todas las guerras reales:

Extraña trinidad compuesta por la violencia original de su elemento, que es necesario considerar como una pulsión natural ciega (el pueblo), por el juego de la probabilidad y el azar, que la transforma en una libre actividad del alma (el jefe militar), y por la naturaleza subordinada de un instrumento político, mediante el cual retorna al puro

entendimiento (el jefe de estado).

Al iniciar este capítulo, titulado ¿qué es la guerra?, resulta importante resaltar la exposición que hace Clausewitz sobre el trabajo que piensa emprender (*De la Guerra*: I, 1, 179):

Me propongo considerar en primer lugar los diversos elementos de esta disciplina, luego sus diversas partes o secciones y, por último, la totalidad de su estructura interna. En otras palabras, iré de lo simple a lo complejo. Pero en la guerra más que en ningún otro asunto hemos de empezar por examinar la naturaleza del conjunto; en esto es más necesario que en ninguna otra cosa reflexionar al mismo tiempo sobre la parte y el todo.

Comienza el análisis de su concepto absoluto de la guerra en los párrafos del 2 al 5, exponiendo tres casos en que los contendientes pueden llegar a situaciones extremas. Primero, al ser la guerra un acto de fuerza y no aceptar ningún límite lógico, cada bando obligará a su contrincante a reaccionar iniciando una actividad recíproca que conduciría a situaciones extremas de violencia. Segundo, al no ser la guerra una acción de fuerza contra una masa inerte sino el enfrentamiento de dos fuerzas activas, pensantes, mientras uno no haya derrotado a su oponente está obligado a temer que éste lo derrote, es decir, ninguno tiene el control de la situación, demandando el máximo esfuerzo de cada uno. Y tercero, para derrotar al enemigo tengo que ajustar mi esfuerzo en relación con su capacidad: efectivos totales y su firmeza de voluntad. Los primeros son cuestión de números y se puede determinar, pero lo segundo es mucho más difícil y sólo puede determinarse a partir del motivo de la fuerza que la anima. Esto permitirá ajustar nuestro esfuerzo, pero el adversario hará lo mismo y se iniciaría una competencia que nos llevaría nuevamente a los extremos.

En los párrafos del 6 al 9 se inicia el paso de lo abstracto (o absoluto) a lo real, cuando señala que las tres condiciones extremas planteadas sólo podrían darse en caso que se cumpla lo siguiente. Primero, que la guerra fuese un acto completamente aislado y repentino que no obedeciese a acontecimientos previos en la esfera política. Segundo, si constase de un único acto decisivo o de un conjunto de actos simultáneos y decisivos. Y tercero, si el resultado alcanzado fuese completo y perfecto en sí mismo y no se viese influenciado por ninguna estimación previa de la situación política.

En relación al primer punto, Clausewitz argumenta que la guerra nunca estalla de manera inesperada, por lo cual los bandos pueden valorar la voluntad del otro con bastante exactitud, lo cual constituye una primera fuerza moderadora de la violencia.

Segundo, cuando se pasa del mundo abstracto al real, los cálculos materiales desplazan los extremos hipotéticos, por lo cual la interacción de los dos bandos no alcanza el despliegue simultáneo de todos sus recursos (fuerzas armadas y del país), es decir, el esfuerzo máximo.

Tercero, ni siquiera el resultado final de una guerra se puede considerar definitiva, ya que el Estado derrotado puede considerarlo como un simple contratiempo que puede solucionar en el futuro a través de la política.

De esta manera, Clausewitz concluye que la guerra escapa a la exigencia teórica según la cual deben aplicarse fuerzas extremas.

A partir del párrafo 10 vemos que una vez que cada bando deja de temer la búsqueda del extremo, el esfuerzo a empeñar se convierte en una cuestión de juicio debiendo basarse únicamente en fenómenos del mundo real y en las leyes de las probabilidades, elaborando cada bando una estimación probable de su enemigo a partir de su carácter, instituciones, los intereses en juego y la situación en general, lo que lo hace actuar en consecuencia con las conclusiones deducidas.

En el párrafo 2 ya se planteaba que existían limitaciones imperceptibles y autoimpuestas que atenuaban la guerra, las mismas que eran ajenas a la fuerza en la que basa su definición absoluta. Es así como, en el párrafo 11 comienza a resaltar la importancia del propósito político de la guerra, el cual, según plantea en su análisis, había dejado oculto para resaltar la ley de los extremos. En ese sentido, refiere que el motivo político es el que debe determinar tanto el objetivo militar como el esfuerzo que debe demandarnos. De esta forma, determina que las guerras pueden admitir cualquier grado de importancia e intensidad, desde la guerra de exterminio hasta la simple observación armada (los dos géneros de guerra).

A partir del párrafo 12 y hasta el 19, Clausewitz argumenta porqué la acción en la guerra no puede ser continua, ya que de esta forma se llegaría nuevamente a los extremos. Lo primero es el deseo de esperar un momento más favorable antes de actuar, de lo cual deviene la conveniencia de cada bando de utilizar el ataque o la defensa para obtener sus objetivos. Explica que el principio de polaridad (el cual es válido sólo en relación a un mismo motivo), no reside ni en el ataque ni en la defensa, por ser estos desiguales (considera a la defensa como la forma más fuerte con fin negativo), sino que está en el objeto que estas dos acciones persiguen: la resolución. Puntualiza, en consecuencia, que en la guerra la continuidad de las acciones se presenta muy raramente.

Un segundo factor que llevaría a la no continuidad de las acciones es el conocimiento imperfecto de la situación del enemigo, y aunque en la naturaleza humana siempre estamos más inclinados a sobrevalorar que a infravalorar las fuerzas del enemigo, este desconocimiento parcial es un factor de peso que contribuye a demorar la acción militar y a moderarla.

En los párrafos 20 al 22, retoma las leyes de las probabilidades, resalta la influencia del azar y enfatiza las fuerzas morales. Empieza por puntualizar que la naturaleza de la guerra es un asunto de valoración de probabilidades. Nos aclara que en ninguna otra actividad humana el azar está tan continuamente presente como en la guerra, y que el azar, la conjetura y la suerte representan gran parte de ella.

A partir de reconocer el azar, plantea que la guerra es equivalente a un juego de naipes, ya que desde el primer momento existe un juego de posibilidades, probabilidades, buena y mala suerte. Detalla que el elemento en que existe la guerra es el peligro, dentro del cual la más importante de todas las cualidades morales es el valor, compatible con el cálculo prudente. Asimismo, aclara que la osadía, la firmeza, el arrojo y la confianza en la suerte, no son sino variantes del valor, y que todos estos rasgos son propios de la oportunidad.

Es así que, al considerar todos estos factores morales, llega a la conclusión que la teoría, para tener utilidad, debe tener en cuenta el factor humano y hallar el espacio para el valor, la osadía y hasta la temeridad. Por lo tanto, el arte de la guerra trata de la vida y de las fuerzas morales, y debe dejar un margen para la incertidumbre en un plato de la balanza y, el valor y la confianza para restaurar el equilibrio, en el otro. Por ello, la guerra no debe ser considerada como un pasatiempo; no es sólo la alegría de apostar y ganar, no cabe en ella el entusiasmo irresponsable. Es un medio serio para un fin serio, y toda su semejanza con un juego de azar, el apasionamiento, el valor, la imaginación y entusiasmo que engloba, son sus características especiales.

Los párrafos 23 y 24 son fundamentales, ya que en ellos Clausewitz enfatiza de una manera clara la supremacía de la política en la conducción de la guerra. Cuando las sociedades van a la guerra la causa siempre se encuentra en una situación política y el manejo del conflicto está al servicio de una finalidad política, por lo cual, refiere, "la guerra es un acto de política". Explica que siempre ha habido desencuentros entre la política y quienes conducen la guerra, pues los últimos consideraban que la guerra era un acto de violencia desenfrenada y absoluta. Clausewitz resalta que en la práctica esta visión es totalmente diferente ya que la guerra no es así. La violencia no es algo que estalla en una sola descarga, ya que en la guerra ésta es variable en cuanto a su grado de descarga, debido a que siempre permanece sujeta a una inteligencia superior que es la política, la misma que impregna todas las operaciones militares y, en la medida en que lo admite su violencia, ejerce una influencia continua sobre ellas.

Es así como, en el párrafo 24, llega a determinar que la guerra es un instrumento de la política y resalta que es "una continuación de las relaciones políticas, proseguidas con otros medios".

De lo anterior, en el párrafo 25, Clausewitz detalla que cuanto más poderosos sean los motivos y tensiones que llevan a un conflicto, tanto más se aproximará este a su concepción absoluta, coincidiendo los objetivos militares y políticos de la guerra, siendo de esta forma el conflicto más militar y menos político. En el caso inverso, la guerra se apartará más de su curso natural, el objetivo político será cada vez más incompatible con el objetivo de la guerra ideal y el carácter del conflicto se percibirá como más político.

Hemos dicho que se percibirá como más político, porque en el párrafo siguiente Clausewitz destaca que a pesar de parecer que la política está ausente en uno de los dos casos, “ambos tipos son igualmente políticos”.

El párrafo 27 destaca dos aspectos: que la guerra nunca es un acto autónomo y que siempre es un instrumento político; y que el verla de esta forma permitirá determinar el modo como deben variar las guerras de acuerdo a la naturaleza de sus motivos y de las situaciones que la originan. Al respecto señala que:

La primera, suprema y más trascendente acción juiciosa que el hombre de Estado y el mando militar deben hacer es determinar mediante esa prueba el tipo de guerra en el que están embarcados, sin equivocarse en el juicio y sin tratar de transformarla en algo ajeno a su naturaleza. Esta es la primera de todas las cuestiones estratégicas y la más amplia.

El párrafo 28 contiene la definición trinitaria, es decir, de la guerra real. Empieza aclarando que la guerra no es:

un camaleón que adapta superficialmente sus características a una situación dada. Como fenómeno total, sus tendencias dominantes siempre hacen de la guerra una trinidad paradójica compuesta de violencia, odio y enemistad primarios, que deben considerarse como una fuerza natural ciega (el pueblo); del juego del azar y las probabilidades dentro del cual el espíritu libre puede campar a sus anchas (el jefe militar); y del elemento de subordinación, de instrumento de la política, sujeto únicamente a la razón (el jefe de Estado).

Precisa que hay que considerar que estas tres tendencias son como tres códigos jurídicos distintos que mantienen entre ellos relaciones muy variables; una teoría que ignore cualquiera de ellos o que intente establecer una relación fija entraría en conflicto con la realidad y sería inútil, por lo cual plantea que su tarea será el elaborar una teoría que mantenga el equilibrio entre los tres componentes.

Capítulo 2 del libro I

En este capítulo Clausewitz considera por qué algunas guerras son y deberían ser limitadas, tanto en su duración y objetivo como en su intensidad y medios. Es decir, ninguno de los dos bandos pretenden desarmar por completo al contrario.

Resalta el hecho que en la guerra no todo depende sólo de la fuerza, sino de la motivación. La guerra no es un acto de apasionamiento insensato, sino que está controlado por su objetivo político, el cual determina los sacrificios que deben hacerse, tanto en magnitud como en duración. En cuanto el esfuerzo sobrepasa el valor del objetivo político, es preciso renunciar a este y pedir la paz.

Puntualiza que en la guerra son muchos los caminos que llevan a la victoria y que no todos consisten en derrotar al enemigo; resalta que es vital el no

infravalorar nunca las personalidades de los estadistas y soldados por ser factores muy importantes a considerar.

También indica que, aunque el objetivo político de la guerra pueda variar infinitamente, desde el aniquilamiento hasta un simple cumplimiento de la obligación de una alianza, el medio de la guerra siempre es el mismo: el combate. Sin embargo, aclara que las formas de los combates son también diversas, desde la búsqueda de la destrucción de las fuerzas contrarias hasta la simple resistencia pasiva, pero el general que prefiera una estrategia distinta a la destrucción de las fuerzas militares contrarias debe cerciorarse que su adversario no busque lo contrario.

Libro VIII

Como preámbulo es necesario hacer la siguiente aclaración: los editores franceses del manuscrito inconcluso denominaron “boceto” o “esquema” al libro VII y “esbozo” o “borrador” al libro VIII.

El manuscrito de este libro, a diferencia del VII, tal como lo poseemos, no presenta las características de un plan: ni las grandes líneas, ni el orden de los capítulos, ni el resumen de las ideas principales. Es en el capítulo 2 donde se introduce, por primera vez (si omitimos el capítulo 1 del libro I que, bajo la forma que conocemos no existía aún), la distinción entre la guerra absoluta y guerra real. Esta distinción no se confunde con los dos géneros de guerra, aunque exista una afinidad entre la guerra absoluta y la guerra del primer género. Una guerra absoluta implica el abatimiento del enemigo, pero todo abatimiento no implica que ambas partes lleguen hasta el límite de sus medios, su energía, en el ataque o la defensa. La guerra absoluta implica el ascenso a los extremos, pero no faltan conflictos que terminan mediante el abatimiento del vencido y una paz dictada por el vencedor, donde, tanto en un bando como en otro, no se ha llegado al límite.

El concepto de lucha conduce al de abatimiento, como el de lucha al *knock-out*, pero en la experiencia histórica encontramos con más frecuencia victorias “por puntos”. Pasamos, pues, de la alternativa guerra absoluta-guerra real a la antítesis de los dos géneros de guerra. Clausewitz, cuando escribe el libro VIII, presiente, más que dominar, la separación entre guerra absoluta y guerra de la primera especie (o género). La guerra napoleónica a veces se aproxima a su figura absoluta o perfecta, y a veces la alcanza. Sin embargo, en el capítulo 1 del libro I, esta separación se destaca con toda claridad: el ascenso a los extremos, característico de la guerra absoluta o ideal, no es más que un juego lógico porque no se impone necesariamente, a menos que se aíslen las voluntades violentas del contexto en el cual se oponen. Supongamos dos luchadores que no obedezcan ninguna regla, animados por la pasión, reacios a toda reflexión, que se han jurado a sí mismos tumbar al adversario, como si en ello se les fuera la vida. He allí el equivalente de

una guerra perfecta. Las guerras donde uno de los beligerantes, cuando no los dos, procuran el abatimiento del enemigo, se acercan al modelo ideal, pero no lo realizan. Todas las guerras que observamos en la historia pertenecen a la categoría de las guerras reales, aún si las guerras de la primera especie revelan el principio activo de la hostilidad y permiten al teórico deducirlas o interpretarlas a partir del concepto de guerra absoluta. El libro VIII no alcanza el estado de esquema y es ante todo un esbozo, porque sugiere, pero no elabora, la relación exacta, entre las dos antítesis, guerra absoluta-guerra real y doble especie de guerra.

En segundo lugar, el libro VIII, que trata explícitamente del plan de guerra, impone al teórico que tenga en cuenta el contexto histórico en el cual comienzan, se desarrollan y concluyen las hostilidades. Este contexto condiciona los caracteres concretos de la guerra. Por otra parte, el jefe militar se convierte en jefe de Estado o, si se prefiere, el jefe de Estado se hace jefe militar y usa la espada al mismo tiempo que las palabras, envía sus ejércitos y envía notas. La politización de la guerra presenta, pues, dos sentidos: la guerra surge del mundo político-social y de las relaciones interestatales; y la acción de los ejércitos no difiere, en su significación, de la acción de los diplomáticos.

La guerra es una diplomacia violenta; la diplomacia pura, un diálogo no violento. Lo que Clausewitz sólo concibió tardíamente es la segunda idea, que se encuentra elaborada en el capítulo 6, mientras que la primera se encuentra en el capítulo 3. Pero como utiliza la misma palabra, "político", para designar el mundo objetivo (las relaciones sociales) y la decisión del jefe de Estado, nunca atina a esclarecer perfectamente los dos temas diferentes de los capítulos 3 y 6.

El mejor ejemplo de esta semiconfusión se encuentra en el mismo capítulo 1 del libro I, cuando señala que las guerras a ultranza, próximas a la guerra perfecta, no son menos políticas que las otras, porque la política (los intereses opuestos) les confiere su carácter extremo, no es infiel a la lógica de su pensamiento, pero sólo retiene uno de los dos sentidos de la política, el de las relaciones socio-históricas. Cuando la guerra se aproxima a la pura y simple explosión de violencia, el entendimiento del cual depende la política subjetiva, pierde total o parcialmente su dominio o soberanía.

El capítulo 3 empieza por requerir que el plan de guerra se establezca teniendo en cuenta el carácter total, el conjunto de la guerra. Pero comprueba que esta totalización presenta dos definiciones muy distintas, o bien sólo importa el fin, o bien sumamos las ventajas y reverses. Llega a la conclusión que el jefe de Estado no debe equivocarse por omisión, o sea desconocer la naturaleza de la guerra y el enemigo, como lo hicieron las coaliciones en 1792. No menciona el otro riesgo, el error por exceso, o sea el desencadenamiento de una guerra a muerte sin que la apuesta lo justifique. Pasa luego a una reseña histórica de las diversas maneras en que los pueblos conducen la guerra, con el título "Graduación del objetivo militar y del esfuerzo a realizar". En otros términos, la magnitud del fin (o las apuestas)

establece la medida de los esfuerzos que deberán consentir los beligerantes. El juicio del cual depende todo se centra en el carácter probable de la guerra en función de las circunstancias.

Los dos capítulos siguientes parecen relacionarse con las dos especies históricas de guerra, tal como las sugería en la advertencia de 1827. El capítulo 4 puede considerarse un ensayo de traducción concreta de los conceptos: sabemos en qué consiste el *knock-out* en la lucha. ¿En qué consiste el *knock-out* en la lucha interestatal? Clausewitz introduce el concepto de centro de gravedad y formula algunos preceptos, los que se han sostenido con mayor frecuencia, sobre la manera de llevar la guerra en función del abatimiento: subordinar lo secundario a lo esencial, determinar el centro de gravedad y concentrar sobre él los golpes más rudos, etc. Este capítulo, sin embargo, no es del todo satisfactorio porque vuelve a la abstracción del abatimiento sin extraer las consecuencias del análisis, realizado en el capítulo precedente, del condicionamiento de lo político de la guerra concreta.

El capítulo 5 decepciona aún más porque solo considera que se opta por un objetivo limitado (o la limitación del objetivo) por dos motivos: la insuficiencia de las fuerzas o la falta de osadía. Da la impresión que en este capítulo el fin natural de la guerra (el abatimiento) volviera a ser un imperativo. Olvida que la limitación del objetivo militar puede provenir de las circunstancias políticas y las intenciones de los gobernantes. Utiliza este capítulo para demostrar que la decisión a favor del ataque o la defensa no depende necesariamente de la relación de fuerzas. El Estado más débil, si tiene el fin positivo, lógicamente debe atacar. Clausewitz parece incapaz de conceptualizar la segunda especie de guerra, probablemente porque a su juicio ella se define negativamente, no tiene estructura interna, dado que se disgrega en acciones relativamente autónomas.

Termina este capítulo anunciando la subdivisión de la guerra con objetivo limitado en guerra ofensiva y guerra defensiva, pero recuerda que en el capítulo 2 del libro I, ya ha reconocido que la naturaleza del fin político y el conjunto de las relaciones políticas ejercen una influencia decisiva sobre la magnitud de los esfuerzos de los beligerantes y consagrará a este tema un capítulo sin ponerlo en relación con el capítulo 3. El capítulo 2 del libro I trata, en efecto, de la influencia que ejerce la política (en los dos sentidos) sobre la conducción de la guerra, pero de manera menos explícita que el capítulo 1 del mismo libro, probando que el libro VIII es anterior a la versión final de dicho capítulo.

Hubiera sido lógico enlazar los capítulos 3 y 6, como por otra parte lo hace el capítulo 1 del libro I; o sea, pasar del condicionamiento de la guerra al juicio que emite el jefe de Estado sobre la naturaleza de la guerra que deberá librar y sobre el plan que fijará y seguirá a continuación. La parte A del capítulo 6 comporta los dos movimientos, ascenso y descenso, que se encuentran en el capítulo 1 del libro I. La segunda parte desarrolla la idea principal: la guerra es un instrumento de la política.

Los capítulos 7 y 8 cumplen la promesa hecha al final del capítulo 5: el objetivo limitado no excluye la alternativa ataque-defensa. El capítulo 7 indica algunas de las diferencias estratégicas del ataque con objetivo limitado en relación del ataque en vista al abatimiento. Los ejemplos están tomados de las guerras del siglo XVIII.

La mayoría de las observaciones se infieren de dos clases de consideraciones: ¿la ocupación de un territorio debilita o no al atacante, y en qué medida? A ello responde que todo depende de la estructura geográfica. Por otra parte en ausencia de decisión, el atacante no puede desinteresarse de la defensa de los otros puntos al modo de quién contempla el abatimiento: esta afirmación podría deducirse de la diferente estructura de las totalidades (definiendo totalidad por su fin, en ambos sentidos de la palabra, o suma de las ventajas pequeñas).

La defensa con fin limitado está ejemplificada por el comportamiento de Federico II (el Grande) en la Guerra de los Siete Años (1756-1763). Pero Clausewitz analiza la defensiva del Gran Rey oponiéndola a la de los rusos en 1812. Uno puede preguntarse si la estrategia de los rusos contra Napoleón depende también del objetivo limitado. En este capítulo aborda la inserción del contraataque, en la idea misma de la defensiva. La resistencia pura a la que fue reducido Federico II resultaba de una relación de fuerzas a tal punto desfavorable que apenas toleraba el esfuerzo para ganar tiempo y esperar un acontecimiento político propicio. Una vez más el siglo XVIII nos da el ejemplo de las guerras con objetivo limitado sin que Clausewitz elabore la teoría de esta clase de guerra.

En cuanto al capítulo 9, retoma el 4, desarrollando el plan de guerra cuando el objetivo es el abatimiento del enemigo.

Parece difícil admitir que Clausewitz hubiera conservado semejante orden cuando cualquiera percibe que lo lógico sería: primero, guerra absoluta y guerra real; segundo, la guerra condicionada por la política y la guerra instrumento de la política; tercero, las especies de guerra en función del entorno y las intenciones; y cuarto, abatimiento u objetivos limitados, plan de guerra ofensivo o defensivo según se contemple el abatimiento o uno se contente con objetivos limitados.

El plan de guerra defensivo con miras al abatimiento sólo figura implícitamente en el capítulo 8 del libro VIII, por oposición a la resistencia pura de Federico II.

Sintetizando, diremos que la mayoría de las ideas están presentadas aquí y allá. La traducción de los conceptos en realidad no está elaborada. ¿Qué significa en cada caso el abatimiento? Está sugerido por ejemplos. Ni el plan de guerra ni la conducción de la guerra con objetivos limitados son tratados sistemáticamente (Aron 1986: 372-374).

Para concluir este análisis, es importante considerar la relación entre la definición trinitaria del capítulo 1 del libro I y el desarrollo de los conceptos del libro VIII. ¿Se puede reconciliar la definición trinitaria de la guerra con el texto del

capítulo 3A del libro VIII, según el cual una de las nociones de la guerra extrae su verdad de la naturaleza de la cosa y la otra de la historia?

Si se sigue esta línea de pensamiento, la conciliación entre la limitación de la experiencia histórica y la validez transhistórica de la teoría resultaría de la oposición entre el concepto (o la cosa misma), por una parte, y las modificaciones por la otra. ¿Se puede decir que cualquier experiencia histórica, analizada en profundidad, permite alcanzar la verdad conceptual? Difícil. No es la historia la que descubre el concepto, sino el entendimiento (o la razón). Es verdad que el concepto se expone a quedar velado, en ciertas épocas, por las modificaciones históricas. De esta forma, antes de Napoleón, se habría podido dudar que el concepto de guerra absoluta, la noción de su esencia absoluta, correspondiera a alguna realidad. La experiencia histórica ha favorecido la toma de conciencia teórica; quizá ésta también habría sido posible aún en la época de las guerras de gabinete, si los teóricos hubieran fijado su atención en las formas originales de la lucha, en las guerras de los bárbaros, donde la violencia se desencadena sin trabas hasta que uno aplasta al otro. La razón, en efecto, no se ejerce en el vacío, trabaja siempre sobre una materia, pero Clausewitz distingue, sin oponerlas, entre la conceptualización y el razonamiento y la observación histórica.

La relación entre el concepto y la historia no parece menos diferente, trátese de una u otra concepción de la guerra; lo cual no es compatible con la afirmación de que la teoría le debe todo a la experiencia histórica. ¿La definición trinitaria de la guerra suprime la dificultad al tiempo que la dualidad de origen de las dos concepciones de la guerra? Pareciera que sí.

La definición de la guerra compuesta por tres elementos (pasión, libre actividad del alma y entendimiento) deriva de la experiencia histórica aclarada, vuelta inteligible por el concepto. Se aplica a todas las guerras reales porque explica su diversidad por su propia complejidad interna. Supera la oposición entre concepto y modificación porque todas las guerras reales son modificadas con respecto a la esencia pura de la guerra, esencia que ya no aparece como la verdad natural de la guerra sino más bien como un momento abstracto del análisis teórico. Si el concepto verdadero ya no está separado del instrumento de su finalidad, ni la guerra de sus orígenes y fines, ¿por qué oponer forma absoluta y modificaciones en vez de elucidar el papel diferente de los tres elementos en toda guerra real al tiempo que la verdad transhistórica del concepto trinitario, ya que el concepto de guerra absoluta no es más que un instrumento analítico?

Clausewitz mismo no logró conciliar las fórmulas del capítulo 3A del libro VIII con las del capítulo 1 del libro I. Cada cual, pues, puede reconstruir a su modo la lógica de la síntesis final (capítulo 1 del libro I). Los puntos que no prestan dudas son los siguientes:

- 1) Todas las guerras reales comportan los tres elementos, aunque en proporciones diferentes. Las guerras sin participación popular no representan tanto una modificación de la guerra absoluta como una especie en la cual predomina el entendimiento, donde la violencia primitiva está encadenada, donde el libre juego del alma se somete al cálculo prudente y no moviliza las virtudes de la efectividad.
- 2) En la medida en que la definición absoluta de la guerra, prueba de fuerza y choque de voluntades, es un momento del análisis conceptual que desemboca en la concepción trinitaria, las fórmulas del libro VIII conservan cierta validez. El concepto de guerra absoluta sirve de referencia o fundamento, no nos recuerda lo que debemos temer, sino tener en cuenta. Las guerras se acercan más o menos a la guerra absoluta según la influencia ejercida por el tercer elemento, la política, legisladora suprema, única capaz de moderar la violencia, pero a veces capaz, por el contrario, de multiplicar la violencia a causa de la magnitud de lo que está en juego.
- 3) La razón o el entendimiento elabora el sistema conceptual del primer capítulo, reflexionando sobre la historia. La historia convalida el sistema en la medida en que lo vuelve inteligible. La verdad de los conceptos se prueba, por así decirlo, con el uso que hace de ellos el teórico. Entonces, las relaciones entre la teoría e historia varían según se trate de la conceptualización y de los principios extraídos de ésta (Aron 1988: 352-353).

Análisis de la teoría de la teoría (libro II)

El especialista que ha dedicado la mitad de su vida a dominar todos los aspectos de una materia compleja tiene más probabilidades de avanzar que quien trata de dominarla en poco tiempo. La teoría existe para que no haya necesidad de partir siempre de cero clasificando el material y abriendo camino en él, pues se encontrará siempre a mano y en buen orden. Tiene por objeto formar la mente del futuro comandante u orientarle en su formación, no acompañarle al campo de batalla.

Carl von Clausewitz (*De La Guerra*: II, 2, 258).

El libro II se diferencia de los otros de *De la Guerra* porque constituye una suerte de comentario metodológico de la obra entera.

El primer capítulo establece las divisiones del arte de la guerra. Los dos siguientes, uno largo, revisado tardíamente, el otro muy breve, tratan simultáneamente de la guerra y de la ciencia o arte de la guerra; por ende, de la naturaleza de la teoría. Los capítulos 5 y 6 derivan de la metodología, pues precisan las reglas de la crítica y el empleo de los ejemplos. El capítulo intermedio, que tiene por título "Metodismo", combina dos temas: por una parte, la definición de las nociones (leyes, principios, reglamentos, etc.); y por la otra, la función del metodismo (la aplicación constante de una cierta manera de obrar) en una teoría que lo condena. El orden expositivo de este libro es confuso, ya que por ejemplo el tratado de la división del arte de la guerra precede la respuesta al interrogante arte o ciencia. Asimismo, la definición de guerra que se encuentra en el capítulo 3 está después del análisis que se hace en el capítulo 2, sobre la teoría de la guerra.

Al respecto, hay que acotar que el texto de este libro II probablemente no fue revisado después del año 1827, ya que, por ejemplo, en la segunda página figura una referencia al capítulo 1 del libro I que no contiene el análisis anunciado de acuerdo a la versión que poseemos: el de la unidad de los combates como totalidades. La división de la campaña en una multiplicidad de combates y batallas, los principios, espacial y temporal, de la unidad del combate o la batalla (Aron 1988: 216-218).

Clausewitz empieza el capítulo 1 diciendo:

la guerra es esencialmente lucha, pues la lucha es el único principio eficaz en las múltiples actividades que generalmente se designan como guerra. A su vez, la lucha es una prueba de fuerza moral y física que se dirime por medio de la segunda. La resistencia moral no debe excluirse nunca, pues las fuerzas psicológicas influyen decisivamente en los elementos de la guerra.

El arte de la guerra consiste en el empleo de los medios dedicados al combate, es decir, la dirección de la guerra. Dirigir la guerra es planificar y ejecutar los combates, y coordinar unos con otros para alcanzar nuestros objetivos. Es así como determina dos actividades dentro de la guerra: táctica y estrategia.

Define táctica como “el empleo de las fuerzas armadas en los combates y la estrategia como el empleo de los combates para alcanzar el propósito de la guerra”.

Clausewitz sustenta el empleo de estas definiciones basado en que el objeto de toda teoría es el de clarificar conceptos e ideas que se han llegado a confundir y mezclar. Mientras no se hayan definido los términos y conceptos, no hay la menor esperanza de avanzar en el análisis con claridad y sencillez. Táctica y estrategia son dos actividades que se influyen mutuamente en el tiempo y en el espacio pero que, sin embargo, son esencialmente distintas.

En el capítulo 2 plantea que la enseñanza positiva (una teoría) es incompatible con la naturaleza del objeto (la guerra), ya que, suponiendo que se pueda construir un edificio doctrinal, el actor en todas las circunstancias donde recurra a su talento, ignoraría la enseñanza. Talento y genio actuarían fuera de leyes en tanto la teoría se opusiera a la realidad.

Al respecto, se perfilan dos soluciones. La primera, considera que las dificultades de la teoría no son igualmente grandes en todos los puntos. El papel respectivo del coraje, la inteligencia, el juicio, varían según los niveles jerárquicos, y también varían el número y la incertidumbre de los elementos. El papel de lo físico aumenta y el de lo moral disminuye a medida que se desciende hacia la táctica. La segunda completa a la primera: una teoría no precisa, para merecer este nombre, dar instrucciones a los actores. Toda actividad que usa los mismos medios en vista de los mismos fines da lugar a un estudio racional. El estudio analítico del objeto, en su organización natural, conduce a un conocimiento elaborado, a

discriminaciones claras. Aplicadas a la experiencia, y por lo tanto a la historia, crea una verdadera familiaridad con el objeto.

Añade luego que (*De la Guerra*: II, 2, 258):

Un especialista que consagra la mitad de su vida a esclarecer en todos sus aspectos un objeto oscuro sabrá más que quien quiere familiarizarse con el rápidamente. La teoría debe formar el espíritu de quien llegará a jefe militar, o, mejor dicho, debe guiarlo en su educación y no acompañarlo al campo de batalla; así como un maestro sabio orienta y facilita el desarrollo mental de su alumno sin por ello tenerlo sujeto toda la vida.

Así definida, "la teoría de la teoría" parece perfectamente clara. La conducción de la guerra no tolera la elaboración de una enseñanza positiva por tres razones principales: la acción recíproca de las fuerzas, la influencia e indeterminación de las magnitudes morales, y la singularidad y complejidad de cada situación en la cual toma sus decisiones el actor (Aron 1986: 267).

Es preciso aclarar que cuando Clausewitz considera que la teoría debe formar el espíritu y no acompañar al campo de batalla, se refiere al jefe militar pero no a los innumerables jefes que se intercalan entre el comando supremo y el cabo, ya que no se puede conceder a todos los jefes, de una punta a otra de la escala, la libre actividad del alma que pertenece por derecho al genio guerrero.

Clausewitz considera que entre las cualidades que debe poseer un comandante supremo se encuentran la de estar familiarizado con los asuntos de Estado y con las cuestiones que le son propias, conocer el carácter y hábitos de pensamiento y acción de los hombres colocados bajo su mando y ser capaz de elaborar juicios sólidos. Enfatiza que en la guerra el cambio continuo y la necesidad de dar respuestas inmediatas obligan al comandante a estar preparado para adoptar la decisión correcta en base a sus conocimientos transformados en capacidad genuina.

En el capítulo 3, Clausewitz considera, inicialmente, que la expresión "arte de la guerra" es más adecuada que "ciencia de la guerra", por cuanto en la esfera del arte residen la creación y la producción, mientras que en la ciencia encontramos la investigación y el conocimiento. Sin embargo, en el desarrollo de su análisis llega a la conclusión que la guerra no pertenece ni al ámbito de las artes ni de las ciencias, y que sería más exacto compararla con el comercio que es un conflicto de intereses y actividades humanas. La razón fundamental de esta precisión es que la guerra no es un ejercicio de la voluntad dirigido hacia la materia inanimada, sino hacia una que reacciona.

En el capítulo 4, procede a hacer distinciones conceptuales de las cuales derivan las implicaciones prácticas de la teoría considerada como un estudio racional.

Distingue primero los dos sentidos clásicos de la palabra ley. En cuanto objeto de conocimiento, la ley es la relación de las cosas y sus acciones reciprocas; en cuanto a objeto de la voluntad, es una determinación de la conducta, y equivale a la orden o la prohibición de hacer tal cosa.

El principio representa una forma atenuada de la ley para la acción. Conserva el espíritu y el sentido de la ley, pero sin revestir una forma definitiva, sin imponerse incondicionalmente, deja más libertad en la aplicación al juicio que debe discernir, en medio de la complejidad de lo real, si conviene o no aplicar el principio.

Los reglamentos e instrucciones determinan la acción en relación con una multiplicidad de circunstancias demasiado numerosas y poco importantes para prestarse a leyes.

El método es un procedimiento constante elegido entre varios posibles. El metodismo no consiste en la obediencia a los principios o a instrucciones particulares, sino a la aplicación constante de un método.

El método se convierte en rutina cuando la acción está prescrita por éste y no por principios generales o reglamentos individuales. Los procedimientos metódicos deben diseñarse de manera que se adapten a los casos más probables. Una rutina no se basa en condiciones individuales definidas, sino en la probabilidad media de que se produzcan casos análogos. Su finalidad es proponer una certeza media que, cuando se aplica de manera uniforme y constante, pronto adquiere parte de la naturaleza mecánica, que termina por hacer los movimientos correctos de forma automática (Howard y Paret 1999: 271-272).

Al respecto, Clausewitz considera que en la teoría de la guerra no se puede aplicar el concepto de ley a la acción, debido a que no existe ninguna fórmula universal que pueda aplicarse al cambio y la diversidad propios de los fenómenos de la guerra. Sin embargo, considera inevitable el uso del metodismo en los niveles inferiores de la jerarquía, es decir, en la táctica (Aron 1988: 222-223).

Entendida la teoría como la consideraba Clausewitz, nada le impedía presentarla de una manera sistemática: teoría dividida entre causas materiales y morales, sometida a la ley de la audacia y las metas grandiosas, basada en la búsqueda de la superioridad en un sector decisivo o en la batalla decisiva, utilizando el terreno, pero sin olvidar que en última instancia quienes combaten son los hombres, teoría que, consciente de la distancia entre las especulaciones de gabinete y la experiencia del combate, admite la incertidumbre, el azar y la fricción, y, en consecuencia, la responsabilidad del jefe y la dificultad de realizar operaciones que son simples en el papel (Aron 1986: 323-324).

El capítulo 5 trata sobre la crítica de campañas o batallas pasadas que, para Clausewitz, es la forma correcta de estudiar la teoría militar, ya que las ideas

teóricas en las que cualquier crítica debe basarse resultan más familiares a través de su aplicación repetida.

Toda crítica carece de valor si no está basada en una exposición exacta de los hechos en estudio, ya que tiene que ver con la determinación clara de causas y efectos. El crítico debe usar los conceptos teóricos como ayudas al juicio, y no debe ser de ningún modo dogmático.

Clausewitz resalta la idea que el principal propósito de la crítica no es atribuir al comandante alabanzas o culpas, lo cual resulta, por decir lo menos, difícil de hacer con justicia, ya que el crítico no puede ponerse mentalmente en la situación del comandante.

Advierte que normalmente los críticos incurren en los errores siguientes: primero, las falacias sobre el empleo por parte de los comandantes de principios y reglas como guías rígidas, en vez de como ayudas para adiestrar la mente del comandante; segundo, el empleo excesivo de términos y detalles técnicos que se vuelven oscuros y no satisfacen al lenguaje llano para una clara comprensión de lo expuesto; y tercero, el mal uso y empleo de los ejemplos históricos, que en la mayoría de los casos tratan de demostrar erudición y que no ofrecen ningún beneficio práctico.

En el capítulo 6, Clausewitz considera que la historia no es un libro de ejemplos en el que los soldados pueden aprender directamente o por analogía, debido a que ni la historia ni la teoría militar tienen lecciones o reglas que ofrecer al estudioso, y que sólo podrían ampliar su entendimiento y fortalecer su juicio crítico. Puntualiza que cada época existe por sí misma y no como parte de un gran esquema, y sólo puede ser comprendida en sus propios términos. De ahí que los ejemplos históricos aclaren todo y aporten la mejor prueba a las ciencias empíricas, y esto es particularmente cierto en el arte de la guerra.

Por eso, buscó desarrollar su obra resaltando los conceptos que planteaba con ejemplos históricos que fueran relevantes para su comprensión. En ese sentido, utilizó cuatro diferentes tipos de ejemplos. El primero, para explicar una idea que de otra manera quedaría expuesta de una forma demasiado abstracta. El segundo, para mostrar la aplicación de una idea para que podamos ver la influencia de circunstancias menores que no podrían ser incluidas en una fórmula general. Estos dos tipos tienen en común el hecho de que el ejemplo histórico no necesita ser totalmente exacto o auténtico, porque no se quiere probar nada, simplemente son una ayuda expositiva. En el tercer caso, se desea probar la posibilidad de un fenómeno o efecto; y en el cuarto se pretende deducir una regla o teoría, cuya prueba sólo puede basarse en la propia evidencia histórica. Aquí se necesita la historia exacta, aunque en el tercer caso puede bastar un único ejemplo, en el cuarto se precisa una clara serie de casos que lo soporten.

Análisis de la pareja conceptual moral- físico (capítulos 3 al 8 del libro I y el libro III)

La suerte de una guerra no la deciden los actos aislados de heroísmo, sino la capacitación general y el espíritu de un ejército.
Mariscal Albrecht Kesselring (2009: 160).

El material con el que trabaja el comandante es el corazón humano. Su arte consiste en despertar el coraje en sus hombres y el terror en el enemigo. El general despierta el coraje con la disciplina, el entrenamiento y la formación; con la justicia y el orden; con la paga, el armamento, las tácticas y el abastecimiento; con sus disposiciones en el campo, y con la autoridad de su presencia y sus acciones. Una disposición sólida genera valor, de la misma manera que una formación defectuosa convierte en cobardes incluso a los más valientes.
Alejandro Magno (Pressfield 2006: 263-264).

No se puede negar la influencia que ejerció Gerhard von Scharnhorst en el pensamiento militar de su época y especialmente en Clausewitz, quien lo consideraba su padre espiritual. Scharnhorst fue el primero de su época que pensó la guerra globalmente, tanto histórica como técnicamente, por lo cual tuvo una conciencia exacta de la importancia de la parte psicológica del arte de la guerra, a la cual Clausewitz denominó magnitudes morales (Aron 1988: 287-288).

Esta influencia fue importante, sin embargo, hay que considerar que en el tiempo en que Clausewitz vivió le resultó imposible desconocer las relaciones entre la organización de los ejércitos y los modos de combatir, por un lado, y

las estructuras político-sociales, por el otro. Igualmente, fue consciente de la introducción de métodos tácticos y logísticos nuevos (cazadores, columnas profundas y requisas) por parte de las tropas improvisadas por la Revolución Francesa, mientras que otros métodos (fila delgada y formaciones rígidas) caían en desuso. En estas condiciones, Clausewitz no podía no comprobar la diversidad de las guerras de acuerdo a los tiempos y las circunstancias. El contraste entre el hundimiento de su amada Prusia después de Jena, en 1806, y el comportamiento en combate de las tropas prusianas reorganizadas, en 1813, 1814 y 1815, le habría enseñado la importancia de las fuerzas morales, si hubiera tenido la necesidad de aprenderla (Aron 1986: 73).

Para entender a Clausewitz en este tema, al igual que en todos los demás, es preciso encontrar el sistema y situar los análisis parciales en el conjunto, tomando como referencia el capítulo 1 del libro I.

La oposición entre lo moral y lo físico aparece en ese capítulo en tres ocasiones: en la definición absoluta o monista de la guerra (definición inicial); del párrafo 18 al 21, cuando se enfatiza la distancia que existe entre la guerra según el concepto (guerra absoluta) y la guerra real; y en la definición trinitaria. En cada uno de estos momentos se descubre una significación de la antítesis moral-físico.

En la definición inicial de la guerra (absoluta o monista), que asemeja a la lucha entre dos personas, Clausewitz trata de demostrar que esta lucha enfrenta voluntades y no solamente cuerpos. Para entender la guerra, desde el modelo más simple, hay que reconocer su naturaleza, la guerra es una relación entre voluntades humanas, y su carácter específico, el recurso a la violencia física.

La dualidad del medio (la violencia) y del fin (inducir al adversario a que haga nuestra voluntad) implica una consideración sobre la moral. Si Clausewitz obligó a los estrategas a no pasar por alto las magnitudes morales, fue porque se remontó a la naturaleza propia del fenómeno bélico, a su significación humana.

El segundo momento en que aparece la fuerza moral (del párrafo 18 al 21 del capítulo 1 del libro I) parece antitético con el primero, ya que plantea la suspensión de las operaciones militares (énfasis en el concepto de fricción), lo cual, de acuerdo con la definición de guerra absoluta, que lleva necesariamente a los extremos, contradice la lógica de la guerra.

Un aspecto importante que Clausewitz advierte es el descuido de la teoría vigente, atribuyéndole el mismo defecto utilizado por los economistas, los que para él han atribuido frecuentemente en el desarrollo de su teoría un conocimiento perfecto de los temas. De esta forma, para conferir a su teoría una aparente científicidad, los estrategas han descuidado una de las características de la guerra real, la incertidumbre sobre la relación de fuerzas y sobre las intenciones del adversario.

A partir de allí, el cálculo racional de la teoría simplificada se transforma en cálculo de probabilidades; la lucha se convierte en juego, en el sentido que hablamos de un juego de naipes. No porque los jugadores no se opongan unos a otros y la inteligencia no esté presente, sino porque interviene el azar. Más aún, en la guerra, la incertidumbre del juego cobra el perfil del peligro. Desde el momento en que el actor debe recurrir al cálculo de probabilidades, está condenado al mismo tiempo a apostar. La apuesta ante el peligro, la resolución de probar suerte, exigen coraje. La guerra real nos revela las virtudes necesarias en el jefe militar, ya no sólo la fuerza desnuda de la voluntad que lógicamente conduciría al extremo, sino las cualidades precisas del espíritu y el carácter que exige esta singular actividad de los hombres enfrentados a sus semejantes, todos armados con instrumentos que la ciencia pone a su disposición.

Entonces, este elemento moral interviene por primera vez en la teoría más simplificada (definición inicial, monista o absoluta de la guerra), la voluntad de vencer, de hacer ceder al otro. Lo hace en segundo lugar cuando el teórico pasa del cálculo riguroso al cálculo de probabilidades y reintegra en su objeto la doble incertidumbre, objetiva y subjetiva, una ligada a las circunstancias materiales, la otra a las circunstancias humanas, incertidumbre que desafía el coraje y multiplica la respuesta misma del coraje.

El tercer momento en que aparece el tema de la fuerza moral es en la definición trinitaria. Ella retoma y completa los dos análisis anteriores. En el origen del capítulo 1 del libro I, el ascenso a los extremos parecía ante todo recurrir a una dialéctica racional. En el final, el elemento bélico que entraña la violencia de las guerras reales, el odio y la hostilidad, se inclinan más bien hacia el pueblo, mientras que las fuerzas morales mencionadas en el segundo momento, el juego del coraje en el dominio de las probabilidades y el azar, pertenecen al jefe militar. A él corresponde la libre actividad del alma, al jefe de Estado la determinación de los fines y, por lo tanto, la supremacía, pues la guerra debe obedecer a la política.

La insistencia de Clausewitz en las fuerzas morales deriva de su interpretación de la guerra en cuanto actividad social, donde los hombres se comprometen íntegramente, pueblo, ejército, jefes militares, jefe de Estado, todos solidarios entre sí, pues la unión moral del pueblo y el soberano constituye el fundamento último del Estado (Aron 1988: 148-151).

Si tuviéramos que establecer una diferencia entre Clausewitz y los teóricos de su época, tales como Heinrich von Bülow o Antoine Henri barón de Jomini, es que éstos, al tratar un libro sobre estrategia, hubieran analizado los movimientos de los ejércitos, las bases, las líneas de comunicación y retirada. Clausewitz trata de las potencias morales y las contrapone al número. El resto, la geometría de las campañas o de las batallas no desaparece, pero pasan a un segundo plano y se convierten en un modo subordinado de consideración. Las fuerzas físicas y

morales son consideradas de tal forma por Clausewitz que nada las puede desunir (Aron 1986: 186).

Al respecto, Clausewitz esboza una clasificación de las tres dimensiones de las fuerzas morales: primera, el espíritu y las otras cualidades morales del ejército, del jefe militar, de los gobiernos; segunda, el estado de ánimo de las provincias en las cuales se conduce la guerra; y tercera, la acción moral de una victoria o una derrota. Es en el libro III (Sobre la Estrategia en General) que se ocupa de la primera y la tercera (Aron 1986: 187).

Capítulos 3 al 8 del libro I

En este capítulo Clausewitz trata sobre el genio militar. Señala que el valor físico es el primer requisito del comandante, y el segundo son sus cualidades intelectuales. Considera que estas últimas son las más difíciles de determinar, llegando a la conclusión que dado que el rápido juicio intuitivo y la determinación son más necesarios que un gran poder de reflexión, lo que se necesita es más una mente enérgica que brillante. Son igualmente integrantes del genio del comandante las cualidades del temperamento, tales como las que contribuyen a la fuerza de voluntad y la energía en la acción.⁶

En los capítulos del 4 al 8, Clausewitz desarrolla su concepto de fricción. El capítulo 4 trata “sobre el peligro en la guerra”, y en él hace un análisis sobre como los efectos de los combates, tales como, el silbido de las balas de cañón, los heridos, etc., influyen en nuestro desempeño y dice que haría falta hombres excepcionales para que conserven su capacidad de decisión rápida sin haber pasado antes por esta experiencia.

En el capítulo 5 resalta el hecho que el esfuerzo físico es el factor más importante dentro de los que no pueden medirse en la guerra. El frío, el calor, la sed y las demás privaciones a las cuales se ven sujetos los combatientes no se pueden medir, y todas las críticas hechas sobre las supuestas verdaderas razones de un fracaso militar están muy lejos de explicar las causas reales.

El capítulo 6, “sobre la inteligencia en la guerra”, es muy importante. Clausewitz comienza su análisis diciéndonos que (*De la Guerra*: I, 6, 231):

Por inteligencia entendemos aquí todas las informaciones sobre el enemigo que... constituyen la base de nuestros planes y operaciones. Si tenemos en cuenta el origen de esta información, su naturaleza insegura y pasajera, comprobamos en seguida que la guerra es una estructura efímera siempre a punto de hundirse y quedar sepultada bajo sus propias ruinas. Como es lógico, en los manuales se insiste en que sólo se debe confiar en la información segura y que jamás debe dejar de contemplarse con aprensión. ¿Pero qué utilidad práctica tiene una máxima tan endeble? Forma parte

6 Para un análisis más detallado sobre este tema ver el concepto de genio desarrollado en la cuarta parte.

de esa sabiduría a la que, a falta de otra cosa, recurren los mejores escritorzuelos de sistemas y compendios, cuando se les acaban las ideas... En resumidas cuentas: la mayor parte de la inteligencia es falsa y el miedo contribuye a multiplicar las mentiras y las inexactitudes.

Al respecto, el historiador británico John Keegan, en *Inteligencia Militar* (2012: 36), señala que es frecuente considerar la información como el factor clave para el éxito de las operaciones militares. Sería prudente afirmar que la información, aunque generalmente necesaria, no basta para asegurar la victoria, ya que en la guerra lo decisivo es el resultado de la lucha. La fuerza de voluntad pesa siempre más en los combates que el conocimiento previo.

Sustenta esta afirmación después de haber hecho un análisis sobre el valor práctico de la información a lo largo de la historia, y nos da las siguientes precisiones que son convenientes considerar (Keegan 2012: 389):

En la época de los barcos a vela la dificultad suprema de la inteligencia era adquirir información valiosa en un lapso de tiempo que permitiera utilizarla; en la era moderna cuando abunda la información estratégica de todo tipo, su volumen amenaza con superar la capacidad de la mente humana para evaluarla. La inteligencia militar, por buena que sea, no señala indefectiblemente el camino de la victoria. La victoria es un premio huidizo, que se obtiene más con sangre que con argucias (Keegan 2012: 14).

La capacidad de comunicarse con rapidez y seguridad es la esencia de la práctica de la inteligencia en tiempo real. Sin embargo, es algo con lo que el agente rara vez cuenta. En cambio, las comunicaciones cifradas del enemigo, dada su naturaleza, pueden proporcionar información de alta calidad en tiempo real, si se logra descifrarlas con rapidez. La historia del qué, cómo, dónde y cuándo en la inteligencia militar es, por lo tanto y principalmente, la historia de la inteligencia de señales. Aunque también la inteligencia humana ha jugado su papel; al igual que, en los últimos tiempos, la inteligencia fotográfica y de monitorización. Pero en principio, ha sido la escucha secreta de las señales del enemigo lo que ha revelado sus intenciones y potencialidades, haciendo posible que se tomen a tiempo las contramedidas necesarias (Keegan 2012: 34-35).

Midway demuestra que ni siquiera el mejor servicio de inteligencia es garantía de triunfo... Nimitz, Spruance y Fletcher tuvieron información clara, o al menos tan clara como lo permiten las incertidumbres de la guerra, sobre los planes del enemigo; y aun así casi perdieron. Un poco menos de intuición por parte de Mcclusky (comandante del grupo aéreo del portaviones Enterprise que encontró la formación de portaviones japonesa) y un poco más de resolución por parte del almirante Nagumo (comandante de la flota de ataque japonesa a la isla de Midway), y habrían sido los portaviones norteamericanos los que habrían ardido en llamas el 4 de junio de 1942 (Keegan 2012: 266-267).

En última instancia, la guerra es acción y no pensamiento. En ninguna de estas batallas: Gaugamela (331 a.c.), en Malta (1565), en la India (1944), en Iwo Jima

(1945), famosas y decisivas, el pensamiento no fue determinante para alcanzar la victoria, sino más bien el coraje y la capacidad de sacrificio... la guerra no es un ejercicio intelectual, sino una actividad brutalmente física en la que ambas partes se empeñan en desgastar al enemigo. Es decir, una confrontación en la que se provoca, y se soporta, el derramamiento de sangre; y mientras más intenso es el desgaste menos cuesta el pensamiento.

Sobre la fricción, Clausewitz precisa que en la guerra todo es simple; sin embargo, lo simple se hace difícil. Así como el más sencillo y natural de los movimientos, el caminar, resulta muy difícil en el agua, en la guerra resulta difícil obtener resultados sólo moderados cuando se realizan esfuerzos normales.

Después de analizar los 4 capítulos en los que trata sobre el peligro, el esfuerzo físico, la información o inteligencia y la fricción propiamente dicha, llega a la conclusión (en el capítulo 8) que todos estos elementos se combinan para formar "la atmósfera" de la guerra, la misma que obstaculiza el desarrollo normal de las actividades en la guerra, por lo cual, debido a sus efectos restrictivos las agrupa en la idea de fricción global.

Libro III

En este libro aborda la estrategia en general, y comienza retomando el concepto general de estrategia que dio en el capítulo 1 del libro II (a pesar que cita al capítulo 2 del libro II, lo cual hace presumir que esta parte del texto no fue revisada). En la estrategia, nos dice, todo es muy simple, pero esto no significa que todo sea en la realidad muy fácil. El planificar el curso de la guerra resulta fácil, siempre y cuando se conozcan los objetivos políticos que se quieren alcanzar. Aclara que seguir el curso previsto en su totalidad, sin desviarse, es otra cosa que exige fortaleza de carácter, lucidez y firmeza de mente.

En el capítulo 2, señala los elementos estratégicos que afectan el empleo de los combates: morales, físicos, matemáticos, geográficos y estadísticos. El primero, abarca todo lo creado por las cualidades e influencias intelectuales y psicológicas; el segundo, se refiere a la composición y armamento de las fuerzas armadas; el tercero, el ángulo de las líneas de operaciones, los movimientos divergentes y convergentes; el cuarto, la influencia del terreno y las posiciones, las montañas, ríos, bosques y carreteras; y el quinto, las operaciones y mantenimiento. Postula que todos estos elementos deben ser analizados en forma conjunta ya que todas las operaciones militares se ven influenciados por ellos en distinto grado.

Los capítulos 3 y 4 se refieren a los factores morales, los mismos que son considerados entre los más importantes en la guerra, ya que conforman su espíritu como un todo, estableciendo en cada momento una estrecha afinidad con la voluntad que mueve y dirige toda la fuerza. Resalta la idea de que si la teoría de la guerra le diera a los factores morales el valor que merecen, ensancharía sus

horizontes y condenaría a quien pretendiese basar el análisis sólo en factores matemáticos. Dentro de los principales elementos morales resalta: la habilidad del comandante, la experiencia y el valor de los soldados y su espíritu.

Solo hay dos fuentes de espíritu militar, señala en el capítulo 5, la primera es una serie de campañas victoriosas y la segunda el empleo frecuente de un ejército al límite de sus fuerzas. Esto último parece sorprendente, pero un soldado se siente orgulloso de las dificultades y peligros que ha afrontado. Clausewitz sabía muy bien, en base a su experiencia, que los ejércitos llevados al límite de su resistencia podían sobrevivir a las peores tormentas de desdicha y a la derrota. Aclara el peligro de confundir el verdadero espíritu de un ejército con su estado de ánimo.

Sobre la audacia y la perseverancia trata Clausewitz en los capítulos 6 y 7, respectivamente. En relación al primero, reconocía su valía en un comandante y, aunque su explicación está llena de ambigüedades, termina por señalar que un mando de prestigio sin audacia es algo impensable, reconociendo esta cualidad como requisito inseparable del gran mando militar. Sobre la perseverancia es más concreto y afirma que en la guerra no hay ninguna empresa de mérito que en su ejecución no exija esfuerzos, dificultades y privaciones infinitas.

El capítulo 8 está destinado al análisis de la superioridad numérica. Clausewitz empieza diciendo que la estrategia es la que decide el momento, el lugar y las fuerzas con que se librará cada combate, y es a través de esta triple consideración que la estrategia plantea numerosas posibilidades, cada una de las cuales influirá de distinta forma en el desenlace. Una vez librado el combate la estrategia utiliza el resultado, victoria o derrota, para acercarse a la finalidad de la guerra.

Clausewitz determina, después de despojar al combate de todas las variables que corresponden a su propósito y valor combativo de las tropas, que la superioridad numérica es sólo uno de los factores que pueden llevar a la victoria, de acuerdo con las circunstancias.

Al respecto, y tomando en consideración la relatividad de la superioridad numérica como un factor determinante en la obtención de la victoria, indica que lo importante es poseer la fuerza suficiente en el punto vital. Este factor es lo más importante. La capacidad para concentrar la fuerza en el punto decisivo depende de la fortaleza del ejército y de la habilidad de su empleo. Por tanto, las fuerzas deben emplearse de tal forma que, aún sin contar con superioridad absoluta, se alcance la superioridad relativa en el punto decisivo.

Lo anterior tiene como requisito la correcta evaluación del punto decisivo en la planificación desde el primer momento. Esto conduce a la disposición apropiada de las fuerzas y a la resolución necesaria para sacrificar lo que no es esencial en aras de lo esencial, que consiste en el valor necesario para mantener unidas la parte principal de las fuerzas propias. A pesar de estas consideraciones, Clausewitz

resalta que por más capacitado que sea un comandante tendrá un límite en que esta capacidad pueda compensar la ventaja numérica de un adversario.

El capítulo 9 trata de “la sorpresa”, la cual es considerada por Clausewitz como el medio para adquirir la superioridad, aunque, por su efecto psicológico, debería también considerarse un medio independiente. Resalta el que la sorpresa sea un atractivo teórico, pero que en la práctica es difícil de lograr, debido principalmente a la fricción. Su éxito a menudo se debe a las circunstancias favorables fuera del control del comandante y queda frecuentemente a merced del azar. Básicamente, la sorpresa es un dispositivo de la táctica y se hará más difícil de lograr a medida que se eleve a los niveles políticos superiores.

Al respecto, Nicolás Maquiavelo señaló en *El Príncipe* (2008A: 163):

Muchos piensan que las cosas del mundo están gobernadas por la casualidad y, juzgan que no hay porque esforzarse demasiado y dejarse llevar por la suerte. No obstante, para no anular completamente nuestro libre albedrío, considero que tal vez sea cierto que la suerte gobierna la mitad de nuestras acciones, pero que aun así nos deja gobernar aproximadamente la otra mitad. Y comparo la suerte con uno de esos ríos impetuosos que, cuando se enfurecen, inundan las llanuras, arrasan los árboles y las casas, quitan tierra de un sitio y la colocan en otro, y todos huyen frente a ellos, todos ceden ante su ímpetu sin poderlos frenar de ninguna manera. Y aunque esa sea su naturaleza, nada impide que los hombres, en los días tranquilos, tomen precauciones y construyan defensas y diques, para luego, cuando los ríos crezcan, fluyan por un canal o, por lo menos, su ímpetu no sea tan desenfrenado y dañino. Lo mismo ocurre con la suerte, que demuestra su poder allí donde no hay ninguna virtud preparada para hacerle frente, y dirige sus embestidas a donde sabe que no hay diques ni defensas para contenerla.

“La astucia” es tratada en el capítulo 10, y es calificada como un término que implica un propósito oculto, un engaño, una estratagema. Advierte que la preparación de una acción falsa con el detalle necesario exige una inversión considerable de tiempo y esfuerzo, por lo cual hay que evaluar bien antes de comprometer recursos que pueden ser necesarios donde realmente hagan falta. En la realidad, los medios que maneja el comandante raramente poseen la movilidad que exige la astucia y la planificación de estratagemas. Concluye diciendo que el conocimiento exacto y penetrante es una cualidad más útil para el comandante que cualquier dote para la astucia, sin embargo, aclara que mientras más débiles sean las fuerzas puestas a su disposición, cuando la prudencia, el buen juicio y la capacidad ya no bastan, la astucia puede ser la única esperanza.

“La concentración de fuerzas en el espacio”, aunque Clausewitz es reacio a dar principios, parece clara en la exposición del capítulo 11. Señala que “la mejor estrategia es siempre ser muy fuerte, tanto en general como en el punto decisivo”, pero ya que las fuerzas asignadas no dependen del general sino de la política, lo que hay que tener presente es “mantener las fuerzas concentradas”. A pesar de esto,

indica que resulta paradójico que en innumerables ocasiones los generales más renombrados hayan dividido sus fuerzas sin contar con alguna razón justificada para ello.⁷

El capítulo 12, destinado a la “unificación de fuerzas en el espacio”, debemos analizarlo a la luz de las conclusiones que da en el capítulo siguiente cuando se refiere a la reserva estratégica. Afirma que una reserva sirve para dos propósitos diferentes: el primero, prolongar y renovar la acción (aplicación sucesiva de la fuerza en la táctica); y el segundo, neutralizar amenazas imprevistas (aplicación simultánea de la fuerza en la estrategia). Sin embargo, hace la aclaración que la reserva táctica es efectiva como medio para invertir el desenlace del combate en caso necesario, mientras que la estrategia debe renunciar a ello cuando la posesión de estas reservas, que podrían aplicarse en otro lugar, afectaría al resultado de la guerra en su conjunto. Al respecto, puntualiza que los reveses sufridos en una zona se compensan con las victorias obtenidas en otras o, en algunos casos, trasladando tropas de un lugar a otro, por lo cual, el estratega nunca debe afrontar estos contratiempos manteniendo tropas de reserva.

El capítulo 14 trata sobre “la economía de fuerzas”. Clausewitz resalta, una vez más, a manera de principio en su teoría, que la economía de fuerzas significa que en un encuentro ninguna parte de la fuerza total se debe mantener inactiva, es decir, no deben estar en marcha u ocupadas en cuestiones secundarias mientras se está combatiendo con el enemigo, ya que actuar de esta forma es hacerlo de una manera antieconómica.⁸

El capítulo 15 trata sobre “el factor geométrico”, y en él hace una crítica directa a los teóricos que consideran que la guerra puede ser más científica y considera que una de las principales funciones de la teoría global de la guerra es poner al descubierto toda clase de extravagancias que no hacen más que servir de punto de partida para fantasías sin el menor sustento. Plantea que el factor geométrico puede ser aplicado más en la táctica que en la estrategia; sin embargo, advierte que en la estrategia el número y la magnitud de los encuentros tienen más trascendencia que la estructura de las grandes líneas que pueden enlazarlos.

En el capítulo siguiente trata sobre “la suspensión de la acción en la guerra”, desarrollando más lo tratado en el capítulo 1 del libro I (aunque en el texto hace referencia al capítulo 5 del libro II). En su análisis llega a la conclusión que la acción en la guerra no es continua, sino espasmódica, pues se ve interrumpida por periodos de calma donde ambos contendores están a la defensiva. A pesar de esto, normalmente uno de ellos se encuentra más motivado, lo cual influye en su comportamiento transformándolo en un impulso ofensivo dominante que tiende a mantener la continuidad de la acción.

7 El análisis sobre este concepto se encuentra ampliado en la cuarta parte.

8 El análisis sobre este concepto se encuentra ampliado en la cuarta parte.

Al tratar sobre la naturaleza de la guerra contemporánea, admite que Napoleón le mostró al mundo la naturaleza real de la guerra e incitó a sus adversarios a desarrollar los mismos niveles de decisión. Hay que recordar que antes de esta época los políticos solían apresurarse a firmar la paz, aún si las condiciones no los favorecían, pero después de la campaña de Rusia en 1812 y la resistencia prusiana en 1813, se demostró que el espíritu y el temperamento de una nación podían aportar a la política su potencial para la guerra y la capacidad de lucha. Ahora los gobiernos, dice Clausewitz, son más conscientes de estos recursos y los deben aprovechar en el futuro.

En el capítulo final, plantea que cualquier iniciativa tomada en estado de tensión será más importante y producirá mejores resultados que si se adopta en estado de equilibrio. Llega a esta conclusión después de analizar lo que puede lograrse mediante la comprensión de la naturaleza dinámica de los cambios entre tensión y pausa en la guerra. Finalmente concluye que: "El estado de crisis es la auténtica guerra; el equilibrio no es sino su reflejo".

Análisis de la pareja conceptual medio-fin (libros IV y V)

Exagerar la capacidad de las propias fuerzas es exactamente igual de peligroso que subestimar la fuerza del enemigo. Esto ha quedado demostrado por la experiencia de la guerra y no debería ignorarse.

Mariscal Georgi Konstantinovich Zhukov (2009: 327).

Para Clausewitz, sólo los conceptos de medio y fin permiten pensar la acción y, en particular, la acción bélica. El conocimiento o teoría de la acción implicaría tantos capítulos como medios o fines distintos. Clausewitz sólo reconoce dos medios esencialmente diferentes: las fuerzas armadas y los combates. La estrategia y la táctica se diferencian, pues, más por referencia a los medios que a los fines. La táctica utiliza las fuerzas armadas, la estrategia los combates y sus resultados.

Lo problemático en la teoría de Clausewitz es la determinación de los fines, tanto de la táctica como de la estrategia. Del concepto de guerra se deducen las fuerzas armadas, de estas la posibilidad permanente del combate; por último, el combate mismo deviene del medio por excelencia de la estrategia que se da fines diversos. Clausewitz reserva la noción de victoria para la táctica. Si la estrategia tiene un fin, una sola palabra podría designarla: la paz. El fin de la estrategia o la conducción de la guerra es la paz, no la victoria militar, aunque, obviamente, cada uno de los beligerantes desea una paz diferente, o la concibe de otra manera (Aron 1986: 153-154).

Este punto fue pasado inadvertido por muchos de sus críticos, los cuales atribuyeron a la expresión “la guerra es la continuación de la política por otros medios”, una filosofía militarista de las relaciones interestatales. Por ejemplo, el

general J. F. C. Fuller, en *La Dirección de la Guerra*, dice que: "De todas las equivocaciones de Clausewitz, la más grave fue que no comprendió nunca que el verdadero objetivo de una guerra es siempre la paz y que, por tanto, ha de ser la idea dominante de la política y la victoria sólo el medio para su consecución" (Fuller 1965: 67). A esta cita le responde el propio Clausewitz al señalar que (*De la Guerra*: VI, 27, 693):

...la conservación de las propias fuerzas y la destrucción de las del enemigo; en una palabra, la victoria militar constituye el objeto de la lucha; pero sin embargo no es el fin último. El objetivo final es la conservación de nuestro estado y el abatimiento del estado enemigo; en síntesis, la paz contemplada porque en ella el conflicto se resuelve y las voluntades adversas se unen.

Clausewitz también señala que el privilegio de la decisión le corresponde a la estrategia, porque ella determina el lugar, el momento y los efectivos del combate. Asimismo, recalca que la estrategia no debe presentar combate en condiciones que no ofrezcan condiciones de éxito. La reciprocidad de acción entre la estrategia y la táctica se asemeja a la que existe entre política y guerra: la primera, la estrategia o la política, fija metas y organiza la totalidad en función de las segundas.

En consecuencia, la totalidad de la guerra, inseparable de la jerarquía de los fines, no permite disociar conceptualmente las operaciones de la finalidad militar y política de la guerra en su totalidad. Aún antes de haber tomado Clausewitz conciencia de la intensión política, intrínseca a toda acción de guerra, las definiciones de la táctica y la estrategia, combinadas con el esquema de la racionalidad final y con la heterogeneidad del material y la obra, contenían en germen la célebre fórmula repetida y mal entendida: "la guerra es la continuación de la política por otros medios o incluso de la mezcla de otros medios". Esta última fórmula es la mejor, pues la política, el comercio entre Estados por medios no violentos, continúa aún mientras se desarrollan las hostilidades (Aron 1988: 127-128).

¿Hasta dónde Clausewitz planteaba la intervención de la política en el origen de la guerra, el plan conjunto y el curso de las operaciones? El recomienda que el gabinete o el soberano se encuentren cerca del campo de batalla con la finalidad de que las decisiones políticas necesarias no impliquen pérdida de tiempo. Hay que resaltar que, en la segunda edición de *De la Guerra*, se falsificó el texto en el cual el jefe militar se transforma en miembro del gabinete y participa en los momentos decisivos de la acción de aquél.

Al respecto, Clausewitz, jamás suscribió una doctrina que habrían preferido todos los jefes militares alemanes: libertad de acción entre el primer cañonazo y las negociaciones de paz. Esta doctrina fue rechazada explícitamente por Clausewitz. Aunque admite que la política no penetra hasta el detalle de los combates (no se mandan patrullas por razones políticas), no traza ningún límite apriorístico a la influencia de la política, no sólo porque ella fija el fin sino porque únicamente ella crea la unidad y permite captar el todo (Aron 1986: 164-165).

Libro IV

Clausewitz empieza este libro diciendo que en el III (sobre la estrategia en general) ha tratado de resaltar los factores operativos de la guerra, y que se centrará en la actividad militar esencial: la lucha. Esta es considerada el objeto de la guerra en sí, debido principalmente a sus efectos materiales y psicológicos.

En el capítulo 2, después de haber destacado que el marco del combate es táctico, concluye que cualquier cambio en la naturaleza de la táctica repercutirá automáticamente en la estrategia, lo cual lo separa de la forma de presentar la teoría por parte de Jomini y del resto de autores que repetían en forma axiomática que los métodos cambian pero los principios prevalecen.

Habría que considerar que la naturaleza de la táctica también puede ser influenciada por el empleo de armas nuevas. Sin embargo, el politólogo francés Philippe Moreau Defarges advierte que: “Un arma es solamente un instrumento. No determina ninguna estrategia. Al contrario, le corresponde al estratega lo que es posible de realizarse eficazmente con esa arma” (Defarges 1999: 158).

En los capítulos 3 y 4, Clausewitz plantea que todo combate tiene su finalidad particular, la misma que está subordinada al objetivo general. Afirma, en relación a teorías contemporáneas contrarias, que es la aniquilación de las fuerzas del enemigo la consideración dominante. Sin embargo, al estar más preocupado por la estrategia, nos dice que entiende por destrucción directa la victoria táctica, ya que en la guerra ésta es la que realmente tiene importancia.

Aparte de establecer que las pérdidas que causan verdadera incapacidad en el campo de batalla, las que el vencido no comparte con el vencedor, sólo empiezan a producirse con la retirada como consecuencia de un decaimiento en la fuerza moral. Este es un punto de la mayor importancia, que muchas veces pasa desapercibido.

Al tratar sobre el tiempo que requieren las operaciones complejas, advierte que un ataque complejo será más eficaz que uno sencillo solamente en la suposición que el enemigo sea pasivo, lo cual no es real. Añade que durante las operaciones complicadas no debe existir ningún contraataque que interfiera en nuestras acciones, ya que el enemigo puede desbaratar nuestro plan. En consecuencia, al evaluar un ataque complejo es preciso considerar todos los riesgos que pueden sobrevenir durante la fase preparatoria. El esquema sólo deberá adoptarse si no existe riesgo que el enemigo pueda aniquilarlo mediante una acción más rápida. Siempre que exista esta posibilidad hay que seguir el camino más corto. Finalmente, puntualiza que en la realidad un enemigo activo, valiente y resuelto, no nos dejará tiempo para complicados esquemas a largo plazo, demostrando así la superioridad de lo sencillo y directo sobre lo complejo. Al respecto, aclara que no significa que siempre el ataque sencillo sea lo mejor, sino que no debe sobrepasar el margen de maniobra del que se dispone.

Sobre esto, Edward Luttwak, en *Estrategia la Lógica de Guerra y Paz*, cuando trata sobre “el riesgo de combate y el riesgo de organización”, indica (1992: 10-12):

La finalidad de lograr la sorpresa no es otra que disminuir el riesgo mortal de exponerse al poderío enemigo, es decir, “el riesgo de combate”. Pero hay otra clase de riesgo, no tan peligroso en sí mismo para cada unidad específica en determinado momento, pero quizá más comprometedor para la fuerza en su conjunto. Esta segunda clase de riesgo (la fricción) que tiende a incrementarse con cualquier desviación de la simplicidad del ataque directo y frontal, es “el riesgo de organización” por fallas en la implementación, o sea un fracaso que no es provocado por la malevolencia del enemigo, sino por colapsos, errores y demoras en el abastecimiento, la operación, el planeamiento y la conducción de fuerzas militares. Cuando se trata de reducir el riesgo de combate previsto empleando algún tipo de acción paradójica (contraria al sentido común), en especial conservando el secreto, o mediante el engaño o la maniobra (es decir, la sorpresa), la acción tiende a hacerse más complicada y extendida, incrementándose en la misma proporción los riesgos de organización.

Finalmente, al relacionar el riesgo de combate y el riesgo de organización en la elaboración de esquemas simples o complejos, Luttwak refiere (1992: 14-15):

La aproximación directa y el ataque frontal resultan por consiguiente condenables con mucha facilidad por los partidarios de la maniobra de aproximación indirecta, porque contemplan un único enfrentamiento analizando con cuidado los efectos nocivos del riesgo de combate, mientras que no ven muy claramente el incremento resultante del riesgo de organización... a pesar que los esquemas paradójicos (línea de menor expectativa) quedan compensados por el potencial de combate perdido y además por el riesgo de organización agregado, las acciones directas conformadas según la lógica lineal para lograr el óptimo empleo de todos los medios disponibles mediante métodos simples se encuentran muy raramente en la cronología bélica, y casi nunca escapan a la crítica. Al menos, algunos elementos paradójicos se hallarán presentes en la preparación y conducción de la mayoría de acciones militares competentes.

Clausewitz comienza el capítulo 5 aclarando que lo expresado en los capítulos 3 y 4 corresponde al combate en su forma absoluta. Plantea que el concepto total de victoria (absoluta) consta de tres elementos: primero, la mayor pérdida de fuerzas materiales por parte del enemigo; segundo, su pérdida moral; y tercero, el reconocimiento franco por su parte de todo lo anterior que lo lleva a renunciar a sus intenciones (Howard y Paret 1999: 377).

Continúa diciendo que la destrucción de las fuerzas del enemigo es el propósito de todo combate, pero también resalta la idea que la magnitud de un combate determinado puede adquirir un carácter dominante en el conjunto al cual pueden asociarse otros menores. Por lo tanto, es importante establecer la diferencia entre los casos en que destruir las fuerzas armadas es la consideración

principal y aquellos en los cuales esta finalidad es solamente un medio.

Para Clausewitz, el combate (real) puede tener como objetivos destruir las fuerzas enemigas, o conquistar una localidad o un objetivo físico. Las dos formas principales de guerra, ataque y defensa, no afectan al primero de estos objetivos, pero sí a los otros dos. Concordantemente, divide el combate en ofensivo y defensivo, teniendo el primero tres propósitos: destruir las fuerzas del enemigo, conquistar una localidad o conquistar un objetivo; mientras que lo segundo también tiene tres propósitos: destruir las fuerzas del enemigo, defender una localidad o defender un objetivo (Howard y Paret 1999: 381-382).

En los capítulos del 6 al 10 Clausewitz describe las batallas de su tiempo, en las cuales bastaba un día para acabar con las fuerzas de reserva, y la noche proporcionaba la oportunidad para la retirada del vencido. El combate desgastaba a los contendientes, pero el perdedor, además de las bajas, sufría un desgaste psicológico que influía en sus operaciones y decisiones.

Sobre esto, señala que en relación a la naturaleza de las consecuencias de una victoria debemos distinguir tres cosas: las que inciden sobre los propios instrumentos (los generales y sus ejércitos); las que caen sobre los estados beligerantes; y la influencia real de estas consecuencias sobre el curso futuro de la guerra (Howard y Paret 1999: 403).

En el capítulo 11, en contraposición a las filosofías militares anteriores a Napoleón, que planteaban que las campañas sin batallas revelaban una maestría superior, llevando al extremo la creencia de considerar que una batalla es una especie de mal provocado por error, Clausewitz considera que ningún factor en la guerra rivaliza en importancia con la batalla, y que deben emplearse los mejores conocimientos estratégicos en crear las condiciones adecuadas para escoger el lugar y el momento para sacar la mayor ventaja de sus resultados.

Empieza el capítulo 12 señalando que los preparativos para una victoria son una tarea extremadamente complicados, por lo cual la estrategia casi nunca recibe el reconocimiento que le corresponde sino solamente cuando explota el éxito. Reitera la necesidad de la persecución tras la victoria y las causas por la cuales los generales normalmente no la ejecutan, determinando que normalmente son la fatiga y el desorden, que comparten tanto vencedores como vencidos.

Finalmente, en los capítulos 13 y 14 analiza la estrategia del bando que después de ser vencido inicia la retirada, recomendando comenzarla antes de perder los efectivos necesarios para amenazar al perseguidor y evitar, al mismo tiempo, que ésta se convierta en una huida en desbande. En el capítulo 14 advierte sobre los riesgos que corre una acción a gran escala por la noche, la misma que, resalta, es muy difícil de realizar.

Libro V

Clausewitz comienza este libro diciendo que tratará tres puntos sobre las fuerzas militares: primero, efectivos y organización; segundo, que ocurre cuando no están en acción; y tercero, el mantenimiento y su relación general con el país y el terreno.

En el capítulo 2 aclara que las definiciones que expondrá tienen el objeto de mejorar la claridad y precisión del lenguaje; en tal sentido, define teatro de operaciones, ejército y campaña, de la siguiente manera. Teatro de operaciones: sector del área total afectada por la guerra que tiene límites protegidos y cierto grado de independencia. Ejército: todas las fuerzas situadas en el teatro de operaciones, aclarando que pueden haber varios ejércitos actuando en el mismo teatro pero bajo un mando conjunto. Y campaña: conjunto de acciones que ocurren en un año natural en todos los teatros de operaciones, pero en un sentido más exacto se refiere al conjunto de actuaciones que tiene lugar en un solo teatro de guerra. Esto debido a que, en aquella época, los ejércitos normalmente hacían pausas durante los meses de invierno.

En el capítulo 3 vuelve a tocar el tema de la superioridad numérica y la importancia de ser el más fuerte en un lugar determinado. Al respecto, señala que cuando los ejércitos son semejantes en armamento, equipamiento e instrucción, el único factor que determina una superioridad clara es el talento del comandante. Puntualiza, al mismo tiempo, que mientras más limitadas sean nuestras fuerzas, más limitados deberán ser nuestros objetivos. Recomienda que, cuando el más débil es forzado a combatir, su falta de efectivos deberá compensarse con la tensión interna y el vigor que inspira el peligro. Si el aumento del vigor se combina con un número limitado de objetivos, se debe traducir en golpes brillantes y retiradas oportunas.

En el capítulo 4 se hace un excelente análisis sobre la óptima proporción necesaria entre las tres armas: infantería, caballería y artillería. Si pudiéramos formar y mantener las distintas armas de acuerdo con el servicio exacto que presta cada una de ellas en tiempo de guerra, obtendríamos una cifra que expresaría la ecuación óptima en términos abstractos pero, al mismo tiempo, esto sería poco más que una adivinanza.

Llega a la conclusión que el dinero es, finalmente, el único que puede considerarse como el factor determinante para encontrar la ecuación óptima, con lo cual, el análisis de Clausewitz, no está muy lejos de cómo se dimensionan las fuerzas militares actualmente.

En el capítulo 5, sobre “el orden de batalla del ejército”, Clausewitz analiza el nexo entre táctica y estrategia en relación a dos aspectos: la necesidad de aumentar la flexibilidad de un ejército y la conveniencia de acortar la cadena de

mando. Sobre el primer punto hay que considerar que en su época existieron innumerables cambios en la composición de los ejércitos, pasando de enormes masas casi inmanejables, a unidades más pequeñas como los cuerpos de ejército y las divisiones. Los ejércitos que se organizaban en cuerpos de ejércitos y divisiones eran más fáciles de manejar y de emplear en acciones independientes. La cuestión era cuántos de ellos debería de haber y cuáles sus dimensiones y composición. Clausewitz creía que la respuesta a estas preguntas estaba más en el problema del mando, que en las dimensiones. Dice que un comandante supremo preferiría tratar directamente con jefes de división, pero en un ejército grande pueden existir jefes de cuerpo de ejército entre él y los jefes de división, con la finalidad que la división y sus brigadas resulten más flexibles. Por eso, establece que el número de subdivisiones del mismo nivel debe ser el mayor posible al tiempo que la cadena de mando se acorta también todo lo posible, con la única limitación que a un general le resultará difícil controlar más de ocho subdivisiones al mismo tiempo.

Habría que añadir, en este punto, la importancia de la unidad en el mando, y qué tan antigua es, de acuerdo a lo que nos refiere Maquiavelo (2008: 378-379):

Tito Livio sobre la inutilidad de muchos comandantes en un ejército nos dice que: tres tribunos con potestad consular han sido la prueba de la escasa utilidad que tiene para la guerra el mando de varias personas, cada uno manteniendo su propia opinión, y quedando las opiniones distintas, ellas han abierto oportunamente una rendija al enemigo... Al respecto, Agripa Furio dijo que: en la administración de cosas grandes es muy útil que toda autoridad resida en una sola persona ... En una expedición es mejor que mande un hombre solo de corriente prudencia y no dos muy valientes hombres juntos con la misma autoridad.

En los capítulos del 6 al 13, Clausewitz presenta consideraciones que claramente son de naturaleza más táctica que estratégica. Aborda sobre la disposición y campamentos en los capítulos del 6 al 9, y sobre las marchas forzadas, en los capítulos del 10 al 12, planteando ideas sobre los problemas que enfrentaban los ejércitos en campaña. Es importante apreciar, en estos temas, los detalles sobre las marchas forzadas y el reagrupamiento de tropas al comienzo de las grandes batallas, para entenderlas cuando son escritas por historiadores que, a menudo, ni ellos mismos las entienden completamente (Howard y Paret 1999: 123).

El capítulo 14 se refiere a los abastecimientos, y contiene un excelente análisis sobre su evolución y el impacto que tuvo el reemplazo del sistema de levas feudales por el de conscripción, cambiando los métodos de mantenimiento y abastecimiento. De esta forma nació la intendencia y las instituciones militares, las que se hicieron más independientes del país y de la sociedad. En consecuencia, la guerra se hizo más regular, mejor organizada y más ajustada a su propósito, que es el objetivo político (Howard y Paret 1999: 497-498).

Sin embargo, la idea central de este capítulo está contenida en esta cita (*De la Guerra*: V, 14, 506):

Inevitablemente, esto plantea la cuestión de si la guerra gobierna el sistema de abastecimiento o es gobernada por éste. Al principio, el sistema de abastecimiento domina la guerra en la medida en que los otros factores que afectan a ese gobierno lo permiten; pero cuando estos empiezan a ofrecer demasiada resistencia, la conducción de la guerra reacciona contra el sistema de abastecimiento y lo domina.

Sobre este tema, el mariscal Erwin Rommel, jefe del África Korps durante la Segunda Guerra Mundial, refiere en sus memorias (2006: 101):

Como, por regla general, todo jefe presta gran atención a su intendencia, y permite que ésta determine su plan estratégico, los intendentes han adquirido el hábito de quejarse de todas las dificultades, en vez de realizar su tarea sin interrupciones, poniendo en juego cuantos medios estén a su alcance. Generalmente, el jefe poco enérgico acepta la situación y se comporta de acuerdo con la misma... Sin embargo, lo mejor para un jefe es poseer un panorama claro de la potencialidad real de sus aprovisionamientos, basando sus demandas sobre sus propios cálculos. Ello obligará a la intendencia a desarrollar su iniciativa, y aunque a regañadientes, rendirá mucho más que si la hubiera dejado a su propio albedrío.

El capítulo 15 trata sobre “la base de operaciones”, y en él Clausewitz señala que a pesar de que las provisiones pueden ser tomadas en requisas, hay otros suministros indispensables para el ejército que no se pueden obtener a menos que exista una base cercana, la misma que al ser fija no deberá estar tan lejos de las fuerzas y no debe ser tan fácilmente vulnerable por el enemigo.

Las líneas de comunicación son tratadas en el capítulo siguiente, donde se refiere a la conexión entre las fuerzas y las bases. Hace un análisis de la importancia de ellas tanto en el avance como en la retirada. Al mismo tiempo, considera los caminos, su longitud, dirección y estado, así como el terreno y los habitantes de sus inmediaciones y, principalmente, que nivel de fuerza se hace necesario para su protección.

Los dos últimos capítulos tratan sobre “el terreno” y el “dominio de posiciones elevadas”. En el capítulo 17, Clausewitz detalla como un país agreste contribuye a la fragmentación de las fuerzas y favorece más al bando que depende de la iniciativa individual. Por lo tanto, debe ser evitado por fuerzas que están en ventaja cuando combaten agrupadas. El capítulo 18 es utilizado para atacar viejos dogmas. Si bien normalmente el terreno elevado es una ventaja, usualmente esta es sobrevalorada al denominarla “área dominante” o “clave del país”, expresiones que considera cáscaras vacías sin nada en su interior. Insiste en las cualidades relativas de los ejércitos y sus comandantes, razón por la cual, el terreno sólo puede desempeñar una función menor.

Análisis de la pareja conceptual defensa-ataque (libros VI y VII)

Cuando yo era un niño, Memnon me enseñó dos principios: cubre y descubre. Señala una dirección y luego otra contraria... Un comandante avanza contra el enemigo cubierto, es decir, con sus intenciones ocultas, ya sea por su configuración, las fintas y los engaños o por el propio terreno y los elementos. En el momento del ataque, se descubre. La razón por la cual una defensa estática siempre es vulnerable es porque por definición está descubierta. Con su posición el defensor enseña no sólo sus intenciones sino que exhibe lo que él cree que son sus puntos fuertes. El atacante, por su parte, no descubre nada. El atacante mantiene las opciones de contrarrestar cada movimiento que el defensor, con sus disposiciones, ha descubierto.
Alejandro Magno (Pressfield 2006: 133, 183).

El libro VI, el más largo de *De la Guerra*, se divide en tres secciones. La primera abarca nueve capítulos y tiene el carácter más abstracto, define los conceptos, la acción recíproca de la defensa y el ataque y la renovación de los medios empleados por una y otra parte, la complementariedad de las dos formas, el papel del ataque en la defensa y el de la defensa en el ataque, los diferentes niveles, táctica, estrategia, batalla, teatro de operaciones y guerra donde opera esta dialéctica, los factores de fuerza de la defensa y la diversidad de modos de resistencia. En esta sección, la tesis de la fuerza superior de la defensa está establecida tanto en lo abstracto como por referencia a la experiencia histórica.

En la segunda sección (capítulos 10 al 26), Clausewitz estudia en detalle algunos

de los medios de la defensa (plazas fuertes y posiciones defensivas), la utilización de los obstáculos naturales (montañas, ríos, bosques y pantanos), así como ciertas operaciones estratégicas (posición de flanco, acción de fuego, retirada al interior del país y armamento del pueblo).

La tercera y última sección (capítulos 27 al 30), constituye la conclusión del libro y tiene por objeto distinguir la defensa según el teatro de operaciones comporte o no una decisión. El capítulo 30 estudia largamente lo que ocurre cuando ninguno de los beligerantes busca la decisión. Los dos últimos capítulos, 29 y 30, se acercan en su temática a la advertencia de 1827 y al libro VIII (Aron 1988: 181).

La primera y la tercera sección son importantes en el análisis, ya que como sabemos, hacia el final de su vida Clausewitz centró su meditación en lo esencial, la naturaleza de la guerra, la relación entre el concepto y la realidad, la inserción de la política aún en los detalles de las operaciones militares. Probablemente haya querido revisar ambas secciones, pues en ellas se encuentra la dificultad central: ¿qué decir de la guerra en cuanto tal, a partir del momento en que se ha comprendido que no es una cosa independiente y que no es algo modificado por la política sino acción política en sí misma? (Aron 1988: 182).

Clausewitz introduce por primera vez los conceptos de ataque y defensa en el párrafo 16 del capítulo 1 del libro I, con el propósito de posibilitar, en una conducción de la guerra racional por ambas partes, la suspensión de las hostilidades.

Habría podido explicar la discontinuidad de las acciones por la fricción, por la debilidad de los hombres, por la falta de información, por una u otra circunstancia concreta que diferencian la guerra según su naturaleza de las guerras reales. Sin embargo, creyó encontrar una causa, intrínseca a la guerra abstracta, para la suspensión de las operaciones, en el hecho que la actividad bélica se divide en dos formas que son muy diferentes y de fuerza desigual, el ataque y la defensa.

Clausewitz puntualiza que el concepto de polaridad (lo que uno gana, lo pierde el otro) parece implicar lógicamente la continuidad de la acción, pero este concepto solo es válido cuando se considera en relación con el objeto común a uno y otro contendiente. Es decir, a la decisión, pero no en lo que concierne al ataque y la defensa mismos. De esto resultan dos temas esenciales para sustentar la suspensión de las hostilidades: primero, la reciprocidad de acción entre ataque y defensa (si uno ataca, el otro se defiende); y segundo, la asimetría (o no polaridad) entre el ataque y la defensa en razón de la fuerza superior de la defensa.

En relación a la defensa, Clausewitz utiliza tres nociones para definirla: rechazar, esperar y conservar. La primera es el concepto, la segunda la característica y la tercera la finalidad. En realidad, la primera noción (rechazar), condición necesaria para conservar, incluye en sí a la segunda (esperar). El lazo indisoluble entre rechazar y esperar es de importancia extrema en este concepto, defenderse es dejar al otro la iniciativa del ataque, esperarlo y rechazarlo.

Hay que tener en consideración que para Clausewitz el concepto de ataque es, en sí mismo, un concepto completo. La defensa, sin embargo, no puede ser pensada sin contraataque; que constituye una parte necesaria de ella. No ocurre lo mismo con el ataque. El golpe, o bien el acto de atacar, es en sí un concepto completo; la defensa no le es necesaria, pero el tiempo y el espacio a los cuales está ligado, le imponen la defensa como un mal necesario. La defensa es, pues, doblemente compleja, la espera forma parte de la defensa porque el atacante tiene la iniciativa y el defensor no para los golpes sino hasta el momento en que se asestan. La dualidad interna de la defensa resulta, pues, en un primer sentido, de la introducción del concepto de espera por parte de Clausewitz. Por lo demás, la defensa, en el sentido completo del término, supone que en una fase ulterior se devuelven los golpes que se han recibido, que no nos contentamos con pararlos. La defensa sólo se cumple con los golpes asestados, es decir, con el contraataque.

De este análisis se desprende una distinción entre dos conceptos de la defensa; el de rechazar el asalto o parar los golpes, o sea la espera de un ataque, y cuyo fin es conservar; y el que tiene que ver con la defensa a la que se ve forzado el atacante cuando llega a su punto culminante (concepto que se amplía en la cuarta parte) y no dispone más de fuerzas suficientes para continuar su empresa, quedando reducido a la defensiva para rechazar el contraataque de un defensor que ha cambiado de papel. La defensa, en su concepto completo, espera o para los golpes para después devolverlos. El ataque comporta siempre, de hecho, elementos de defensa, pero de una defensa débil, pues se desarrolla en condiciones donde faltan sus principios de eficacia (Aron 1986: 220-221).

De estas proposiciones, Clausewitz da dos sustentos del por qué la defensa es la forma más fuerte de la guerra: primero, porque conservar es más fácil que tomar; y segundo, que si uno se resigna a un fin negativo (o sea defenderse), impedir que el otro alcance sus fines, es porque cuenta, esperando al adversario y rechazándolo, con alcanzar poco a poco el momento en que se invierta la relación de fuerzas. Se debe considerar que estos sustentos se refieren al concepto total de defensa, es decir, que integra no solamente la acción o el contraataque sino a la decisión (Aron 1988: 185).

En el nivel más abstracto, defensa y ataque se definen por su fin, su meta inmanente, conservar (fin negativo) por una parte, conquistar o tomar (fin positivo) por la otra. Políticamente está a la defensiva quien quiere conservar lo que tiene (mantener el *statu quo*); lleva la ofensiva quien quiere tomar lo que pertenece a otro (variar el *statu quo*). Un factor importante que hay que resaltar es cuando Clausewitz indica que la finalidad política de la guerra no determina su conducción, ofensiva o defensiva. Ella resulta de múltiples factores, ante todo de la relación de fuerzas, pero también del avance de los preparativos de los beligerantes. Como las hostilidades contemplan dos objetivos materiales principales, las fuerzas armadas o el territorio, la defensa, según el caso, busca conservar las fuerzas o el territorio.

La intención negativa de conservar unas u otro implica la noción de espera. El otro tiene, pues, la iniciativa, conquista espacio o busca la destrucción del ejército enemigo por la batalla. La defensa en sentido estrecho no tiende a ninguno de estos dos fines. En la medida en que la guerra implica estos fines, la conducción defensiva de la guerra los contempla también, pero más allá de la fase de espera (Aron 1988: 254-255).

Clausewitz plantea una idea que a simple vista parece paradójica. Se cuestiona acerca de cuál de los dos conceptos se debe determinar como punto de partida: la defensa o el ataque. Al respecto, señala que la defensa es la que se debe considerar como punto de partida, ya que la guerra es la que impone al defensor más que al atacante, porque es la irrupción de este último lo que provoca la defensa y, al mismo tiempo, la guerra. El conquistador siempre es partidario de la paz (como fingió Napoleón) y de buena gana penetraría pacíficamente en nuestro territorio; pero para que no pueda hacerlo debemos querer y también preparar la guerra. En otras palabras, son los débiles, obligados a la defensa, quienes deben estar listos y no dejarse sorprender (Aron 1988: 183).

Libro VI

El capítulo 1 trata sobre el ataque y defensa. Al respecto, Clausewitz plantea que la defensa es el acto de parar un golpe y tiene como característica la espera, que lo diferencia del ataque, y su objeto es conservar algo. Pero en la guerra la defensa sólo puede ser relativa y el rasgo característico de la espera debería aplicarse sólo al concepto base, no a todos sus componentes. La defensa en la guerra no es un simple escudo, sino uno compuesto de golpes bien dirigidos. Asimismo, argumenta que el curso natural de la guerra es comenzar defendiendo y terminar atacando. Puntualiza la afirmación que la defensa es la forma más fuerte de hacer la guerra.

En relación a este tema, es importante el análisis que hace de los aspectos tácticos y estratégicos. Desde la táctica, señala, cualquier combate, grande o pequeño, es defensivo si dejamos la iniciativa a nuestro enemigo y esperamos su aparición delante de nuestras líneas. A partir de ese momento podemos utilizar todos los medios ofensivos sin perder las ventajas de la defensa, espera y posición. En estrategia, la campaña sustituye al combate y el teatro de operaciones a la posición. En el siguiente estadio, la guerra en su conjunto sustituye a la campaña y la totalidad del país al teatro de operaciones.

En los capítulos 2 y 3, Clausewitz da detalles sobre la relación que existe entre el ataque y la defensa en la táctica y en la estrategia. Plantea que los factores de la victoria en un combate son: en lo táctico, la sorpresa, la ventaja del terreno y el ataque concéntrico; mientras que en lo estratégico no existe nada llamado victoria, ya que parte del éxito a ese nivel radica en la oportuna preparación de

una victoria táctica. Cuanto mayor es el éxito estratégico, mayor es la probabilidad de un enfrentamiento victorioso. De esta forma, el resto del éxito estratégico radica en la explotación de una victoria obtenida.

El capítulo 4 trata sobre la convergencia del ataque y la divergencia de la defensa. Analiza ambas y llega a la conclusión que su relación es similar al del ataque y la defensa en general. Es decir, la forma convergente proporciona dividendos que pueden ser importantes, pero para él, la forma divergente ofrece un rendimiento más seguro. Por lo expuesto, considera que la forma convergente es la más débil con un fin activo, mientras que la forma divergente es la más fuerte con un fin pasivo.

El capítulo 5 se dedica al carácter de la defensa estratégica, y en él puntualiza que la defensa debe ser considerada como un recurso temporal mientras se preparan las fuerzas para pasar al ataque. Una poderosa y repentina transición a la ofensiva constituye el gran momento de la defensa. Si el comandante no la tiene presente desde el principio en su mente, o si no es parte integral de su idea de defensa, nunca creará realmente en la superioridad de la forma defensiva; lo más que podrá ver será cuántos recursos del enemigo puede destruir o capturar. Además es un error equiparar el contraataque con un simple asalto.

Termina el capítulo señalando que si tenemos que plantearnos una idea sobre la defensa esta debería ser (*De la Guerra*: VI, 5, 546):

Todos los medios están preparados al máximo; el ejército está listo para la guerra y familiarizado con ella; el general dejará que el enemigo se aproxime, no por la indecisión y temor producto de la confusión, sino por su propia elección, con tranquilidad y de forma deliberada; las plazas fuertes se muestran impávidas ante las perspectivas del asedio; y finalmente un pueblo valeroso no teme al enemigo más de lo que éste le teme a él. Así concebida, la defensa no hará tan mal papel cuando se la compare con el ataque y este último no parecerá tan fácil e infalible como lo presenta la sombría imaginación de quienes ven el coraje, la determinación y el movimiento sólo en el ataque, mientras que perciben la defensa únicamente como impotencia y parálisis.

El capítulo 6 reitera lo señalado en los capítulos 2 y 3 sobre la superioridad de la defensa. Trata sobre la milicia y sobre cómo el apoyo del pueblo es más fácil de conseguir cuando las operaciones se realizan en el propio territorio. Igualmente, resalta el hecho que los aliados generalmente son más propensos a prestar ayuda cuando se está a la defensiva, debido a su interés por mantener el *statu quo* ante una potencia agresora. Esta situación explica el desarrollo espontáneo del equilibrio de poder, razón por la cual, si Europa ha existido de la forma como la conocían, desde hace mil años, sólo podía explicarse por la acción de los intereses generales.

El capítulo 7 trata un tema que a simple vista parece paradójico, al examinar en abstracto cómo se origina la guerra. Clausewitz plantea que, fundamentalmente,

el concepto de guerra no se origina con el ataque, ya que su objetivo no es la lucha, sino la posesión. Puntualiza que la idea de guerra surge de la defensa, la misma que tiene en la lucha su objetivo inmediato, puesto que luchar y rechazar equivalen a lo mismo. El rechazo se refiere a un ataque, que es requisito previo para el primero. El ataque, sin embargo, no se dirige a la defensa sino a un fin diferente, la posesión, que no es necesariamente un requisito previo para la guerra. Por tanto, la naturaleza del caso es que el bando que introduce primero el elemento de guerra y cuyo punto de vista hace que existan dos partes, es también el que establece las leyes iniciales de la guerra. Ese es el bando de la defensa.

El capítulo 8 vuelve a ratificar que la esencia de la defensa radica en rechazar al atacante, lo que implica esperar, característica principal de la defensa y su mayor ventaja. Como la defensa no puede consistir únicamente en una resistencia pasiva, la espera tampoco será absoluta sino relativa. La defensa está compuesta por dos partes diferenciadas, la espera y la acción. Sin embargo, esto no quiere decir que una esté separada de la otra, como si se tratara de dos fases, una de pura espera y otra sólo de acción, sino que serán alternas durante todo el periodo de defensa. Clausewitz considera a la espera y la acción (o contraataque) como partes fundamentales de la defensa porque sin la primera no sería defensa, y sin la segunda no sería guerra.

La batalla defensiva es tratada en el capítulo 9. En él, Clausewitz señala que lo más frecuente ha sido que las grandes victorias hayan sido resultado de batallas ofensivas que de batallas defensivas, pero que esto no quiere decir que la victoria deje de ser menos probable en una batalla defensiva. Es indudable que en la mayoría de los casos el defensor haya sido derrotado debido a sus escasos efectivos y recursos, lo que ha llevado a la errónea generalización de que su derrota se debió al hecho de asumir la defensa. De esta forma, ha prevalecido la idea que las batallas defensivas tienen como única finalidad rechazar al enemigo pero no destruirlo. Clausewitz reitera que esto es un error y sostiene que la defensa no sólo ofrece mayores posibilidades de victoria que el ataque, sino que sus victorias pueden alcanzar las mismas proporciones y resultados.

La parte más importante del capítulo es cuando se resalta la idea de que, desde el punto de vista estratégico, lo importante es el aprovechamiento psicológico del resultado de las batallas para el objetivo final de la guerra.

Del mismo modo que, en la estrategia, el campo de batalla es simplemente un punto en el espacio, la duración de una batalla es, desde un punto de vista estratégico, solamente un momento en el tiempo y la significación estratégica de una batalla no radica en su desarrollo, sino en el aprovechamiento de las consecuencias de los resultados (De la Guerra: VI, 9, 569).

En la segunda sección del libro, de acuerdo a lo explicado al inicio del presente capítulo, Clausewitz trata principalmente lo siguiente: capítulos 10 al 14,

plazas fuertes; capítulos 15 al 17, guerra de montaña; capítulos 18 y 19, defensa de ríos; capítulos 20 al 22, defensa de zonas pantanosas y bosques; y capítulo 24, operaciones de flanco.

En el capítulo 12, que trata sobre las posiciones defensivas, es importante resaltar lo siguiente (*De la Guerra*: VI, 12, 593):

Una posición defensiva se acerca más al ideal cuando más disimulada está su fuerza y cuanto más apta resulta para tomar al enemigo por sorpresa en el curso de la acción. Siempre se intenta engañar al enemigo sobre la verdadera importancia numérica de las propias fuerzas y sobre nuestra verdadera dirección. Por la misma razón, no debería permitirse que el enemigo viera como se pretende sacar partido del terreno... Los trabajos sobre algún punto débil del terreno y la correcta elección de obstáculos naturales con la ventaja que se deriva de conocer el campo de batalla, el mismo que es desconocido para el enemigo, y con nuestra capacidad de ocultar nuestros preparativos mejor que él, y, en general, con nuestra mayor capacidad de sorpresa en el curso de la acción, puede hacer que la propia influencia del terreno sea abrumadora y decisiva, de tal forma que el enemigo sucumba sin llegar a conocer la causa real de su derrota.

El capítulo 23 critica a quienes han pretendido utilizar el concepto teórico de la guerra, “la llave del país”, como algo válido, pues lo considera vago y confuso. Señala que si hubiera un área sin cuya posesión no es posible arriesgarse a avanzar en territorio enemigo, podríamos considerarla como llave del país. Sin embargo, los teóricos no lo han visto así, y lo han elevado a una posición superior utilizándolo para referirse a puntos que nos darían la posesión del país entero.

Clausewitz señala que es obvio que en cada país existan puntos de importancia excepcional, en los que cierto número de carreteras convergen, donde es fácil acumular suministros, desde donde podemos movernos en diferentes direcciones y cuya posesión satisface cierto número de necesidades y ofrece ventajas. Si los generales denominaran la llave del país a un punto así, sería injusto criticarlos; sin embargo, esta forma de pensar no es lo normal.

Concluye indicando que si se quiere identificar al término llave del país como un concepto estratégico autónomo, a todo lo que puede referirse es a un área que es preciso dominar antes de arriesgarse a avanzar sobre el territorio enemigo. Por el contrario, si se utiliza para identificar cualquier punto de acceso fácil a un país, el término pierde su verdadero significado, denotando algo que puede encontrarse más o menos en cualquier parte, y no será más que una figura del lenguaje que resulta fácil de utilizar.

El capítulo 25 trata sobre la retirada hacia el interior del país, y la mayoría de los ejemplos que emplea son sobre la defensa rusa contra Napoleón en 1812. Al final de su análisis, Clausewitz señala que, como regla general, una retirada al interior del país debe ser llevada a cabo por una fuerza no derrotada y sin fraccionar, la

misma que debería retirarse inmediatamente delante del grueso de las fuerzas del enemigo, y tan lentamente como fuera posible, aprovechando el terreno. De esta forma, se debe mantener una resistencia continua que obligue al enemigo a estar en un estado constante de alerta y a extremar precauciones tácticas y estratégicas.

El capítulo 26, "El pueblo en armas", resalta el valor militar de un fenómeno nuevo para Europa, resultante de las guerras napoleónicas. Al respecto, nos dice que la resistencia dispersa de guerrilleros no dará lugar a grandes acciones muy concentradas en el tiempo y en el espacio, pero hará que los cimientos básicos de la fuerzas enemigas se consuman lentamente. La insurrección, por sí misma, no hará mucho, pero dentro del marco de una guerra llevada a cabo por un ejército regular, sus efectos pueden ser críticos. Puntualiza que no es mucho lo que se pierde si una unidad de guerrilleros es derrotada y dispersada, pero que no debe permitirse que se haga pedazos como consecuencia de la pérdida de demasiados hombres en una acción.

En ese sentido, las milicias y las bandas de civiles armados no pueden ni deben emplearse contra el grueso de la fuerza del enemigo, ni contra una fuerza enemiga de cierta entidad. Se supone que su finalidad no es pulverizar el núcleo, sino mordisquear la cáscara y los extremos, razón por la cual deberán operar en áreas que quedan fuera del teatro de la guerra, en las que el invasor no se presentará con grandes efectivos, con el fin de impedirle por completo el control de estas áreas.

Los capítulos del 27 al 30 tratan sobre la defensa de un teatro de operaciones. Al comenzar el capítulo 27, Clausewitz refiere que un plan de guerra es: "Después de todo, el origen de todos los planes subordinados de ataque y defensa y determina sus líneas generales; de hecho, con frecuencia un plan de guerra no es sino un plan para atacar o defender el principal teatro de operaciones". Puntualiza que: "En la guerra, más que en ninguna otra cosa, es el todo el que gobierna a las partes, las impregna con su carácter y las altera radicalmente" (*De la Guerra*: VI, 27, 693).

Asimismo, reitera que siempre es más importante conservar las fuerzas propias y destruir las del enemigo, que conservar el territorio. En el capítulo 30 presenta la idea de que en una campaña en la cual ni la ofensiva ni la defensiva consideran fundamental obtener un resultado final de la mayor importancia, el resultado deja de ser la piedra angular del arco en las que todas las líneas de la estrategia convergen. La historia de la guerra, en toda época y lugar, no solamente demuestra que la mayor parte de las campañas son de este tipo, sino que la mayoría es tan abrumadora como para hacer que las demás campañas parezcan meras excepciones a esta norma. Incluso si esta proporción cambia en el futuro, es seguro que siempre habrá un número importante de campañas de este tipo, y ese aspecto debe tener lugar en cualquier doctrina de la defensa de un teatro de operaciones. La mayoría de las guerras se situarán probablemente entre los dos extremos (los dos géneros de guerra), a veces más cerca de uno, y a veces del otro.

El efecto práctico de estos atributos se hace evidente sólo como una modificación, provocada por su acción contraria, en la forma absoluta de la guerra.

Para Clausewitz, la incertidumbre es lo que prima en la vida, pues solo raras veces ocurre todo lo que las circunstancias nos hacen esperar, siendo esto mucho más marcado en la guerra. Como consecuencia de los límites de la intuición humana, del temor a que las cosas puedan ir mal y accidentes que cambien el curso de la acción, hay muchas acciones posibles que nunca se eligen, a pesar de que las circunstancias las habría favorecido. En la guerra, cuando la información es imperfecta, el temor a una catástrofe y el número de accidentes son incomparablemente mayores que en cualquier otra actividad humana, por lo cual, la cantidad de oportunidades perdidas tenderá a ser mayor (Howard y Paret 1999: 715-716).

Clausewitz destaca la importancia de las directivas pues un general no siempre puede contar con que todos los comandantes de su ejército tengan el sentido y las buenas intenciones, el coraje y la fortaleza de carácter que serían deseables. En consecuencia, no puede dejarlo todo a su discreción, sino que debe darles directrices que restrinjan sus acciones, teniendo siempre presente que éstas pueden resultar inapropiadas a las circunstancias en determinado momento, siendo esto una desventaja totalmente inevitable. Ningún ejército puede ser dirigido adecuadamente sin una determinación predominante y autoritaria que impregne hasta el último soldado. "Cualquiera que caiga en el hábito de pensar y esperar lo mejor de sus subordinados en todo momento, no sería adecuado, sólo por esa razón, para dirigir un ejército" (*De la Guerra*: VI, 30, 726).

Admite que no se puede formular ningún principio, norma o método, ya que la historia no proporciona los fundamentos necesarios para hacerlo, sino que prácticamente en cada ocasión se encuentran características diferentes que con frecuencia son incompatibles y sorprendentes. Sin embargo, enfatiza que el estudio de la historia resulta útil, ya que esta proporciona una ocasión para ejercitar el juicio, el cual es necesario para la formación del jefe militar.

Finalmente, aclara al lector que se debe recordar que "para dar una mayor claridad, distinción y énfasis a nuestras ideas, sólo hemos incluido en nuestras observaciones contrastes perfectos que constituyen los extremos del espectro. En la práctica, la guerra normalmente está a medio camino y estos extremos sólo influyen sobre ella en la medida en que se aproximan a ellos" (*De la Guerra*: VI, 30, 735).

Libro VII

Este libro es un boceto, esquema o plan, que aborda las grandes líneas de lo que habría debido ser el texto concluido, situando los diferentes capítulos en el orden conveniente y expresando brevemente las ideas principales. En resumen, sólo faltaba redactarlo, y Clausewitz creía legítimamente, en 1827, que esta redacción no le llevaría mucho tiempo (Aron 1988: 310).

El capítulo 1, “El ataque en relación con la defensa”, explica cómo estos dos conceptos (defensa y ataque) conforman una antítesis lógica, donde ambos son complementarios, cada uno estará implícito en el otro. Sin embargo, lo dicho sobre la defensa en el libro anterior, y su interacción con el ataque, no significa que no se traten características particulares del ataque que no sean consecuencia directa de la defensa. De esta forma, se complementará el análisis, y lo que se diga sobre el ataque en sí permitirá tener más claro el concepto de defensa.

El segundo capítulo, “La naturaleza del ataque estratégico”, plantea que el ataque se combina frecuentemente con la defensa, pero la diferencia entre la defensa del atacante y la defensa propiamente dicha (del que espera el ataque), radica en que esta última exige un componente necesario, el contraataque.

El ataque no requeriría estar complementado por una defensa, pero las consideraciones de tiempo y espacio la introducen como un mal necesario, ya que: primero, un ataque no se completa en un solo movimiento, haciéndose necesarios periodos de descanso, en los cuales el ataque se ve neutralizado y debe pasar a la defensa; y segundo, al requerir dejar fuerzas en la retaguardia, para darle una protección especial, le resta medios y efectivos. De esta forma, la defensa a la que se ve sometido el atacante no le resulta útil, sino que le es un mal necesario, “su pecado original, su enfermedad mortal”.

Pero, ¿esta defensa del ataque le es beneficiosa o perjudicial? Siguiendo la lógica de Clausewitz, en relación a que si la defensa es la forma fuerte de la guerra y el ataque la forma débil, la defensa del atacante le debería ser beneficiosa. Sin embargo, la defensa a la que se ve forzado el atacante deriva de la disminución de medios y efectivos, y normalmente le será perjudicial si es que pasa su punto culminante, en consecuencia, el atacante deberá tener en cuenta la defensa que le será necesaria, con el fin de comprender sus desventajas y anticiparse a ellas.

Al tratar sobre “el objetivo del ataque estratégico”, en el capítulo 3, resalta una vez más que el objetivo de la guerra es, en primer lugar, destruir las fuerzas del enemigo y, posteriormente, conquistar el país. Precisa que no necesariamente tiene que ser el objetivo el país entero, sino que puede ser sólo una provincia, una plaza fuerte, etc.; ya que cualquiera de ellas puede tener valor diplomático en las negociaciones. De esta forma se podría pensar en el ataque estratégico como una entidad con límites definidos. Sin embargo, puntualiza que en la práctica, y haciendo referencia al punto culminante, no se confirma esta idea, ya que es muy extraño e infrecuente que un general se ponga en marcha con un solo objetivo en mente, sino que los establecerá en función de los acontecimientos. Con frecuencia el ataque lo puede llevar más lejos de lo que esperaba, en otras ocasiones se detendrá antes de lo que había previsto pero sin tener que abandonar su plan y transformarlo en una verdadera defensiva. En consecuencia, hay que tener presente que al igual que una defensa victoriosa puede convertirse en un ataque, lo mismo puede suceder en sentido contrario.

El capítulo 4 trata sobre la fuerza menguante del ataque, y es el preámbulo para entender el concepto del punto culminante. Toda ofensiva se ve limitada por diversos factores, en especial las distancias recorridas y la disminución de efectivos debido a bajas en combate y enfermedades, entre otros. Esto trae como consecuencia un decrecimiento del avance ofensivo. Estas consideraciones deberán estar presentes, en todo momento, en las decisiones que tenga que adoptar el comandante que establezca una ofensiva, para no verse disminuido en medios y efectivos que le resulten insuficientes al momento de tener que pasar a una situación defensiva.

“El punto culminante del ataque”, abordado en el capítulo 5, reúne las ideas principales de lo que tratará posteriormente en el “punto culminante de la victoria”. Básicamente, Clausewitz indica que todo ataque debe tener los medios suficientes para lograr su objetivo a pesar de las pérdidas, tanto físicas como morales. Sin embargo, puntualiza que la mayoría de ataques estratégicos no han alcanzado el objetivo de lograr una paz favorable, llegando sólo hasta el punto en que las fuerzas restantes le son suficientes para mantener una defensa y esperar las negociaciones de paz. Más allá de ese punto la balanza se inclina para el lado del defensor, el mismo que cambia de actitud, contraatacando con fuerzas que le son favorables en relación al que atacaba.

El capítulo 6, “La destrucción de las fuerzas del enemigo”, presenta algunas ideas que resultan nuevas en el análisis. Clausewitz reitera que la destrucción de las fuerzas del enemigo es el objetivo militar, pero al mismo tiempo se interroga sobre qué entendemos por ello y cuál es el costo. Da cuatro formas totalmente diferentes de considerar el punto de la destrucción de las fuerzas del enemigo, mencionando algunas vías indirectas para lograrlo, como apoderarse de una franja de territorio o una plaza fuerte. Puntualiza que estas vías indirectas generalmente son sobrevaloradas, ya que resultan tentadoras y con bajo costo, pero termina diciendo que de todas formas son preferibles a batallas realizadas sin sentido.

La batalla ofensiva es abordada en el capítulo 7, precisándose que de la misma manera que el objetivo de un comandante que actúa a la defensiva es posponer el resultado todo lo posible para ganar tiempo,⁹ el objetivo de un comandante en una batalla ofensiva es acelerar la resolución, aclarando que una prisa excesiva supone riesgos que se pueden transformar en la pérdida de nuestras fuerzas. Resalta la idea que en la mayor parte de las batallas ofensivas la incertidumbre sobre la posición del enemigo hace mayor la necesidad de concentrar nuestras fuerzas y de flanquear al enemigo en lugar de envolverlo, como sería más ventajoso.

Los capítulos que 8 al 12, 14 al 19 y 21, tratan sobre paso de un río, ataque a posiciones defensivas, ataque a campamentos atrincherados, ataque en zona

⁹ En su época, si al caer la noche la batalla aún no había sido resuelta, normalmente significaba un triunfo del defensor.

montañosa, ataque a cordones, ataque en zonas pantanosas, ataque a un teatro de operaciones en busca de un resultado, ataque a un teatro de operaciones cuando no se busca un resultado, ataque a plazas fuertes, ataque a convoyes, ataque a un ejército enemigo acantonado y la invasión. La mayor parte de estos temas ya han sido abordados en el libro VI, sobre la defensa.

En el capítulo 13 Clausewitz hace un riguroso análisis de la maniobra, precisando que ese término conlleva la idea de un efecto creado a partir de la nada, utilizando los errores que hayamos hecho cometer a nuestro enemigo (a partir de un estado de equilibrio). El objetivo de la maniobra es “producir condiciones favorables para el éxito y utilizarlas después para obtener ventajas sobre el enemigo”.

La maniobra estratégica posee dos parejas de contrarios, cuyos cuatro elementos son partes de un todo y de esta forma deben ser considerados: el primer par consiste en flanquear al enemigo u operar a través de líneas interiores; el segundo, en concentrar las fuerzas o en desparramarlas en numerosos puestos.

No se puede establecer cual acción es superior en el primer par, pues el flanqueo (pudiendo considerarse también el envolvimiento) se asocia con el ataque, mientras que el empleo de líneas interiores lo hace con la defensa. La forma superior recaerá en la que se ejecute mejor.

Lo mismo sucede con el segundo par, pues quien tenga fuerzas superiores podrá extenderse evitando a sus fuerzas un esfuerzo innecesario, mientras que el de menores efectivos puede permanecer más concentrado y compensar con movilidad las ventajas resultantes. Es preciso considerar que una mayor movilidad requiere un mayor grado de capacidad durante la marcha, por lo tanto el bando más débil debe esforzarse mucho más tanto física como moralmente.

Sobre la maniobra estratégica, el almirante Raoul Castex señala que es un procedimiento, una obra creadora por excelencia, que recurre a la imaginación y la voluntad, con la finalidad de mejorar las condiciones de lucha y aumentar el rendimiento de los esfuerzos. Maniobrar era en esencia: “Realizar movimientos acertados para crear una situación favorable” (Castex 1938: 5-6).

El capítulo 20 trata sobre las maniobras de diversión, que buscan provocar que el enemigo emplee más fuerzas para enfrentarlas que la que emplea uno mismo. Esto resulta claramente beneficioso para la obtención del objetivo principal. Sin embargo, el término puede extenderse para ataques que no prevean acciones mayores en otro lugar, en cuyo caso no se tratará de una finta sino de una operación limitada contra el enemigo. El término diversión significa, en resumidas cuentas, un ataque en territorio enemigo que hace que las fuerzas del enemigo se desvíen de su objetivo principal. Sólo cuando esta, y no la captura del punto atacado, constituye la intención principal, es la diversión una operación diferenciada. De otra forma no deja de ser un ataque ordinario. El requisito principal es que el

enemigo retire más hombres de la escena principal de operaciones de los que se utilicen para la diversión.

El capítulo 22, "El punto culminante de la victoria", amplía lo detallado en los capítulos 4 y 5 (*De la Guerra*: VII, 22, 807):

No en todas las guerras resulta posible que el vencedor derrote a su enemigo totalmente. Con frecuencia cada victoria tiene un punto culminante. La experiencia lo ha demostrado ampliamente. Como el asunto es particularmente importante en la teoría militar y constituye la clave de la mayoría de los planes de campaña debemos considerar que... Normalmente la victoria es el resultado de la superioridad de un bando; de una mayor suma total de fuerza física y psicológica. Esta superioridad se ve aumentada por la victoria. De otra forma no sería tan codiciada ni se pagaría un precio tan alto por ella. Esa es una consecuencia automática de la victoria en sí misma. Sus efectos ejercen una influencia similar, pero sólo hasta cierto punto. Ese punto puede alcanzarse rápidamente; en ocasiones tan rápidamente que las consecuencias totales de una batalla victoriosa pueden limitarse únicamente a un incremento de la superioridad psicológica.

Esto es lo que debe ser evaluado y determinado por el jefe militar que tiene como responsabilidad desarrollar las operaciones.¹⁰

¹⁰ Este tema se trata detalladamente en la cuarta parte.

CUARTA PARTE

***Principales
conceptos***

La guerra

No es verdad que la guerra sea una orden divina; no es verdad que la tierra esté sedienta de sangre. Dios anatematizó la guerra y son los hombres quienes la emprenden y quienes la mantienen en secreto horror.

Alfred de Vigny (Hobsbawm 2011: 77).

La guerra raramente ha ocasionado beneficios a los pueblos. Pero estos nunca son consultados. Una vez empezada la contienda, sólo cabe el luchar con el fin de salir lo mejor librados posible. Pero, ¿qué ocurre cuando ya no queda ninguna perspectiva? Lo mejor es detenerse sin pérdida de tiempo... resulta intolerable que el destino de toda una nación dependa de la terquedad de unos pocos. Debe existir un límite, ya que de lo contrario ocurrirían las cosas más fantásticas, sin que nadie las viera venir.

Mariscal Erwin Rommel (2006: 511).

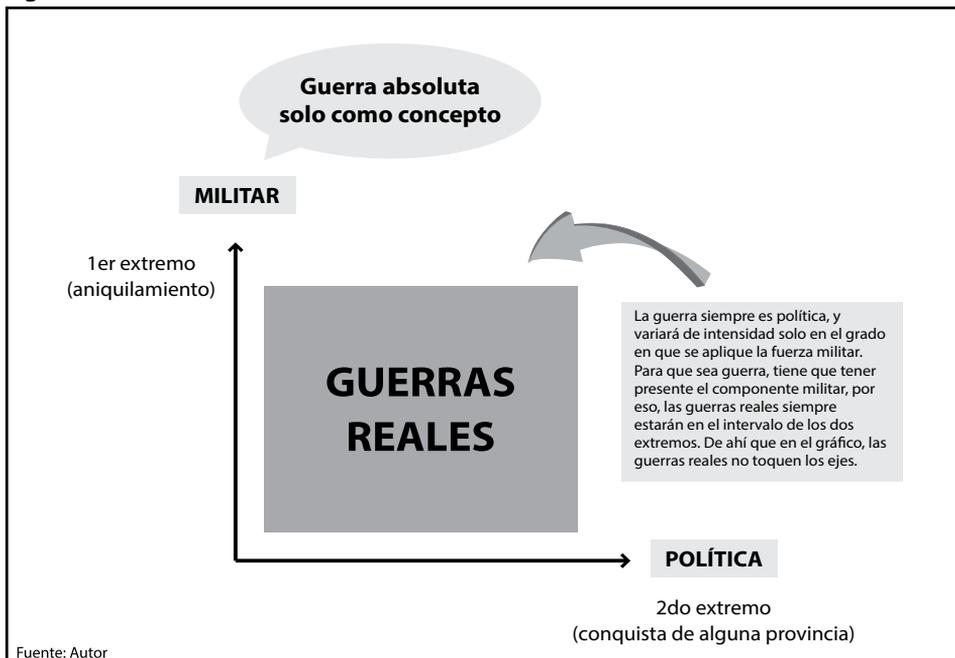
A lo largo de la historia la guerra ha tenido significados distintos para las diversas organizaciones sociales. Así, en ocasiones ha sido considerada un pasatiempo o una aventura, la única ocupación propia de un noble, un lance de honor en los días de la caballería, una ceremonia entre los aztecas, una forma en que la naturaleza asegura la supervivencia del más apto y un absurdo entre los esquimales (Rapoport 1992: 32-33). Para algunos es una plaga que debe ser eliminada, un error que debe ser evitado; para otros, un crimen que debe ser sancionado; y, finalmente, para muchos, un anacronismo que ya no tiene ninguna finalidad (Wright 1988: 1).

El teniente general y mariscal de campo austriaco Raimondo Montecuccoli (1609-1680) fue el primer teórico moderno que hizo un análisis sobre la guerra en todos sus aspectos, buscando una integración del conocimiento científico, militar y político. Considerado por Scharnhorst como una guía imprescindible para el análisis de la naturaleza de la guerra, Montecuccoli advierte en sus trabajos que: “Se ha escrito mucho sobre la guerra. La mayoría de los autores no han traspasado los límites de la teoría. Otros han combinado la práctica con la especulación, por lo que sólo se han ocupado de una parte o se han restringido a las generalidades sin entrar en los detalles de los casos específicos” (Paret 1992: 65-68).

Pero, ¿qué es la guerra?, ¿qué riesgos conlleva? Clausewitz cubrió los vacíos planteados por Montecuccoli, meditando, pensando y elaborando un sistema conceptual que permitiera entender y enfrentar el fenómeno “guerra”, para que quienes tomaran la decisión de llevarla a cabo fueran conscientes de los riesgos, peligros y horrores que podrían esperar si no se tenía la clara percepción de lo que ella significaba.

Para los que no han estado inmersos en el horror de la guerra, Clausewitz señala que les es imposible imaginar todo su alcance, haciendo necesario, muchas veces, recordar el pasado para certificar que la guerra ha existido siempre y es un fenómeno real de la humanidad.

Figura 3



A pesar de esta advertencia, diversos pensadores antibelicistas han sustentado lo inadecuado e irracional de la generación de guerras por sus consecuencias negativas en el aspecto económico y en el desarrollo humano, como lo expusiese Norman Angell en su libro *La Gran Ilusión* (1910). Sin embargo, los acontecimientos posteriores a la publicación de dicha obra dieron la espalda por completo a esta y otras tesis similares, habiéndose enredado el mundo no sólo en dos guerras mundiales de consecuencias sin precedentes, sino en una gran proliferación de enfrentamientos de índole económico, étnico, racial y religioso, que se han incrementado desde el fin de la Guerra Fría hasta nuestros días (De Izcue, Arriarán y Tolmos 2012: 7).

Después de la Primera Guerra Mundial, el filósofo y ensayista español José Ortega y Gasset ya nos ponía sobre aviso de lo que podría ocurrir en el contexto internacional, al señalar en 1929 que (2007: 263):

La guerra, repetamos, era un medio que habían inventado los hombres para solventar ciertos conflictos. La renuncia a la guerra no suprime estos conflictos. Al contrario, los deja más intactos y menos resueltos que nunca. La ausencia de pasiones, la voluntad pacífica de todos los hombres, resultarían completamente ineficaces, porque los conflictos reclamarían solución, y mientras no se inventase otro medio, la guerra reaparecerá inexorablemente en ese imaginario planeta habitado sólo por pacifistas.

En su excelente libro *Paz y Guerra entre las Naciones*, Raymond Aron señala (2002A: 219):

La guerra es de todas las épocas y de todas las civilizaciones. Los hombres siempre se matarán, empleando los instrumentos proporcionados por la costumbre y la técnica disponible: con machetes y cañones, flechas o proyectiles, explosivos químicos o reacciones atómicas; de cerca o de lejos; individualmente o en masa; por casualidad o sistemáticamente.

El capitán de fragata alemán Reinhart Suhren, ex-comandante del U-564 y ex-jefe de los submarinos en el Mar del Norte durante la Segunda Guerra Mundial, nos describe sus percepciones sobre la guerra de la siguiente manera: "La guerra es cruel. Antes de estallar nos sobrecoge con el temor; durante ella nos fustiga con el dolor y la muerte, y al final nos corroe con el terror y la miseria. Sin embargo, dadas las limitaciones de nuestra condición humana, es muy difícil que logremos terminar con tan despiadado azote" (Busch 2008: 5).

El periodista e historiador alemán Paul Carell, especialista en temas bélicos de la Segunda Guerra Mundial, nos advierte que "Todas las guerras son temibles, porque son funestas e inhumanas" (2007: 596).

Recordando la importancia que Clausewitz le da a la política en la conducción de la guerra, es preciso tener presente que "entre la guerra y la paz hay un espacio, que no es tan amplio como parece ni tampoco tan definido" (Pertusio 1997: 112), correspondiéndole a la política jugar el rol principal en la preservación de la paz,

ya que las guerras ocurren por motivos políticos, a lo sumo económicos, pero no estallan por cuestiones militares (Pertusio 1997: 101). “No son las fuerzas armadas las que hacen la guerra, ellas se limitan a combatir en las guerras que deciden los gobiernos” (Pertusio 2005A: 22), recayendo sobre estos la responsabilidad por el resultado de las mismas (Groos 1935: 12).

Al respecto, el general Heinz Guderian señala (2007: 509):

La política fue hecha no por los soldados, sino por políticos, y hoy sigue ocurriendo lo mismo, y que los soldados al iniciarse una guerra deben conformarse con salir airosos de la situación política y militar de aquel momento. Desgraciadamente es así, pues, los políticos cuidan de no exponer sus vidas al fuego enemigo; permanecen entonces en puestos seguros y abandonan a los soldados la continuación de la política por otros medios.

Por eso hay que prestarle importancia a la antiguerra, como señala Alvin Toffler (1995: 18), la cual consiste en las providencias tomadas por los políticos y también por los militares para crear las condiciones que impidan las guerras o, en su defecto, por lo menos, las limiten en su extensión. Sobre esto, citando a George Clemenceau (primer ministro francés durante la Primera Guerra Mundial), Toffler añade que si antiguamente la guerra ya se había tornado en algo muy serio para ser dejado solamente a cargo de los militares, ahora tanto la guerra como la antiguerra son más importantes aún para ser dejadas a cargo de personas que no se encuentren debidamente preparadas para esas responsabilidades, vistan ellos uniformes o no (Toffler 1995: 27).

“El arte de la guerra consiste en evitar la guerra”, decía el filósofo francés Jean Guittou en *El Pensamiento y la Guerra* (1972: 23), mientras que Bertrand Russell advierte que “no hay uno solo de los males que se pretende evitar con la guerra que sea un mal tan grande como la guerra misma” (Aron 1997: 338). Por esto, lo absurdo de llegar a afrontar una guerra se convierte en una gran injusticia, pues en ella “se matan personas que no se conocen, por los intereses de personas que se conocen y no se matan” (Fournier 1996: 20).

Finalmente, el historiador y geógrafo griego Herodoto de Halicarnaso, considerado el padre de la Historia, esclarece la dureza de la guerra al indicar que: “ningún hombre sensato puede preferir la guerra a la paz porque, en la guerra, los padres entierran a sus hijos, mientras que en tiempos de paz son los hijos los que entierran a sus padres” (Aron 2013: 103).

De lo anterior podemos concluir que la guerra fue siempre una tragedia para los pueblos, y que el progreso técnico y científico puesto al servicio del instrumento militar la convirtió en un flagelo (Pertusio 2010: 11). Es un fenómeno que nos puede llevar a desenlaces inesperados y catastróficos, si no somos conscientes de los peligros que ella implica, por lo cual es indispensable su comprensión y, como advierte el capitán de navío Héctor Bonzo, comandante del crucero ARA *General*

Belgrano en la guerra por las islas Malvinas: “¡Y no es pecado no haber estado en ella, sino no saber aprovechar sus enseñanzas a través de quienes allí estuvieron! Aún de sus errores” (Bonzo 2004: 358).

Al respecto, en esta parte expondremos los conceptos de guerra absoluta, los dos géneros de guerra y guerra real (definición trinitaria), que se detallaron en forma mucho más amplia cuando se abordó el método de Clausewitz y en el análisis de la naturaleza de la guerra del capítulo 11, por lo cual al lector que revisa esta parte del libro, exclusivamente, le recomiendo que consulte los puntos mencionados.

Guerra absoluta

El concepto de guerra absoluta, también denominada definición monista de la guerra, es: “La guerra es un acto de fuerza destinado a obligar a nuestro enemigo a hacer nuestra voluntad” (*De la Guerra*: I, 2, 179).

Recordemos que este concepto de guerra absoluta debe ser tomado sólo como una definición inicial en el análisis, es decir, como una abstracción que sirve para unificar todos los fenómenos militares y hacer posible su tratamiento teórico.

Los dos extremos (los dos géneros de guerra)

Los dos géneros de guerra, considerados en el sistema conceptual de Clausewitz como los extremos, son: primero, “derrotar al enemigo, dejándolo políticamente aniquilado o militarmente impotente y, así, forzarle a firmar la paz a cualquier precio”; y segundo, “o bien solamente ocupar alguno de sus territorios fronterizos con el fin de anexionarlos o utilizarlos para negociar en las conversaciones de paz” (advertencia de 1827).

Es importante precisar que Clausewitz considera que la guerra del primer género no resulta menos política que la segunda, por lo que llega a la conclusión que todas las guerras pueden ser calificadas como políticas. De allí que plantea que “la guerra es la continuación de la política por otros medios” (*De la Guerra*: I, 1, 194).

La definición trinitaria de la guerra

Después de llegar Clausewitz a la conclusión que las guerras reales se encontraban en el intervalo de los dos extremos planteados, nos da la siguiente definición de la guerra real, más conocida como la definición trinitaria de la guerra (*De la Guerra*: I, 1, 196):

Extraña trinidad compuesta por la violencia original de su elemento, que es necesario considerar como una pulsión natural ciega (el pueblo), por el juego de la probabilidad y el azar, que la transforma en una libre actividad del alma (el jefe militar), y por la

naturaleza subordinada de un instrumento político, mediante el cual retorna al puro entendimiento (el jefe de estado).

La importancia de esta definición es que la plantea para todos los tipos de guerras reales, y los tres elementos: la violencia original, la libre actividad del alma y el entendimiento político, están presentes en todas las guerras aunque con fuerza variable.

¿La definición trinitaria abarca realmente a todas las guerras?

Después de haber revisado los principales conceptos de Clausewitz en relación a la guerra, es conveniente plantearse la siguiente interrogante ¿Será que la definición trinitaria clausewitziana abarca a todas las guerras, incluidas las no estatales, tales como las guerras entre bandas y tribus de la antigüedad, más conocidas como guerras tradicionales?

Para contestar esta pregunta es preciso hacer un recuento de cómo estaban organizadas las sociedades tradicionales y cuáles eran los liderazgos con los que contaban para mantener su orden social.

Antes de 3400 a.C. no había estados en ningún lugar y, en tiempos recientes, todavía han existido grandes regiones fuera del control estatal, operando de acuerdo con sistemas políticos tradicionales más simples. Dichas regiones tienen sociedades a las que se les denomina tradicionales, las mismas que tienen una baja densidad poblacional, agrupada en pequeños grupos que van desde unas pocas decenas a unos pocos miles de personas, subsistiendo de la caza y la recolección, la agricultura o el pastoreo, y transformadas en cierta medida por el contacto con las grandes sociedades industriales occidentales.

Resaltando el hecho que cada sociedad es única, debemos considerar que existen patrones interculturales que permiten ciertas generalizaciones en, al menos, cuatro aspectos: número de población, subsistencia, centralización política y estratificación social. En este sentido, la división de las sociedades humanas estaría separada en cuatro categorías: banda, tribu, jefatura y estado. Sin embargo, estos términos son sólo una síntesis útil para comentar la gran diversidad de las sociedades humanas, existiendo importantes variaciones dentro de cada una de ellas.

La banda es el tipo de sociedad más pequeño y simple, consiste en unas pocas decenas de individuos. La mayoría de los cazadores-recolectores, y algunos agricultores, vivían tradicionalmente en grupos reducidos bastante dispersos. Los miembros de la banda son lo suficientemente escasos como para que todo el mundo se conozca bien, para que las decisiones puedan tomarse mediante un debate cara a cara y “para que no se haga necesario un liderazgo político formal” o una especialización económica marcada. Es probable que todos los humanos

vivieran en bandas hasta hace unas decenas de miles de años, y la mayoría hasta hace solo 11,000 años.

La tribu es un tipo de sociedad más numerosa y compleja que la banda, y consiste en un conjunto local de cientos de individuos. Eso entra en el límite en el que todos sus integrantes pueden conocer personalmente a los demás. La mayor población de las tribus, en comparación con las bandas, requiere más alimentos para mantener a más gente en un área reducida, de modo que sus miembros normalmente son agricultores, pastores o ambos, pero en algunos casos son cazadores-recolectores que viven en entornos especialmente productivos. Algunas tribus cuentan con un gran hombre que ejerce de "líder débil", el que sólo dirige mediante sus capacidades de persuasión y su personalidad, y no a través de una autoridad reconocida.

La jefatura es una organización social que cuenta con miles de adeptos. Una población tan numerosa y la incipiente especialización económica requieren una elevada productividad de alimentos y la capacidad de generar y almacenar excedentes para alimentar a los especialistas no productores, como los jefes y sus parientes, así como los burócratas. De ahí que las jefaturas hayan construido aldeas sedentarias, con instalaciones de almacenamiento, y que en su mayoría hayan sido sociedades productoras de alimentos, excepto en las zonas más fértiles accesibles a los cazadores-recolectores.

En una sociedad de miles de personas es imposible que todo el mundo se conozca, o que mantenga debates cara a cara en los que participe toda la población. A consecuencia de ello, las jefaturas cuentan con "un líder reconocido", el jefe, que toma decisiones, posee una autoridad aceptada y ejerce un monopolio sobre el derecho a utilizar la fuerza contra los miembros de su sociedad en caso de considerarlo necesario.

Las jefaturas del pasado pueden ser reconocidas arqueológicamente por las construcciones monumentales y por indicios como una distribución desigual de los ornamentos mortuorios en las necrópolis. Basándose en esas pruebas los arqueólogos han deducido que las jefaturas empezaron a aparecer hacia el 5500 a.C.

A partir de las jefaturas nacieron los estados, aproximadamente hacia el 3400 años a.C., mediante conquistas o fusiones impuestas, lo cual desembocó en poblaciones más numerosas, a menudo étnicamente diversas, esferas y estratos profesionales de burócratas, ejércitos permanentes, una especialización económica mucho mayor, urbanización y otros cambios, para generar los tipos de sociedades que abarcan el mundo moderno.

Hoy, todo el mundo, excepto la Antártida, está dividido en estados, al menos en teoría, si bien el gobierno sigue siendo ineficaz en algunas regiones. Las zonas que preservaron mayor número de sociedades que se hallaban fuera de control efectivo del estado en el siglo XX fueron Nueva Guinea y el Amazonas (Diamond 2013: 29-35).

Si nos referimos a las bandas y tribus, los enfrentamientos tradicionales han sido un fenómeno extendido pero no universal entre las sociedades a pequeña escala. De ahí que surjan numerosos debates sobre ¿cómo debería definirse una guerra? ¿Son realmente guerras las denominadas luchas tribales? ¿Son comparables las cifras de muertos en los conflictos de sociedades a pequeña escala con los de las guerras entre estados?

La violencia humana adopta muchas formas, de las cuales sólo algunas se califican como guerra. Los enfrentamientos entre grandes ejércitos de soldados profesionales al servicio de estados rivales que han emitido declaraciones formales de guerra constituyen un conflicto bélico. Sin embargo, los homicidios individuales o las reyertas familiares dentro de una misma unidad política no constituyen una guerra. Algunos casos límites incluyen la violencia recurrente entre grupos rivales perteneciente a la misma unidad política, como los enfrentamientos entre bandas urbanas, entre cárteles de la droga o entre facciones políticas cuyas pugnas no han alcanzado la fase de guerra civil declarada.

¿Entonces, dónde se debe trazar la línea?

Sobre esto Steven LeBlanc señala (Diamond 2013: 158-159):

Las definiciones de guerra no deben depender de la magnitud del grupo o de los métodos de combate si pretenden ser útiles para estudiar conflictos pasados... para muchos estudiosos, la guerra es algo que sólo puede darse en sociedades complejas que utilicen herramientas de metal (es decir, guerras sin tregua y soldados profesionales). Todo lo demás –por ejemplo, una o dos incursiones ocasionales– no es una guerra real, sino algo más parecido a un juego que no es motivo de gran preocupación. No obstante, esa perspectiva o actitud confunde los métodos de la guerra con los resultados de la misma... ¿Provoca el conflicto entre unidades políticas independientes un número importante de muertes y la pérdida de territorio a la vez que algunas zonas son consideradas inútiles porque es demasiado peligroso vivir en ellas? ¿Invierte la gente mucho tiempo y energía en defenderse?... Si los enfrentamientos tienen un impacto significativo en las personas, es una guerra, con independencia de cómo se lleven a cabo.

Varios estudiosos que han evaluado las sociedades a pequeña escala han formulado definiciones alternativas más generales del término “guerra”, todas ellas cimentadas en tres elementos. El primero es que la violencia es perpetrada por grupos de cualquier envergadura, pero no por individuos. El segundo implica que la violencia se dé entre grupos que pertenezcan a dos unidades políticas diferentes, y no a una misma unidad política. El tercero es que la violencia debe ser aprobada por toda la unidad política, aunque solo algunos de sus miembros la ejerzan. Estos tres elementos pueden combinarse en la definición que nos da Jared Diamond (2013: 160): “La guerra es la violencia recurrente entre grupos que pertenecen a unidades políticas rivales y aprobada por dichas unidades”.

Esta definición contiene los tres elementos de la definición trinitaria de Clausewitz: la violencia recurrente entre grupos (la violencia original); unidades políticas rivales (entendimiento político que en el caso de bandas y tribus posee muy bajo nivel de liderazgo); y la libre actividad del alma está tácitamente establecida ya que alguien debe liderar el conflicto en el aspecto militar.

Pero, ¿en qué aspectos es similar la guerra tradicional a la estatal, y en cuáles difiere? No existe una oposición antagónica y sin término medio entre estos dos tipos de guerra. Por el contrario, la guerra cambia a lo largo de un continuo existente entre la sociedad más pequeña y la más grande. Cuanto mayor es la envergadura de la sociedad, más numerosas son las fuerzas armadas que puede reunir y, por lo tanto, menor es la posibilidad de ocultar a dichas fuerzas y el potencial de incursiones y emboscadas por parte de grupos integrados por unos pocos hombres; y mayor el énfasis en batallas abiertas entre contingentes numerosos. El liderazgo es más fuerte, centralizado y jerárquico en las sociedades más grandes: los ejércitos nacionales tienen altos mandos de varios rangos, un consejo de guerra y un comandante en jefe, mientras que las bandas reducidas cuentan sólo con combatientes de igual rango, y los grupos medianos tienen líderes débiles que dirigen más por persuasión que por autoridad para dictar órdenes.

La guerra en las grandes jefaturas centralizadas puede asemejarse a los conflictos en estados pequeños. Pese a esta continuidad de la envergadura de las sociedades, es útil comparar la manera de luchar de las pequeñas y grandes sociedades.

Una similitud radica en la importancia de reclutar aliados, otra en el combate cuerpo a cuerpo y las armas de largo alcance, arcos y flechas para unos, fusiles y cañones para otros. En cuanto a las muchas diferencias entre la guerra tradicional y la estatal, una emana directamente del debate sobre la psicología del asesinato. Incluso cuando soldados modernos ven a un enemigo cara a cara, este es casi siempre una persona anónima, alguien a quien jamás han visto y a quien no guardan ningún rencor individual. Por el contrario, en las sociedades tradicionales a pequeña escala, la persona no sólo reconoce y sabe el nombre de todos los miembros de su grupo, sino también de muchos o la mayoría de los guerreros enemigos a los que intenta matar, ya que las alianzas cambiantes y los ocasionales matrimonios entre tribus permiten conocer a sus vecinos.

Según Diamond, la diferencia más importante entre un conflicto bélico tradicional y uno estatal es la distinción entre guerra total y guerra limitada. La guerras entre estados y grandes jefaturas suelen tener unos objetivos limitados: destruir a las fuerzas armadas del enemigo y su capacidad para combatir, pero salvar sus tierras, recursos y población civil, ya que es de lo espera adueñarse un conquistador. Sin embargo, para sociedades más simples el objetivo de la guerra era conquistar territorios y exterminar a enemigos de ambos sexos y de todas las edades.

La guerra total entre las sociedades tradicionales implica la movilización de todos los hombres, incluidos niños de hasta seis años. Por el contrario, la guerra estatal se libra con ejércitos proporcionalmente ínfimos, integrados por adultos.

Tras esta distinción entre guerra total y limitada, la otra gran diferencia entre la guerra tribal y estatal es la facilidad para poner fin a los enfrentamientos y mantener la paz. Los conflictos de las sociedades a pequeña escala a menudo conllevan ciclos de asesinatos por venganza. Una muerte sufrida por el bando A exige que este sea vengado matando a alguien del bando B, cuyos miembros también claman venganza contra el bando A. Estos ciclos no terminan hasta que un bando ha sido expulsado o exterminado, o cuando ambos están exhaustos, han sufrido numerosas muertes y ninguno intuye la posibilidad de exterminar o expulsar al otro. Aunque se pueden aplicar algunas consideraciones análogas al fin de la guerra entre estados, estos y las grandes jefaturas entran en conflicto con objetivos más limitados que las bandas y las tribus: a lo sumo, conquistar todo el territorio enemigo.

Pero a una tribu le resulta mucho más difícil que a un Estado tomar la decisión de poner fin a los combates y negociar una tregua con el enemigo, ya que en el Estado existen la toma de decisiones centralizada y los negociadores, mientras que las tribus carecen de un liderazgo centralizado y todo el mundo aporta su opinión. A las tribus les resulta todavía más difícil que a los estados el mantenimiento de la paz, una vez que se ha negociado una tregua. En cualquier sociedad, ya sea una tribu o un Estado, habrá individuos insatisfechos con cualquier acuerdo de paz, que quieran atacar a algún enemigo por razones personales y desencadenar un nuevo brote de enfrentamientos.

Un gobierno estatal, que monopolice el uso del poder y de la fuerza, normalmente puede contener esos exaltados. Un líder tribal débil, no. De ahí que las paces tribales sean frágiles y no tarden en degenerar en otro ciclo de contiendas (Diamond 2013: 171-178).

Del análisis efectuado a las sociedades tradicionales encontramos que de los tres elementos de la definición trinitaria de la guerra (violencia original, libre actividad del alma y entendimiento político), el entendimiento político tiene poco o ningún peso significativo tanto en las bandas como en las tribus tradicionales, de ahí que la guerra en estas sociedades se aproxime más a la guerra absoluta. Decimos se aproxime más porque tampoco llegan a alcanzar dicho extremo, siendo este tipo de guerra sólo más cercanas a la definición del concepto puro de la guerra.

Al contrario, las jefaturas y los estados, al estar más jerarquizados y contar con un estamento político que plantea los objetivos de acuerdo a los intereses en juego, llevan a cabo guerras con un componente político mayor. Sin embargo, al igual que las guerras entre bandas y tribus, están comprendidas dentro de la definición trinitaria o real de la guerra.

Debe quedar claro que cuando Clausewitz interioriza que la política también hace la guerra, además de enviar notas diplomáticas, llega a la síntesis de la definición trinitaria en la cual la política no es una excusa para justificar los excesos en la guerra, sino que es la encargada de moderar el grado de violencia, de acuerdo a los intereses en juego.

Por esta razón concluye que las guerras reales se encuentran en el intervalo entre los dos géneros de guerra, siendo simplemente unas guerras más o menos políticas que otras, pero guerras al fin y al cabo. De ahí que del análisis hecho a las semejanzas y diferencias entre las formas de hacer la guerra entre las sociedades tradicionales y estatales, concluimos que las dos son guerras y que se encuentran enmarcadas dentro de la definición trinitaria.

John Keegan, ¿una crítica válida a Clausewitz?

Hace algunos años leí uno de los libros del prestigioso historiador inglés John Keegan, *Historia de la Guerra*, y me extraño que pudiera comenzar de la siguiente forma (1995: 21):

La guerra no es la continuación de la política por otros medios. El mundo sería más fácil de entender si fuese cierto este axioma de Clausewitz. Este concepto es incompleto, pues implica la existencia de Estados, de intereses de Estado y de cálculos racionales a propósito de cómo se deben lograr. Pero la guerra precede a los Estados, a la diplomacia y a la estrategia en varios milenios; la guerra es casi tan antigua como el hombre mismo y está arraigada en lo más profundo del corazón humano, un reducto en el que se diluyen los propósitos racionales del yo, reina el orgullo, predomina lo emocional e impera el instinto.

Para Keegan, al conceptualizar Clausewitz a “la guerra como continuación de la política”, acordaba el respeto a la ética prevaleciente (de absoluta soberanía, atenta diplomacia y tratados legalmente vinculantes) a la par que daba un margen al imperioso principio de los intereses de Estado. De esta manera, esta teoría clausewitziana de la guerra diferenciaba claramente el portador legal de armas del rebelde, el filibustero y el bandido; presuponia un alto nivel de disciplina militar y un pavoroso grado de obediencia de los subordinados a sus superiores ante la ley, y aspiraba a que la guerra adoptase ciertas formas estrechamente definidas (asedio, batalla campal, escaramuza, incursión, reconocimiento, patrulla y servicio de avanzada), cada una de las cuales se regía por convenciones reconocidas, asumiendo que la guerra tenía un principio y un fin.

Para Keegan, Clausewitz tampoco habría tenido en cuenta la guerra sin principio ni fin, la guerra endémica entre no estados o incluso entre pueblos en fase pre-estatal (tradicionales, bandas, tribus), en los que no existía distinción entre portadores de armas legales e ilegales, ya que todos los varones eran guerreros; una forma de guerra que había prevalecido durante largos periodos de la historia

de la humanidad y que, en los confines de la civilización, continuaba incrustada en la vida de los estados.

Del recuento histórico que Keegan presenta sobre el comportamiento de los combatientes en tiempos de Clausewitz, resalta el hecho que los oficiales de los estados civilizados habrían apartado la vista de los modos ilegales e incivilizados, y de los métodos bárbaros que se utilizaban en combate, sin los cuales apenas habrían sido capaces de vencer. Todos los ejércitos regulares, incluso los de la Revolución Francesa, habrían reclutado tropas irregulares para patrullar, efectuar reconocimientos y llevar a cabo escaramuzas. Durante el siglo XVIII la expansión de tropas como los cosacos, cazadores, *highlanders*, fronterizos y húsares, fue una de las innovaciones militares más notables. Sus civilizados comandantes habrían optado por correr un tupido velo sobre sus hábitos de botín, pillaje, violación, asesinato, rapto, extorsión y vandalismo sistemático. Prefirieron no tener en cuenta que aquello era una forma de guerra más antigua y difundida que la que ellos practicaban. Una vez que Clausewitz planteó que la guerra era un instrumento de la política, habría resultado un cómodo refugio filosófico para los oficiales pensantes, desde el cual considerar los aspectos más antiguos, siniestros y fundamentales de su profesión.

Al respecto, hemos detallado la importancia que tuvo la política en el sistema conceptual de Clausewitz y, más que refugio intelectual, como menciona Keegan, fue la moderación que imponía más importante que la simple excusa para justificar excesos.

Keegan llega al extremo de decir que Clausewitz, en su afán por llegar a una definición que abarcara todos los tipos de guerra habría (1995: 24):

Entornado los ojos para no tener que ver que la guerra no era ni mucho menos lo que él decía. 'Si las guerras de los pueblos civilizados son menos crueles y destructivas que las de los salvajes', afirmaba de modo condicional en uno de sus párrafos más famosos; pero fue una idea que no desarrolló porque, con toda la fuerza filosófica de que disponía, se esforzaba por enunciar una teoría universal de lo que debería ser más que lo que realmente era y había sido. Y en gran medida lo consiguió. En la práctica de la guerra, los estadistas y los comandantes supremos siguen guiándose por los principios de Clausewitz; si bien, en la descripción real de la guerra, los testigos oculares y los historiadores han de abandonar los métodos de Clausewitz, a pesar de que él mismo fuera a la vez testigo e historiador de la guerra, que habría podido ver y escribir muchísimas cosas que no figuran en sus teorías.

Finalmente, Keegan concluye señalando (1995: 31):

Es a nivel cultural que la pregunta ¿Qué es la guerra? de Clausewitz muestra su defecto. Y no es de extrañar, ya que a todos nos cuesta extraterritorializarnos lo bastante de nuestra propia cultura para percibir cómo nos configura como individuos. Para la gente del mundo occidental moderno, con su sumisión al credo del individualismo, la

dificultad es tan reductible como para los de otras épocas. Clausewitz era un hombre de su época, un hijo de la ilustración, contemporáneo del romanticismo alemán, intelectual, reformista activo, hombre de acción, crítico de su sociedad y apasionado creyente de la necesidad de cambio. Era un agudo observador del presente y un devoto del futuro; pero lo que no supo ver fue lo arraigado que estaba en su propio pasado, el pasado de la clase de oficiales profesionales del Estado centralista europeo. Si su mente hubiese dispuesto de otra dimensión intelectual, y no se puede negar que poseía una mentalidad nada corriente, habría sido capaz de percibir que la guerra implica mucho más que la política y que siempre es una expresión de cultura, muchas veces un determinante de las formas culturales y, en algunas sociedades, la cultura en sí.

Hemos analizado como las guerras de las sociedades tradicionales contienen los tres elementos de la definición trinitaria, más allá de que Clausewitz las haya considerado o no en su análisis conceptual. Sólo queda precisar que Clausewitz escribió *De la Guerra* para sus compañeros de armas, para aquellos patriotas prusianos a los cuales daba los mejores consejos para la acertada conducción de las operaciones. Sus palabras hay que entenderlas a la luz de lo que significaban para sus contemporáneos y la influencia que el orden social imponía, sobre él y toda la sociedad europea de comienzos del siglo XIX.

Pero lo que no se puede comprender es la tergiversación de lo que escribió y la discusión sobre lo que no escribió jamás. Por decir lo menos, la crítica de Keegan me parece exagerada y sólo creíble para quien no ha leído *De la Guerra* y comprendido el sistema conceptual de Clausewitz, y lo que éste trató de transmitirnos.

Según mi percepción, Keegan encaja en la descripción que sobre el capitán británico Basil Henry Liddell Hart hiciera Raymond Aron: "Demasiado inteligente para no sospechar que Clausewitz mismo valía más que sus discípulos; demasiado británico para consagrar meses a desenredar la madeja de las verdades lógicas y las proposiciones históricas, de la teoría y la doctrina" (Aron 1988A: 2).

El genio militar

Las improvisaciones geniales del campo de batalla no son sino el resultado de meditaciones anteriores.

Mariscal Ferdinand Foch.

Ahora, esas inspiraciones o son de la propia naturaleza del genio que las dictó o resultan de un estudio y de la meditación... es la meta del genio alcanzar el fin propuesto por nuevos medios de los cuales nadie haya hecho uso aún, y que no hayan sido practicados.

Pedro Cordolino Azevedo (1998: 105).

El capítulo 3 del libro I, "Sobre el genio militar", habría sido escrito después de 1827. La reflexión sobre este tema constituye una parte integral de la teoría de Clausewitz, para quien la teoría debe abordar la guerra real, no dibujos geométricos ni cálculos de gabinete. Por eso, no titubea en criticar a Federico el Grande cuando se equivoca, y tampoco atribuye al genio un papel siempre decisivo en la obtención de la victoria. Pero, si da al genio un lugar destacado en la teoría es porque encarna la dualidad intrínseca de la acción guerrera, porque sólo él conjuga cualidades aparentemente opuestas, porque sólo él resuelve los problemas cuya complejidad desafía a los espíritus más grandes y ofrece luego, pese a todo, una de las imágenes nobles y dignas de la humanidad. En su análisis sobre el genio militar, desarrolla dos temas: ¿qué hombres poseen el temperamento, la constitución que permite llegar a la grandeza de la acción?, y ¿qué conocimientos debe adquirir el hombre dotado para asumir cabalmente las responsabilidades supremas? (Aron 1988: 165-166).

¿Qué hombres poseen el temperamento, la constitución que permite llegar a la grandeza de la acción?

Clausewitz entiende por genio a una aptitud mental muy desarrollada en relación con una ocupación determinada, para lo cual se debe contar con ciertos dones del intelecto y del temperamento. En consecuencia, la esencia del genio militar es la combinación del conjunto de los dones de la mente y el temperamento empleados en la actividad militar.

Sobre esto, el escritor y marino español Luis de la Sierra, en *El Mar en la Gran Guerra*, señala (2006: 264-265):

Ante un enemigo eficaz y peligroso, el jefe militar ha de mostrar un difícil pero absolutamente necesario equilibrio entre audacia y prudencia; capaz de sopesar, con frío y rápido análisis, en base a la información disponible, las posibilidades de infligir daños considerables al adversario y de sufrir pérdidas propias, inadmisibles si no son suficientemente compensatorias. Es decir en él ha de primar siempre un auténtico y consciente sentido de la responsabilidad. Porque lanzarse con furia y la cabeza baja contra el enemigo está a la altura de cualquier hombre valeroso; pero abstenerse de hacerlo cuando no conviene ni compensa, saber hasta dónde se puede y debe llegar y cuándo detenerse, es privativo del jefe que, además de valor, cuenta con una clara inteligencia y un genuino sentido de la responsabilidad. Lo contrario sería degradar el arte de la guerra.

El valor

Al ser la guerra un ámbito de peligro, hay que considerar al valor como el primer requisito de un soldado. Existen dos clases de valor: ante el peligro personal y para aceptar responsabilidades.

Clausewitz analiza sólo el primero, señalando que puede adoptar dos formas: indiferencia ante el peligro, debido a tener la vida en poco aprecio o a la costumbre, debiendo considerarse una condición permanente; o ser resultado de motivaciones positivas, tales como patriotismo, ambición, etc.; es decir, un sentimiento, una emoción, no un estado permanente.

Ambas formas de valor actúan de manera distinta: la primera es más de fiar, pues se ha convertido en una segunda naturaleza y no falla jamás, deja la mente más calmada; la segunda suele alcanzar metas más altas a través del estímulo, pero puede también cegar. Por lo tanto, en la primera hay más seguridad y en la segunda más arrojo. El tipo de valor ideal, el más elevado, es una combinación de las dos formas.

El intelecto: el golpe de vista, la determinación y la presencia de ánimo

Clausewitz señala reiteradamente que la guerra es el reino de la incertidumbre. Las tres cuartas partes de los factores en que se basan las acciones en la guerra están envueltos en una niebla de mayor o menor incertidumbre, para lo cual se exige una inteligencia entrenada para desvelar la verdad.

La guerra es el reino del azar, ya que en ninguna otra actividad tiene tanta influencia. El azar hace todo más incierto e interfiere con el curso de los acontecimientos.

Para que nuestra mente puede salir librada de su eterna lucha con la niebla de la guerra y el azar, Clausewitz afirma que son indispensables dos cualidades: una inteligencia que, hasta en las horas más negras, conserve algún destello de la luz interior que conduzca a la verdad; y el valor de seguir esta débil luz, lleve a donde lleve. La primera de estas cualidades la llama “golpe de vista”, y “determinación” a la segunda.

El golpe de vista es definido como la capacidad para detectar rápidamente una verdad que el pensamiento normalmente pasaría por alto o descubriría sólo después de mucho estudio y reflexión.

Figura 4

EL GENIO MILITAR	
<p><i>El comandante debe tener la capacidad para comprender de un solo vistazo lo esencial de un problema militar, decidir rápidamente qué hacer, dejar claro a todos los implicados lo que quiere conseguir y cómo lograrlo, y ocuparse luego de que sus comandantes subordinados pongan manos a la obra.</i></p> <p>Mariscal Bernard L. Montgomery: <i>Memorias de Guerra</i>.</p>	 <p>Mariscal de campo Bernard Law Montgomery, comandante del VIII Ejército Británico en el norte de África.</p>
<p><i>El comandante encargado de decidir las batallas, necesita no solo cualidades mentales poco corrientes, sino también una fortaleza de carácter y una energía a toda prueba. Su preparación requiere instrucciones de la técnica y la organización que permitan inducir a cierta independencia de criterio y sopesar por sí mismo las cuestiones básicas. El respeto a determinados grandes militares jamás irá tan lejos como para no permitir la discusión de sus principios. Debe conseguirse un auténtico sentido de la realidad. Una vez disfrute de conocimientos adecuados, el oficial de mentalidad serena sabrá extraer las consecuencias adecuadas, siempre y cuando no se ejerza influencia alguna sobre sus deducciones.</i></p> <p>Mariscal Erwin von Rommel: <i>Memorias</i>.</p>	 <p>Mariscal de campo Erwin von Rommel, <i>El zorro del desierto</i>, comandante del Afrika Korps 1941-1943.</p>

Fuente: Autor

La determinación, en un caso aislado, es una manifestación de valor. Cuando se convierte en algo característico, es un hábito mental. Pero no se trata de valor físico, sino de valor para aceptar responsabilidades, de valor frente al peligro moral. Su función es limitar las agonías de la duda y de los riesgos de la vacilación cuando los motivos para la acción son insuficientes. La determinación, que barre la duda, es una cualidad que solamente puede ser estimulada por el intelecto, y además por el intelecto de un tipo de mente especial.

La determinación exige más que la mera combinación de visión penetrante con emociones adecuadas. Hay quienes pueden poner el cerebro más agudo al servicio de los problemas más formidables y, además, tienen el valor necesario para aceptar responsabilidades graves. Pero cuando afrontan una situación difícil se muestran incapaces de tomar una decisión. Su valor y su inteligencia actúan en compartimentos separados, no colaboran y, por tanto, no inducen la determinación. Sintetizando, la determinación procede de un tipo especial de mente, más enérgica que brillante.

La presencia de ánimo es otra de las cualidades del intelecto, próxima al golpe de vista y a la determinación. Desempeña una función importante en la guerra, brindando mayor capacidad para tratar con lo inesperado. La reacción que sigue a una reflexión profunda y prolongada se percibe como una cosa corriente, pero produce un placer mayor cuando adopta la forma de respuesta inmediata. La presencia de ánimo refleja precisamente la rapidez de la ayuda que presta el intelecto.

El temperamento: la fortaleza de carácter y el autocontrol

El clima de la guerra está compuesto por peligro, esfuerzo, incertidumbre y azar. Si se consideran en conjunto se hace evidente la fuerza de mente y carácter necesario para moverse con seguridad entre estos obstáculos.

La fortaleza de carácter expresa la capacidad para conservar la cabeza en momentos de tensión excepcional y emociones violentas. Clausewitz se pregunta si ¿podría derivar esta facultad sólo de la fuerza intelectual? Responde que no. Sin embargo, no se puede llegar a la conclusión contraria basándose en que algunos hombres de inteligencia descollante pierden el control. Por ello, señala que la cualidad necesaria es una mente más poderosa que capaz.

El autocontrol hunde sus raíces en el temperamento. Es una emoción que sirve para equilibrar los sentimientos apasionados propios de un carácter fuerte sin destruirlos, y es solo este equilibrio el que garantiza el dominio del intelecto. Este contrapeso que equilibra es sencillamente el sentido de la dignidad humana, el orgullo más noble y la necesidad más profunda: el anhelo de actuar racionalmente en todo momento. Por tanto, se puede argumentar que un carácter fuerte es el que no se deja desequilibrar por las emociones más poderosas.

Clausewitz establece la siguiente clasificación de los hombres, de acuerdo a las reacciones emocionales que pueden presentar.

Flemáticos o indolentes. Aquellos que tienen poca capacidad para excitarse y raramente pierden el equilibrio, pero su ausencia de vigor no puede interpretarse como fortaleza de carácter. La imperturbabilidad que presentan les proporciona cierta utilidad limitada en la guerra. Casi nunca están motivados, carecen de iniciativa y, por lo tanto, no son activos; pero, rara vez suelen cometer errores graves.

Sensibles y tranquilos. Son extremadamente activos, pero sus sentimientos jamás se elevan por encima de determinado nivel. Normalmente las cosas sin mayor importancia suelen ponerlos en acción, mientras que las cosas de envergadura suelen abrumarlos. En la guerra, estos hombres no carecerán de energía y equilibrio, pero raramente alcanzarán metas de importancia, a menos que posean un talento muy poderoso que les proporcione el estímulo necesario.

Inflamables. Aquellos cuyas pasiones se exaltan con facilidad y en quienes la excitación estalla súbitamente, pero se agota en poco tiempo. Suelen tener poco valor en la vida práctica y, por lo tanto, también en la guerra. Sus impulsos son fuertes, pero breves. Debido a la volatilidad de sus emociones, les cuesta mucho más conservar el equilibrio. Pierden la cabeza con frecuencia, y no hay nada peor durante el servicio activo.

Pasiones fuertes. Aquellos que no reaccionan ante las cosas de menor importancia, los que se conmueven lentamente, nunca de repente, pero cuyas emociones alcanzan la fortaleza y una resistencia enormes. Estos son los más capacitados para convocar las fuerzas titánicas necesarias para remover las enormes cargas que obstaculizan la actividad de la guerra. Sus emociones se mueven como las grandes masas: despacio, pero con una fuerza irresistible.

Después de haber realizado esta clasificación, reitera la idea que la fortaleza de carácter no consiste sólo en tener sentimientos poderosos, sino en mantener el equilibrio a pesar de ellos. Incluso con la violencia de la emoción, el juicio y los principios deben actuar como el compás de un barco, que detecta el más ligero cambio por agitado que esté el mar.

Al final de su análisis sobre el genio militar, Clausewitz afirma que (*De la Guerra*: I, 3, 224-225):

La mente humana dista de ser uniforme. Si nos preguntamos qué tipo de mente tiene más probabilidades de contener las cualidades del genio militar, la experiencia y la observación nos dicen que en la guerra hemos de confiar el destino de nuestros hermanos y nuestros hijos, y la seguridad y el honor de nuestro país, más a la mente inquisitiva que a la creativa, a la globalizadora más que a la propensa a la especialización, al jefe tranquilo más que al apasionado.

¿Qué conocimientos debe adquirir el hombre dotado para asumir cabalmente las responsabilidades supremas?

Normalmente se considera al soldado corriente y eficaz como lo contrario al estudiante o intelectual ingenioso y dotado de conocimientos deslumbrantes. Esta comparación no es, en la realidad, totalmente errónea, pero no demuestra que el soldado eficaz necesite solamente valor, y que el empleo del cerebro no sea un aspecto importante de los buenos hombres de armas. Resalta el que normalmente la energía de un oficial se ve disminuida conforme asciende en el escalafón, hasta el punto de ocupar posiciones que sobrepasan su capacidad, ya que cada nivel de mando tiene sus propias normas intelectuales y el esfuerzo sobresaliente es el que da a quién lo realiza una reputación distinguida.

Se pregunta, ¿por qué existe un abismo entre el comandante supremo, el general que dirige el teatro de operaciones y los generales situados inmediatamente debajo de él? La respuesta es que el segundo nivel siempre está controlado y supervisado de una forma estricta, dejando poco margen para pensar independientemente. Por eso se atribuye que sólo en los niveles de mando superior se requiere una capacidad intelectual extraordinaria, y para todas las demás sólo una inteligencia común. Sin embargo, Clausewitz puntualiza que hasta los oficiales de menos responsabilidad necesitan poseer cualidades intelectuales extraordinarias si quieren desempeñarse eficientemente.

Por lo expuesto, para distinguirse en el servicio activo es preciso contar con un talento adecuado en todos los niveles del comando. Pero aclara que la historia sólo ha reservado la denominación de genio a los que han destacado en los puestos más altos, para los comandantes supremos, porque la fuerza intelectual y moral es muy superior en estos cargos.

Para conducir la guerra a un buen final es preciso comprender a fondo la política nacional, ya que a ese nivel, la estrategia y la política se confunden, y el comandante supremo es, en muchos casos, el mismo estadista. Por un lado, está enterado de toda la situación política; por el otro, conoce con exactitud lo que debe lograr con los medios a su disposición.

Sobre esto, el mariscal Albrecht Kesselring escribió en sus memorias (2009: 415):

Cualquier oficial superior que ocupe un puesto de autoridad elevado debe tener una lucidez que le ayude a entender de forma profunda y cabal los acontecimientos de la vida política dentro y fuera de su país. Esta comprensión hará posible que dicho oficial desempeñe su papel como consejero responsable ante la jefatura del Estado con pleno conocimiento de sus atribuciones, para prever las necesidades militares y, al mismo tiempo, ajustarlas a las circunstancias políticas.

Cualidades y virtudes del comandante

Después de haber analizado y comprendido que Clausewitz entendía por genio no sólo la originalidad y la creatividad elevadas a sus más altas cotas, sino también a las dotes de la mente y el temperamento en general, y que fue el desarrollo de este tema su dispositivo analítico predilecto para conceptualizar las diversas capacidades y sentimientos que afectan el comportamiento del más ordinario y del más excepcional de los hombres, trataremos sobre las cualidades y virtudes del comandante.

La importancia de centrarnos en él es porque, como decía Ho Yen Hsi, “La responsabilidad en un ejército de un millón de soldados reposa sobre un solo hombre, porque él es responsable por todo lo que su tropa haga o deje de hacer” (Cardoso 2005: 184).

Una fuerza militar, cualquiera que sea su tamaño, sólo vale por lo que vale en conjunto. Ese valor de conjunto no es la simple sumatoria de las capacidades individuales, sino algo que resulta de su integración y de la sinergia así generada, que sólo puede ocurrir si los líderes son estimuladores e inductores del espíritu de grupo.

Pero este espíritu tiene que ser trabajado para llegar a obtener la compenetración que se necesita en todos los niveles de comando, sobre todo, cuando las decisiones individuales se hacen necesarias ante lo imprevisto. Al respecto, Maquiavelo señala (2008: 417):

El tribuno Camilo le dijo a sus tropas, para animarlas, a cerca de la supuesta superioridad de los toscanos: que cada uno hiciera lo que ya sabía o estaba acostumbrado a hacer. Pero no se puede decir o hacer ninguna de estas cosas con un ejército que antes no hubiera sido organizado y adiestrado en la paz y en la guerra, porque un capitán, de aquellos soldados que no han aprendido a hacer nada, no puede confiar en nada y tampoco creer que harán algo bien, y aunque los comandara Aníbal, fracasarían. Un capitán no puede estar en todas partes mientras se libra la batalla y, si no ha organizado las cosas para tener hombres con su espíritu, ordenándolos bien en los modos de su proceder, necesariamente fracasará.

El comandante “Representa las virtudes de la sabiduría, la justicia, la humanidad, el coraje, la austeridad” (Sun Tzu 2005: 104) y, sobre todo, debe poseer competencia profesional y liderazgo. Este liderazgo debe consistir en la capacidad de inspirar confianza en los hombres para el logro de un propósito común y debe basarse en la verdad, en el propósito y fuerza de voluntad, en el carácter (Montgomery 2010: 87).

Sobre las cualidades y virtudes de un general, Sun Tzu destaca lo siguiente (Cardoso 2005: 187-188):

- El general ingenioso impone su voluntad al enemigo y no permite que la voluntad del enemigo le sea impuesta.

- Lo que los antiguos llamaban de general inteligente era aquel que no solamente vencía, si no que procuraba vencer con facilidad.
- El general que vence una batalla analiza muchas consideraciones antes de trabar el combate... no hace cualquier reflexión, prepara el camino para la derrota del enemigo.
- Saldrá victorioso el comandante que sabe cuándo puede y cuando no puede luchar; el que comprende cómo usar fuerzas tanto grandes como pequeñas; y el que es prudente y aguarda a un enemigo que no lo es.
- Solamente aquel general que estuviera completamente familiarizado con los males de la guerra podrá comprender perfectamente la manera provechosa de conducirla.
- Por tanto, cuando el comandante experimentado pasa a la acción, jamás comete yerros. Cuando parte para el combate sus medios son como ilimitados.

Sun Tzu valora en el comandante la astucia, la sagacidad, la paciencia, la ponderación, cualidades que combinadas le permiten tomar decisiones rápidas de acuerdo con las situaciones estratégicas y tácticas.

Federico el Grande estaba convencido de que, de acuerdo con su experiencia personal, el comandante que quisiera dominar el arte de la guerra tendría que estudiarla continuamente, pero toda una vida no es suficiente para alcanzar ese objetivo. Eso se debe a que de una campaña a otra siempre surgen nuevos principios, e innúmeros detalles que el destino no da la oportunidad de probar completamente (Luvaas 2001: 62).

Para Federico, "El comandante debe ser más que un hombre diligente, activo e incansable, no debe olvidar una cosa para ejecutar otra y, encima de todo, que no desprecie los pequeños detalles que son propios de los grandes proyectos" (Luvaas 2001: 85).

Tiene que ser una persona capaz y de grandes cualidades. La guerra no es para improvisar y, de acuerdo al mariscal de campo Ferdinand Foch: "La victoria no se contenta con virtudes de última hora. La realidad del campo de batalla es que ahí no se estudia; simplemente se hace lo que se puede para aplicar lo que se sabe. En consecuencia, para ahí poder obtener alguna cosa, se hace necesario que el comandante sepa mucho y bien" (Cardoso 2005: 188).

El general Charles de Gaulle consideraba que la principal tarea de un comandante es decidir siempre de acuerdo con las circunstancias, forzando su propia naturaleza y la de sus subordinados. Una vez iniciada la acción, debe reconstruir, siempre que se pueda, el sistema de sus medios que los hechos deforman incesantemente. En todo tiempo y lugar siempre existe un líder que

destaca la filosofía del comando, inmutable como la naturaleza humana, y que es la verdadera lección de la historia militar (De Gaulle 1996: 126).

Cuanto más conoce a su ejército, más oportunidades tiene el líder de adaptar su empleo a las circunstancias; de pedir a sus soldados todo lo que pueden dar; y, proveyéndolos de lo necesario, de exigirles lo máximo, pero nunca pedirles lo imposible. Cuán importante, señala De Gaulle, era para Napoleón el conocimiento de su ejército. Llevaba continuamente en el espíritu la medida de las cantidades y de las cualidades de cada elemento, y, si preveía tan detalladamente, era porque, antes que nada, sabía la importancia de las múltiples consideraciones de un plan de operaciones.

Un comandante debe poseer inteligencia, instinto y autoridad, que le permitan estudiar las diversas variables que se le presenten, tales como la composición de las fuerzas enemigas, el terreno, los medios disponibles y, a través de procedimientos deductivos, inductivos e hipótesis, decidir los mejores cursos de acción por adoptar (De Gaulle 2001: 33-36). Debe tener siempre presente que no existen soluciones ideales para los problemas militares; cada maniobra tiene sus ventajas y sus inconvenientes, y debe elegirse la que mejor parezca, tras haber evaluado las diversas posibilidades, y luego llevarla a cabo con decisión y aceptar sus consecuencias (Rommel 2006: 209).

Sobre la capacidad que debe tener un oficial de alto mando, el mariscal Bernard Law Montgomery escribió (2010: 394-395):

Debe tener la capacidad para comprender de un solo vistazo lo esencial de un problema militar, decidir rápidamente que hacer, dejar claro a todos los implicados lo que quiere conseguir y cómo lograrlo y ocuparse luego que sus comandantes subordinados se pongan manos a la obra. Sobre todo debe deshacerse de los detalles irrelevantes. Debe concentrarse en lo esencial y únicamente en aquellos detalles que sean precisos para el cumplimiento eficaz de su plan, y confiar en que su estado mayor se encargue de todas las labores de coordinación necesarias. En resumidas cuentas, la principal cualidad de un comandante debe ser la decisión.

Quién podría negar las cualidades de Napoleón como conductor. Sus grandes victorias y majestuosas campañas lo resumen todo. Sin embargo, es difícil encontrar obras escritas por él, que describan cómo pensaba y lo valiosa que sería su opinión sobre la actitud que debe demostrar el comandante en el planeamiento y en el campo de batalla.

El historiador militar Jay Luvaas, tras más de treinta años de investigaciones sobre Napoleón y su pensamiento militar destaca que (2001A: 85-96):

En la guerra, los hombres no son nada; un hombre es todo. La presencia del general es indispensable. Él es la cabeza, el todo de un ejército. No fue el ejército romano que conquistó la Galia, fue César, no fue el ejército cartaginés que hizo que la república temblara delante de las puertas de Roma, fue Aníbal; no fue el ejército macedonio

que alcanzó el Indo, fue Alejandro; no fue el ejército francés que llevó la guerra a Weser y al Inn, fue Turenne; y no fue el ejército prusiano que defendió Prusia durante siete años contra las tres mayores potencias de Europa, sino Federico el Grande. En la guerra, sólo el comandante comprende la importancia de ciertas cosas, es sólo él, a través de su voluntad y de su percepción superior, que conquista y sobrepasa todas las dificultades. Un ejército no es nada sin una cabeza.

Un comandante no está protegido por una orden recibida de un ministro, o de un príncipe que está ausente en el teatro de operaciones y que tiene poco o ningún conocimiento de los hechos más recientes. Todo comandante responsable por ejecutar un plan que él considera malo o desastroso es un criminal; él tiene que resaltar las fallas, insistir para que el plan sea alterado y, en última instancia, exonerarse, en vez de ser el instrumento superior de la destrucción de sus soldados. Todo comandante en jefe que, como resultado de órdenes superiores, entra en una batalla convencido de que irá a perderla, también es un criminal.

La principal cualidad de un comandante es mantener la cabeza fría, recibir impresiones precisas de lo que está aconteciendo, y nunca tener miedo o quedar perplejo por noticias buenas o malas. Las sucesivas o simultáneas sensaciones que la mente de un comandante recibe en el transcurso del día son secretas y ocupan apenas la atención que merecen, porque el censo común debe ser el resultado de la comparación de varias sensaciones.

Hay hombres que debido a su constitución física y moral distorsionan la realidad de las cosas. No importa el grado de conocimiento, intelecto, coraje y otras buenas cualidades que puedan tener, la naturaleza no les pide que comanden ejércitos o dirijan las grandes operaciones en una guerra.

En la guerra, las medidas experimentales pierden todo. El genio militar es una dádiva de los cielos, pero la cualidad más esencial para un general es la firmeza de carácter y decisión de conquistar a cualquier precio.

En la guerra nada se consigue a no ser a través de la evaluación. Todo lo que no fuera profundamente meditado en sus detalles no dará resultado. Las cuestiones son examinadas durante un largo periodo de tiempo y, para obtener suceso, es preciso dedicar varios meses para pensar en lo que podrá acontecer. Si yo tomo tantas precauciones, es porque mi hábito es no dejar nada por cuenta de la casualidad.

Un plan de campaña tiene que prever todo lo que el enemigo puede hacer. Los planes de campaña son modificados infinitas veces, de acuerdo con las circunstancias, el genio del comandante, la naturaleza de los soldados y la topografía. Hay dos tipos de planes de campaña: los planes buenos y los planes malos. A veces los planes buenos fracasan debido a las circunstancias accidentales, y de vez en cuando los malos vencen gracias al capricho de la suerte.

El éxito en la guerra depende de la prudencia, de la buena conducta y de la experiencia del general. En la guerra, no se exige vigor, sino precisión, carácter y simplicidad. El arte de ser algunas veces audaz y otras veces muy prudente es el secreto del suceso.

Generales inteligentes e intrépidos garantizan el suceso de las acciones. Se debe ser lento en las deliberaciones y rápido en la ejecución. No basta vencer: es necesario beneficiarse del triunfo. En la profesión de la guerra, como en las letras, cada uno tiene su estilo.

En la guerra el primer principio del comandante es esconder lo que está haciendo, verificar si existen medios para superar los obstáculos, y hacer todo por la obtención del objetivo una vez tomada la decisión. Las personas ven apenas sus problemas, y no los del enemigo. Lo esencial es demostrar confianza.

En la guerra, la pérdida de tiempo es irreparable. Los motivos que se dan son siempre insatisfactorios, porque las operaciones sólo fracasan debido a las demoras. El arte consiste solamente en ganar tiempo cuando se tiene fuerzas inferiores.

No cabe duda que Napoleón fué un genio militar, y se puede decir que creó el nivel intermedio de la estrategia (el operacional). Sin embargo, por detrás del genio militar, había un hombre que frecuentemente malograba todo por querer abarcar el mundo entero debajo de él, y ese es un defecto que ningún comandante debe tener.

Al respecto, el mariscal de campo Ferdinand Foch escribió, después de la Primera Guerra Mundial, lo que pudiera haber sido el epitafio más adecuado para Napoleón: "Él olvidó que un hombre no puede ser Dios, que encima del individuo está la nación, y encima de la humanidad, la ley moral; él se olvidó que la guerra no es el objetivo más alto, porque la paz está por encima de la guerra" (Luvaas 2001A: 10).

Tiene mucha razón el mariscal Foch, ya que el objetivo de la guerra, "como continuación de la política por otros medios", es la paz a obtener. Ese es su verdadero objetivo y todo comandante debe comprenderlo.

Finalmente, después de haber hecho una larga lista de cualidades y virtudes que debe poseer un comandante operacional, concluiremos con dos recomendaciones que todo general debe considerar en la conducción de un conflicto.

La primera recomendación se encuentra en un libro escrito hace más de 2500 años, *El Arte de la Guerra*, de Sun Tzu, que fue el primero en abordar la guerra no como un fenómeno transitorio o emocional, sino como una acción consciente y periódica, y, como tal, permeable al análisis del planeamiento. Para Sun Tzu, lo que estaba en juego en la guerra era la aplicación correcta de las capacidades intelectuales del hombre y su vigor moral, resaltando que, para ser exitoso, el enfrentamiento bélico jamás podría ser llevado a cabo de manera improvisada o impensada. Según él, un comandante exitoso deberá ser (Cardoso 2005: 288):

Hábil en el arte de la guerra para subyugar las tropas del enemigo sin luchar, capturar sus ciudades sin sitiarlas y conquistar su reino sin operaciones prolongadas. De ahí

que el comandante que conozca al enemigo como a sí mismo no precisará temer el resultado de cien batallas; si se conoce pero no al enemigo, por cada victoria sufrirá una derrota; y el comandante que no conoce al enemigo ni a sí mismo, sucumbirá en todas las batallas.

La segunda recomendación es hecha por Clausewitz, pues al analizar las consideraciones estratégicas que deben ser tomadas en cuenta en el conflicto, desde el punto de vista de los intereses de cada contendiente, indica: "El más grandioso acto de juicio que el hombre de Estado y el mando militar deben hacer es el de situar correctamente la guerra que emprenden... y no tomarla por algo que no es, o convertirla en algo que no puede ser... esta es la más amplia de todas las cuestiones estratégicas" (*De la Guerra*: I, 1).

Táctica y estrategia

La naturaleza de la táctica es tal que los hombres pueden ganar batallas y, en cambio, ser malos generales. Pueden nacer como líderes de hombres, pero no estar capacitados para ejercer un mando independiente... Los problemas de estrategia abarcan el movimiento de grandes unidades, consideraciones de espacio y tiempo y las mil y una circunstancias como alimentos, clima, carreteras, topografía y moral, que un general debe siempre tener en cuenta... Influyendo tantos factores, hace falta un cerebro acostumbrado a pensar profundamente para jugar con ellos con éxito.

Coronel George F. R. Henderson (Paret 1992: 437).

Al comenzar este análisis sobre la táctica y la estrategia es importante remontarnos al origen de estas denominaciones. Como muchos términos científicos, la palabra estrategia es de origen griego, aunque ningún griego antiguo la utilizó, al menos no en la forma como la entendemos actualmente. Deriva indirectamente de *estrategos*, palabra del griego clásico y del bizantino, que significa "conductor de ejércitos" (*stratos* = ejército y *agein* = conductor o guía), o simplemente "general". Esta era la denominación que se le daba a cada uno de los diez generales atenienses que se nombraban anualmente. La expresión griega equivalente, a como nos referimos a la estrategia hoy, sería *strategike episteme* (conocimiento de los generales) o *strategon sophia* (sabiduría de los generales).

El primer libro que pretende abordar el estudio de la estrategia es del filósofo griego Onoxandro Platónico y data del año 50 d.C. *Strategikos* es un trabajo de

42 capítulos acerca de los deberes de un general: su elección, las características de un general óptimo, sus consejeros, la formación militar, la construcción de un campamento, las expediciones, espías, puesto de guardia, etc. (Dellepiane 1965: 35).

Los griegos, desde Eneas en el siglo IV a.C. hasta León el Sabio después del siglo VII d.C., emplearon la expresión *tactike techne*, para referirse a los conocimientos sobre la conducción de la guerra, desde el abastecimiento hasta las arengas retóricas, incluyendo tanto técnicas y tácticas propiamente dichas, como diplomacia menor.

Este concepto de *tactike techne*, o más bien su traducción latina *ars bellica*, que era de uso común en tiempos del imperio romano, sólo resurgió hacia 1518 cuando Maquiavelo utilizó la expresión "arte de la guerra" en su obra *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio* (quien en realidad empleaba ese término), escrita entre 1513 y 1519, y posteriormente en el título de su obra *El Arte de la Guerra*, publicada en 1519 (Luttwak 1992: 235-236).

Pero este concepto de arte de la guerra abarcaba el planeamiento, el despliegue de las fuerzas, el choque y el enfrentamiento en el campo de batalla, es decir, la guerra como un todo indivisible. Todas las obras relacionadas a la filosofía y principios de la guerra, desde Maquiavelo hasta mediados del siglo XVIII, se refieren a los fenómenos bélicos como ciencia y arte de la guerra.

Es solamente después de las notables victorias de Federico el Grande (1712-1786) que se produjo una serie de debates referentes al arte de la guerra, tratando de buscar una explicación sobre las ventajas obtenidas por las tácticas aplicadas por el rey prusiano. Se revisó muchos estudios y documentos referidos al empleo de las falanges griegas y las legiones romanas, lo que trajo como consecuencia la generación de nuevos pensamientos y opiniones que incidieron fuertemente en el desarrollo de la táctica y, sobre todo, en la aparición del concepto de estrategia. De esta forma se dividió el arte de la guerra en ambos conceptos.

Sin embargo, el límite o la frontera entre la táctica y la estrategia no era muy claro, llevando a ciertos autores a emplear los términos de forma inadecuada. Clausewitz, que de acuerdo a su forma de considerar la teoría no era partidario de dar definiciones, señala que (*De la Guerra*: II, 1, 242):

La diferenciación entre táctica y estrategia es ahora casi universal, y todo el mundo sabe más o menos a que área pertenece cada factor individual sin comprender con claridad por qué. Si estas categorías se manejan tan a ciegas, debe ser por alguna razón profundamente arraigada. He intentado averiguar la diferenciación, y debo decir que ha sido precisamente este uso común el que la ha provocado. Por otra parte, rechazo las definiciones artificiales de ciertos autores, pues no tienen reflejo en el uso general.

Con esta aclaración, Clausewitz considera que la táctica es el empleo de las fuerzas armadas en el combate, mientras que la estrategia es el empleo del

combate, o sea el enlace de los combates singulares en un conjunto, en vista del fin último de la guerra (Aron 1988: 61). Ambos conceptos son inferidos del empleo de la pareja conceptual medio-fin en la definición de arte.

A diferencia de la mayoría de los escritores militares, Clausewitz no distingue la estrategia de la táctica por la amplitud del campo de visión (característica sensible), sino por la naturaleza del medio. La táctica emplea las fuerzas armadas, la estrategia los resultados de los combates. Es ella, en efecto, la que fija dónde, cómo y cuándo se librarán los combates o batallas, pero en función del objetivo último de la campaña, a su vez directamente ligado a la finalidad política de la guerra misma (Aron 1988A: 140-141). Asimismo, puntualiza que la estrategia se diferencia de la táctica ya que por su naturaleza opera en dimensiones de espacio y tiempo mucho más amplias (Howard y Paret 1999: 459).

La finalidad de la táctica es la victoria y, más allá, la destrucción física o moral de la fuerza enemiga. El medio específico de la estrategia (política – conducción de la guerra) son los combates, reales o simulados, y sus resultados; el fin natural no es la victoria sino los objetivos que conducen inmediatamente a la paz (Aron 1988: 128).

En definitiva, la táctica conlleva la decisión, y la estrategia debe preparar o presentar el combate en sitios bien elegidos, en el momento propicio, en condiciones favorables, teniendo siempre presente que “el mejor plan estratégico resulta inútil si no se puede ejecutar tácticamente” (Rommel 2006: 404).

Clausewitz rehusaba distinguir conceptualmente entre política, conducción de la guerra y estrategia. Esta negativa derivaba de una distinción simple. Utilizamos las fuerzas armadas y permanecemos en el dominio de la táctica, o bien utilizamos los combates o sus resultados y nos situamos en el dominio de la estrategia. En el origen de toda estrategia (nos referimos a la estrategia militar, punto que es desarrollado más adelante) figura, teóricamente, el juicio emitido por el jefe de Estado o del gabinete sobre la naturaleza de la guerra. De este juicio derivan el plan de guerra, luego los planes de campaña, revisados en función del desarrollo de las hostilidades (Aron 1988A: 33).

¿Por qué para Clausewitz la noción de victoria surge de la táctica y no de la estrategia? Porque el jefe militar no se orienta a la victoria en tanto tal; pretende, por los medios militares (entre otros) obtener ciertos resultados. El táctico tiene un deber preciso: utilizar del mejor modo las fuerzas militares a su disposición a los efectos de conseguir la victoria. El estratega utiliza los combates y las victorias a los efectos de un fin que el jefe de Estado determina y que no se confunde con la victoria militar, y no siempre exige la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo (Aron 2009: 28).

Sólo el combate puede ser considerado el medio único de la estrategia cuando le concierne, en cuanto a la conducción de la guerra, la elección del momento, lugar y distribución de las tropas entre los teatros de operaciones. Es importante

resaltar que Clausewitz reconoció que el ejército enemigo constituía el objetivo militar primero, pero no el exclusivo que el comandante podía elegir para alcanzar el objetivo político, de allí que éste tenga una pluralidad de objetivos militares que desplazan la exclusividad del combate, o la ley suprema de la decisión por las armas, a una verdad abstracta (Aron 1988: 136).

El deber de la estrategia será, en este caso, asegurar la superioridad del número en cierto lugar y momento, para garantizar el triunfo táctico. En el combate o la batalla es la fuerza material y la moral (el número corregido por los potenciales morales) lo que, dada la igualdad de los otros factores, decide el desenlace. Definida como la utilización de los combates para el objetivo final de la campaña, la estrategia trata, pues, de explotar al máximo la ventaja del número, y por lo tanto lo busca por doquier o, al menos, en la medida de sus posibilidades. La ventaja del número es la meta que la estrategia procura alcanzar a través de sus medios característicos, la sorpresa y la estratagema (Aron 1988: 160-161).

Así, la estrategia se convierte en un arte simple y práctico. Concentra fuerzas superiores (físicas y morales) en un punto decisivo y amenaza las líneas de retirada del enemigo protegiendo las propias; pero tiende también a preparar al jefe militar para afrontar las situaciones de inferioridad, donde deberá realizar las operaciones necesarias aunque el triunfo sea improbable (Aron 1988: 257-263).

Sobre esto, Clausewitz señala (*De la Guerra*: III, 1, 309):

Es preciso plantearse constantemente la pregunta: ¿cuál será, en cualquier momento de la guerra o de la campaña, el resultado probable de todos los combates mayores y menores que los dos bandos se presenten uno al otro? Al planificar una campaña o una guerra esto es lo único que determinará las medidas que hemos de adoptar desde el principio. En la guerra las ventajas y desventajas de una sola acción pueden determinarse únicamente en función del balance final.

Los elementos estratégicos que afectan el empleo de los combates pueden clasificarse en varios tipos: morales (intelectuales y psicológicas), físicos (magnitud de las fuerzas armadas, su composición y armamento), matemáticos, geográficos y estadísticos (operaciones de apoyo y mantenimiento). Sería catastrófico pretender elaborar el estudio de la estrategia analizando estos factores de forma aislada, pues normalmente en todas las operaciones militares se presentan entrelazados de forma múltiple e intrincada (Howard y Paret 1999: 311).

Sintetizando, la diferencia entre táctica y estrategia es la naturaleza del medio empleado. En el nivel superior, el empleo de los combates está subordinado a la finalidad política (las metas que contempla el Estado) y a los componentes políticos de la decisión, tales como la actitud de los neutrales y la moral de la población civil de cada lado. La conducción de la guerra, en el sentido tradicional, tiene en cuenta la política en estos dos sentidos: la política en cuanto fija las metas a alcanzar y en cuanto condiciona la relación de las fuerzas militares (Aron 1988A: 194).

Clausewitz hace una importante aclaración al señalar que la teoría táctica implica más principios, reglas o métodos que la teoría estratégica, pues los fenómenos presentan en ella más regularidad y no se puede dejar a miles de oficiales la libre iniciativa propia del jefe militar o del jefe de Estado (Aron 1988: 243).

Es preciso puntualizar que Clausewitz jamás presentó la totalidad de la guerra, según la definición trinitaria, como asimilable a un juego. Sólo comparó la guerra con un juego para aludir a las operaciones militares, para esclarecer la reciprocidad de la acción (cada cual reacciona ante una fuerza viva, una inteligencia), el papel del azar, la dialéctica de la previsión por cada cual de las previsiones del otro, la ventaja de jugar segundo, luego de conocer las disposiciones o intenciones del otro.

La heterogeneidad de los medios tácticos y el fin estratégico, del compromiso militar y el objetivo político, da a la guerra, considerada globalmente, una estructura radicalmente diferente a la estructura de un juego de estrategia. El objetivo aparente o inicial del conflicto no se conserva tal cual a medida que se desarrollan las hostilidades. No sólo porque el vencedor en el campo de batalla no se atiene a sus primeras exigencias, sino porque el costo de los combates se transforma en parte de la postura. El vencido no sólo pierde una provincia sino hombres, un ejército, prestigio, su posición en el sistema interestatal (Aron 1988A: 123).

Respecto a esta relación entre estratégica y táctica, el mariscal Montgomery indica (2010: 248):

Mi acercamiento al problema se basaba en las lecciones que había aprendido en la severa escuela del combate activo, de las cuales tenía siempre presente las siguientes: primero, es esencial relacionar lo que es deseable desde el punto de vista estratégico con lo que puede hacerse desde el punto de vista táctico con las fuerzas disponibles; segundo, para ello, es necesario decidir cuál va a ser el desarrollo de las operaciones antes de asestar el primer golpe ya que tiene que haber una relación directa entre ambas cosas; tercero, si tus flancos y tu retaguardia están seguros, estás bien situado para la batalla; cuarto, la sencillez es vital en la planificación de las operaciones ya que si se deja que las cosas se compliquen, el resultado corre peligro.

Después de haber analizado los conceptos de estrategia y táctica desde sus orígenes, y resaltado sus diferencias, trataremos ahora la connotación del término estrategia en la actualidad.

Empleo contemporáneo del término estrategia

La palabra estrategia está definida en el *Diccionario de la Lengua Española* bajo dos acepciones: “arte de dirigir las operaciones militares” y “arte, traza para dirigir un asunto”. De acuerdo a la definición clásica, la primera acepción constituye la verdadera esencia de la estrategia para quienes profesan la carrera de las armas, mientras que la segunda comprendería a los temas de desarrollo y gestión institucional.

Sin embargo, las instituciones militares emplearían ambas acepciones al mismo tiempo, habiéndose priorizado muchas veces los temas de gestión sobre los temas que constituirían la esencia del empleo de las armas, es decir, la guerra.

Pero más allá de estas dos acepciones lo que debe ser internalizado, por quienes integran las instituciones castrenses, es que la dirección de las operaciones militares sólo es uno de los medios que puede emplear el poder político para la obtención de sus objetivos, el cual debe considerar siempre la paz que seguirá a la guerra.

En tal sentido, para entender el empleo actual que debe tener el término “estrategia”, hay que decir, en primer lugar, que la estrategia es una sola (no existen varias estrategias), la misma que es empleada al más alto nivel por la política (jefe de Estado); y en segundo lugar, la estrategia debe servir tanto para conservar la paz como para hacer la guerra.

Asimismo, se debe tener presente que: “La estrategia no ha de ser una doctrina única, sino un método de pensamiento, que permita clasificar y jerarquizar los acontecimientos, para luego escoger los procedimientos más eficaces. A cada situación corresponde una estrategia particular; cualquier estrategia puede ser la mejor en una de las coyunturas posibles, y detestable en otras. Ahí está la verdad esencial” (Beaufre 1977: 11).

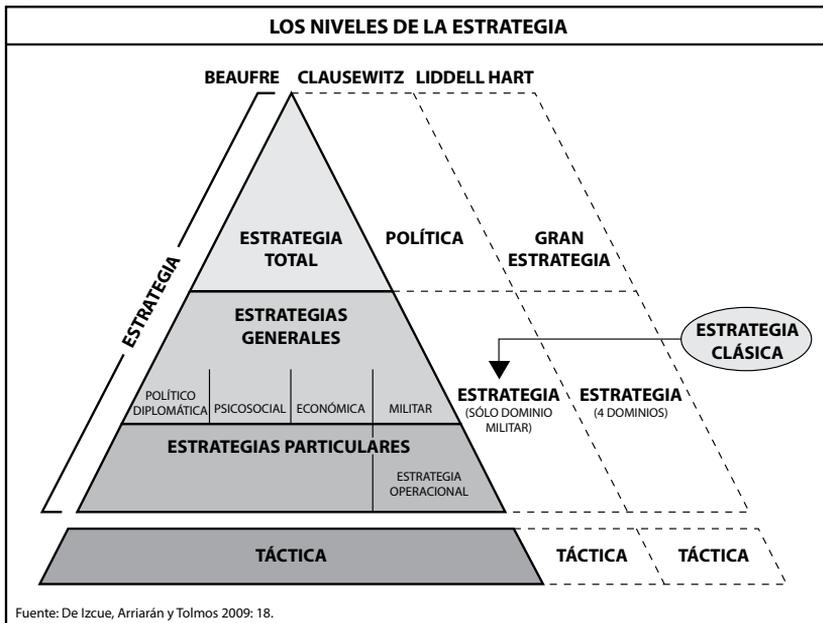
Si normalmente empleamos diversos términos, tales como estrategia total, gran estrategia, estrategia militar, estrategia operacional, etc., es solamente para precisar de qué nivel estamos tratando y quiénes son los responsables de su empleo. Generalmente estos términos corresponden a ciertos niveles jerárquicos de ejecución, pero las acciones que se realizan en cada uno de ellos deben responder a una sola estrategia dictada por la política.

Al respecto, considerando que el alcance de la guerra no solamente comprende el aspecto militar sino que abarca todos los campos de acción del Estado (dominios o fuerzas del mismo), estos deberán estar bajo la conducción del poder político, por lo cual, la estrategia amplía sus fronteras en el vasto contexto de la guerra y podemos establecer los siguientes niveles, que se encuentran graficados en la figura 5.

Estrategia total. Directamente a cargo del gobierno, es decir, del conductor político, y “es la encargada de concebir la dirección de la guerra total. Su papel es definir la misión propia y la combinación de las diversas estrategias generales: política, económica, diplomática y militar” (Beaufre 1977: 26-27). Tiene a su cargo determinar el objetivo político de la guerra y coordinar las estrategias generales para que armonicen e interactúen para la obtención de dicho objetivo a través del conflicto bélico.

Liddell Hart denomina a este nivel gran estrategia, ubicándola en un plano superior a la estrategia concebida bajo la definición clásica de la misma, es decir,

Figura 5



la estrategia militar. La gran estrategia, entonces, sirve para resaltar el sentido de política en ejecución. Su función es coordinar y dirigir todos los recursos de la nación (militares, económicos, industriales, humanos, políticos y diplomáticos), o grupo de naciones, hacia el logro del objetivo político de la guerra (Liddell Hart 1974: 344).

Es importante tomar en consideración que la tendencia actual de denominar la estrategia al empleo de la totalidad de los medios del Estado bajo el liderazgo del gobierno, no es la misma que le atribuían los pensadores estratégicos clásicos. Al respecto, se puede señalar (De Izcue, Arriarán y Tolmos 2009: 19-20):

Si bien Clausewitz expresa claramente en su análisis conceptual el aspecto de la subordinación de los objetivos militares a los políticos, nunca le da el apelativo de estrategia al nivel de la conducción política. El término de estrategia lo restringe completamente al ámbito militar bajo los conceptos tradicionales, agregando el concepto del empleo de la guerra como instrumento político para lograr sus objetivos. Por tanto, al nivel que aquí consideramos como Estrategia Total, él simplemente lo señala como Política.

Estrategia general. El general André Beaufre indica que (1977: 27):

En cada uno de los ámbitos subordinados, una estrategia general (militar, política, económica o diplomática) tiene por función repartir y combinar las tareas de las acciones realizadas en las diferentes ramas de actividad del ámbito considerado. Todas

estas estrategias generales son las que practican o deberían practicar los ministros correspondientes, asistidos por el Jefe de Estado Mayor o su Secretario General.

En consecuencia, existe una estrategia general militar, o simplemente estrategia militar, que combina el accionar de las diferentes fuerzas armadas, al igual que las demás estrategias generales en los demás dominios del Estado.

Estrategia operacional. La palabra alemana *operativ*, de donde proviene “estrategia operacional”, se aplica a algo intermedio entre los términos estratégico y táctico; describe el proceso consistente en transformar planes de operaciones sobre el papel en movimientos ejecutados en la práctica sobre el campo de batalla, bajo la presión de un tiempo táctico que el estratega no conoce (Keegan 2009: 339).

La estrategia operacional, entonces, es el proceso mental que los comandantes operacionales y sus estados mayores usan para poder entender el mejor uso efectivo y eficiente de las capacidades militares para poder cumplir con la misión asignada. De esta forma el comandante operacional y su estado mayor integran las metas (el qué y el para qué), las maneras (el cómo) y los medios (con qué), así como el costo o el riesgo de llevar a cabo esa maniobra o serie de maniobras en el nivel operacional (De Izcue, Arriarán y Tolmos 2009: 40-41).

Teniendo presente los niveles descritos, así como sus definiciones y actores, diremos que en *De la Guerra*, al ser una obra destinada al análisis de la guerra como fenómeno socio-político, Clausewitz se refiere a la estrategia de dos maneras: o bien como estrategia militar, la misma que utiliza el poder de las fuerzas armadas como herramienta para alcanzar el objetivo político; o como estrategia operacional, que se encarga de la conducción de las operaciones propiamente dichas.

En consecuencia, emplea el término estrategia solo para referirse al contexto exclusivamente militar, que correspondía con el contexto de su análisis sobre el fenómeno guerra. Por lo mismo, su idea de estrategia –“el empleo de los combates para alcanzar el propósito de la guerra”– corresponde al criterio de la definición absoluta de la guerra –“acto de fuerza destinado a obligar a nuestro enemigo a hacer nuestra voluntad”–. No existe en *De la Guerra* ninguna definición de estrategia que guarde relación con la definición trinitaria de la guerra, donde el papel que cumple la política es fundamental, de allí que surge un nuevo mal entendido sobre lo que Clausewitz quiso decir.

Para quienes no llegaron a entender su sistema conceptual, la definición de Clausewitz trajo malas interpretaciones, como indica Basil Liddell Hart en su obra *Estrategia de la Aproximación Indirecta* (1974: 341):

Un defecto de esta definición es que se inmiscuye en la esfera de la política o la más alta conducción de la guerra, que debe ser, necesariamente, responsabilidad del gobierno y no de los conductores militares a quienes emplea como sus agentes en la

conducción de las operaciones. Otro defecto es que limita el significado de 'estrategia' a la pura utilización de la batalla, expresando de este modo, la idea que es la batalla el único medio para conseguir el fin estratégico. Para los discípulos, menos profundos de Clausewitz, fue fácil confundir los medios con el fin y llegar a la conclusión de que en la guerra, cualquier otra consideración debería ser subordinada al objetivo de librar una batalla decisiva.

Según Liddell Hart, Helmuth Karl von Moltke (1800-1891) logró obtener una mejor definición de estrategia al denominarla: "la adaptación práctica de los medios puestos a disposición de un general al logro del objetivo fijado", pues, en ella, "fija la responsabilidad de un comandante militar frente al gobierno por el cual es empleado. Su responsabilidad es la de aplicar, lo más provechosamente posible, al interés de la alta política de la guerra, la fuerza que le es concedida y en el teatro de operaciones que se le asigna" (Liddell Hart 1974: 342).

Liddell Hart da su propia definición de estrategia como "el arte de distribuir y aplicar los medios militares de modo de cumplir con los fines de la política. Porque la estrategia no comprende simplemente el movimiento de las fuerzas, como a menudo es definido su papel, sino también a sus resultados" (Liddell Hart 1974: 343-344).

Sin embargo, esta definición es criticada por el general Beaufre por referirse estrechamente sólo a las fuerzas militares. Para él, la esencia de la estrategia se encuentra en el juego abstracto que resulta de la oposición de voluntades. "Es el arte que permite, con independencia de toda técnica, dominar los problemas que plantea en sí todo duelo, para permitir precisamente emplear las técnicas con la máxima eficacia", y la define como: "El arte de la dialéctica de las voluntades que emplea la fuerza para resolver el conflicto" (Beaufre 1977: 17-18).

Aron considera que Beaufre define a la estrategia desde la concepción absoluta de la guerra de Clausewitz; es decir, como una prueba de fuerza por la cual un grupo humano procura imponer su voluntad a otro grupo humano (1988 A: 257). De tal forma que (1988 A: 195):

...oscila entre dos polos: primero, o bien la estrategia cubre todos los métodos de ejecución por los cuales se alcanzan las metas que uno se propone, en cuyo caso la estrategia total designa el conjunto de medios a disposición de los Estados para alcanzar sus metas con o sin fuerza o constreñimiento; segundo, la estrategia es el arte de emplear la fuerza y el constreñimiento para alcanzar los fines fijados por la política o "el arte de la dialéctica de las voluntades que emplea la fuerza para resolver su conflicto".

Es acertada la variante que sobre la definición de estrategia total del general Beaufre hace el contralmirante argentino Roberto Luis Pertusio al sustituir "fuerza" por "poder", y "resolver" por "manejar", ya que el poder es una expresión que denota el uso o no de la fuerza, y resolver por manejar para resaltar que los conflictos se manejan pero no se resuelven en el tiempo, pudiendo pasarse de la colaboración

a la competencia entre estados indefinidamente (Pertusio 2005: 16). Con dichas variantes, la definición de estrategia total de Beaufre correspondería al primer polo planteado por Raymond Aron y quedaría de la siguiente forma: "El arte de la dialéctica de las voluntades que emplea el poder para manejar el conflicto".

El punto culminante

Tito Livio nos dice que: Gneo Sulpicio, dictador, alargaba la guerra contra los galos, no queriendo confiarse en la fortuna contra un enemigo al que el tiempo y el terreno extranjero volvían más débil de día en día... Si en alguna parte nos desviamos de los antiguos ordenamientos, es especialmente en las acciones militares, donde, en la actualidad, no se observa ninguna de aquellas cosas que tanto estimaban los antiguos.
Nicolás Maquiavelo (2008: 362).

El antecedente de este concepto se encuentra en el capítulo 5 del libro VII, bajo el título de "Punto Culminante del Ataque", a cuyo término a pie de página encontramos la siguiente anotación de Marie von Clausewitz (2003: 928):

Aquí sigue en el manuscrito el siguiente pasaje: Desarrollo de este objeto conforme al libro III, en el artículo sobre el punto culminante de la victoria. Bajo este título se encuentra rotulado: distintos tratados y materiales, un artículo que parece ser la elaboración del capítulo tan sólo esbozado aquí, y que está publicado al final del libro VII.

Como quiera que el libro VII no llegó a ser revisado por Clausewitz, no encontramos el desarrollo de este concepto donde indica la nota, en el libro III, sino que se encuentra en el capítulo 22 del libro VII, con el título "Sobre el Punto Culminante de la Victoria" (Clausewitz 2005: 623). Tomando esto como base, desarrollaremos el tema del punto culminante.

Este concepto considera que la fuerza del atacante crece física y moralmente conforme obtiene victorias; sin embargo, no siempre es suficiente para doblegar al defensor.

En la medida en que avanza, una fuerza atacante sufre inconvenientes que la hacen disminuir su poder combatiente relativo en relación con la defensa. A menos que logre derrumbar completamente al defensor, habrá un punto en el que el ataque empiece a perder la superioridad efectiva. Seguir más allá de este punto, sin contar con una buena posibilidad de una inminente solución favorable, es peligroso.

Por esta razón, el comandante del ejército atacante debe poseer la capacidad de censar el punto de equilibrio de su fuerza respecto al defensor y estimar su avance, de manera de no debilitarse al punto de ocasionar que la defensa se torne superior a él, y recibir un contraataque que lo someta a una resistencia débil, obligándolo a una retirada penosa con elevadas pérdidas humanas, materiales y morales, lo cual pone en riesgo el objetivo de la campaña (Clausewitz 2003: 811-822).

Un general debe sopesar innumerables factores a través de su juicio y acertar en el blanco, a pesar que miles de giros equivocados en todas direcciones podrían nublar su percepción, y si estos no lo hacen, podrían hacerlo los peligros y las responsabilidades. Esta es la razón por qué la mayoría de los generales preferirán detenerse antes de llegar a su objetivo, que arriesgarse a aproximarse demasiado, y los que tienen un gran valor y espíritu emprendedor con frecuencia se pasaran de largo y, por tanto, no lograrán su propósito. Sólo el hombre que pueda alcanzar grandes resultados con medios limitados habrá dado en el blanco (Howard y Paret 1999: 815-816).

Reconocer este punto demanda mucha pericia y experiencia por parte del comandante, y es lo que Clausewitz define como el punto culminante. Sobre ello, cabe mencionar lo que el mariscal Rommel apunta al analizar la retirada del Afrika Korps del Alamein a Túnez (2006: 410):

Cuanto más se aleje el enemigo de sus puntos de partida y mayor se haga su línea de abastecimiento, más tropas habrá de ir dejando detrás para cubrirla. Durante los avances, la línea de abastecimientos se prolonga; durante las retiradas, se acorta. El ejército en retirada concentra cada vez más sus efectivos. De ahí que llegue un momento en que sea localmente superior al adversario. Si al producirse este momento dispone de gasolina y munición suficientes, su oportunidad para actuar es única, ya que puede volverse y atacar a las fuerzas que le persiguen, destruyéndolas, siempre y cuando estas últimas cometan la insensatez de aceptar batalla. Dicha operación debe, pues, emprenderse con la máxima celeridad, con el fin de no permitir al adversario reunir los necesarios refuerzos.

Diversos autores han interpretado a Clausewitz sobre este concepto. El contralmirante Pertusio lo denomina “punto culminante de la ofensiva”, definiéndolo como (2005: 174):

El momento en que se detiene el ataque pasándose a adoptar una actitud defensiva; esto se debe a que el atacante se ha ido debilitando a lo largo de su acción de manera

que le resulta imposible continuar con el ataque, o bien, que el estiramiento de sus líneas de abastecimientos ponen en serio riesgo la prosecución del mismo. Luego, todo comandante debe tener siempre como meta lograr la derrota del enemigo antes de haber alcanzado el punto culminante de su ofensiva.

Raymond Aron señala: "que el atacante al llegar a su punto culminante, no dispone más de fuerzas suficientes para continuar su tarea, siendo reducido a la defensa, en que él espera y se prepara para repeler el contraataque del defensor que cambió de desempeño" (Aron 1986: 224).

Entonces, punto culminante es el momento a partir del cual las fuerzas del atacante ya no superan significativamente a las del defensor. Está determinado por el cambio de la relación costo-beneficio para el atacante, manifestada por el incremento en pérdidas humanas, materiales y morales, reducción de la velocidad de avance, adelgazamiento de las líneas por sobre extensión, y otros indicios que hacen sentir al comandante que la maniobra en ejecución ya no es posible, y que hay que cambiarla o cambiar de actitud.

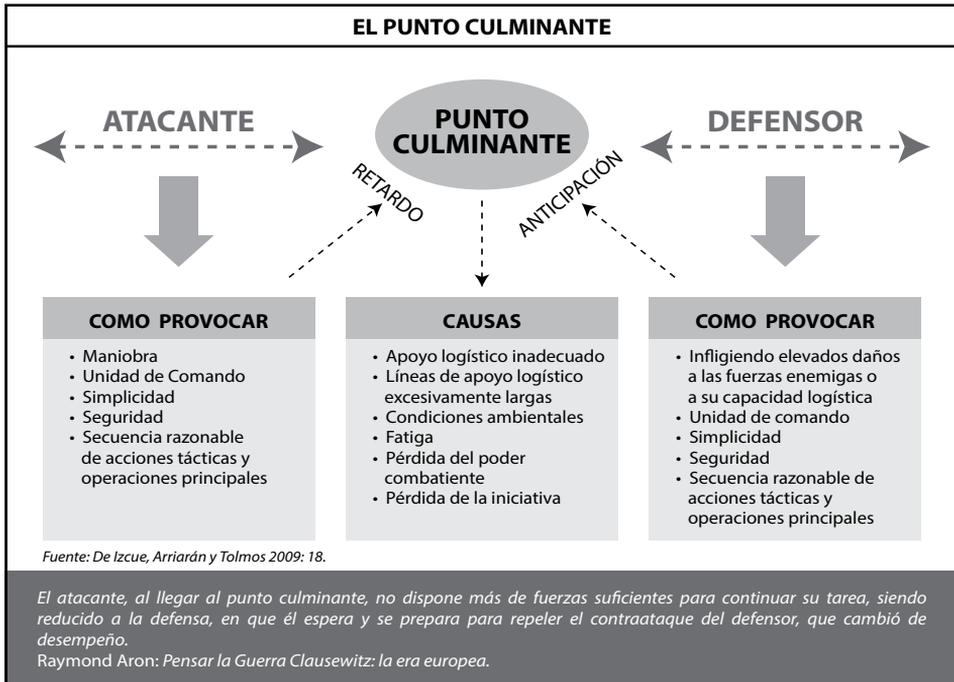
De acuerdo con este concepto, el capítulo 4 del libro VII de *De la Guerra* señala que el ataque se caracteriza por poseer una fuerza decreciente, debido principalmente a los siguientes criterios: primero, disminución del apoyo logístico por alejamiento de las bases de operaciones; segundo, el desgaste propio del mantenimiento de la actividad de combate con las desventajas de la ofensiva, por la acción enemiga o por otras circunstancias que modifican el poder combatiente relativo; tercero, la necesidad de proteger las líneas de comunicaciones, cada vez más largas, desviando medios de combate para esto; cuarto, el enemigo se refuerza y llega a un espacio que le es favorable; y quinto, pérdida de iniciativa y fatiga.

Es pertinente preguntarse ¿por qué normalmente al parar el avance nuestra defensa no es fuerte? En primer lugar, habría que considerar que para Clausewitz la defensa es más fuerte que el ataque, pero la defensa que postula el defensor, no el atacante al detener su avance. Este aplica su defensa porque se ve obligado, es su debilidad, un mal necesario, como diría Clausewitz: "su pecado original, su enfermedad mortal".

De lo anterior, la superioridad atribuida a la defensa (entiéndase la del defensor, del que espera el ataque) podemos sustentarla con lo siguiente: primero, la utilización del terreno; segundo, la posesión de un teatro de operaciones organizado; tercero, el apoyo de la población; y cuarto, la ventaja de ser el bando que espera. Sin embargo, llegado al punto culminante, en la defensa del atacante el primer punto permanece invariable, el segundo desaparece, el tercero actúa en sentido contrario y el cuarto se reduce considerablemente, de allí el sustento de la debilidad de la defensa del atacante.

Finalmente, Clausewitz refiere que el punto culminante volverá a producirse en cada guerra futura en la que la destrucción del enemigo no pueda ser el objetivo

Figura 6



militar y probablemente éste es el caso en la mayoría de las guerras. Por tanto, el objetivo natural de todos los planes de campaña está en el punto decisivo en el que el ataque se convierte en defensa. Si se fuera más allá de ese punto no se trataría tan sólo de un esfuerzo inútil, que no podría añadir nada al éxito conseguido, sino que sería perjudicial y provocaría una reacción. La experiencia demuestra que esas reacciones normalmente tienen efectos totalmente desproporcionados. Las causas principales son la falta de organización en el territorio ocupado y el efecto psicológico del contraste radical entre las graves pérdidas sufridas y los éxitos esperados (Howard y Paret 1999: 813-814).

Un ejemplo claro de estas precisiones es el análisis que hace Clausewitz sobre la campaña de Napoleón en Rusia, en 1812 (Clausewitz 1994: 86-87):

Las causas de las enormes pérdidas sufridas en esas doce semanas de avance son:

- a) *el avance continuo (120 millas en 81 días), que no permitía a los enfermos, a los heridos y a los hombres cansados seguirlo;*
- b) *el mal tiempo de los primeros cinco días;*
- c) *el poco cuidado dispensado al abastecimiento, que llevó a la distribución de harina en vez de pan, desde los alrededores;*

- d) *la sequía y el calor del verano en un país pobre en agua;*
- e) *la táctica de choque sangrienta y costosa, la única que Bonaparte usaba siempre para pasar sobre sus adversarios; y*
- f) *la falta de establecimientos sanitarios, donde los enfermos y los heridos pudiesen ser tratados, volviendo en seguida para sus cuerpos; pero esto sólo quedó claro en la gran parada en Moscú.*

Destaca la importancia de estas consideraciones al afirmar que, por lo general, no se les presta la debida atención (Clausewitz 1994: 89):

El ejército francés llegó demasiado débil a Moscú como para que Napoleón alcanzara el éxito que perseguía. En Smolensk ya había perdido un tercio de sus fuerzas; en Moscú, le restaba sólo un tercio; se volvió de esta manera más débil que el ejército principal ruso. Estos hechos motivaron que el zar Alejandro y el ministro de guerra apartaran cualquier posibilidad de concesión o de firmar la paz.

La economía de fuerzas

El hombre de acción debe a veces confiar en su capacidad instintiva de juicio, la que nace de su inteligencia natural y se desarrolla por medio de la reflexión... En otras ocasiones deben simplificar el conocimiento a sus rasgos dominantes, que le servirán como reglas; y a veces ha de apoyarse en las muletas de la rutina establecida. Uno de estos elementos de simplificación es asegurarse de que todas las fuerzas se utilizan, comprobar siempre que ninguna parte de la fuerza total está inactiva.

Carl von Clausewitz (*De la Guerra*: III, 14, 349).

En el capítulo 11 del libro III, de *De la Guerra*, se aborda la concentración de las fuerzas en el espacio, su reunión en el tiempo y la necesidad de una reserva estratégica. Estos tres principios son parte de una sola verdad, a la que Clausewitz denomina economía de fuerzas (2005: 180):

Consideremos el punto de vista de cuidar siempre de la intervención de todas las fuerzas o, en otras palabras, tenerlas siempre presentes de tal modo que ninguna de sus partes esté ociosa. Quien tiene fuerzas allá donde el enemigo no las emplea suficientemente, quien hace marchar a una parte de sus fuerzas, es decir, las deja muertas, mientras las enemigas atacan, gestiona mal sus fuerzas. En este sentido, hay un derroche que es incluso peor que su utilización inadecuada. Cuando hay que actuar, la primera necesidad es que todas las partes actúen, porque la más inadecuada de las actividades ocupa y bate al menos una parte de las fuerzas enemigas, mientras las que están enteramente ociosas quedan neutralizadas por el momento.

Cabe destacar la importancia que Clausewitz da a la adecuada distribución de los medios, de manera de no dejar inactivos recursos que puedan ser requeridos en otro lugar con mayor prioridad. Asimismo, resalta la necesidad de que se actúe,

de ser posible, con todas las fuerzas disponibles al mismo tiempo. Esta es una tarea difícil para el comandante, quien deberá tener la capacidad de administrar de forma adecuada las fuerzas a su disposición.

La economía de fuerzas tiene estrecha relación con la concepción de la maniobra estratégica operacional, pues solo tiene lugar cuando se tiene la idea de la realización de dicha maniobra. Ahora bien, ¿qué es la economía de fuerzas?, ¿dónde debe ser realizada? o ¿dónde debe buscarse dicha economía?

Esta economía no se efectuará dónde queremos obtener un resultado importante, o sea en el esfuerzo principal, sino en los medios asignados a los esfuerzos secundarios que deben contribuir con la obtención de sus objetivos, al éxito de nuestro objetivo principal. Entonces, la economía de fuerzas es la economía en la cantidad y calidad de fuerzas asignadas en detrimento de los objetivos estratégicos secundarios y en provecho del objetivo estratégico principal (Castex 1940: 71-72).

Una buena economía de fuerzas dependerá de la adecuada asignación de medios a los esfuerzos secundarios, con la finalidad de dar máxima prioridad a los destinados al esfuerzo principal. En el caso inverso, la economía de fuerzas será mala.

Al mismo tiempo, la economía de fuerzas dependerá de la mayor o menor importancia que asignemos a nuestros objetivos secundarios, por los intereses que en ellos tengamos y los riesgos que allí podamos correr. En algunos casos, habrá que defender los objetivos secundarios con efectivos bastante apreciables; en otros, podrán hacerse sacrificios, presentando fuerzas muy inferiores, o exponiéndose a sufrir reveses, con tal que no comprometan el éxito de la operación principal.

Sobre esto, el general Dellepiane señala (1965: 30):

La economía de fuerzas es el procedimiento que aconseja no disgregar las fuerzas innecesariamente, debiendo atenderse con el mínimo estrictamente indispensable al cumplimiento de las tareas secundarias que resultan siempre inevitables. De este modo se podrá reunir la mayor masa posible (hombres, medios, material) para la tarea principal, que ha de ser asimismo una sola. Por esto último es que se dice que un ejército bien conducido ha de tener una sola línea de operaciones, una sola trayectoria.

En su evaluación sobre la asignación de medios, el comandante debe considerar la voluntad de resistencia del enemigo en los objetivos por alcanzar. Frente a un enemigo agresivo y activo, será preciso mantener medios de relativa importancia; sin embargo, frente a un enemigo estático y pasivo, quizá basten pocos medios. De esta manera, el problema de la economía de fuerzas depende de múltiples factores y debe ser analizada para cada caso particular.

La economía de fuerzas debe ser dinámica y adecuarse a la evolución de las operaciones. Por ningún motivo, debe ser rígida. A tal efecto, el comandante del teatro de operaciones reconsiderará constantemente la constitución o

Figura 7



composición de sus diversos esfuerzos, sean estos principales o secundarios, para la obtención de sus respectivos objetivos estratégicos (Castex 1940: 73-76).

No debemos olvidar que las fuerzas secundarias, pese a la denominación que se les da, deben desempeñar un papel sumamente importante, del cual depende el éxito de la maniobra estratégica operacional.

Los objetivos a alcanzar por estas fuerzas deben garantizar la seguridad de la fuerza principal. Si su acción es débil, o si la hacen en forma incompleta, la fuerza principal no podrá llevar su tarea a buen término, y toda la maniobra estratégica operacional podría fracasar.

El comandante tiene la gran responsabilidad de efectuar una correcta evaluación y administrar adecuadamente su economía de fuerzas, teniendo la convicción de que la reducción de los medios de las fuerzas secundarias al mínimo requerido le permitirá cumplir la tarea asignada, y esto se logra únicamente por medio de un examen cuidadoso tanto del enemigo como de cada uno de los objetivos planteados (Castex 1940: 90-91).

Jean Guitton señala (1972: 55):

el hábito espiritual de aferrarse obstinadamente a mirar sólo el fin buscado conservando la libertad de espíritu para hacer jugar los medios, lleva al hombre de guerra a saber distinguir cuáles de sus medios son indispensables y cuáles son secundarios. Ese hábito lo induce a pensar siempre en profundidad, respetando los diferentes planos, diferenciando lo esencial de lo accesorio.

En conclusión, al conceptualizar nuestra maniobra estratégica operacional debemos tener especial atención en la evaluación de los medios por asignar a los esfuerzos estratégicos secundarios, teniendo siempre presente que el éxito de la maniobra estratégica operacional depende de la obtención del objetivo principal, y, en consecuencia, de la superioridad de los medios asignados al esfuerzo estratégico principal en relación con los del enemigo.

Concentración y dispersión

Una vieja regla de la guerra afirma que quien divide sus fuerzas será batido por partes... Ese fundamento se ha mostrado cada vez más verdadero, pues los generales que dejaron de respetarlo se vieron en dificultades.

Federico el Grande (Luvaas 2001: 127).

No hay ninguna arma en la guerra superior a la velocidad. Aparecer súbitamente con todas las fuerzas allí donde el enemigo menos te espera lo sobrecoge y lo hunde en la consternación... Sé conservador hasta el momento crucial y luego contragolpea con toda la violencia de que dispongas... El propósito de una evolución inicial, una finta o una retirada, es provocar al enemigo para que actúe prematuramente. Una vez que se mueva, nosotros contraatacaremos.

Alejandro Magno (Pressfield 2006: 227-228).

Clausewitz definió estos conceptos como la “reunión de fuerzas en el espacio” (De la Guerra: III, 11,170):

La mejor estrategia es siempre ser más fuerte, primero de una manera global y en seguida en el punto decisivo. De ahí que, a parte del esfuerzo que crea el ejército, no hay una ley superior y más sencilla para la estrategia que mantener las fuerzas concentradas. Ninguna porción debe ser separada del cuerpo principal, a no ser en atención a alguna necesidad urgente. Este principio no produce los mismos efectos generales en todas las guerras, las cuales son diferentes de acuerdo con los medios y fines.

Al respecto, el vicealmirante Caminha indica que la superioridad de fuerzas en el punto decisivo puede obtenerse a través de la acumulación de varios elementos, así como por el aprovechamiento de uno solo que sea superior al del enemigo. También considera que es raro el plan que no toma en cuenta la concentración de medios en la fase crítica del enfrentamiento, buscando la superioridad sobre el enemigo (Caminha 1983: 109-110).

La ejecución de este concepto parece muy fácil. Sin embargo, Clausewitz señala que “parece increíble, y sin embargo ha ocurrido centenas de veces, que las fuerzas son divididas y dispersadas meramente en obediencia a un sentimiento misterioso y casual, sin percibirse ninguna razón clara para eso” (*De la Guerra*: III, 11,170).

Lo que normalmente ocurre es que junto con la idea de la concentración de fuerzas, tan natural, surge otra, igualmente natural o por lo menos instintiva, que induce a atacar simultáneamente en todos los lugares donde haya posibilidades de lucha. Esto impulsa a atacar en todo lugar donde el enemigo posea intereses, e, inversamente, a defendernos de igual modo en cualquier parte donde el enemigo ataque.

Siguiendo esta lógica podemos dispersar nuestras fuerzas, con los graves riesgos que esto ocasiona. Mientras que ofensivamente significa la impotencia por insuficiencia de medios en el punto decisivo, defensivamente se traduce en la imposibilidad de resistir de modo conveniente en todos los puntos. Abre la posibilidad de sufrir derrotas parciales y, en consecuencia, la catástrofe final.

Teniendo claro que la concentración de fuerzas es lo más deseable, y considerando que todas las circunstancias no son iguales, debemos aceptar que, en algunas ocasiones, puede convenir cierto grado de dispersión, por lo menos, temporalmente.

Sobre esto, Liddell Hart señala (1974: 357-358):

La concentración de fuerzas contra la debilidad depende de la dispersión de la potencia del enemigo, lo cual a su vez es producido por una distribución de nuestra propia potencia que da la apariencia, y efecto parcial, de dispersión. Nuestra dispersión, la dispersión enemiga, nuestra concentración, tal es la secuencia; y cada una de ellas es complemento de la que precede. La verdadera concentración es el fruto de una dispersión calculada.

El comandante debe tener presente esta consideración al concebir su maniobra estratégica operacional, cuyo objetivo es crear un sistema superior al sistema enemigo en el punto en que se busca la decisión, teniendo precisamente por base inicial la dispersión de ambas fuerzas.

Es importante que el comandante tenga bien definido el teatro de operaciones antes del planeamiento, posea la voluntad de ganar la iniciativa al enemigo y

efectúe una correcta evaluación de la situación para asignar los medios adecuados a cada uno de los esfuerzos, principal y secundarios, de su maniobra estratégica.

La peor situación para la ejecución de una maniobra es aquella en que las circunstancias imponen la concentración a ambas fuerzas. El más fuerte resulta favorecido por ella, porque sólo debe vigilar una sola dirección peligrosa y, como dispone de la superioridad de medios, tiene el problema casi resuelto.

Las condiciones para la fuerza más débil es muy distinta. Se encuentra en un callejón sin salida, y, a menos que ocurra algo inesperado, todo encuentro presenta para él perspectivas de resultados muy desfavorables. El único medio que le queda para salir de su difícil situación es buscar la dispersión del enemigo a través de la maniobra, tratando de desorganizar la concentración que lo bloquea.

Es evidente que esta maniobra sólo podrá tener éxito si se logra la disociación de la masa enemiga por medio de diversiones que obliguen a destacar grupos importantes. Pero las diversiones no se hacen por sí mismas, hay que destinarles medios, los menos posibles, desde luego, pero que siempre resulten apreciables. Esto traerá consigo también la división de las fuerzas propias.

En consecuencia, para obtener la dispersión del enemigo, debemos dispersarnos. Esta es la condición fundamental de la maniobra estratégica operacional. Si con ello se combina una concentración muy rápida, que priorice en celeridad sobre la del enemigo, se habrá dado eficacia a la maniobra. Es preciso tener en consideración que sin dispersión no hay combinación estratégica posible.

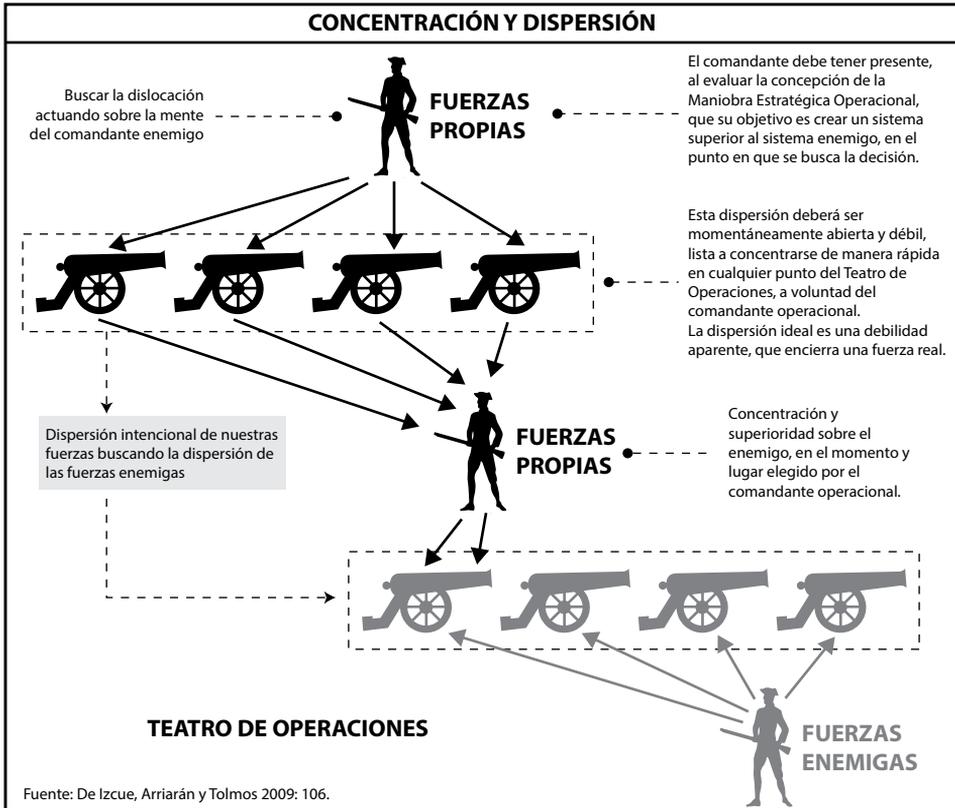
Los medios destinados a actuar contra el objetivo principal se reunirán en el momento deseado, dejando frente a los objetivos secundarios nada más que los medios estrictamente necesarios para mantener la dispersión enemiga y garantizar la seguridad de la maniobra.

Nuestra primera dispersión deberá ser intencional y planeada, dando inicio a la maniobra cuyo objetivo es la concentración definitiva sobre las fuerzas dispersas del enemigo.

Esta dispersión momentáneamente deberá ser abierta y débil, lista a cerrarse cuando se decida continuar la maniobra, conservando una cohesión que asegure una rápida reunión en cualquier punto del área cubierta, a voluntad del comandante operacional. La dispersión ideal es una debilidad aparente que encierra una fuerza real.

La ventaja de la dispersión, entendida de esta forma, es no revelar al enemigo nada del plan adoptado, y dar al dispositivo inicial un carácter neutro, amorfo, indescifrable, que permita múltiples posibilidades, teniendo, por consiguiente, perspectivas de producir, en el momento de la acción, un gran efecto de sorpresa.

Figura 8



Todo consiste en practicar esta dispersión maniobrista con discernimiento y, en especial, con prudencia, sin caer en el extremo opuesto de la concentración excesiva (Castex 1940: 47-51).

Como síntesis, detallaremos las advertencias que nos hace el almirante Castex sobre la dispersión, considerando dos aspectos de la misma, pero diferentes en la concepción de la maniobra estratégica operacional.

Una primera dispersión, totalmente errónea, propia de quien carece de plan, de quien se somete a los acontecimientos y que, por efecto de esta inercia y ausencia de esfuerzo coordinado y coherente, es dominado por la geografía y la defensiva permitiendo que sus fuerzas se diseminen en todas direcciones y se deja sorprender neciamente en esta situación sufriendo derrotas parciales. Es también la dispersión de aquel que, no obstante tener un plan y un propósito ofensivo, quiere emprender muchas cosas a la vez, no sabe elegir un objetivo principal y se condena así, a una absoluta impotencia.

Una segunda dispersión, correcta, porque es voluntaria, e intencional, porque es obra de quien desea dominar el azar, lograr la iniciativa de las operaciones; se realiza un acto creador, en resumen, se maniobra. Se habrá consentido en una dispersión momentánea porque es indispensable para las combinaciones y porque forma la base para el esfuerzo de múltiples objetivos secundarios, que a primera vista parecían de la misma importancia que aquél. En este caso, la dispersión no es más que un estado transitorio, una etapa efímera hacia el fin buscando, que es, por el contrario, la concentración.

En el orden práctico, la primera dispersión es el reposo, la detención, la muerte; mientras que la segunda es el movimiento y la vida. Se puede, pues, al mismo tiempo, rechazar la primera y aceptar la segunda. Para que una dispersión pueda ser incluida en la segunda categoría, es menester que presente algunas características que es bastante difícil reunir. Como es evidente, no debe ser producto del azar ni del abandono al curso de los acontecimientos, sino la representación de una idea creadora, de un plan preconcebido, de una correcta concepción de la maniobra estratégica operacional.

Pero esto no basta. Es preciso que la dispersión no implique riesgos excesivos, no solamente en lo que concierne al éxito de la maniobra, sino también en cuanto a la seguridad de los grupos aislados y librados a sus propios recursos. Es menester atreverse, pero la audacia tiene sus límites. Es preciso también que la dispersión provoque una dispersión mayor en el enemigo. Esto es indispensable, pues de otra manera la situación que esperábamos crear sería contraria a nuestros deseos, en detrimento de nosotros (Castex 1940: 54-55).

El centro de gravedad

Sólo necesitamos ganar en una parte del campo, siempre y cuando sea esta la decisiva... Toda batalla está compuesta por un número de batallas más pequeñas que tienen consecuencias de mayor o menor relevancia. No importa que perdamos todas las pequeñas, siempre que ganemos la única que cuenta.

Alejandro Magno (Pressfield 2006: 227).

El concepto de centro de gravedad es uno de los más importantes aportados por Carl von Clausewitz en *De la Guerra*.

En la guerra se debe tener siempre como objetivo el sometimiento del enemigo, el cual, al mismo tiempo, intentará defender sus intereses de acuerdo con las circunstancias. Estos intereses del enemigo formarán un centro de gravedad, que es un centro de fuerza y movimiento del que depende el conjunto, y al que tiene que dirigirse el golpe concentrado de nuestras fuerzas (Clausewitz 2005: 655-656).

Jean Guittou, en *El Pensamiento y la Guerra*, indica que al analizar al enemigo en su conjunto debemos (1972: 49): "elegir el punto exactamente delimitado en el cual deberá ejercerse el esfuerzo del momento actual, y elegirlo preferentemente en la sutura, el nudo, la juntura, que es el punto orgánico y organizante, el punto focal que, una vez abordado y conquistado, hará que el resto se descubra o se entregue por sí solo".

Para el coronel Amerino Raposo Filho (1990: 272-273), sobre este concepto Clausewitz efectúa un análisis político y presenta tres circunstancias que llevan a la derrota del enemigo: primera, la destrucción de su ejército, cuando constituye en alguna medida una potencia; segunda, la toma de la capital enemiga, cuando

no es sólo el punto central de los poderes del Estado, sino también la sede de las corporaciones y partidos políticos; y tercera, un golpe eficaz contra el principal aliado, cuando este es, por sí mismo, más importante que el adversario. Clausewitz también define otros centros de gravedad, como el interés común en caso de alianzas, el líder principal y la opinión pública (Clausewitz 2005: 656).

Es importante tener en consideración que Clausewitz determinó estos centros de gravedad de acuerdo con eventos ocurridos en el entorno político europeo de comienzos del siglo XIX, y lo relevante de su apreciación es la amplitud de su enfoque, analizando cada situación estratégica de manera integral.

Con relación al plan de guerra y la obtención de la derrota del adversario, indica lo siguiente sobre los centros de gravedad (*De la Guerra*: VIII, 9, 683):

Hay dos principios generales que abarcan todo el plan de guerra y sirven de orientación a todos los demás: el primero es: reducir el peso del poder enemigo a tan pocos centros de gravedad como sea posible, si puede ser a uno; a su vez, reducir el golpe contra esos centros de gravedad a tan pocas acciones principales como sea posible, si puede ser a una; finalmente, mantener las acciones subordinadas todo lo subordinadas que sea posible. En una palabra, el primer principio es: actuar de forma tan concentrada como sea posible. El segundo principio: actuar tan rápido como sea posible, es decir, no hacer ninguna parada ni dar ningún rodeo sin razón suficiente.

Por tanto, podemos definir al centro de gravedad como la fuente de poderío, de equilibrio, de resistencia moral y de libertad de acción del enemigo. Una vez identificados, es sobre ellos donde debe priorizarse el esfuerzo de nuestras acciones.

Como ejemplos históricos de centros de gravedad, tenemos los siguientes. La capital: Francia se rinde cuando París cae en manos alemanas en 1940. El líder: Sadam Hussein en la guerra contra Irak. El apoyo popular: la guerra de Vietnam. Control de una región o área geográfica: guerra de los 6 días y la del Yom Kipur. El jefe militar: Napoleón, que al mismo tiempo era líder político.

Para comprender en su real contexto el concepto de centro de gravedad, es preciso tener en consideración que la estrategia siempre debe estar subordinada a la política, y que los fines u objetivos políticos por alcanzar deben encontrarse dentro de las posibilidades operativas, es decir, de acuerdo con los medios disponibles.

Siendo así, deben ser los conductores políticos quienes efectúen una correcta apreciación para identificar todos los intereses que se encuentran en conflicto; definir los objetivos por alcanzar; y, de acuerdo con los medios, decidir las acciones por emprender en los diversos campos de acción gubernamental de manera integrada.

Visto de esta manera, y considerando los intereses en juego, se debe identificar los puntos del organismo del enemigo en los ámbitos militar, político, económico, psicosocial, etc., que, en caso de derrota o pérdida, ocasionaría el colapso de toda su estructura nacional. Estos son los denominados centros de gravedad (Fuller 1965: 58).

La correcta identificación de los centros de gravedad del enemigo nos puede otorgar una gran ventaja en el manejo de un conflicto, pero una apreciación errónea nos puede hacer perder el mismo. Un ejemplo claro de este argumento es relatado por el contralmirante Guillermo Delamer en su libro *Estrategia* (2005: 198-199):

En el conflicto de Vietnam, la muerte de un combatiente tenía un significado totalmente diferente para cada uno de los beligerantes. Para los E.E.U.U., cada baja era un golpe difícil de asimilar, mientras que para el Vietcong no pasaba por ser más que una estadística. Lo que importaba a la guerrilla era el efecto político que implicaba cada hecho que producía. La ofensiva del "Tet"; significó una derrota en lo militar para el Vietcong, que tuvo cerca de treinta y ocho mil bajas, pero que sin embargo le resultó una victoria política de magnitud, que prácticamente condujo al desenlace del conflicto a su favor. La razón para que ello ocurriera fue que los centros de gravedad de ambos contendientes, eran absolutamente diferentes y asimétricos.

En el ámbito militar, y en relación con la maniobra estratégica operacional, la correcta identificación de los centros de gravedad enemigos permitirá a los jefes militares desarrollar una planificación conveniente y efectuar una correcta distribución de los medios. Desde el punto de vista operacional, la comprensión del concepto de centro de gravedad es muy importante para el desarrollo de la planificación de operaciones de combate.

Durante el planeamiento es necesario determinar la vulnerabilidad de los centros de gravedad enemigos con la finalidad de dirigir nuestro esfuerzo militar sobre ellos. Estas vulnerabilidades constituirán los objetivos contra los que debemos concentrar nuestra acción, la misma que debe efectuarse mientras sean lo que se denomina vulnerabilidades críticas.

Estas vulnerabilidades pueden presentarse durante un tiempo breve; transcurrido el cual pierden su trascendencia. Por ejemplo, el caso de los buques que transportan una fuerza anfibia durante el tránsito a la zona de desembarco; una vez concretado el desembarco de la fuerza, los buques transporte, aunque vulnerables, dejaron de constituir el centro de gravedad (Pertusio 2005: 60).

Es importante considerar que si la concentración adecuada de nuestros recursos contra los centros de gravedad del enemigo nos permite sacar una ventaja, lo mismo es aplicable para el enemigo respecto de nuestros centros de gravedad. Por lo tanto, es importante que identifiquemos nuestros propios centros de gravedad y los protejamos adecuadamente.

Sobre el centro de gravedad y la maniobra estratégica operacional, el contralmirante Roberto Pertusio señala (2005: 56-57):

Al Comandante del Teatro de Operaciones le son fijados los Objetivos Estratégicos Operacionales, pero no el centro de gravedad enemigo; éste guarda lógica relación con el Objetivo Estratégico Operacional Principal, consecuentemente, será el Esfuerzo Estratégico Operacional Principal (medios asignados para la obtención del objetivo

Figura 9



Fuente: Autor

principal dentro de la Maniobra Estratégica Operacional) el llamado a accionar sobre el centro de gravedad operacional determinado por el Comandante de Teatro de Operaciones.

Cada Maniobra Estratégica Operacional tendrá su propio centro de gravedad, esto armoniza con el nivel que establece, es decir el nivel operacional.

Entonces el centro de gravedad operacional debe ser un importante objetivo material situado dentro del Teatro de Operaciones que debe además ser vulnerable a las acciones propias.

Cada esfuerzo estratégico operacional secundario debe seleccionar el centro de gravedad enemigo en el espacio del teatro que le compete. De igual modo, las operaciones componentes de los esfuerzos, y aun las acciones tácticas, podrán encontrar, en el dispositivo enemigo que les corresponde enfrentar, el centro de gravedad de su nivel que los conduzca al cumplimiento de sus objetivos operativos (De Izcue, Arriarán y Tolmos 2009: 85).

Una vez determinados los respectivos centros de gravedad, cada comandante responsable de la obtención de los respectivos objetivos dentro de la maniobra estratégica operacional (estratégicos, operativos y tácticos) debe determinar el momento y lugar para la hábil concentración de la potencia de combate con la finalidad de obtener sus objetivos. La ejecución de esta operación es conocida como "el centro del esfuerzo" y no debemos confundirla con el concepto de centro de gravedad.

La niebla de la guerra

Si continuamos con las exigencias que la guerra solicita de quienes la practican, llegamos al terreno dominado por las fuerzas del intelecto. La guerra es el reino de la incertidumbre. Las tres cuartas partes de los factores en que se basan las acciones bélicas están envueltos en una niebla de mayor o menor incertidumbre. Se exige un juicio sensato y perspicaz; una inteligencia entrenada en desvelar la verdad.
Carl von Clausewitz (*De la Guerra*: I, 3, 211).

Cuando Clausewitz se refiere a la niebla de la guerra, lo hace en relación a la incertidumbre que crea toda información sobre lo que está haciendo o hará el enemigo (*De la Guerra*: II, 2, 256):

La incertidumbre general de toda información plantea en la guerra un problema especial: todas las acciones se desenvuelven en una suerte de media luz que, como la niebla o la luz de la luna, infunde en las cosas una apariencia grotesca y una envergadura superior a la real. Todo lo que se oculta a la vista franca y sólo se deja ver bajo esta luz engañosa debe estimarse con ayuda del talento o sencillamente dejarse al azar. Una vez más, la falta de conocimiento objetivo obliga a confiar en el talento o en la suerte.

Hasta las guerras napoleónicas, el general o conductor de un ejército podía tener a simple vista la situación completa de sus tropas y las del enemigo en el campo de batalla, simplemente instalando su puesto de comando en alguna elevación cercana y contando con la ayuda de algún catalejo (Pertusio 2005: 117).

Actualmente, la tecnología permite que los comandantes se encuentren alejados del frente de batalla, vinculándose a él a través de una red de comando

y control, denominado actualmente, por algunos, como C⁴I²VR (Comando, Control, Comunicaciones, Computación, Inteligencia, Informática, Vigilancia y Reconocimiento), que les permite emplear adecuadamente sus fuerzas. Sin embargo, cada adversario puede emplear esas mismas redes para generar “engaños, estratagemas y hasta exceso de información, y hacer difusa la imagen que el otro desea analizar” (Frasch 2005: 64). Todo esto ocasiona, dependiendo de la eficiencia y confiabilidad de operación de estas redes, que se origine en la mente del comandante “una bruma más o menos densa” sobre la real situación.

Sobre esto, Phillipe Masson señala lo siguiente (1990: 221):

En el transcurso de la I Guerra Mundial, el general Joffre y sus sucesores dirigieron las operaciones desde Chantilly; el Estado Mayor Alemán desde Luxemburgo y Spa. En la Segunda Guerra Mundial, Hitler condujo la batalla de Rusia desde Vinnitza; Eisenhower controló la batalla de Normandía desde Inglaterra. Solamente los comandantes de las grandes formaciones blindadas y motorizadas, como Guderian, Rommel o Patton, participaron directamente en la maniobra desde vehículos de comando.

Las marinas también tuvieron comandos en tierra prueba de ello es el Almirantazgo británico; el comando alemán a cargo del Almirante Dönitz, desde 1940 hasta 1944, dirigió la batalla del Atlántico desde su puesto de comando en Lorient o en París. Nimitz coordinó el conjunto de las operaciones del Pacífico desde Pearl Harbour.

Entonces, en un enfrentamiento, es muy raro obtener información acerca del enemigo en forma tan favorable. Lo más común será que solo se conozca una pequeña parte de la información deseable.

En la guerra, la mayor parte del tiempo se actúa a ciegas. Hay que convencerse, antes de la tormenta, que es inútil esperar obtener información completa, que se estará constantemente frente a lo desconocido, lo incierto, lo imprevisto, y que, en esta atmósfera impenetrable, habrá que resolver y elegir una línea de conducta cuyas repercusiones pueden ser graves.

Es casi imposible obtener una visión clara y completa de la situación. El comandante deberá estar convencido que las resoluciones más importantes se tomarán, la mayoría de las veces, en la incertidumbre, llegando a establecer su plan básicamente sobre lo incierto, y ésta es una verdad aunque parezca paradójica.

Para el contralmirante Pertusio lo más frecuente es que el comandante se vea sometido a una torturante incertidumbre sobre el dispositivo, los movimientos y las intenciones del adversario, ocasionando que se forme una niebla alrededor de su mente, lo que le impide tener una visión adecuada de lo que realmente ocurre del teatro de operaciones (Pertusio 2005: 118).

El desarrollo de las operaciones implica una serie de acciones cubiertas por una niebla espesa que puede aparecer o desaparecer de acuerdo con múltiples

circunstancias, y que afectará directamente el comando y control de las fuerzas durante la ejecución de la maniobra estratégica operacional.

En muchas circunstancias será demasiado peligroso esperar, antes de emprender algo, a que haya completa claridad y sin incertidumbre alguna. Si así fuera, entonces nunca se haría nada y se abandonaría siempre al adversario la iniciativa de las operaciones, lo que podría resultar perjudicial.

Hay que tener presente que, en toda maniobra, siempre se debe asumir riesgos, y los resultados pueden parecer menos importantes de lo que realmente son, a pesar de los peligros afrontados.

Es importante precisar que el enemigo, al desconocer nuestras intenciones, también es afectado por la niebla y comete errores, los cuales compensan muchas cosas a favor de nuestra maniobra estratégica operacional.

Sin embargo, el comandante, en posesión de la mayor cantidad de información posible, tiene la obligación de decidir en el momento oportuno. Tenemos un ejemplo de esta situación. Arleigh Burke, cuando comandaba la división 43 de destructores en el Pacífico, afirmó: "En el combate no hay tiempo para impartir órdenes. Los hombres tienen que ir al combate sabiendo lo que tienen que hacer" (Hughes 2002: 235).

En su primera acción en el golfo de Kula, en marzo de 1943, vaciló solamente noventa segundos entre la detección de un blanco en el radar y ordenar un ataque con torpedos. Esta vacilación garantizó un revés, pero no la derrota irremediable. Burke señaló: "La diferencia entre un conductor bueno y otro malo es de aproximadamente diez segundos" (Hughes 2002: 237).

El comandante no puede pretender poseer toda la información, ni debe controlar todas las acciones de sus subordinados. Debe tener la situación táctica en mente y llenar los claros de estos mosaicos con su intuición y experiencia, empleando un razonamiento inductivo, que es lo que mejor hacemos todos los días de nuestras vidas.

En conclusión, la niebla de la guerra no es otra cosa que la incertidumbre de lo que acontece exactamente en el bando enemigo.

Finalmente, expondremos una acción de la Guerra de Malvinas que nos permitirá apreciar claramente las dificultades que tiene que sobrellevar un comandante, los momentos críticos que debe superar y, al mismo tiempo, conducir sus fuerzas con destreza y decisión.

Guerra de Malvinas

El 2 de abril de 1982 Argentina invadió el archipiélago de las Malvinas e inició la guerra del mismo nombre. El 5 de abril, una fuerza de tarea (FT) británica zarpó

hacia la zona con el fin de hacer frente a los argentinos. Gran Bretaña estableció una zona de exclusión total de 200 millas náuticas alrededor de las islas, válido a partir del 12 de abril.

La FT navegaba a la altura de las costas de Brasil el día 21 de abril y su comandante, el contralmirante Sir John Woodward, estaba bastante preocupado con la situación. Hacia el mediodía, los operadores de radar del portaaviones HMS *Hermes* identificaron un contacto a gran altitud. Rápidamente enviaron aviones Harrier para investigar el contacto, que resultó ser un Boeing 707 de la Fuerza Aérea Argentina en una misión de detección y localización de la fuerza para dirigir un posible ataque (observación). El contacto, al avistar al Harrier, guiñó y se alejó del área. Inmediatamente, se dio la señal de alerta aérea, lo que ocasionó bastante nerviosismo en la FT.

El problema era que el Almirante no tenía permiso para atacar blancos fuera de la zona de exclusión, de acuerdo con sus reglas de enfrentamiento, a menos que estuviera bajo ataque e, incluso en esa condición, solo debía usar el mínimo de fuerza. El nivel político no deseaba que Gran Bretaña fuera vista como agresora, además del costo político de un ataque de esta naturaleza.

A las 2:30 de la mañana del día siguiente, otro contacto fue detectado a unas 144 millas de la FT. Otro Harrier fue enviado, efectuando la interceptación y dirigiendo el contacto lejos de la fuerza británica. Antes de que pudiese ser dirigido hacia el noreste de la FT, el contacto guiñó francamente y tomó rumbo en dirección al territorio argentino.

Intentando evitar que tales acontecimientos continuaran, Woodward contactó a su cuartel general, en Northwood, para pedir permiso para atacar el contacto, en caso de que lo detectara de nuevo. Para su sorpresa, recibió una respuesta afirmativa, pero siempre y cuando se aproximara a una determinada distancia y fuera identificado positivamente.

A las 20 horas de este mismo día, hubo otro contacto. El nerviosismo se apoderó de la FT y el comandante de la guerra antiaérea envió tres Harriers para interceptarlo, hecho que, en sus memorias, Woodward consideró exagerado. A pesar de ello, no hubo ataque. Al día siguiente, a las 11 y 34 minutos, el contacto apareció de nuevo y se envió una patrulla aérea de combate. El contacto, sin embargo, desapareció.

En este momento, la imagen que aparece para el comandante es que hay un contacto que, repetidamente, se aproxima y "observa" a la fuerza para intentar conseguir información. Es en este momento que la niebla de la guerra empieza a hacerse densa, y se llega a conclusiones, basadas en acontecimientos recientes, con el mínimo de información.

En este momento, cualquier contacto detectado, acercándose a la fuerza, tendría que considerarse como un nuevo evento, independiente y disociado del

anterior. El problema es que nuestro cerebro llena las lagunas de información no disponible como si uniera los puntos en un juego, como si quisiera conseguir una imagen uniendo el trazado. La mente humana intenta continuamente establecer normas de racionalidad, identificar semejanzas y obtener conclusiones, aunque estén basadas en fragmentos.

Esa misma noche, justo después del atardecer, el contacto reaparece a unas 200 millas, con el radar en servicio, a una gran altitud y cerrando distancia. El sistema Sea-Dart fijó el contacto y estaba listo para atacar dentro de la distancia de fuego.

Woodward, en ese momento, comienza a pensar que quizás este podría ser un avión cualquiera. Pregunta, entonces, si había registrado algún tráfico aéreo en el área. La respuesta negativa, llena de confianza, lo desalienta. Todavía no está convencido. Por eso, pide que se trace en una carta la derrota del avión.

En esos segundos enervantes, él se imagina si en el caso de que fuera un avión comercial, no sería el responsable de la muerte de centenas de inocentes. El Harrier que había despegado con retraso no tendría la posibilidad de identificar el avión positivamente; sin embargo, Woodward tampoco quería ser el responsable de un ataque a su fuerza, perfectamente evitable. La representación gráfica en la carta indica que parecía que el avión iba de Durban (Sudáfrica) a Río de Janeiro. No era seguro, tan sólo había datos incompletos. ¡Detengan armas! grita el Almirante. Su orden se difunde entre todos los buques, negando el permiso de ataque al contacto. Algunos segundos lo separan de la orden de atacarlo, cuando el Harrier lo identifica como un avión comercial con todas las luces de navegación encendidas.

Woodward, en su libro *Los Cien Días*, comenta que este episodio es emblemático de cómo una situación puede sufrir una escalada imprevisible. Refiere que consideró muchas veces ese pequeño escenario en busca de la verdadera razón de su vacilación. Este contacto no es una amenaza inmediata se interrogaba. No va a bombardearnos, lo peor que puede hacer es hacer retroceder nuestra posición. ¿Tendré que destruirlo incluso teniendo la misma probabilidad de estar equivocado? ¿Respondí a todos los criterios de identificación positiva tales como altitud, velocidad, radar, comportamiento? Sí. Pero ¿Eso es identificación positiva?

De una forma sencilla, intentaba encontrar una razón para no tirar, sin prestar mucha atención a las consecuencias de mi error. Si destruíamos aquel avión, probablemente a los norteamericanos no les quedaría otra alternativa que retirarle el apoyo al Reino Unido. La FT tendría que volver. Las Falklands se convertirían en las Malvinas y yo sufriría una corte marcial. Éstas serían las consecuencias del natural horror de la comunidad internacional al oír la noticia de que una FT había matado centenas de civiles por equivocación. Tal como el general Moore me recordaría meses más tarde: "las fuerzas de tierra podrían ganar la guerra, pero la Armada siempre podría perderla" (Woodward 1992: 119).

Estas reflexiones del almirante Woodward son muy interesantes, debido a que, más allá de la descripción de los acontecimientos, muestra gran comprensión de las consecuencias estratégicas y políticas que pudieron generar sus decisiones a nivel táctico, y que es lo que todo comandante debe tener siempre presente en el ámbito de su responsabilidad.

Woodward era consciente que un error de apreciación podría tener graves consecuencias a nivel estratégico, y una orden mal dada, más allá de la evaluación efectuada, simplemente le podría haber costado la guerra al Reino Unido.

Finalmente, a pesar de la tentativa de llevar orden al caos de la guerra, de contener las incertidumbres, hay que tener siempre presente que la guerra continúa siendo la provincia del caos y las incertidumbres. Al respecto, es preciso tener en consideración las palabras del mariscal Helmuth von Moltke, jefe del Estado Mayor del ejército alemán por más de tres décadas: "Ningún plan de operaciones elaborado con todo cuidado sobrevive después del primer encuentro con la fuerza principal del enemigo" (Caminha 1983: 95).

Figura 10

LA NIEBLA DE LA GUERRA

Reconociendo que la niebla es inherente a las operaciones militares, tanto para nosotros como para nuestros enemigos, tenemos que esforzarnos para explotar esta incerteza a nuestro favor.

Informaciones de baja confiabilidad representan un problema especial en la guerra: toda acción ocurre en una especie de penumbra, que así como la neblina de la mañana, tiende, generalmente, a tornar las cosas más grotescas y mayores de lo que realmente son.

Clausewitz.

La Niebla de la Guerra es la incertidumbre de lo que acontece exactamente en el bando enemigo.



CARACTERÍSTICAS

- Una constante fuente de fricción.
- Conocimiento solamente parcial de la situación.
- Estimar y aceptar riesgos.
- Imposible eliminarla, solo se puede reducir.
- Acciones basadas en informaciones incompletas, imprecisas y contradictorias.
- Aprender a combatir en esas condiciones.

Fuente: De Izcue, Arriarán y Tolmos 2009: 89.

La fricción

En un ejército no es tan necesaria la organización para poder combatir ordenadamente, sino para que ningún accidente menor te desordene.

Nicolás Maquiavelo (2008: 375).

Raymond Aron, analizando a Clausewitz, indica que los estrategas, para conferir a su teoría una aparente científicidad, han descuidado una de las características de la guerra real, la incertidumbre sobre la relación de fuerzas (objetiva: circunstancias materiales); y sobre las intenciones del adversario (subjetiva: circunstancias humanas). A partir de allí, el cálculo racional de la teoría simplificada se transforma en cálculo de probabilidades; la lucha se convierte en juego, en el sentido en que hablamos de una partida de naipes. No porque los jugadores no se opongan unos a otros y la inteligencia no esté presente, sino porque interviene el azar. Más aún, en la guerra la incertidumbre del juego cobra el perfil del peligro. Desde el momento en que el actor debe recurrir al cálculo de probabilidades, está condenado al mismo tiempo a apostar. La apuesta ante el peligro, la resolución de probar suerte, exige coraje. La guerra real nos revela las virtudes necesarias en el jefe militar, ya no sólo la fuerza desnuda de la voluntad que lógicamente conduciría al extremo, sino las cualidades precisas del espíritu y el carácter que exige esta singular actividad de los hombres enfrentados a sus semejantes, todos armados con instrumentos que la ciencia pone a su disposición (Aron 1988: 150).

Al respecto, el arte del estratega tiende al dominio de la voluntad racional sobre las fuerzas desencadenadas y, en este sentido, a una reducción del papel reservado al azar. Sin embargo, este jamás podrá ser eliminado. Ningún jefe militar escapa a los caprichos de la fortuna, aunque el estudio científico o filosófico de

la guerra, tal como lo concibe Clausewitz, ayude efectivamente a la voluntad esclarecida por el entendimiento (o al entendimiento animado por la voluntad) a controlar la acción ciega de las fuerzas o las circunstancias (Aron 1988: 65).

Excluir o negar el azar es ir contranatura. Este debe ser bien recibido, porque es parte de la realidad. El azar tiene dos aspectos a considerar. En tanto la fricción influye en las acciones propias, es negativo; mientras que el aspecto positivo es que la fricción también influye en el bando enemigo. Entonces, el azar no sólo es una amenaza, sino una fuerza positiva que debe ser explotada. Al respecto, una máxima operativa de Napoleón dictaba: encontrarse con el enemigo y ver qué sucede. El mando se somete al azar; el poder disponer de él y su voluntad para usarlo le permitirían transformar el azar en una nueva realidad (Howard y Paret 1999: 39).

El concepto de fricción es desarrollado por Clausewitz en los capítulos del 4 al 8 del libro I de *De la Guerra*, precisando que: "Todo en la guerra es muy sencillo, pero lo más sencillo es difícil. Esas dificultades se acumulan y producen una fricción que no se imagina del todo nadie que no haya visto la guerra" (*De la Guerra*: I, 7, 233).

Todas las guerras son ricas en episodios únicos. Cada una es un mar no cartografiado y lleno de arrecifes. El capitán puede sospechar la presencia de arrecifes sin haberlos visto y tiene que gobernar el barco en la oscuridad, sin encallar en ellos. Aunque su progreso puede deberse sólo a la superación de grandes dificultades, mirado desde cierta distancia podría pensarse que el buque navega automáticamente. La fricción es una fuerza que la teoría jamás podrá definir con claridad y que hace irrelevante toda teoría exacta (Howard y Paret 1999: 98).

Clausewitz señala que "quien no haya conocido la guerra de cerca" no podrá tener una percepción cercana de las exigencias que tiene que sobrellevar un general, así como de la capacidad intelectual y de la voluntad que tiene que poseer para superar las dificultades.

Hemos dicho que en la guerra siempre juega el azar y, como consecuencia de esto, se presentan hechos no esperados, lo que genera en los integrantes de un ejército pequeñas dificultades individuales y colectivas. Estas interactúan y se suman propagando su propia fricción en todas direcciones. No se puede, como en la mecánica, concentrarlas en un solo punto.

Clausewitz considera que idear un buen plan de operaciones no es un gran arte. Toda dificultad reside en permanecer fiel en la acción a los principios que hemos establecido nosotros mismos. Advierte que en la acción nuestras imágenes físicas y percepciones son más intensas que las impresiones que hemos obtenido de antemano mediante una profunda reflexión; por lo tanto, corremos el riesgo de sacrificar la reflexión profunda por las primeras impresiones. Frente a estas presiones, los hombres pueden aferrarse a sus convicciones y conservar la confianza en su entendimiento y su juicio; de otra forma sucumbirán a la fuerza de la fricción (Howard y Paret 1999: 38-39).

Al respecto, ya Maquiavelo advertía (2008: 345):

No hay nada que perturbe o impida toda acción humana como el hecho de verse obligados a cambiar un plan en un instante y sin tener tiempo, a alterarlo respecto del que se había ordenado antes y, si estos cambios desordenan cualquier acción, lo hacen más todavía en los asuntos de la guerra, porque en dichas acciones no hay nada más necesario que los hombres afirmen sus ánimos para ejecutar la parte que les toca. Y si, los hombres han fijado su pensamiento varios días en un plan y un orden, y de golpe se cambia, es imposible que no se perturben todos y no se arruine todo, de modo que es mucho mejor ejecutar una acción según el orden dado, aunque en él se vea algún inconveniente, y no, por eliminar aquél, provocar mil inconvenientes.

La experiencia de un general debe ser la de conocer esa fricción para superarla cuando se presente, y entrenar a los integrantes de su ejército de la forma más real posible, es decir, con cierto grado de fricción, con la finalidad de habituarlos con los problemas y la forma de superarlos (Clausewitz 2005: 71-72).

El peligro, los esfuerzos físicos, la información y la fricción, son los elementos que se combinan para formar la atmósfera de la guerra, la cual es un medio que obstaculiza la actividad. Por sus efectos restrictivos conforman una fricción general para la cual no existe un lubricante adecuado, salvo la costumbre de la guerra. Por eso, es importante que el soldado no vea por primera vez en la guerra esas dificultades, sino en el entrenamiento para familiarizarse con ellas. Sólo así no lo sobrepasarán la confusión y el asombro en la guerra (Clausewitz 2005: 74). Federico el Grande advertía que: "al menos que cada hombre sea entrenado antes, en tiempo de paz, para lo que tendrá que hacer en la guerra, nada más se tendrán personas con el rótulo de una profesión, pero que no saben cómo practicarla" (Paret 2001: 144).

Peter Paret, en *Creadores de la Estrategia Moderna*, afirma (2001: 278): "La fricción se refiere a las incertidumbres, errores, accidentes, dificultades técnicas, así como los imprevistos y los efectos que estos factores tienen en las decisiones, en la moral y en las acciones".

La fragilidad de la naturaleza humana es la gran protagonista de la fricción: presiones de poder, fatiga, inexperiencia, fallas de adiestramiento, bloqueo mental, temor, miedo, entre otras causas. A esto se le agregan los imprevistos de orden meteorológico y, en menor medida, incidencias vinculadas con la geografía que se ignoraban o no fueron consideradas debidamente.

Un punto importante de resaltar es lo que Clausewitz señala sobre la fricción causada por los informes de inteligencia. La mayor parte de la inteligencia es falsa y el miedo contribuye a multiplicar las mentiras y las inexactitudes, por lo cual, conviene más creer en las malas noticias que en las buenas y exagerar las primeras.

Al respecto, el reconocido historiador británico John Keegan indica (2012: 14):

No sólo ningún informe de inteligencia es del todo exacto, sino que el desarrollo de los acontecimientos altera su valor. Moltke, el Viejo, sustentó que ningún plan sobrevive a los primeros cinco minutos de encuentro con el enemigo. Ningún cálculo basado en informes de inteligencia sobrevive totalmente a la prueba de la acción.

Normalmente, se presume que:

En la información radica la fuerza, pero la información por sí sola no puede destruir, prevenir, dañar ni siquiera desafiar una ofensiva del enemigo, a menos que la posesión de la información esté acompañada de la fuerza objetiva... La información anticipada no constituye una protección contra el desastre. Ni siquiera la inteligencia en tiempo real llega a ser nunca lo suficientemente real. Al final la fuerza decide (Keegan 2012: 421-422).

Por ejemplo, lo que demuestra una de las verdades más importantes sobre el papel de la inteligencia en la guerra, son los acontecimientos ocurridos en la captura de la isla de Creta (por las fuerzas aerotransportadas alemanas) el 20 y 21 de mayo de 1941, ya que por muy buena que parezca la inteligencia antes del encuentro, en igualdad de fuerzas, el resultado se decidirá en la batalla; y siempre que exista igualdad de fuerzas, el factor esencial será la determinación de los participantes (Keegan 2012: 392).

Si una fuerza de defensa no está segura de la manera exacta en que debe responder a un peligro inminente, por muy bien informada que esté sobre los peligros generales que la acechan, se encontrará en desventaja ante un enemigo que conozca bien sus objetivos (Keegan 2012: 218).

Una importante apreciación es la de Edward Luttwak, cuando indica que también existen ciertos riesgos por el propio comportamiento de la organización que generan fricción (1992: 11):

Hay otra clase de riesgo, no tan peligroso en sí mismo para cada unidad específica en determinado momento, pero quizás más comprometedor para la fuerza en su conjunto. Esta segunda clase de riesgo, que tiende a incrementarse con cualquier desviación de la simplicidad del ataque directo y frontal, es el riesgo de organización por fallas en la implementación, o sea un fracaso que no es provocado por la malevolencia del enemigo, sino por colapsos, errores y demoras en el abastecimiento, la operación, el planeamiento y la conducción de fuerzas militares.

La fricción está representada por los incidentes que actúan sobre la maniobra estratégica operacional teniendo origen en su interior, a través de las perturbaciones originadas en el mismo sistema, y también en fenómenos naturales que actúan negativamente.

El almirante Roberto Pertusio anota (2005: 119): "La fricción, a diferencia de la niebla que es en esencia lo que se ignora del enemigo, no guarda vinculación con el oponente; se genera en el interior del sistema o Maniobra Estratégica Operacional y en el medio ambiente en que ésta actúa".

Figura 11



Con la finalidad de representar didácticamente este concepto, presentamos un ejemplo ilustrativo de la vida cotidiana narrado por Luttwak en *Estrategia, la Lógica de la Guerra y Paz* (1992: 11-12):

Imaginemos un grupo de amigos que coordinaron una excursión a la playa en varios automóviles, con sus respectivas familias. Quedaron en encontrarse en la casa mejor ubicada a las 9, para partir inmediatamente aprovechando el tránsito fluido y llegar a destino aproximadamente a las 11. Una de las familias ya se hallaba lista a partir hacia el sitio de reunión, cuando uno de los niños anunció su urgente necesidad de ir al baño. Se abrió la casa, el chico fue y volvió, se puso en marcha el coche y arribaron al encuentro con breve demora a las 9.15.

Una segunda familia, que vivía un poco más lejos del punto de reunión, tuvo un retraso más importante: olvidaron una caja con provisiones esenciales. Lo descubrieron casi a la vista del punto de encuentro, así que mientras volvieron a buscarla y regresaron ya eran cerca de las 10.

Una tercera familia causó mayor demora: su auto se negaba a arrancar. Luego de probar diversos arreglos familiares, mientras el tiempo pasaba, y después de aguardar la llegada del auxilio, que tampoco logró ponerlo en marcha, finalmente un vecino tuvo la gentileza de facilitarles su propio auto. Descargaron y cargaron rápidamente, aceleraron con impaciencia, pero cuando se juntaron con sus amigos ya eran más de las 10.

Todavía no había comenzado el viaje, algunos de los chicos estaban esperando desde hacía más de una hora, y entonces fue el turno para pedir una breve demora. Cuando al fin pudieron partir, ya el tránsito era intenso, y en vez de dos horas el viaje se demoró más de tres, incluyendo paradas para que un auto echara gasolina, una familia saciara su sed y los chicos que clamaban por almorzar a viva voz comieran algo. Por último arribaron a la playa, como habían previsto, pero largo rato después de las 11.

En ningún momento nuestro grupo imaginario vio entorpecida su acción por la voluntad activa de un enemigo; todo lo ocurrido fue consecuencia de demoras no intencionales y pequeños incidentes semejantes a la fricción que impide el movimiento de las maquinarias.

“Cada familia podría asemejarse a una Acción Táctica, luego la demora la sufre la Operación, incidiendo lógicamente, sobre el Esfuerzo Estratégico Operacional Principal o Secundario del que forma parte” y afectando directamente al éxito de la Maniobra Estratégica Operacional (Pertusio 2005: 121).

La probabilidad en la acción

La ciencia militar consiste primero en calcular bien todas las probabilidades, y luego en darle exactamente, casi matemáticamente, su parte al azar. Éste es el punto en el que es preciso no equivocarse, donde una décima de más o de menos puede cambiar todo. Pero esta combinación de ciencia y azar no puede realizarse sino en una cabeza genial, ya que se requiere genio en todo lo que signifique creación, y ciertamente la más grande improvisación del espíritu humano es aquella que da una existencia a lo que no la tiene. El azar es, entonces, una cosa siempre misteriosa para las mentes mediocres, y se transforma en realidad para los hombres superiores.

Napoleón Bonaparte (Guitton 1972: 112-113).

En el capítulo anterior resaltamos que Clausewitz critica a los estrategas que, con tal de darle científicidad a sus teorías, descuidaron una de las características de la guerra real, la incertidumbre sobre la relación de fuerzas y sobre las intenciones del adversario. De ahí que el cálculo racional de la teoría simplificada se transforma en cálculo de probabilidades, la lucha se convierte en juego y, sobre todo, se hace presente el azar. Entonces, a partir de este momento el comandante, al recurrir al cálculo de probabilidades, está condenado, al mismo tiempo, a apostar.

Dejemos en claro que el azar jamás podrá ser eliminado y, por el contrario, debe ser bien recibido, porque es parte de la realidad, e influye tanto negativamente en nuestras fuerzas, como positivamente para nosotros al influir en el bando contrario

convirtiéndose, de esta manera, en una fuerza positiva que debe ser explotada. Pero, ¿cuál es la lógica de todo esto? ¿Cómo llegar a los mejores resultados a pesar del azar? ¿Cómo manejar de la mejor forma las probabilidades de obtener resultados positivos para nuestras fuerzas en las acciones?

Puntualicemos el hecho que en la guerra toda acción es urgente e inmediata, y casi siempre es preciso actuar en la incertidumbre, arriesgando y apostando. Esto equivale a decir que el hombre, estando dotado de razón, es un ser probabilístico. Debe actuar sin evidencias, como en una cierta oscuridad. Clausewitz lo señaló en términos de admirable densidad, el jefe de guerra vive y decide en la niebla de lo probable. Ese es su oficio.

Al respecto, Jean Guitton, en *El Pensamiento y la Guerra*, señala lo fácil que es demostrar que los consejos y reglas que se dan a los estrategas provienen de la noción de probabilidad (1972: 102-104):

Subjetivamente, al hombre de guerra se le pide que sea audaz, que tome la iniciativa, que se mantenga firme en su decisión, que conserve la confianza luego de los inevitables reveses. El objeto de estas máximas es compensar la brecha que hay entre el pensamiento (que ve las posibilidades pero que no alcanza jamás la evidencia) y la acción (que no ve sino lo real y se desvuelve en la incertidumbre).

El coraje, la decisión, la perseverancia, son conductas hipócritas para consigo mismo, en el sentido de que se nos pide de hacer como si estuviéramos seguros, en tanto que estamos en la duda; de hacer como si viéramos, mientras que debemos contentarnos con apostar y tener fe.

Objetivamente, los llamados principios de la guerra tienen por finalidad disminuir la brecha entre lo posible pensado y lo real, proponiendo conductas razonables que podrían aportar más probabilidad a la victoria o remediar un fracaso. Por ejemplo: el comandante operacional debe tener la capacidad, al diseñar su maniobra estratégica, de crear ante un adversario apariencias tales que se le haga difícil saber cómo repartir sus fuerzas. Puede hacerse, diluyendo la probabilidad de su ataque en el espacio y en el tiempo. De tal manera, que el ataque está igualmente repartido, lo cual impide al adversario conocer y prever la improbabilidad del acontecimiento que implica la acción ofensiva que preparamos. En esta perspectiva, la sorpresa es el acontecimiento que el enemigo juzga improbable.

Igualmente, la velocidad en la ejecución es una conducta probabilística. No sólo porque otorga una reserva de tiempo que le quita al adversario, sino también porque quita al tiempo su carácter ambiguo y polivalente. La velocidad en la ejecución disminuye la multiplicidad, a veces incalculable, de las opciones posibles del adversario, causa de inquietud y de dispersión, reduciendo el tiempo potencial a un único tiempo actual: el que nosotros hemos elegido.

La seguridad y la economía de fuerzas tienen por finalidad aumentar nuestra libertad de acción y disminuir la del adversario. La libertad de acción es simplemente el poder

de transformar las cosas posibles en probables. Cuanto más inmediato sea este poder, cuanto más rápida sea la concentración de las fuerzas en el espacio y en el tiempo, más ventajas se ganan. Es por esta razón, que la sorpresa, la velocidad y los movimientos estratégicos amplios y rápidos tienen tanto valor.

Siguiendo con el análisis de las probabilidades en la acción, diremos que en otros tiempos nadie se ocupaba de la lógica que prevalecía en los juegos, ni de los fenómenos en que intervenía lo contingente. En el momento que la estrategia ingresó en el dominio del cálculo de probabilidades se operó un progreso: basta reflexionar sobre la esencia de una guerra, de una partida de ajedrez o de un juego estratégico para darse cuenta que la naturaleza del problema cambia desde que hay dos antagonistas, dos libertades rivales, y que cada participante en cada jugada reacciona en función de la conducta del otro, ya sea la que él comprueba o la que supone como conducta futura.

Lo que complica aún más el problema, es que la voluntad que se me opone no se limita a actuar en mí contra como la lucha entre dos fieras. ¿Qué busca?, ¿cuál es su finalidad? Esa voluntad trata, por detrás de la mía, de llegar a mi pensamiento, de conocer mi información, mis hipótesis, la imagen que me hago de mi adversario. Al mismo tiempo, actúa sutilmente para crear una apariencia, una falsa realidad, es decir, trata que caiga en su engaño.

Entonces, si el otro tiene el deber de engañarme y, por mi parte, tengo también la obligación de engañarlo, el problema se complica. La guerra es, por convención, el campo de las ilusiones recíprocas. Debo hacer fracasar ilusiones y al mismo tiempo crearlas. Entonces, ¿qué hacer?, ¿qué lógica aplico?

Me identifico con el engañoso adversario y deduzco lo que yo haría, si decidiera engañarme a mí mismo. Si al mismo tiempo decido engañarlo, supongo que él, siendo bastante astuto como para imaginar mi argucia, va a tratar de parar el golpe. Entonces, engañando en mi engaño, fingiendo fingir para disimular mejor, tal vez evite fingir para engañar mejor. Algunas veces Hitler dijo la verdad: era una simulación en la simulación.

La estratagema como arte de lo probable

La estratagema es una conducta que aumenta la incertidumbre del adversario y la disminuye a quien la utiliza. Consiste en hacer creer que uno está donde no está, que uno tiene un cierto proyecto cuando en verdad no lo tiene, y todo ello con una probabilidad tal que haga que el adversario tome disposiciones para contrarrestar un peligro imaginario, las cuales lo debilitan en otros lugares, y en particular en el que uno quiere asestar el golpe. Emplear una estratagema es, entonces, alterar el cálculo de probabilidades del enemigo.

La estrategia trata de contrarrestar la estratagema en la defensiva. Por

ejemplo, el escalonamiento en profundidad es una actitud cuyo principio consiste en reservarse el momento de la decisión durante el mayor tiempo posible, a fin de poder hacer frente a cualquier eventualidad. Si alguna ventaja tiene la ofensiva sobre la defensiva es que, además de sus ventajas psíquicas, permite disimular con éxito la orientación del esfuerzo principal durante el mayor tiempo posible.

¿Cómo puede hacerse fracasar la estratagema? Esto puede deducirse de la idea misma de dicha acción. Si emplear una estratagema consiste en inducir a error al adversario o, por lo menos, en desconcertar su pensamiento, sus proyectos y sus fuerzas por la multiplicidad de las posibilidades, se debe poder vencerlo aumentando la cantidad, el género, el abanico de esas posibilidades, al máximo posible y durante el mayor tiempo posible. El defecto del simulador consiste en volver a usar un "bluff" que ya resultó eficaz.

La estratagema en la acción consiste en mantener la multiplicidad de los casos posibles, una inesperada variedad de decisiones que haga fracasar el sistema de lo habitual. A falta de una manera perfecta de jugar, se puede no obstante ganar ventaja variando el juego. Los que realmente son impenetrables no son los que siempre callan, sino aquellos de quienes jamás se puede saber qué van a decir, qué van a hacer, qué van a inventar; aquellos que nos sorprenden y desconciertan mediante contradicciones imprevistas. Para conservar el secreto hay que producir azar (Guitton 1972: 105-106).

Hemos dicho que el azar influye tanto en nosotros (negativamente) como en nuestros adversarios (positivamente, si sabemos aprovecharlo), por eso la ambición de todo estratega debe ser el eliminar tanto como fuera posible eso que, desde un punto de vista humano y subjetivo, llamamos azar desfavorable, fracaso, sorpresa, mala suerte, derrota o condenación. Y ya que nuestra información siempre será incompleta, y debemos actuar a pesar de esa realidad, es indudable que debemos apostar, pero hay que tratar de hacerlo sobre seguro. ¿Cómo intentar lograr esto?

Una forma de tal apuesta ganadora será la de tratar de limitar todo lo posible la cantidad de eventualidades. El caso más esquemático es la alternativa, esa figura lógica donde no subsisten más que dos soluciones, tales que, por las proposiciones llamadas contradictorias, la verdad de una entraña la falsedad de la otra.

Por ejemplo, el estratega trata de ejecutar sabiamente una retirada, cede terreno y lo deja ocupar. La retirada estratégica multiplica las probabilidades de ver cómo se agota el adversario al prolongar sus líneas de reabastecimiento, al suscitar una resistencia acrecentada por la desesperación; mientras que el defensor retrocediendo ordenadamente aumenta su concentración, su fuerza que le permite efectuar un contraataque favorable (al haber sobrepasado al atacante su punto culminante). Muchas guerras antiguas y modernas han obedecido a ese ritmo: de victoria en victoria hasta llegar a la derrota; de derrota en derrota, hasta la victoria.

Al respecto, consideremos lo que nos dice Pierre Vendryés, en su obra *La Probabilidad en la Historia*, en la cual estudia la expedición de Bonaparte a Egipto desde el punto de vista de las decisiones probabilísticas (Guitton 1972: 109):

El estrategia perfecto es el que adopta las disposiciones contra-aleatorias tales que -aun en el caso de éxito momentáneo del enemigo, o de accidentes inevitables- el espacio, el tiempo y las fuerzas estén inteligentemente distribuidas y combinadas para obtener finalmente la victoria con el máximo de probabilidades a favor.

Finalmente, digamos que las operaciones militares siempre estarán envueltas en la incertidumbre, por lo que las probabilidades de éxito de uno y otro bando aumentarán y disminuirán en relación a nuestras propias decisiones, teniendo presente siempre que la suerte cumplirá, indefectiblemente, su rol incontrolable como factor de éxito o derrota.

Epílogo

El pensamiento del general prusiano Carl von Clausewitz fue un producto intelectual de su época, el siglo de las luces (XVIII) y del romanticismo alemán. Testigo de excepción de las guerras revolucionarias y napoleónicas (1792-1815), llegó a determinar que el éxito del ejército francés estaba estrechamente ligado a las nuevas técnicas aplicadas, las mismas que tenían su origen en la transformación ocurrida en su sociedad. Por ello, era indispensable el estudio del contexto político e histórico en el que habían surgido esas técnicas, para poder estar en capacidad de enfrentarlas y vencerlas.

Pero el pensamiento militar de la época, fertilizado por las guerras de maniobras del siglo XVIII, planteaba que la campaña ideal era la que se desarrollaba, de preferencia, en territorio enemigo, con la finalidad de vivir de sus recursos y no agotar los propios, evitando en la medida de lo posible el enfrentamiento entre ejércitos hasta que uno de los contendientes, debido al agotamiento de medios humanos y materiales, decidiera entablar negociaciones de paz. Esta forma de ver la guerra era contraria al pensamiento de Clausewitz respecto a la experiencia histórica (guerras de la revolución y napoleónicas), y por lo tanto trató de derrumbarla, a través de la elaboración de un sistema conceptual que permitiera no sólo describir, sino pensar la guerra.

Consideraba que no podían existir leyes científicas en la guerra, porque ella era un conflicto de voluntades y de fuerzas morales. El éxito no dependería del conocimiento de reglas o principios, y el azar, las incertidumbres y el peligro, que hacían de la guerra tan imprevisible e incontrolable, no deberían ser obstáculos a ser eliminados, sino oportunidades para ser aprovechadas. Si las guerras de maniobras del siglo anterior habían reducido la guerra a algo absurdo para él, Napoleón demostró que la guerra era algo diferente, y Clausewitz tuvo el mérito de conceptualizarla.

Se propuso analizar el fenómeno de la guerra buscando sus rasgos universales a través del análisis de sus diversas variedades históricas, llegando a la conclusión que si la forma como se desarrollaron las guerras napoleónicas no podían ser comparadas con las guerras del pasado, en consecuencia, estas tampoco podían establecer modelos para el futuro. De ahí surgió la necesidad de profundizar en su análisis para conseguir un marco conceptual que abarcara los dos géneros de guerra en una misma definición, la misma que correspondiera con la realidad de la variante histórica.

Al considerar que la teoría de la guerra debería ser el esfuerzo científico por elaborar los conceptos principales de esta actividad, o sea para pensar clara y distintamente sobre ella, la empleó como una herramienta para descubrir lo esencial del fenómeno guerra, es decir, sus elementos eternos, y distinguirlos de sus características temporales. Con estas consideraciones, en su análisis para determinar un solo concepto sobre la guerra descubrió que la violencia y el impacto político eran dos de las características permanentes de la guerra; otras eran el libre juego de la inteligencia humana, la voluntad y las emociones. Estas eran las fuerzas que dominaban el caos de la guerra, y no los dispositivos esquemáticos como la base de operaciones de von Bülow ni las operaciones por líneas interiores de Jomini.

En ese sentido, ni la teoría más realista podría coincidir con la realidad, y aunque pudiese ofrecer al comandante puntos de referencia y criterios de evaluación en áreas específicas de acción, no podía decirle cómo actuar. La teoría debería aportar al perfeccionamiento del juicio y la actuación individual, esto era lo que constituía la función pedagógica de la teoría para Clausewitz, y no la elaboración de reglas para ser aprendidas de memoria.

Clausewitz fue un soldado profesional que escribió para sus colegas de profesión, y deliberadamente dirigió su análisis sobre la guerra a lo que fuese de utilidad inmediata a un comandante que estuviese planeando una campaña.

A diferencia de los pensadores militares de su época, consideró la guerra no como un simple oficio, sino como una importante actividad sociopolítica, diferente a todas las demás debido al empleo recíproco de la violencia para alcanzar los objetivos políticos. Por eso, *De la Guerra* no es solamente el mejor, sino el único libro magnífico sobre la guerra, pero que lamentablemente no ha sido asimilado y aprovechado adecuadamente. En él, Clausewitz consiguió llegar a los fundamentos de cada tema analizado, comenzando por la naturaleza de la propia guerra.

Sin embargo, debido principalmente a las tendencias hacia el empleo de principios y axiomas de los militares de la época, Clausewitz no sólo no fue reconocido sino olvidado. Hay que resaltar que el motivo fundamental para que continuara en el olvido debe ser buscado en el desconocimiento del estado en que se encontraba la obra al morir. Por eso resulta importante conocer que *De la*

Guerra no fue terminada, y que su mismo autor advirtió sobre la incompreensión a la que podía llevar la obra sin una revisión posterior que considerara los dos géneros de guerra, y dejara en claro, sobre todo, que “la guerra no es más que la continuación de la política por otros medios”.

Como lamentablemente falleció antes de terminar la revisión de la obra, esta se convirtió en una masa, moldeable de acuerdo con el intérprete, de la que los autores posteriores fueron extrayendo ideas y frases que convenían a las necesidades de sus propias teorías y épocas. Clausewitz, como al final así fue, tenía menos razones para temer a sus críticos que para fiarse de muchos de sus declarados admiradores. Por eso es importante el conocimiento sobre la forma y las etapas en que *De la Guerra* fue escrita, para efectuar un mejor análisis y sacar conclusiones más cercanas a las que su autor trató de plasmar, pero que jamás concluyó.

El método que empleó es de especial relevancia para el entendimiento del sistema conceptual. Fue dialéctico, pero no al estilo hegeliano. No tomaba cualquier síntesis que por sí sola hiciera surgir su antítesis como por encanto, sino que era una continua interacción entre polos opuestos, cada uno totalmente comprensible sólo en función del otro.

Desarrolló ideas de una forma modificada de la tesis y antítesis que le permitió analizar las características específicas de un fenómeno concreto con un alto grado de exactitud. Medio-fin, moral-físico, defensa-ataque, teoría-realidad, intención-ejecución, son algunos de los opuestos que definió y comparó, no sólo para lograr un conocimiento más certero de cada integrante de esos binomios, sino para identificar los vínculos dinámicos que conectaban todos los elementos de la guerra en un estado permanente de interacción.

En consecuencia, su método consistía en un discurso permanente entre la observación, que empleó para determinar las parejas conceptuales y la elaboración de los conceptos; la interpretación histórica, para analizar las variantes en el tiempo; y el razonamiento especulativo, a través del contraste de los conceptos y de las variantes históricas con la realidad. Mientras el análisis avanza, intenta tomar en cuenta cada elemento de la guerra en sus dimensiones presente y pasada, adaptándose él mismo a todo, integrando todos y no dando jamás preponderancia a uno con exclusión de los demás.

Sin embargo, como no llegó a terminar su revisión, encontramos a lo largo de *De la Guerra* varios análisis en los que no tiene en cuenta todos los elementos de un problema. Enfatiza a veces un elemento, o bien sigue la lógica de un razonamiento, de tal forma que, para evitar sacar conclusiones erradas y comparar de manera valedera los diferentes pasajes de los cuales trata un problema, hay que tener cuidado de no abordar frases aisladas del contexto, sino conjuntos.

De la Guerra no fue concluida, pero Clausewitz manifestó estar satisfecho con el capítulo 1 del libro I, considerado su testamento intelectual, el mismo que

predomina sobre el resto del libro por el rigor del análisis y por la perfección de la forma. Nos permite imaginar lo que hubiera sido la obra si el escritor hubiera continuado su trabajo unos años más, y revela el aparato conceptual íntegro que estructura la teoría.

En dicho capítulo brinda la definición trinitaria de la guerra. Empieza con la confrontación del concepto de guerra absoluta con la realidad, según el método denominado de modificación, el cual permite concebir el descenso a la observación armada a través de la sustitución progresiva de los luchadores del esquema inicial por beligerantes reales (estados).

Al ser reintroducida la política hace posible la contrapartida del ascenso a los extremos. Es decir, el descenso hasta la observación armada. El fin político, entonces, se constituye en la consideración suprema en la conducción de la guerra; y esta en un instrumento de la política y, como tal, jamás puede ser empleada sino en correspondencia con el fin político.

Clausewitz concluye el análisis del capítulo 1 del libro I con la definición trinitaria, la misma que comprende a todas las guerras reales. Sus tres elementos: la pasión natural (el pueblo), la libre actividad del alma (del jefe militar) y el entendimiento político (del jefe de Estado), estarán presentes, en mayor o menor proporción, en cada una de las guerras que se realicen, pero será el factor político el que conserve la autoridad suprema, canalice las pasiones y controle la audacia del jefe militar. Asimismo, la política será la que determine el grado de fuerza a emplear, de acuerdo al análisis de las circunstancias y los intereses en juego. De ahí la importancia del reconocimiento de la naturaleza de la guerra que se va a emprender.

Durante toda su vida Clausewitz trabajó sus diversos conceptos sobre la guerra de acuerdo a la definición absoluta. La mayor parte de *De la Guerra* se encuentra redactada con esta lógica. Sin embargo, a pesar que en el capítulo 1 del libro I subordina los dos géneros de guerra a la guerra real, y expresa con toda claridad el carácter abstracto e irreal de la guerra conforme a su concepto, estas consideraciones no figuran en ninguno de los libros no revisados, III a V, y ni siquiera de forma tan clara en el libro VIII. Esto se debió a que no planteó la irrealidad de la guerra absoluta sino hasta los últimos años de su vida, entre 1827 y 1830, cuando percibió la posibilidad de un movimiento contrario al del ascenso a los extremos de acuerdo a la definición absoluta, y empezó a considerar la guerra ya no como un asunto autónomo, sin restricciones, sino como un fragmento del conjunto político.

De esta manera, Clausewitz captó plenamente la idea que la guerra es una política que libra batallas en vez de enviar notas, y resolvió el problema que le planteaban su experiencia histórica y su inquietud filosófica, como abarcar en el mismo concepto fenómenos tan diferentes como las guerras de maniobras y las guerras de la revolución y el imperio. Encuentra la unidad ya no en el

desencadenamiento extremo de la violencia, sino en un punto de vista superior: la guerra surge de la política, la política determina su intensidad, le crea el motivo, le traza las grandes líneas, le fija los fines y, al mismo tiempo, los objetivos militares.

Por estas consideraciones, si no se tiene un conocimiento previo de la forma como está escrita *De la Guerra*, como consideraba Clausewitz a la teoría, el método que empleo y la supremacía de la política en las decisiones sobre la guerra, puede llevar a muchas confusiones y malinterpretaciones, como han sido constantes desde la publicación del libro en 1832. A esto hay que agregarle las variadas ediciones fragmentadas publicadas desde su muerte, lo cual ha contribuido a la incompreensión del sistema conceptual de Clausewitz, lo que derivó, lamentablemente, en la elaboración de doctrinas como la ofensiva a ultranza, en el lado francés, y la no subordinación del aparato militar al estamento político, en el bando alemán. Esto, sumado al desenfreno de las pasiones populares que la política no supo encausar, ocasionaron las catastróficas matanzas en las batallas de la Primera Guerra Mundial. De ahí que las diversas críticas que se han vertido sobre Clausewitz por eminentes pensadores estratégicos contemporáneos, como Basil Henry Liddell Hart, no solo son injustas, si tenemos claro lo que Clausewitz trató de transmitirnos, sino que no convierte en inocentes a los lectores que malinterpretaron y emplearon en forma totalmente distorsionada sus fundamentos.

Finalmente, hay que dejar en claro que Clausewitz escribió para quienes pertenecían a su universo, compartían su experiencia histórica y daban, sobre todo, el mismo sentido a las palabras que utilizó. La interpretación del sentido o los sentidos que su obra y su sistema tienen y adquieren para nosotros, debe ser tomada en función de nuestro universo y de nuestras propias experiencias.

Bibliografía

ANGELL, Norman

2002 *A Grande Ilusão*. São Paulo: Imprensa oficial del Estado de São Paulo.

ARON, Raymond

1986 *Pensar a Guerra, Clausewitz: a era européia*. Brasília: Universidad de Brasilia.

ARON, Raymond

1988 *Pensar la Guerra, Clausewitz: la era europea*. Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales.

ARON, Raymond

1988A *Pensar la Guerra, Clausewitz: la era planetaria*. Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales.

ARON, Raymond

1997 *Estudios Políticos*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

ARON, Raymond

2002 *As Etapas do Pensamento Sociológico*. São Paulo: Martins Fontes.

ARON, Raymond

2002A *Paz e Guerra Entre as Nações*. São Paulo: Universidad de Brasilia Editora.

ARON, Raymond

2004 *Dimensiones de la Conciencia Histórica*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

ARON, Raymond

2009 *Sobre Clausewitz*. Buenos Aires: Ediciones nueva visión.

ARON, Raymond

2011 *El Opio de los Intelectuales*. Barcelona: RBA Libros, S.A.

ARON, Raymond

2013 *Memorias*. Barcelona: RBA Libros, S.A.

AZEVEDO, Pedro Cordolino

1998 *História Militar*. Rio de Janeiro: Biblioteca del Ejército.

BEAUFRE, André

1970 *Estratégia da Ação*. Rio de Janeiro: Bloch Editores.

BEAUFRE, André

1977 *Introducción a la Estrategia*. Buenos Aires: Rioplatense.

BONZO, Héctor

2004 *1093 Tripulantes*. Buenos Aires: Asociación amigos del Crucero General Belgrano.

BUSCH, Harald

2008 *Así Fue la Guerra Submarina*. Sexta edición. Barcelona: Editorial Juventud.

CAMINHA, João Carlos Gonçalves

1983 *Delineamentos da Estratégia Vol II*. Rio de Janeiro: Biblioteca del Ejército.

CARELL, Paul

2007 *Afrika Korps*. Barcelona: Inédita Editores, S.L.

CARDOSO, Alberto

2005 *Os 13 Momentos da Arte da Guerra*. Rio de Janeiro: Record.

CASTEX, Raoul

1938 *Teorías Estratégicas Vol. II*. Buenos Aires: Escuela de Guerra Naval.

CASTEX, Raoul

1940 *Teorías Estratégicas Vol. IV*. Buenos Aires: Escuela de Guerra Naval.

CLAUSEWITZ, Carl von

1994 *A Campanha de 1812 na Rusia*. São Paulo: Martins Fontes.

CLAUSEWITZ, Carl von

2003 *Da Guerra*. Segunda edición. São Paulo: Martins Fontes.

CLAUSEWITZ, Carl von

2005 *De la Guerra*. Madrid: La Esfera de los Libros.

CORBETT, Julian S.

1936 *Algunos Principios de Estrategia Marítima*. Buenos Aires: Escuela de Guerra Naval.

DE IZCUE, Carlos, Andrés ARRIARÁN y Yuri TOLMOS

2009 *Apuntes de Estrategia Operacional*. Edición Noviembre. Lima: Oficina de Desarrollo Bibliográfico de la Marina.

DE IZCUE, Carlos, Andrés ARRIARÁN y Yuri TOLMOS

2012 *Apuntes de Estrategia Naval*. Lima: Oficina de Desarrollo Bibliográfico de la Marina.

DEFARGES, Philippe

1999 *Problemas Estratégicos Contemporáneos*. Rio de Janeiro: Biblioteca del Ejército.

DE GAULLE, Charles

1996 *Por um Exército Profissional*. Rio de Janeiro: Biblioteca del Ejército.

DE GAULLE, Charles

2001 *O Fio da Espada*. Rio de Janeiro: Biblioteca del Ejército.

DELAMER, Guillermo

2005 *Estrategia: para la Política, la Empresa y la Seguridad*. Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales.

DE LA SIERRA, Luis

2006 *El Mar en la Gran Guerra*. Segunda edición. Barcelona: Editorial Juventud.

DELLEPIANE, Carlos

1965 *Historia Militar del Perú*. Quinta Edición. Lima: Ministerio de Guerra.

DEL PEÓN ALVAREZ, Lorenzo

1987 *Perfil Filosófico de la Estrategia*. Segunda edición. México D.F.: Editorial Herrero.

DIAMOND, Jared

2013 *El Mundo Hasta Ayer*. Barcelona: Random House Mondadori, S.A.

ENGELS, Friedrich

2012 *Anti-Duhring*. Madrid: Ediciones Ibéricas.

FRASCH, Carlos Alberto

2005 *La Decisión en el Caos*. Buenos Aires. Instituto de Publicaciones Navales, Instituto Tecnológico de Buenos Aires.

FULLER, John Frederick Charles

1965 *La Dirección de la Guerra*. Barcelona: Luis de Caralt.

FOURNIER, Eduardo

1996 *Tiwinza con Zeta*. Tercera edición. Lima: Oficina de Información del Ejército.

GROOS, Otto

1935 *La Doctrina de la Guerra Marítima*. Buenos Aires: Escuela de Guerra Naval.

GUDERIAN, Heinz

2007 *Recuerdos de un Soldado*. Segunda edición. Barcelona: Inédita Editores, S.L.

GUITTON, Jean

1972 *El Pensamiento y la Guerra*. Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales.

HOBSBAWM, Eric

2011 *La Era de la Revolución, 1789-1848*. Segunda edición. Buenos Aires: Critica.

HOWARD, Michael y Peter PARET

1999 *De la Guerra*. Madrid: Ministerio de Defensa.

HUGHES, Wayne P. Jr.

2002 *Táctica de Flota y Combate Costero*. Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales del Centro Naval.

KEEGAN, John

1995 *Historia de la Guerra*. Barcelona: Editorial Planeta.

KEEGAN, John

2009 *Seis Ejércitos en Normandía*. Barcelona: Critica, S.L.

KEEGAN, John

2012 *Inteligencia Militar*. Madrid: Turner Publicaciones, S.L.

KESSELRING, Albrecht

2009 *Las Memorias del Mariscal de Campo Kesselring*. Madrid: Tempus Editorial.

KISSINGER, Henry

1999 *A Diplomacia das Grandes Potências*. Segunda Edición. Rio de Janeiro: Librería Francisco Alves Editora S.A.

LANNING, Michael Lee

1999 *Chefes, Líderes e Pensadores Militares*. Rio de Janeiro: Biblioteca del Ejército.

LEONARD, Rogers Ashley

1988 *Clausewitz, Trechos de sua Obra*. Rio de Janeiro: Biblioteca del Ejército.

LIDDELL HART, Basil Henry

1974 *Estrategia de Aproximación Indirecta*. Buenos Aires: Rioplatense.

LUTTWAK, Edward N.

1992 *Estrategia, la lógica de Guerra y Paz*. Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales del Centro Naval.

LUVAAS, Jay

2001 *Frederico o Grande e a Arte da Guerra*. Rio de Janeiro: Biblioteca del Ejército.

LUVAAS, Jay

2001A *Napoleão na Arte da Guerra*. Rio de Janeiro: Record.

MAO, Tse Tung

1982 *Política*. São Paulo: Editora Ática S.A.

MAQUIAVELO, Nicolás

2008 *Discursos Sobre la Primera Década de Tito Livio*. Buenos Aires: Editorial Losada.

MAQUIAVELO, Nicolás

2008A *El Príncipe*. Madrid: Editorial Espasa Calpe, S.A.

MASSON, Phillippe

1990 *Del Mar y de su Estrategia*. Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales.

MILLE, Mateo

2010 *Historia Naval de la Gran Guerra 1914-1918*. Barcelona: Inédita Editores, S.L.

MONTGOMERY, Bernard Law

2010 *Memorias de Guerra*. Barcelona: Tempus Editorial.

ORTEGA Y GASSET, José

2007 *La Rebelión de las Masas*. Cuadragésima primera edición. Madrid: Espasa Calpe, S. A.

PARET, Peter

1992 *Creadores de la Estrategia Moderna, Desde Maquiavelo a la Era Nuclear*. Madrid: Ministerio de Defensa.

PARET, Peter

2001 *Construtores da Estratégia Moderna, De Maquiavel à Era Nuclear Vol. 1*. Rio de Janeiro: Biblioteca del Ejército.

PARET, Peter

2001A *Construtores da Estratégia Moderna, De Maquiavel à Era Nuclear Vol. 2*. Rio de Janeiro: Biblioteca del Ejército.

PERTUSIO, Roberto

1997 *Entre la Guerra y la Paz: ese corto trecho*. Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales.

PERTUSIO, Roberto

2005 *Estrategia Operacional*. Tercera edición. Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales.

PERTUSIO, Roberto

2005A *Diseño de una Armada Posible para la República Argentina para los Próximos 25 Años*. Buenos Aires: Centro Naval.

PERTUSIO, Roberto

2009 *Un Ensayo sobre Estrategia Operacional a Nivel Regional*. Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales.

PERTUSIO, Roberto

2010 *¿Ofensa y Defensa? Siglo XX y Comienzos del Siglo XXI*. Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales.

PRESSFIELD, Steven

2006 *La Conquista de Alejandro Magno*. Barcelona: Grupo Editorial Random House Mondadori, S.L.

PROENÇA, Domício

1999 *Guia de Estudos de Estratégia*. Río de Janeiro: Jorge Zahar editor.

RAPOPORT, Anatole

1992 *Clausewitz Filósofo de la Guerra y La Política*. Buenos Aires: Editorial Leviatán.

RAPOSO FILHO, Amerino

1990 *Dimensões da Estratégia, Evolução do Pensamento Estratégico Vol. 1*. Río de Janeiro: Biblioteca del Ejército.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

1970 *Diccionario de la Lengua Española*. Décimo Novena Edición. Madrid: Editorial Espasa Calpe, S.A.

ROMMEL, Erwin

2006 *Memorias*. Barcelona: Luis de Caralt.

SUN TZU

2005 *El Arte de la Guerra*. Séptima edición. Bogotá: Panamericana.

TAPIA, Carlos

1997 *Las Fuerzas Armadas y Sendero Luminoso: dos estrategias y un final*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

TILL, Geoffrey

1988 *Estrategia Marítima y la Era Nuclear*. Segunda edición. Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales.

TOFFLER, Alvin

1995 *Guerra e Anti-Guerra*. Río de Janeiro: Biblioteca del Ejército.

Von der GOLTZ, Colmar

1913 *La Nación en Armas*. Londres: Hugh Rees Limited.

WOODWARD, Sandy

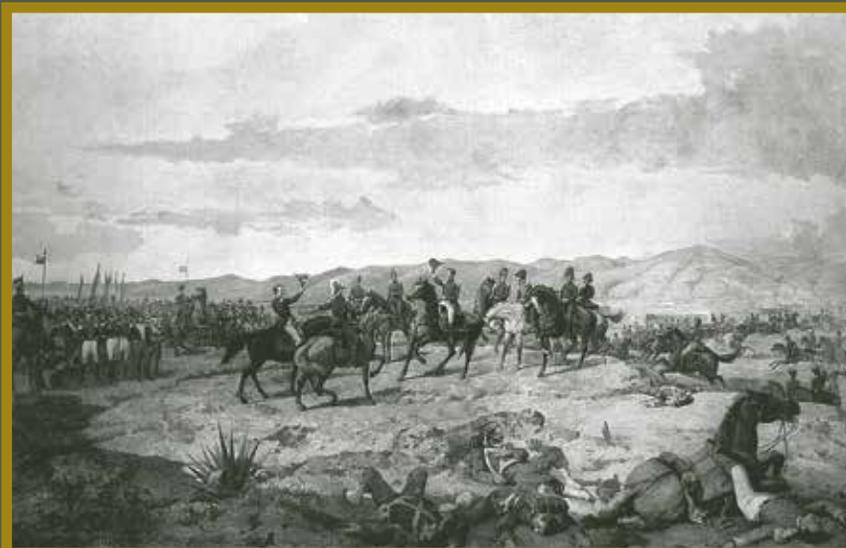
1992 *Los Cien Días*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

WRIGHT, Quincy

1988 *A Guerra*. Río de Janeiro: Biblioteca del Ejército.

ZHUKOV, Georgi Konstantinovich

2009 *Las Grandes Batallas de la Segunda Guerra Mundial*. Barcelona: Ediciones Península.



El más grandioso acto de juicio
que el hombre de Estado y el mando militar
deben hacer es el de situar correctamente
la guerra que emprenden . . .
y no tomarla por algo que no es,
o convertirla en algo que no puede ser . . .
esta es la más amplia de todas
las cuestiones estratégicas
(*De la Guerra*, libro I, capítulo I)



La batalla de Ayacucho, óleo de
Martín Tovar y Tovar, sin fecha,
Galería de Arte Nacional
de Caracas.